# EL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

Vol. I

Carlos González-Wagner



# EL PROXIMO ORIENTE ANTIGUO

Volumen I

Carlos G. Wagner



EDITORIAL SINTESIS

*Consejo Editor:*

Director de la colección: *Domingo Plácido Suárez*

Coordinadores:

- Prehistoria: *Manuel Fernández-Miranda*
- Historia Antigua: *Jaime Alvar Ezquerra*
- Historia Medieval: *Javier Faci Lacasta*
- Historia Moderna: *M.ª Victoria López-Cordón*
- Historia Contemporánea: *Elena Hernández Sandoica*



Diseño de cubierta: Juan José Vázquez

Creative Commons

© Carlos G. Wagner

© EDITORIAL SINTESIS, S. A.
Vallehermoso, 32. 28015 Madrid
Teléfono (91) 593 20 98

ISBN: 84-7738-201-8
Depósito Legal: M. 27.878-1993

Impresión: LAVEL, S.A.
Impreso en España - Printed in Spain

# Índice

# Introducción

He escrito este libro con la intención de que resulte asequible a un público amplio y no especializado. En él no debe el lector versado buscar análisis puntuales y discusión en detalle de los documentos que constituyen las fuentes y su problemática, pues no ha de encontrarlos. Tampoco encontrará polémica frecuente sobre tal o cual interpretación y los argumentos en que se sostiene. No se trata de una obra para este tipo de lectores. He pretendido, por el contrario, hacer una síntesis sencilla y rigurosa que ayude a comprender la historia del Próximo Oriente en la Antigüedad, sin detenerme, por tanto, en la exposición pormenorizada de los muy diversos aspectos (lingüísticos, cronológicos, etc) ya que excedía a mis intenciones y a mi capacidad. Espero, no obstante, ofrecer una visión actualizada y comprensible para aquellos que, universitarios o no, se acerquen sin conocimientos previos a esta materia.

He dividido la obra, para facilitar su manejo y la asimilación de su contenido, en tres partes diferenciadas. Así lo he creído necesario para hacer abarcable la complejidad propia de un periodo que se extiende a lo largo de varios milenios y se produce en un marco geográfico tan extenso como variado. Las dos primeras corresponden a este volumen, y en ellas se tratan el nacimiento de la civilización en el Próximo Oriente, y el desarrollo político posterior hasta el final del Imperio Persa. He tratado la primera parte con mayor detenimiento pues concieme a algo tan importante como fue la aparición de las primeras civilizaciones históricas a partir de las aldeas neolíticas anteriores y de las sociedades complejas a que algunas de ellas dieron lugar. En cambio, he renunciado a una narración minuciosa de los acontecimientos políticos y militares en la segunda, optando por explicar la evolución política en sus líneas generales. Y he confesar que no siempre ha resultado una tarea fácil. La tercera parte del libro ocupa en-

teramente el segundo volumen y versa sobre las diversas formas de organizar la vida social, económica y cultural, y su distintas manifestaciones. Al final de cada volumen el lector inquieto encontrará una bibliografía seleccionada con la que, en diversos grados de dificultad, podrá satisfacer su curiosidad.

Debo agradecer, por último, a todas aquellas personas que de una u otra manera me han ayudado durante la realización del trabajo. Manuel Carrilero (univ. de Granada), Domingo Plácido (U.C.M.) y J. Alvar (U.C.M) han tenido la gentileza de leer varios capítulos del manuscrito y enriquecerlo con sus críticas. Rosa Sanz (U.C.M) aportó datos de interés sobre los hititas, y Jaime Alvar (U.C.M.) me facilitó alguna información de la que carecía acerca de los persas. A ellos, y a cuantos han contribuido en cualquier otro sentido a que este libro vea la luz, gracias; no obstante debo avisar al lector que soy el único responsable de cualquier posible error que en él pudiera detectarse.

Carlos G. Wagner

# 1. El Próximo Oriente Antiguo en el espacio y el tiempo

Espacio y tiempo son las dos coordenadas en que sucede cualquier acontecimiento histórico, grande o pequeño, trascendente o insignificante, breve o duradero. Los seres humanos, las sociedades y culturas que ellos elaboran, residen y se localizan en lugares concretos, dotados de características medioambientales que varían de acuerdo a los sitios, y las cuales pueden ser también modificadas por la acción del hombre sobre la naturaleza. Toda comunidad humana establece con su medio natural una relación dinámica en la que los distintos elementos, o variables ecológicas, como gusta de llamárseles ahora, inciden de diversas formas en su desarrollo y evolución, que resultará en mayor o menor medida condicionada, aunque no predeterminada. A partir del ecosistema se da una jerarquía de condiciones limitativas que determinará lo que no puede ocurrir, pero no lo que debe ocurrir (Friedman: 1977, 194). A menor nivel de implicación tecnológica mayor fuerza tendrán por lo común los condicionantes medioambientales, y a la inversa, aunque tales condicionantes, en ocasiones aparentemente rebasados de forma amplia, en realidad no llegan a desaparecer nunca del todo. La observación es importante. En ausencia, por ejemplo, de un volumen hidrográfico adecuado es imposible el desarrollo de una civilización «hidráulica», basada en el regadío a gran escala, como la que caracterizó en gran medida al Próximo Oriente Antiguo, pero su sola presencia no determina por el contrario la aparición de ésta, que será sobre todo un resultado de las formas de organización económica y socio-política. Así las condiciones hidrográficas se mantuvieron más o menos iguales durante un largo periodo de tiempo en que los hombres no desarrollaron una tecnología específica ni unas formas organizativas adecuadas para su aprovechamiento. De igual forma un medio semi-árido o

árido del todo, como también es muy típico del Próximo Oriente, impondrá condiciones adversas al desarrollo de la vida urbana, que se basaba esencialmente en la obtención de un importante excedente agrícola, pero no determina previamente una forma específica de adaptación.

Pero el medioambiente resulta también afectado y transformado en mayor o menor medida por las actividades humanas, de acuerdo a la capacidad tecnológica, la magnitud demográfica o la intensidad productiva. Tal transformación tiene un doble efecto, pues es a la vez positiva y negativa. Positiva en cuanto asegura la subsistencia de las gentes que en él residen y de él se alimentan. Negativa en tanto que puede llegar a dejar de alimentarles, si no totalmente, al menos de forma adecuada, como consecuencia precisamente del impacto productivo y sus secuelas: agotamiento de recursos, salinización, contaminación. Esta interacción se produjo ya en una época muy remota y es incluso probable que los cazadores-recolectores anteriores a las aldeas agrícolas del Neolítico, con la modificación de los paisajes que aquellas supusieron, emplearan técnicas rudimentarias para irrigar extensiones localizadas de vegetales que luego constituirían su alimento. Pero esta interacción no se produce de forma mecánica ni mediante adaptaciones de índole biológica, sino que se desarrolla de manera dinámica y contradictoria en el seno de las relaciones que los seres humanos establecen entre ellos para producir y asegurarse su existencia.

Puesto que tales relaciones se desarrollan en el tiempo y en lugares concretos, que son espacios físicos y geográficos, la geografía histórica y la periodización cronológica constituyen, por consiguiente, los dos instrumentos básicos para poder aproximarse a cualquier tipo de análisis y conocimiento histórico. Debemos familiarizarnos, pues, con la geografía histórica de las sociedades que pretendemos estudiar, al mismo tiempo que debemos ser capaces de situar su evolución en los diversos períodos históricos.

## 1.1. Geografía del Próximo Oriente Antiguo

Unidad y variedad, motivada por la diversidad ecológica, puede constituir una definición adecuada para abordar una aproximación a la geografía del Próximo Oriente Antiguo. Variedad que viene dada por la misma diversidad del relieve, del clima, de la distribución de la red fluvial y las materias primas, pudiéndose distinguir diversas regiones con sus características propias, determinadas por factores topográficos, climáticos, orográficos, hidrográficos. Esta variedad regional se manifiesta en la existencia de ámbitos geográficos diferenciados, como son: la península de Anatolia con su topografía compleja y la meseta central que la caracteriza, la gran cuenca fluvial integrada por la llanura de Mesopotamia que des-

ciende hasta la costa del Golfo Pérsico, la altiplanicie de Irán, la franja litoral mediterránea frente a la cual emerge la isla de Chipre y los desiertos de Arabia y de Lut. A ello debemos sumar las llamadas zonas de transición que se localizan entre unos y otros, cadenas montañosas y zonas áridas y semiáridas, como son las montañas que se extienden entre el SE de Anatolia y el NO de Mesopotamia, los montes Tauro, las montañas de la región de Armenia (monte Ararat) en relativa vecindad con el Cáucaso y la región de los grandes lagos (Sevan, Urmia y Van), lugares donde nacen precisamente los dos grandes ríos, Tigris y Eúfrates (si bién éste un tanto más hacia el oeste) que confieren su identidad topográfica a la amplia llanura de Mesopotamia. Descendiendo hacia el SE se ubican los montes Zagros que se extienden sobre el Kurdistán, el Luristán y el Kuzistán, y separan Mesopotamia de la altiplanicie iraní. Más allá de ésta el desierto señala otra vez la separación entre Irán y las montañas de Afganistán y el valle del Indo. En el otro extremo, la estepa y el desierto de Siria marcan la transición entre la llanura aluvial mesopotámica y la franja costera mediterránea, que se extiende desde la costa sur de Anatolia hasta la Península del Sinaí, en contacto con Egipto, cruzada de N a S en su parte central por los montes Líbano.

En un ambiente geográfico tan diverso, con una acentuada variedad de relieve y tipos de terreno, de precipitaciones y de clima, de vegetación y habitabilidad, la unidad viene dada por tratarse todo él de un área no muy grande, de unos 2.000 km², y compacta; relativamente circunscrita por límites externos. Unos, definidos y precisos, como el Mediterráneo al oeste y el Mar Negro al noroeste; otros algo más difusos pero profundos (zonas de transición), como el Cáucaso y las estepas centro-asiáticas al norte y el desierto arábigo al sur. Los últimos, en fin, más abiertos, al este, como las regiones que se extienden desde la altiplanicie irania y el Golfo Pérsico. Un factor interno confiere también unidad al Próximo Oriente. La gran cuenca fluvial formada por el Tigris y el Eúfrates en su recorrido por la llanura de Mesopotamia sirve de enlace central a las restantes regiones que se disponen en su periferia, facilitando las comunicaciones entre ambas por su accesibilidad topográfica, su relieve más uniforme y menos accidentado y, sobre todo, por la presencia de los dos grandes ríos, y sus afluentes principales, cuyos cauces y las zonas llanas que recorren se convirtieron desde muy pronto en importantísimas arterias que facilitaban el desplazamiento de gentes y objetos de unos lugares a otros.

### 1.1.1. Países, regiones y clima

Esta misma diversidad se reproduce en muchas ocasiones en el interior de cada una de las zonas y regiones geográficas. Así, en Mesopota-

mia se pueden diferenciar una zona baja, que concluye en los pantanos del delta formado por la desembocadura del Tigris y el Eúfrates a orillas del Golfo Pérsico, cuya línea de costa ha sido sensiblemente alterada desde la Antigüedad hasta nuestros días, de tal forma que lugares que eran puertos marítimos se encuentran hoy muchos kilómetros tierra adentro, y una zona alta que desde el curso medio de los dos ríos se extiende hasta alcanzar las tierras semiáridas de Siria y la región montañosa en torno a los grandes lagos. Las diferencias topográficas (inclinación del nivel del suelo, trazado del recorrido de los ríos) y climáticas entre ambas son significativas. En Anatolia podemos igualmente distinguir entre la elevada meseta central recorrida por el curso del Halys (Kizilimark), de la región de los pequeños lagos situada al sur, así como de la costa occidental menos accidentada y de las montañas del norte. En territorio de Irán la distinción se establece entre la altiplanicie septentrional y las llanuras meridionales.

La diversidad climática, que afecta directamente al régimen de precipitaciones, originando zonas fértiles y zonas áridas y semiáridas, viene establecida por la posición en la latitud, así como la altitud en relación al nivel del mar y la orografía. A tal respecto la comparación entre la fauna y floras antiguas y las modernas revelan que las variaciones climáticas, en las que se detecta sólo fluctuaciones de medio término en la cantidad de precipitación fluvial y en las temperaturas medias, han sido tan débiles desde hace seis mil años que pueden ser consideradas insignificantes (Roux: 1987, 18: Liverani: 1988, 35), si bien en algún momento no dejaron de tener su importancia. En el Próximo Oriente las variaciones del relieve comprenden contrastes entre una altura media de las montañas del Tauro, Zagros y Ponto de 3500/4.000 metros, con algunas elevaciones más altas (el Ararat supera los 5.000 en Armenia) y profundas depresiones de -395 metros a orillas del Mar Muerto, en Palestina meridional. Del clima suave mediterráneo con lluvias abundantes en invierno, aunque con una estación estival larga y seca que se extiende desde mayo a septiembre, se pasa al clima árido del desierto de Siria y Arabia, sin precipitaciones prácticamente; y al clima de alta montaña en las zonas más elevadas.

En la zona meridional de la gran llanura de aluvión recorrida por el Tigris y el Eúfrates, la baja Mesopotamia, las lluvias eran también escasas e irregulares (entre 5 y 12 mm anuales) y se producían en otoño e invierno. Durante la primavera, que se anunciaba en febrero, y al comienzo del tórrido verano, como consecuencia del deshielo producido en las cumbres de las montañas de Armenia donde tienen el Tigris y el Eufrates su nacimiento, suele producirse la crecida de los ríos, fenómeno de virulencia no fácilmente predecible, a diferencia de Egipto, e incrementado aún por la diferencia de altura entre el cauce de los ríos y las tierras próximas más bajas. Los meses estivales, rigurosamente secos, se prolongaban hasta bien entrado noviembre y eran extremadamente calurosos. La planicie in-

-ferior del río Diyala, afluente oriental del Tigris, constituía una prolongación de la estepa semidesértica central de Mesopotamia con marcadas fluctuaciones anuales en la pluviosidad. En la alta Mesopotamia las condiciones eran distintas, con un relieve de planicie ondulada rodeada por los valles abruptos del Tigris y el Eúfrates y las laderas y valles de las montañas orientales irrigados con las aguas de los torrentes, arroyos y ríos que corrían, atravesando los Zagros, desde la altiplanicie iraní. El triángulo formado por el Habur en su intersección con el Eúfrates y la región comprendida entre el Zab superior, el Tigris y los montes de Armenia al norte, constituían las zonas agrícolas por excelencia. El clima también era un tanto diferente; las lluvias caían en primavera y otoño, el invierno, aunque duraba poco, era riguroso y durante él una densa capa de nieve cubría las montañas del Kurdistán irguiéndose en la lejanía desde el norte y el este. La primavera comenzaba pronto y los prados se cubrían de flores y hierbas que desaparecían en verano, alcanzándose el máximo calor estival en los meses de julio y agosto. Mientras que en el sur la estación de la cosecha comenzaba a finales de abril, los trabajos de recolección se retrasaban en el norte hasta junio. La extensión del suelo cultivable también era distinta. En la baja Mesopotamia constituía una franja de unos 375 km de largo por 70 km de ancho, mientras que en la Mesopotamia alta, el norte del país, el terreno cultivable apenas alcanzaba la mitad.

El Tigris y el Eúfrates confieren su identidad al país mesopotámico. Más caudaloso y rápido el primero que el segundo, ambos comparten el tener pocos afluentes. El Eúfrates, con un recorrido aproximado de 2.800 km, solo recibe por el este al Balik y al Habur, y ambos en el tramo alto de su curso. El Tigris recorre cerca de 1.900 km y recibe en su vertiente oriental al Diyala, que lo alcanza en el tramo medio de su cauce, al Adhem, y al pequeño y gran Zab mucho más al norte. Los actuales afluentes del Tigris, el Kaukelr y el Karun, que lo alcanzan en su tramo inferior también desde el este, desembocaban probablemente en la Antigüedad de forma directa en el Golfo Pérsico. Ello tiene una explicación; aunque actualmente el Tigris y el Eúfrates tienen una sola desembocadura común en aquellas aguas (Chat-el-Arab), en tiempos mucho más antiguos esto no era así, penetrando la línea de costa más hacia el interior. Siglos de sedimentación y/o un posible cambio del nivel de las aguas producido por un elevamiento tectónico del terreno han ampliado considerablemente la zona de la desembocadura alejando el litoral y permitiendo la confluencia de los dos grandes ríos. En la alta Mesopotamia el Tigris y el Eúfrates poseen cada uno su valle bien definido, abriéndose camino a través de una llanura de rocas duras (calcáreas y esquistos) y rodeados de acantilados por lo que su curso apenas se ha modificado desde la Antigüedad. Pero en el sur los dos valles se confunden formando una llanura aluvial amplia y llana, y de pendiente tan débil que los ríos trazan numerosos meandros y se expanden en muchos brazos. Así, cambian lentamente su lecho por sedi-

Fig. 1.1. El Próximo Oriente

mentación, lo que explica porqué las ciudades antiguas, que estaban situadas junto al Eúfrates, no sean ahora más que montones de ruinas en un desierto de aluviones desecados, muy lejos de los actuales cursos de agua (Roux: 1987, 21).

El Tigris y el Eúfrates tuvieron una enorme importancia para la población de Mesopotamia. Como el país formaba una cuenca alargada que se abría en su zona inferior, en gran medida insalubre y pantanosa, hacia el Golfo Pérsico, rodeada de montañas, desiertos y estepas, los dos ríos y sus afluentes constituyeron muy pronto las principales vías de comunicación con las regiones septentrionales y orientales. El Eúfrates en algunos lugares de su curso alto apenas dista unos 150 km de la costa mediterránea, para girar luego hacia el sureste y fluir más próximo al Tigris, del que en el centro de Mesopotamia apenas dista 40 Km, para volver a separarse de este en la llanura meridional. Además su caudal permitió, una vez que la población de Mesopotamia accedió a la tecnología necesaria y la organización socio-política centralizada, un aprovechamiento intensivo del potencial agrícola del territorio, utilizando sus aguas para irrigar grandes extensiones de tierra que de otro modo habría permanecido improductiva. En sus comienzos la civilización urbana mesopotámica se desarrolló, sobre todo, en torno al Eúfrates, pues el Tigris se encontraba en su curso más bajo demasiado sumergido en la llanura aluvial para permitir la irrigación con canales y se hallaba así mismo rodeado de grandes zonas pantanosas, de condiciones insalubres, y difíciles de habitar.

En Anatolia, Armenia y la región de los grande lagos, zonas periféricas a la gran cuenca fluvial mesopotámica, las características del medio son bastante distintas. Anatolia es una península, básicamente una penillanura rodeada por el mar y las montañas que se funden en su límite oriental con el macizo de Armenia, semiárida y con estepas onduladas y cuencas fértiles con algunos lagos que hoy son depósitos de agua salobre. Su principal curso fluvial es el Halys (Kizilirmak) que la recorre en su mitad septentrional de norte a suroeste. Más hacia el sureste, la llanura de Konia, situada entre los montes Tauro y el lago salado (Tuz Gölü), es una de las zonas más fértiles del país. La costa norte es abrupta, montañosa y boscosa, mientras que la meridional es más suave y posee llanuras aluviales, como la de Cilicia, favorables a la explotación agrícola. La costa occidental resulta accidentada y topográficamente compleja con predominio de las zonas acantiladas; desde ella una serie de valles penetran hacia la meseta interior. Las variaciones climáticas comprenden desde los tipos mediterráneos, propios de las costas del sur y el oeste, hasta el clima semiárido de estepa, pasando por los veranos cálidos y lluviosos y los inviernos rigurosos de la altiplanicie nororiental.

Irán es por su parte una meseta irregular casi cerrada en su totalidad por cadenas montañosas, en la que se pueden distinguir: la llanura sur-

occidental (Kuzistán), que es una prolongación de la de Mesopotamia, con características de estepa desértica y atravesada por los ríos Karun y Karkeh; la región montañosa y árida de Fars, colindando con las márgenes orientales del Golfo Pérsico, y la altiplanicie que se extiende desde el sur hacia el Mar Caspio. Al pie del mismo y en dirección Oeste-Este se extienden los montes Elburz, la llanura litoral de Gurgán y la región meseteño-montañosa de Khorasán. La altiplanicie iraní comprende a su vez la cuenca pérsica, enclavada en el sector occidental y de mayor altitud, constituida por desiertos (Kevir, Lut) y estepas, y la cuenca del Sistán, región de praderas atravesada por el río Hil-Mand y sus afluentes. El predominio del componente desértico en Irán se debe a su posición dentro de la sombra pluvial de los montes Zagros, con vientos secos del norte y lluvias escasas.

La región de Siria-Palestina acusa la misma diversidad interna que el resto de los países del Próximo Oriente. La zona costera, de clima en general mediterráneo, abarca las laderas occidentales de las montañas que discurren paralelas al litoral, pero algunas zonas cálidas y húmedas de la llanura próxima al mar se hallan cubiertas de dunas y pantanos y no ofrecen condiciones de habitabilidad. Detrás de las montañas, que son de mediana altura, se abre la zona semiárida hasta alcanzar por el norte la llanura de Mesopotamia. Dentro de ella, la depresión del Mar Muerto y el valle del Jordán se distinguen por presentar características microclimáticas propias, que en el oasis de Jericó y en los bancos del río Jordán se plasman en un ambiente subtropical. Al sur de esta región semiárida se extienden los desiertos sirio-arábigos del Neguev y del Sinaí.

### 1.1.2. Recursos naturales y comunicaciones

La discontinuidad ecológica propia del Próximo Oriente explica la falta de homogeneidad que caracteriza la distribución de los recursos naturales. La madera, metales y piedras duras se concentran en las zonas de mesetas y montañas, siendo absoluta su carencia en la llanura de Mesopotamia. En ésta el recurso principal estaba constituido por la tierra misma, ya que a pesar de su clima semidesértico, no son raros los suelos húmedos como consecuencia de las condiciones edáficas. En las zonas semiáridas del Próximo Oriente, que ocupan la mayor parte de su extensión, la agricultura sólo era posible merced a la irrigación, mientras que las zonas de piedemonte de las montañas y algunas llanuras en mesetas (Konia, Cilicia) eran adecuadas para una agricultura de secano dependiente de las lluvias.

Las primeras comunidades que habitaron aldeas y villas en Mesopotamia y más tarde los habitantes de las ciudades de los reinos e imperios que surgieron en aquella carecían de muchos recursos que sin embargo no faltaban en los países de la periferia. Las gentes de Mesopotamia obte-

nían la madera, necesaria sobre todo para la construcción, de los montes de Siria (Amanus) y del Líbano, así como de las estribaciones occidentales de los Zagros, siendo la más apreciada de todas la de cedro. El cobre procedía del sector oriental de Anatolia (Ergana Maden) y de la llanura de Konia, donde también había oro y plata, que se encontraban así mismo en el noreste y centro de Irán. También había cobre en Omán (Magán) y en Chipre. El oro se podía encontrar más lejos, en el Cáucaso, Arabia y Nubia. El estaño, necesario para la fabricación del bronce, se localizaba en algunas zonas de Irán (Azerbaijan, Khorasán) y Afganistán. El hierro, cuya utilización fue tardía en relación con los otros metales, se obtenía en Anatolia, Armenia, Cáucaso y sur de Irán. Había jadeita en el este de Siria y en la Anatolia occidental. Otras piedras preciosas como el lapizlázuli y la obsidiana se daban en Afganistán y Anatolia respectivamente. La turquesa y la hematita se podían encontrar en Afganistán, el sur de Irán y el Sinaí. El basalto era común en las montañas del norte de Mesopotamia, de Anatolia y del Irán oriental. El granito y la diorita en los montes Tauro y el Sinaí, y también en Omán, de donde procedía la bella diorita negra, muy utilizada por los sumerios que constituyeron la primera cultura histórica de Mesopotamia, siendo el cuarzo y la calcedonia conocidos en Palestina y el Irán oriental (Sistán). El alabastro se conseguía en los Zagros y los diferentes mármoles en la Anatolia oriental y la zona central de Irán. El pedernal abundaba en Palestina, Siria y la Mesopotamia central. El betún, que tuvo una gran utilización durante la Antigüedad, se obtenía en Mesopotamia, el Mar Muerto y en Irán (Khuzistán).

Tres eran las principales rutas terrestre por las que se podía acceder a todas aquellas materias primas y recursos naturales, cuya disposición resultaba periférica para los habitantes de Mesopotamia, donde primero surgió la civilización urbana. Todas ellas tenían a su vez diferentes ramales. Una llegaba a la Anatolia sudoriental y penetraba en Armenia atravesando los montes Tauro. Otra cruzaba los Zagros, bien por los pasos septentrionales, el alto Diyala, o más al sur, y atravesando Irán llegaba hasta Afganistán. La tercera implicaba el paso por Siria hasta alcanzar Palestina y el Sinaí en vecindad con Egipto. En las tres, los ríos y sus valles constituían factores de trascendental importancia al permitir incrementar la accesibilidad remontando su curso o siguiendo sus riberas. La ruta marítima que bordeando el Golfo Pérsico (Baharain) llegaba hasta el valle del Indo (Meluhha) no era menos importante.

## 1.2. La población del Próximo Oriente Antiguo

Dos son las características que podrían definir en su conjunto a la población del Próximo Oriente Antiguo: variedad y discontinuidad espacial.

La primera viene dada por factores lingüísticos y culturales, más que étnicos, mientras que la segunda es resultado, sobre todo, de las distintas formas de integración en el medioambiente y de los condicionantes fijados por éste. Así, se observa en general una concentración de la población en las zonas agrícolas, que fueron las de posterior desarrollo urbano, mientras que era mucho menos densa en las estepas semiáridas y las zonas montañosas. A la población originaria, cuyo caracterización a menudo no resulta fácil establecer, se sumaron en el curso de los siglos siguientes gentes llegadas de fuera, y cuya procedencia exacta no siempre estamos en condiciones de dilucidar, aunque éste tampoco es siempre el aspecto más interesante del problema. El encuentro entre unos y otros daría lugar a procesos complejos de interacción política, demográfica y cultural que constituyeron una de las características más destacadas de toda la historia del Próximo Oriente Antiguo.

### 1.2.1. Pueblos y lenguas

Mejor que cualquier otro, la lengua constituye un factor diferenciador que nos permite apreciar la diversidad del poblamiento. Distinguiremos así entre semitas, indoeuropeos y aquellos otros que no hablaban ninguna lengua de estos dos tipos. Comenzando por los pobladores originarios, los semitas constituían un porcentaje notable de la población total. Aunque se ha discutido mucho acerca de su procedencia no parece que ésta sea la cuestión principal. De hecho no tenían por qué haber venido de ninguna parte de las que han sido propuestas como su cuna (Africa sahariana, Arabia, sur de Mesopotamia), para expandirse luego por amplias regiones del Próximo Oriente, sino que es sumamente posible que siempre hubieran estado allí (Caquot: 1991: 506 ss). Los semitas hablaban lenguas estrechamente emparentadas por un sustrato común, divididas en dos troncos principales: el semítico oriental o acadio y el semítico occidental que constituye un grupo mucho más diversificado, con el ugarítico, el cananeo que a su vez comprende las variantes dialectales del fenicio, hebreo y moabita, y el arameo. Además, pertenecen también al tronco común del semítico occidental el árabe, en sus dos variantes septentrional y meridional, y el etiópico. El acadio, por su parte, contó con una larga y fructífera historia, se hablaba en gran parte de Mesopotamia y experimentó desde el segundo milenio una diversificación en dialectos, surgiendo de esta forma el babilonio, que se hablaba en la zona meridional, y el asirio en el norte.

Otro pueblo al que se le ha buscado durante mucho tiempo un origen fuera de la zona que ocupó en tiempos históricos es el de los hurritas, gentes que hablaban una lengua aglutinante emparentada con las del Cáucaso, y a quienes se ha hecho venir por ello de aquella región, y a los que

se considera en ocasiones parientes de los indoeuropeos. Aunque ciertamente utilizaban algunas palabras de este origen, hoy sabemos sin embargo que desde muy antiguo los hurritas ocuparon el territorio comprendido por la llanura de Armenia y el arco que forman los contrafuertes del Tauro y el piedemonte de los Zagros septentrionales, con una fuerte penetración en Siria del norte y la alta Mesopotamia. Pueblo autóctono, por tanto, los hurritas sufrirían, como otras tantas poblaciones próximo orientales durante la Antigüedad, posteriores mezclas étnicas y lingüísticas que han servido a menudo para confundirnos a cerca de su procedencia.

En Anatolia la población preindoeuropea, que denominarémos *hatti*, nombre autóctono de la región comprendida por el arco que forma el río Kizilimark (Halys) cuando llegaron los hititas, resulta aún muy mal conocida. De acuerdo con los datos arqueológicos parece ser originaria de la vertiente meridional del país (Cilicia, Konya), en la que se documentan los asentamientos del periodo neolítico, y luego habría ido poblando progresivamente el resto del territorio. Peor conocidas son todavía las poblaciones montañesas de los Zagros, guteos, lulubitas, etc, de quienes tenemos noticia únicamente por el testimonio de los habitantes de la llanura mesopotámica que se refirieron a ellos de forma despectiva, circunstancial o anecdótica.

Los pobladores más antiguos del Irán nos resultan también prácticamente desconocidos, a excepción de los que habitaban en el SO del país, en la región conocida como Elam, en estrecho contacto con Mesopotamia. En general el territorio iraní estaba escasamente poblado antes de la llegada a él de los medos y los persas, salvo pequeños grupos de agricultores asentados en torno a algunos oasis u otros de componente nómada, pertenecientes a la familia lingüística caucásica nororiental. Al suroeste del lago Urmia habitaban los maneos, de los que casi no sabemos nada hasta el primer milenio en que crearon un reino de cierta importancia. La población elamita parece ser de origen autóctono, descendiente de las gentes que desde el Neolítico habitaban en el Kuzistán, y hablaban una lengua de tipo proto-dravidio, ancestro de las que actualmente se hablan en el sur de la India y en algunas partes del Beluchistán.

Un problema especial es el que concierne a los orígenes de los sumerios (Jones: 1969), pueblo que habitaba el extremo sur mesopotámico y creador de la primera civilización urbana de la Historia. Los sumerios hablaban una lengua aglutinante sin parangón con cualquier otra de las conocidas en el Próximo Oriente, debido a las diferencias fonéticas que presentaba con todas ellas. Unido a la existencia en el sur de Mesopotamia de un sustrato lingüístico diferenciado que se considera pre-sumerio, ha hecho pensar en un origen externo de este pueblo, siendo la ubicación de su cuna en algún lugar oriental del Golfo Pérsico una de las localizaciones más aceptada, mientras que otras veces se ha pensado en los países mon-

tañosos situados hacia el este. Desde allí los sumerios habrían penetrado en la llanura mesopotámica hacia el 4500, según unos, o en torno al 3500 en opinión de otros. Pero los sumerios no constituían un grupo racial específico, por el contrario tenían cráneos braquicéfalos o dolicocéfalos, por lo que podían ser mezcla de tipos alpinos y mediterráneos, atestiguados por igual en el Próximo Oriente Antiguo. En cualquier caso tampoco tienen que proceder necesariamente de algún lugar que no fuera la región que habitaron en tiempos históricos o alguna otra zona próxima. La idea de que, al fin y al cabo, los sumerios podían ser pobladores autóctonos, reforzada por los paisajes de sus mitos, que no son otros que los que caracterizan el sur mesopotámico, cuenta cada vez con mayor número de adeptos (Roux: 1987, 95 ss., Liverani: 1988, 168 ss.).

Los kasitas resultan ser uno de los pueblos más misteriosos que llegaron a habitar en Mesopotamia. Hablaban una lengua que no era semítica ni indoeuropea y que no tenía conexión, por otra parte, con el sumerio, el hurrita o cualquiera de las otras lenguas del Próximo Oriente Antiguo. Se desconoce con exactitud su lugar de origen, que en algunas ocasiones se pretende situar en el sudoeste de Irán. A diferencia de los indoeuropeos, los kasitas asentados en Mesopotamia, en donde llegaron a establecer un reino floreciente, perdieron en gran parte su lengua y cultura originarias, resultando asimilados por la civilización de las gentes y la cultura del país que ocuparon.

Entre los pueblos que llegaron al Próximo Oriente durante la Antigüedad desde alguna otra región figuran principalmente los indoeuropeos, si bien algunas teorías recientes pretenden hacerlos originarios del Zagros meridional o de la misma Anatolia. Los indoeuropeos, venidos desde las estepas de la Europa sudoriental, penetraron en el Próximo Oriente en distintos momentos y de formas diversas. Los primeros en llegar parecen haber sido los hititas, vocablo que engloba varias familias afines como los luvitas, nesitas y palaitas, que conforme a los documentos asirios encontramos ya instalados en Anatolia en el curso del siglo XX a. C. Parece que los luvitas irrumpieron violentamente desde los Balcanes en el Asia Menor en torno al 2200, causando en gran medida la destrucción de las culturas locales, mientras que los otros dos grupos llegarían, desde el Este y por el Cáucaso, dos o tres siglos más tarde y de forma más pacífica, asentándose en la parte oriental y en la altiplanicie central respectivamente. Hacia el 1900, y procedentes probablemente de las riberas del Volga, los indoarios rodeaban el Mar Caspio por el norte y el este y se establecían al sur del mismo, en la llanura de Gurgán. Desde allí, basándonos en algunos indicios arqueológicos que permiten seguirles la pista, se habrían separado en dos grupos que siguieron direcciones opuestas. El occidental entraría finalmente en contacto con los hurritas, mientras que el oriental alcanzaría finalmente el valle del Indo.

A finales del segundo milenio, otro grupo indoeuropeo, también emparentado con los indoarios, los iranios, habría atravesado el Cáucaso, estableciéndose una parte de ellos en el Irán occidental, donde luego los conoceremos con el nombre de medos y persas, mientras que otros, los turanios, avanzaron más hacia oriente, llegando a entrar en contacto con los indoarios de la India. Como en su momento veremos, la llegada de los medos y persas a la altiplanicie iraní supuso el fin de la Edad del Bronce y los comienzos de la del Hierro. Más tardía fue la llegada de los cimerios y escitas, nómadas originarios de las estepas euroasiáticas de quienes se discute su posible origen iranio, y su presencia, si bien turbulenta, fue también mucho más corta.

### 1.2.2. El dimorfismo nómadas/sedentarios

Desde el punto de vista de la integración en el medio ambiente, la población del Próximo Oriente Antiguo se puede clasificar en sedentarios y nómadas. Junto con la agricultura, el estacional pastoreo nómada fue otra de las variantes que, como veremos, conoció una amplia difusión desde tiempos del Neolítico. Ambas formas de vida, con un aprovechamiento distinto de los recursos y modos de organización específicos de cada una, compartían frecuentemente un mismo nicho ecológico dando lugar a una realidad que llamamos dimorfa. El pastoreo nómada permitía un aprovechamiento de aquellas zonas que no reunían las condiciones mínimas para ser sometidas a una explotación agrícola, pero podían alimentar al ganado. Con todo, los pastores nómadas no fueron nunca autosuficientes y los agricultores sedentarios a menudo necesitaban también de ellos. Por eso, al margen de los estereotipos culturales, acuñados por los habitantes de las ciudades que hacían del nómada un «bárbaro» y de ellos mismos seres «civilizados, al margen también de la mutua desconfianza cimentada por no pocos conflictos a lo largo de la historia del Antiguo Oriente, lo cierto es que ambas formas de vida no constituyeron nunca mundos totalmente al margen el uno del otro, aunque si bien distintos, ni tuvieron un comportamiento estático sin evolución ni intercomunicación entre ellos, sino que por el contrario se relacionaron con frecuencia, nutriéndose en ocasiones cada uno del otro.

Se produjo así una interacción entre ambas formas de vida, que no siempre estuvo exenta de problemas y violencias, sobre todo en tiempos de crisis, pero que por lo común podía resultar mutuamente provechosa. Los nómadas, habitantes de las estepas semiáridas y de algunas zonas montañosas, precisaban de los sedentarios para abastecerse de productos agrícolas y determinadas manufacturas. A cambio los sedentarios obtenían de los nómadas pieles y otros derivados del ganado, así como fuerza de

trabajo y tropas militares extras para sus campañas. Se trata, por supuesto, de una simplificación de fenómenos mucho más complejos, pero que sirve para ilustrar lo que decimos. En tiempos de crisis, y bajo condiciones especialmente duras, no fue raro que los habitantes de las ciudades, sobre todo aquellos más desprotegidos social y económicamente, abandonaran el entorno urbano, tradicionalmente considerado como «protector», para integrarse en el ámbito de la vida nómada en espacios abiertos y fuera del control de los palacios. Como también veremos, la urbanización no constituyó tampoco un fenómeno irreversible y así lugares que habían conocido un temprano auge urbano experimentaron más tarde una transformación que supuso el retraimiento e incluso la desaparición de muchas ciudades, quedando sus territorios a merced de grupos de pastores nómadas que los recorrían. En general, tal cosa ocurrió en las zonas de paso entre la llanura agrícola y las estepas semiáridas, como el interior de Siria o la Transjordania, y fue debido bien a pequeñas oscilaciones climáticas que produjeron una disminución de las precipitaciones pluviales o a una sobreexplotación agrícola forzada por las propias condiciones ambientales que terminó por hacer descender los rendimientos de forma importante. Otras veces eran los nómadas quienes, impelidos por la necesidad propia de una situación de crisis, que en muchos casos estaba originada por la depredación de los sedentarios sobre sus tierras, en las que las gentes de las ciudades buscaban metales u otras materias primas, se ponían en marcha avanzando hacia las zonas urbanas. Se producían entonces migraciones de mayor o menor virulencia, percibidas por los sedentarios como auténticas invasiones, y con resultados diversos. La presión de los nómadas en marcha podía ser resistida, e incluso rechazada con éxito, si el sistema de vida de las ciudades gozaba de buena salud. Pero si aquellas se encontraban en crisis o decadencia, agobiadas por problemas internos, la presión de los nómadas podía desbordar finalmente todas las contenciones e irrumpir en el territorio de los aterrorizados habitantes de las zonas urbanas. Una vez allí podían ser rechazados al cabo del tiempo, como ocurriría con algunos, como los guteos del Zaqhasthan tras un corto período de dominación de parte de Mesopotamia, o resultar asimilados por la civilización sedentaria, abandonando paulatinamente sus costumbres y adquiriendo las de aquellos a los que habían invadido, lo que hicieron más tarde buena parte de los amoritas; o también persistir en sus formas de vida tradicionales, creando amplios espacios al margen del control de las ciudades pero insertos entre ellas, que fue finalmente el caso de los arameos.

### 1.2.3. La evolución demográfica

Si bien la falta de datos no permite una aproximación rigurosa a la evolución demográfica en el Próximo Oriente Antiguo, si es posible en cam-

bio establecer una serie de premisas básicas que nos ayudarán a caracterizar globalmente la situación, tanto desde una perspectiva sincrónica como en diacronía. En general, se advierten dos líneas distintas de evolución demográfica, una de desarrollo lento, propia de los ambientes rurales y las comunidades agrícolas, y la otra, de desarrolló rápido, característica de los centros urbanos. La primera resulta por lo común más estable, mientras que la segunda suele ser afectada por crisis estructurales o de crecimiento que parecen darse con una periodicidad de aspecto un tanto cíclico.

Los factores que condicionaban la evolución demográfica eran por lo demás de muy diversa índole, y entre los mismos destacaban por su importancia la propia capacidad de sustentación del medio, que estaba a su vez en relación con el grado de eficacia tecnológica, los modos sociales de organización productiva, y el nivel de deterioro medioambiental (deforestación, salinización), así como la corta duración media de la vida, que se cifraba en unos 30/35 años, las guerras y las migraciones. Todo ello no debe hacernos albergar la imagen de un Próximo Oriente infrapoblado, aunque si es cierto que la población se concentraba de forma preferente en las zonas urbanas, permaneciendo amplios espacios semivacíos y con por una densidad de población muy baja, sobre todo en las zonas semiáridas recorridas por los pastores nómadas y en las montañas, sino que por el contrario hubo momentos en que la presión demográfica llegó a actuar como un factor de considerable incidencia que necesitaba ser regulada de alguna forma, como se aprecia en algunos mitos mesopotámicos en los que la elite sacerdotal pone en boca de los dioses las consecuencias desastrosas de una superpoblación y las medidas necesarias para evitarlas (Kilmer: 1972) También hubo, por supuesto, coyunturas históricas en que la despoblación se presentaba como el factor dominante. El final de la Edad del Bronce fue uno de esos periodos, caracterizado por la caída del crecimiento demográfico y la despoblación. Las crisis económicas y políticas, las hambrunas, epidemias y guerras incesantes constituyeron casi siempre el telón de fondo. Demografía y ecología (capacidad de sustentación del medioambiente) nunca se ajustan mecánicamente sino a través de las realidades socio-culturales elaboradas por los seres humanos. La explotación, el acceso desigual a los recursos y a las oportunidades básicas de subsistencia, la pobreza y la servidumbre constituyen otros tantos elementos que han de ser tenidos en cuenta.

### 1.2.4. La falsa ecuación etnia igual a cultura

Réstanos por realizar una última advertencia relacionada con la diversidad de pueblos que vivieron en el Próximo Oriente Antiguo. La consideración de que la etnia es de por si creadora y portadora de cultura, que la

cultura tiene por tanto un origen étnico más que social, siendo la sociedad también una creación de la etnia, entendida ésta en un sentido racial, además de inducir a peligrosas y absurdas concepciones de la Historia, no posee fundamento científico alguno. La identificación de los grupos culturales con supuestas realidades étnicas y lingüísticas, y la consideración de estas últimas como grupos creadores y portadores de la cultura reposa sobre una base enteramente ficticia. La lengua, aunque constituye sin duda uno de los principales elementos de la autoconciencia colectiva de un pueblo y una de sus más importantes herramientas y vehículo de cultura, es así mismo un elemento cultural y por consiguiente mucho más móvil que el elemento genético-antropológico, actuando dicha movilidad en el tiempo (mutabilidad diacrónica) y en el espacio (difusión lingüística). Muchas de las supuestas expansiones étnicas que tuvieron lugar en el Próximo Oriente Antiguo fueron probablemente fenómenos de difusión lingüística, dentro de interacciones complejas que se produjeron en el ámbito de la aculturación, consecuencia sobre todo de la variedad cultural y su interrelación.

Aún en los casos en que la expansión étnica está constatada, por ejemplo mediante el fenómeno de la migración, otros factores terminaron por imponerse sobre el componente genético-antropológico. Así, los hititas tuvieron que establecerse en Anatolia para desarrollar una forma compleja de cultura que por el contrario se ha supuesto muchas veces habrían portado desde siempre asociada a sus características étnicas. ¿Por qué no la desarrollaron pues previamente?. Otro tanto puede afirmarse de los medos y persas, pastores seminómadas durante milenios y que en un lapso relativamente breve adoptaron las formas de la civilización urbana del Próximo Oriente. ¿Qué papel jugaba entonces en todo ello su adscripción étnica a la familia indoeuropea? Los mismos kasitas resultaron finalmente asimilados en un grado elevado por la cultura mesopotámica, representando otro ejemplo significativo. La misma diferenciación y autoconciencia de los hebreos a partir de un momento histórico dado, constituyó un fenómeno cultural, la expresión de un nacionalismo religioso exacerbado en unas gentes que compartían la misma base genético-antropológicas que las restantes poblaciones cananeas.

Por otra parte, el grado de aculturación y mezcla de gentes de origen diverso debió de ser significativo desde un principio. En la baja Mesopotamia sumerios, semitas y otras gentes vivían en estrecha vecindad y colaboración, lo que también puede decirse de los hititas respecto a la población *hatti* de Anatolia. No hay forma de saber si un individuo que llevaba un nombre sumerio no hubiera sido de origen semita y a la inversa, pues las uniones entre ambos pudieron ser frecuentes. Cuando desde comienzos del segundo milenio la población sumeria desaparece, su eclipse no constituye tanto un fenómeno de tipo étnico como cultural. Aquella gen-

te seguía estando allí; sus ciudades y muchos de los elementos más característicos de su civilización perdurarían durante siglos, pero culturalmente fueron asimilados por la población semita que terminó por imponer su lengua y algunas de sus costumbres. Los sumerios no se evaporaron, ni fueron étnicamente diezmados, sino que, en un proceso más amplio de mestizaje, fueron sometidos a una intensa semitización, acompañada además de la pérdida de importancia económica de muchos de sus centros frente al nuevo auge de las zonas de población y cultura semita, reforzadas en aquel momento por la llegada e instalación en Mesopotamia de los amoritas, otros semitas de carácter originariamente nómada.

Desde esta perspectiva el componente étnico de la cultura resulta insignificante en comparación con los factores ecológicos, tecnológicos, sociales, económicos, institucionales, simbólico-ideológicos, etc., que caracterizan el modo de vida de las gentes de un determinado periodo y lugar. Resulta falso y manipulador, afirmar, por tanto, que tal o cual cosa fue una creación de los sumerios, de los hititas o de los persas, entendidos todos ellos como etnias y no como pueblos organizados en sociedad de acuerdo a motivaciones que son fundamentalmente culturales.

## 1.3. Fuentes, cronología y periodización

Antes del desarrollo, desde el pasado siglo, de las investigaciones arqueológicas en el Próximo Oriente, que fue una consecuencia de la política colonial de las naciones europeas en aquellos países, todo lo que se sabía de los asirios, los babilonios, los hititas o los fenicios, descansaba únicamente en lo que sobre ellos se podía leer en los distintos libros del Antiguo Testamento. A medida que los arqueólogos fueron recuperando los vestigios de aquellas antiguas civilizaciones y poniendo en marcha métodos para hacer más eficaces sus investigaciones, una cantidad cada vez mayor de documentos ha ido engrosando nuestros conocimientos. Hallazgos no muy lejanos de nuestros días como el de la ciudad de Ebla en Siria, nos confirman que apenas hemos recorrido un pequeño trecho del camino, y que queda aún mucha información por descubrir y estudiar.

### 1.3.1. Los documentos: su estudio y limitaciones

Básicamente los documentos de que disponemos para reconstruir la historia y el modo de vida de todas aquellas gentes que habitaron el Próximo Oriente durante la Antigüedad, se clasifican en textos, que pueden ser de muy diversa índole (crónicas, inscripciones, literatura religiosa y sapiencial, códigos, etc.), traducidos de sus respectivas lenguas por los filólogos, y restos materiales (diversas clases de artefactos, utensilios, cons-

trucciones, etc.) que estudian los arqueólogos. Ambos proporcionan la información de que disponemos para reconstruir la historia del Próximo Oriente Antiguo, y por tanto constituyen las fuentes de nuestro conocimiento. Dicha información es, en conjunto, muy abundante, pero se encuentra muy irregularmente distribuida, tanto en el espacio y en el tiempo como en lo que concierne a los diversos tipos de actividades realizadas por las gentes de aquellas civilizaciones, de las que pretendemos llegar a adquirir un conocimiento histórico lo más completo posible. Aunque el paulatino y trabajoso desciframiento de las lenguas (sumeria, acadia, hitita, persa...) ha ido poniendo a disposición de los especialistas una gran cantidad de información que procede, casi siempre, de los yacimientos excavados por los arqueólogos, no debemos olvidar que son los palacios y los templos los que proporcionan el grueso de la documentación escrita, testimonio significativo al mismo tiempo del tipo de organización social imperante. La ausencia de una literatura que no provenga de forma exclusiva de los círculos socioculturales dominantes nos limita a la perspectiva propia de aquellos, y por consiguiente cuando empleamos los códigos y ordenamientos jurídicos como principal forma de abordar el conocimiento de una realidad social que de otra manera se nos escapa, percibimos sobre todo el punto de vista del legislador sin llegar a alcanzar plenamente la perspectiva de los legislados.

Aunque los materiales sobre los que se escribieron los documentos (tablillas de arcilla cocida, piedra, bronce) han facilitado enormemente su conservación hasta nuestros días, y debemos al afán recopilador de algunos reyes de aquellos tiempos el haber podido encontrar grandes cantidades de ellos, como ocurre por ejemplo con la gran biblioteca del palacio de Assurbanipal, la información que nos proporcionan dista muchas veces de ser todo lo amplia y completa que nos gustaría. Al carácter parcial de los textos escritos, que emanan exclusivamente de los grupos socioculturales dominantes, ya que la mayoría de la población permanecía iletrada, se añaden los imponderables propios de la documentación de tipo arqueológico que, si por una parte reporta la ventaja de proporcionar en muchos casos datos fiables e indiscutibles dado su carácter empírico, adolece por otra de la casuística propia del estado de conservación de los yacimientos, algo que escapa a la responsabilidad y capacitación de los investigadores, así como de los problemas típicos derivados de la investigación de campo. Además, los restos de cultura material que se han conservado y han sido hallados por los arqueólogos, no lo han sido por una razón meramente aleatoria. Su grado de preservación ha dependido también, de alguna forma, de la calidad de sus soportes físicos, los materiales en que están realizados, que es mayor, por lo general, cuanto más elevado es el rango social de quienes los detentaron. El rastro de la forma de vida de los nómadas es, en este contexto, prácticamente ilocalizable.

### 1.3.2. La cronología y sus problemas. Periodización

Ni la investigación arqueológica, ni las otras disciplinas que se ocupan del estudio del Próximo Oriente Antiguo (Asiriología, Hititología, estudios bíblicos...) han podido resolver totalmente los problemas que plantea la cronología, por lo que, ante la imposibilidad de obtener dataciones firmes, la periodización y las sincronías se presentan como útiles instrumentos para hacernos una imagen suficientemente fidedigna del transcurso de su evolución histórica. Los arqueólogos, por su parte, se han esforzado en reunir distintos conjuntos de caracteres y elementos culturales (utensilios, construcciones, obras de arte, etc.) y ordenarlos dentro de una secuencia lógica de más antiguo a más reciente, según la posición que ocupaban en los estratos de los yacimientos en que aparecieron y de acuerdo con criterios tales como las formas, dimensiones y estilos. Se dispone con ello de una periodización arqueológica que nos informa que tal conjunto de rasgos culturales observado en tal o cual sitio es anterior o posterior a tal otro pudiéndose establecer de esta forma periodos de duración aproximada. Con todo, la mayor parte de las dataciones así obtenidas son relativas, por lo que han de emplearse otros criterios y métodos para poder obtener datos cronológicos más seguros. Dado que algunas inscripciones, principalmente las de los reyes, proporcionan fechas más concretas que podemos establecer por contraste con acontecimientos históricos mejor datados o con sucesos astronómicos bien conocidos, y que en otras ocasiones se puede recurrir a métodos de datación mediante análisis físico-químico (carbono 14, potasio-argón, termoluminiscencia...), así como a la dendrocronología, se pueden llegar a obtener con su ayuda fechas más seguras que permiten presentar una serie sucesiva de periodos caracterizados cada uno de ellos por una cronología relativa:

| | |
|---|---|
| Edad del Bronce | 3000 al 1100 a. C. |
| Bronce Antiguo | 3000 al 2000 a. C. |
| Bronce Medio | 2000 al 1650 a. C. |
| Bronce Reciente | 1650 al 1150 a. C. |
| | |
| Edad del Hierro | 1100 al 330 a. C. |
| Hierro Antiguo | 1150 al 850 a .C. |
| Hierro Medio | 850 al 500 a. C. |
| Hierro Reciente | 500 al 330 a. C. |

Cada uno de tales periodos se divide, a su vez, en una serie de fase correlativas observadas en los estratos sucesivos de diversos yacimientos Así se puede decir que el Bronce Antiguo queda dividido en B.A. I, II y II correspondiendo cada una de tales fases arqueológicas a periodos histó

| Fecha a.C. | Fase arqueológica | Siria-Palestina | Anatolia | Alta Mesopotamia | Baja Mesopotamia | Irán |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | «revolución urbana» | tardo-calcolítico Uruk | tardo-calcolítico Uruk | tardo-calcolítico Uruk | tardo-Uruk 3300-3100 | Uruk |
| 3000 | Bronce Antiguo I | | | Nínive | Gemdet Nasr 3100-2900 | periodo proto-elamita 3100-2700 |
| | Bronce Antiguo II | | | | periodo proto-dinástico I 2900-2750<br>II 2750-2600 | |
| 2500 | Bronce Antiguo III | Ebla 2500-2300 | | | III 2600-2350 | |
| | | Mari | | | Akkad 2350-2200 | Awan 2350-2200 |
| | | | | | Guteos 2200-2120 | |
| | | | | | Ur III 2120-2000 | Simash 2050-1950 |
| 2000 | periodo intermedio Antiguo-Medio Bronce | Amorreos 2000 | | Amorreos 2000 | Amorreos 2000 | |
| | Bronce Medio | Mari 1850-1750<br>Yamkhad 1800-1600<br>Alalakh VII<br>«Hyksos» | colonias asirias 1900-1750<br>Antiguo Reino hitita 1650-1550 | antiguo reino asirio 1950-1750<br>época oscura 1750-1550<br>Khana | Isin 2017-1794<br>Larsa 2025-1763<br>Babilonia 1894-1595<br>País del Mar | Sukkal-makh 1900-1750 |
| 1500 | Bronce Tardío | condominio egipcio-mitanio 1550-1370 | periodo medio-hitita Kizzuwatna 1550-1370 | hegemonía mitania 1550-1360 | kassitas 1600-1150 | |
| | | condominio egipcio-hitita 1370-1190 | imperio hitita 1370-1190 | reino medio asirio 1360-1050 | | reino medio-elamita |
| | | Pueblos del Mar 1200 | | | | |
| | Edad del Hierro I | | | | Isin II 1150-1025 | |
| 1000 | Edad del Hierro II | arameos 1100-720<br>neohititas 1100-720 | Frigia 750-650<br>Lidia 650-550<br>Nairi<br>Urartu 800-600 | crisis de Asiria 1050-900<br>imperio asirio 900-615 | varias dinastías 1025-725 | |
| | Edad del Hierro III | dominio asirio | | | dominio asirio 725-625 | reino neo-elamita 750-650 |
| | | dominio medo y caldeo | | | Caldeos 625-539 | Media 650-550 |
| 500 | | imperio persa (desde el 550) | | | | |

Fig. 1.2. Tabla cronológica del Próximo Oriente Antiguo (tomada de M. Liverani)

ricos de mayor o menor extensión, como el Dinástico antiguo, el Imperio acadio, la dominación de los guteos y el Imperio de la Tercera Dinastía de Ur. Como se observará, el principal defecto de este tipo de periodización arqueológica es que no hace referencia alguna a los acontecimientos históricos ni a las características más importantes de cada periodo, sino que se limita a establecer una secuencia ordenada de «horizontes» culturales; aplicada además sin las matizaciones y correcciones necesarias a regiones muy extensas, como el Próximo Oriente Antiguo, induce a la aparición de desfases y desajustes entre distintas zonas cuyo desarrollo cultural no ha sido sincrónico, por lo que su empleo exclusivo no resulta de utilidad para el historiador. Este, por el contrario, prefiere utilizar periodizaciones basadas en la cronología histórica, que es la que se obtiene principalmente de la fechas que proporcionan las inscripciones y otros documentos por el estilo, contrastadas con los datos cronológicos que se pueden obtener de la lectura de los textos y su relación, siempre que ello sea posible, con otros acontecimientos históricos o astronómicos conocidos. El historiador utiliza, de esta forma, los sincronismos con otras culturas y civilizaciones mejor conocidas, como la griega, cuya información puede resultarle de mucha utilidad para construir su armazón cronológico.

En este volumen, intentaremos una síntesis entre ambas clases de periodizaciones, enmarcando los periodos históricos principales en las secuencias más amplias de tipo arqueológico y refiriendo éstas finalmente a un ámbito cronológico extenso de milenios y mitades de milenio. Así diremos, por ejemplo, que el Imperio acadio es el periodo de un siglo y medio de duración posterior al Dinástico antiguo, ambos dentro de la secuencia de la Edad del Bronce Antiguo que discurre durante el Tercer milenio. O que el Imperio hitita se extiende durante buena parte de la Edad del Bronce Reciente que transcurre en la segunda mitad del Segundo milenio. Las fechas más concretas se consignarán siempre entre paréntesis, tanto afecten a la duración de un reinado o de un particular periodo histórico. La tabla cronológica de la fig. 1.2., adaptada de M. Liverani, puede resultar de utilidad para una mejor comprensión de la periodización histórico-arqueológica del Próximo Oriente Antiguo.

# 2.

# El Neolítico: desarrollo de la vida aldeana y la diversificación de las actividades productivas

Durante muchos miles de años los hombres subsistieron practicando la caza y la recolección. Sus condiciones de vida no debieron ser tan miserables como durante mucho tiempo se han venido imaginado, ya que durante todo ese lapso ni los pequeños grupos de cazadores se extinguieron ni tuvieron que modificar drásticamente su forma de vida. La observación directa de las bandas paleotécnicas que subsisten actualmente en algunos rincones del mundo ha contribuido en gran medida a modificar nuestra imagen de la vida humana en el Paleolítico. La supervivencia en la Prehistoria remota no era un milagro, sino el resultado de un cálculo preciso sobre la apropiación de los recursos disponibles y de la gente que podía mantenerse con ellos, de la integración, en definitiva, en unas condiciones medioambientales determinadas. Una integración no mecánica, sino social, en la que los hombres del Paleolítico forjaron los vínculos de solidaridad y cooperación que permitieron su supervivencia y dieron muestras de una capacidad de creación y raciocinio que los aleja definitivamente de la imagen de pobres salvajes rudimentarios (en realidad una imagen proyectada por nosotros) que ha venido persiguiéndoles durante tanto tiempo. Luego, y de forma más o menos acelerada en contraste con los largos milenios precedentes, comenzaron a domesticar plantas y animales, a cultivarlas y a criarlos al tiempo que se volvían más sedentarios. A la larga las consecuencias de aquella transformación fueron de una enorme trascendencia, ya que con ella se estaban sentando las bases para el surgimiento de eso que denominamos «civilización», esto es, de la aparición de formas de vida mucho más complejas, sofisticadas y también más desiguales.

## 2.1. La neolitización del Próximo Oriente

Como hace más de cinco mil años que habitamos en ciudades hemos dado en llamar a este tipo de vida sedentaria y especializada «civilización» y hemos llegado a creer que es la forma «natural» que deben alcanzar los procesos de evolución cultural. Este peculiar punto de vista nos hace olvidar muy a menudo que nuestra especie (a la que pomposamente denominamos *Homo Sapiens* ) llevaba vagando por la tierra, antes de que surgieran las primeras comunidades sedentarias, al menos 50.000 años, mientras que la vida en asentamientos estables, aldeas que más tarde se convirtieron en ciudades, tiene apenas una antigüedad de unos 10.000.

### 2.1.1. Los procesos de neolitización en el Próximo Oriente

Las razones por las que las formas de vida de ese extenso periodo de la Prehistoria que denominamos Paleolítico fueron abandonadas para ser sustituidas por aquellas otras propias del Neolítico, han sido y son objeto de un amplio y profundo debate (Redman: 1990; 119-184). Superada la perspectiva clásica que hacía depender de la invención de la agricultura los comienzos de la vida sedentaria y el posterior crecimiento de la población, una parte de los estudiosos del problema concede gran importancia a los cambios climáticos (Wright: 1968) y al aumento de las densidades de las poblaciones humanas de cazadores-recolectores, y propone aproximadamente el siguiente esquema: durante los largos milenios del Paleolítico, los seres humanos llevaron una vida basada en la caza y la recolección que imponía la movilidad de los grupos así como sus reducidos tamaños, de acuerdo a la necesidad de adecuarse a los ciclos estacionales de la naturaleza por los cuales se distribuían plantas y animales por diferentes territorios en distintas partes del año, y ante la ausencia de técnicas eficaces de conservación de alimentos. Una tecnología simple pero eficaz, que utilizaba la piedra, el hueso y la madera como materiales para la elaboración de sencillas herramientas, constituyó durante todo aquel tiempo el medio por el cual los hombres se aprovisionaban de lo necesario para la reproducción social y la subsistencia. Entre hace 30.000 y 12.000 años, el lento desarrollo de esa tecnología, al que se sumó en el Magdaleniense un cambio tecnológico fundamental como fue la invención del arco, permitió a nuestros remotos antepasados el acceso a los útiles y las técnicas que les posibilitaban vivir de la caza de los grandes animales terrestres. Posteriormente, hace unos 13.000 años, comenzó un cambio climático con el que se señalaba el fin del último periodo glaciar. Las alteraciones del clima y del paisaje junto con los resultados de la depredación humana, acabaron provocando la virtual extinción de la megafauna del

Pleistoceno. En consecuencia, los posteriores cazadores y recolectores de «amplio espectro» del Mesolítico, o periodo de transición hacia el Neolítico, se alimentaron prácticamente de cualquier fuente de proteínas que cayera en sus manos. Al mismo tiempo, un crecimiento de la población –que ha sido explicado de distintas maneras– forzaba el interés de aquellos hacia las plantas como nutrientes, a medida que una caza intensiva y diversificada amenazaba con la extinción de las especies perseguidas.

Paralelamente, una tendencia hacia la sedentarización se hacía cada vez más dominante. En algunos lugares del hemisferio norte, particularmente en lo que se conoce como el «Creciente Fértil», un arco geográfico que se extiende desde Palestina, a través de la zona de piedemonte del Tauro y del Zagros, hasta el Khuzistán, las condiciones naturales favorecieron la implantación del nuevo tipo de vida. Amplios campos de granos silvestres –los antecesores de nuestros cereales– y leguminosas, entre los que vivían manadas de gacelas, cabras y ovejas salvajes, incitaron a los cazadores-recolectores mesolíticos a instalarse en campamentos permanentes en donde podían incrementar su consumo de carne y de plantas alimenticias a un mismo tiempo. El control del agua, un factor crítico de vital importancia, y con ello el de la caza, junto con incipientes técnicas de conservación de alimentos, parecen haber ejercido también una considerable influencia en la aparición de las primeras aldeas pre-agrícolas, que como lugares para almacenar el grano, molerlo en forma de harina y convertirlo en tortas o gachas, con sus casas, silos, hornos y molinos, significaban una inversión de trabajo que no merecía abandonarse por las buenas. Así es cómo los hombres fueron adoptando por vez primera un modo de vida más sedentario.

Todos estos cambios graduales habrían de conducir finalmente a la adopción de la agricultura como forma de aprovechamiento de los recursos naturales, lo que ha hecho que algunos investigadores rechacen, por impropio, el término de «revolución neolítica» acuñado en su momento por Gordon Childe (1954). Sin embargo, el término «revolución» no expresa tanto la idea de un cambio rápido, aunque después de cerca de dos millones de años de caza y recolección, una transformación de las formas de vida que se realiza en el curso de 2.500 años sí que lo parece, cuanto profundo, total, radical, de la estructura socioeconómica de las poblaciones humanas (Liverani: 1988, 62). Es preciso considerar, a la luz de los datos de que disponemos, las condiciones en las que se produjeron tales transformaciones.

Durante el último periodo mesolítico, o Epipaleolítico 2 si empleamos la terminología basada en la industria lítica, aparecieron en el «Creciente Fértil», los primeros sitios de los que se dispone de pruebas acerca de la vida sedentaria. Algunos de estos poblados parecen haber sido ocupados únicamente desde la primavera hasta el final del otoño, mientras que otros

fueron utilizados permanentemente durante todo el año. Una vez establecido, sus habitantes, que practicaban una caza selectiva y controlada de las especies próximas, observaron las ventajas de disponer de un número asequible de animales, dando así comienzo la domesticación. Según fue creciendo el número de animales domesticados, el problema de su alimentación, en la que competían con el hombre consumiendo los mismos alimentos silvestres, se resolvió con el cultivo de aquellas plantas que conformaban la dieta de ambos. Las cosechas de cereales abrieron así nuevas posibilidades de alimentar al incipiente ganado con el rastrojo y otras porciones de las plantas no comestibles para el hombre. Ambas domesticaciones, animales y plantas, que se produjeron en los mismos tiempos y lugares, formaban parte de una producción más intensiva y diversificada de alimentos llevada a cabo por aquellas gentes, que condujo finalmente a la adopción de un nuevo sistema de producción. Vista desde esta perspectiva, la aparición de la vida aldeana fue la consecuencia de los agotamientos producidos cuando se intensificó el modo de subsistencia basado en la caza-recolección y de las respuestas de las poblaciones humanas a tales agotamientos (Harris: 1978, 31 ss.).

Como habíamos indicado, no todos, entre quienes investigan los cambios culturales acaecidos en la Prehistoria, están totalmente de acuerdo con esta reconstrucción, que guarda sin duda una importante deuda con la teoría del «medio favorable» de Braidwood (1958, 1960), según la cual la convivencia en un mismo habitat natural de animales, plantas y hombres (zonas de pidemonte) habría de provocar a la larga el proceso de neolitización. La incidencia del cambio climático es minimizada como factor determinante de las transformaciones en las actividades de subsistencia, y la del aumento de la población (Boserup: 1967; Cohen: 1981) incluso negada por quienes defienden un punto de vista en el que lo principal estriba en el agotamiento de los recursos tradicionales y la necesidad de emplear técnicas y estrategias alternativas. El crecimiento de la población sería, por tanto, más una consecuencia que una causa de tales transformaciones (Layton, Foley y Williams: 1991) y la domesticación, entendida como el conjunto de cambios morfológicos que convertirían a determinadas plantas en más propicias para su producción controlada, podría haber precedido a los cultivos como una consecuencia de la recolección selectiva de aquellas, más que haber sido originada por estos (Blumler y Byrne: 1991). Históricamente cabría resaltar por ello la primacía de la sedentarización sobre la agricultura y del aumento demográfico dependiente de la capacidad de crear técnicas de conservación de alimentos. No se trataría tanto, de acuerdo con este perspectiva, de una evolución «irreversible» cuanto de la aplicación simultánea de distintos sistemas de obtención de recursos; durante un tiempo la caza y la recolección habrían convivido con la crianza de animales y el cultivo de plantas, hasta que de acuerdo a las condi-

ciones imperantes (descenso de la fauna, menor movilidad de los grupos humanos, aparición de nichos ecológicos apropiados) acabó por imponerse el más eficaz.

La sedentarización pudo haberse convertido en algunas ocasiones en un estímulo útil para la producción de alimentos y de esta forma haber precedido a la aparición de la vida agrícola, pues a menudo, como ocurrió en Palestina, las comunidades sedentarias que vivían de la recolección de plantas y la caza de animales fueron anteriores a las primeras aldeas agrícolas, pero entonces cabe preguntarse cuál fue el impulso hacia la sedentarización. Otras veces la sedentarización y la agricultura pudieron haberse desarrollado al mismo tiempo, como parece que ocurrió en el piedemonte de los Zagros (Redman: 1990, 187). Y no siempre el resultado habría de ser la aparición de formas tempranas de explotación agrícola, el pastoreo nómada (que apenas proporciona vestigios arqueológicos contrastables) pudo haber sido otra posibilidad. La escasez de recursos, motivada o no por el cambio climático, y la subsiguiente presión demográfica (que no necesariamente implica un aumento inicial de la población) parecen ser, en cualquier caso, factores en cuya importancia muchos coinciden. Probablemente el agotamiento de los recursos que habían mantenido a las poblaciones del Paleolítico superior no fue provocado por un crecimiento importante de aquellas sino por un intento de mantener sus pautas dietéticas, con lo que la intensificación de la caza acentuó la vulnerabilidad de las grandes especies de crianza lenta. Las presiones reproductoras y, en general las amenazas a su nivel de vida, no tuvieron por qué ser consecuencia de un notable incremento de la población, sino derivadas de transformaciones climáticas paulatinas como las provocadas por la retirada de los últimos glaciares que ocasionaron una forestación de las extensas llanuras cubiertas de hierba que habían servido de alimento a las grandes manadas. La extinción pudo ser consecuencia, por tanto, de la acción combinada de los efectos de los cambios climáticos (que seguramente no fueron bruscos, al contrario de lo que pensaba Childe) y la depredación humana (Harris: 1978, 34), y como proponen algunos (Binford: 1968; Flannery: 1969), la existencia de una tendencia hacia la sedentarización de determinados grupos de cazadores-recolectores que habitaban lugares con condiciones ecológicas «óptimas», reduciendo la necesidad de los traslados estacionales, podría haber incidido también en un aumento demográfico y en la existencia de desequilibrios interregionales (migración hacia zonas marginales y presión de unos grupos sobre otros) que desembocarían finalmente en la adopción de la agricultura.

Sea cual fuere el punto de vista que se adopte, se notará que la introducción de técnicas agrícolas y ganaderas para el aprovechamiento de los recursos naturales no surgió como una «invención» afortunada por parte de determinados grupos de hombres, sino que fue la respuesta cultural a

toda una serie de problemas prácticos que condicionaban su vida cotidiana; problemas relacionados con los ciclos de intensificación y agotamiento de los recursos. Existen datos de que las gentes del Mesolítico tardío se encontraban bien familiarizadas con una amplia variedad de plantas y animales y que habían podido manipularlas en su beneficio (Moore: 1982). La caza y la recolección selectiva aportaron el conocimiento y la posibilidad de desarrollar las posteriores domesticaciones, y parece que estas fueron más tempranas de lo que se ha venido considerando durante bastante tiempo. Las ventajas que aportaban todos aquellos cambios de las estrategias culturales relacionadas con las pautas de subsistencia, radicaban en que permitían una manipulación indirecta de los ciclos reproductivos de plantas y animales, impidiendo de esta forma una depredación indiscriminada que hubiera terminado por extinguirlos. De ahí a controlar directamente tales ciclos no mediaba más que un paso, que bajo condiciones adecuadas acabaría por darse.

Cuáles fueron tales condiciones sigue siendo objeto de discusión. Aún así parece probable que las primeras aldeas agrícolas, que debemos distinguir de los campamentos protoneolíticos, no surgieron en aquellas zonas privilegiadas en que abundaban la caza y los cereales silvestres, sino en otras inmediatamente próximas, pero marginales desde el punto de vista ecológico. A medida que grupos de personas se fueron desplazando, empujados por el crecimiento de la población, desde aquellos habitats originales a las zonas contiguas menos favorecidas en sus condiciones naturales, la única forma posible de mantener un nivel de vida adecuado era cultivando lo que antes se recolectaba, sobre todo si tenemos en cuenta la necesidad de alimentar al incipiente ganado. Por eso los primeros asentamientos agrícolas surgieron en determinados contextos ambientales en los que las condiciones climáticas permitían el crecimiento espontáneo, aunque menos abundante, de algunos cereales conocidos previamente en su estado silvestre. La media de lluvia anual así como la humedad del suelo, determinada por la existencia de zonas pantanosas o por el suficiente nivel de aguas subterráneas, constituyeron requisitos fundamentales que facilitaron el control, mediante el cultivo, de las cosechas que en las condiciones previas eran ofrecidas por la naturaleza.

### 2.1.2. La secuencia cultural y cronológica del Neolítico

La neolitización del Próximo Oriente es un fenómeno complejo, condicionado por una multiplicidad de factores, que requiere para su mejor comprensión encuadrarlo en una secuencia cronológica ordena y coherente. El problema surge en el momento de establecer unos límites precisos para los inicios de la vida aldeana y agrícola, ya que su implantación

no repentina obedece, como se ha visto, a un proceso en el que no resulta sencillo, ni veraz, aislar fechas absolutas. Las dificultades no desaparecen, empero, al avanzar en la secuencia ya que no todas las áreas del Próximo Oriente experimentaron los mismos procesos en los mismos momentos, como ocurre con la introducción del regadío agrícola o la utilización de los metales en estado nativo. Aún así, un orden cronológico general, aunque aproximado, resulta necesario.

La transición mesolítica, como fase intermedia entre el final del Paleolítico Superior y el Neolítico inicial, se corresponde en la terminología basada sobre la tipología de la industria de piedra, con el periodo Epipaleolítico. Este, dividido a su vez, en Epipaleolítico 1 (del 15.000 al 10.000) y Epipaleolítico 2 (del 10.000 al 8.500), conoce en su segunda fase, la producción incipiente de alimentos, así como la aparición de los primeros asentamientos al aire libre, con lo que el habitat deja de ser exclusivo de las cuevas. Este segundo momento del Epipaleolítico, que es denominado por algunos (Braidwood: 1985; Liverani: 1988) como Neolítico «incipiente», se caracteriza por la presencia de la cultura *natufiense* en Palestina (Mallaha, Behida, Jericó) y se constata también en los asentamientos del piedemonte de los Zagros (Zawi Chemi, Karim Sahir, Tepe Asiab). Se trata de agregaciones de cabañas –campamentos o poblados– de planta circular que descansan sobre una fosa semienterrada en el suelo. Los datos procedentes de Zawi Chemi sugieren una temprana (8.900) domesticación de ovejas. Se ha documento igualmente la presencia de silos en donde guardar el grano recolectado o incipientemente cultivado.

El Neolítico inicial o acerámico se extiende hasta el 6.000 y supone la implantación definitiva de la vida sedentaria y de las técnicas productivas agrícolas. Hacia el 8.000 la forma normal de asentamiento era al aire libre y se constata ya una población significativamente más numerosa que en la época anterior. Surgen las primeras aldeas, frente a los campamentos estacionales o permanentes de antes, con poblaciones entre los 250 y 500 habitantes, y casas de planta cuadrangular. La subsistencia se basa en el cultivo de cereales y leguminosas y en los rebaños de cabras, ovejas y cerdos, pero la caza y la recolección eran todavía actividades importantes. En Palestina, el Neolítico acerámico (A y B), de tradición natufiense en su origen, se encuentra bien representado (Nahal Oren, Jericó, Beidha, Munhata), como también en Siria (Mureybit), y en el piedemonte del Tauro (Cayönü), y de los Zagros, en el Kurdistán (Jarmo), Luristán (Tepe Gurán) y Khuzistán (Ali Kosh). Gran parte de los asentamientos neolíticos de Palestina fueron abandonados hacia el 6000, tal vez debido a una cierta desecación del clima que redujo los índices de pluviosidad, registrándose un hiato cultural de cerca de 1500 años (Jericó, Munhata, Sheik Alí). En el sudeste de Anatolia, Hacilar es una pequeña aldea del séptimo milenio cuyos habitantes cultivaban cebada y escanda, como los de Jarmo. El poblado

continuó existiendo durante el siguiente periodo del sexto milenio en que hace su aparición la cerámica.

| | |
|---|---|
| Epipaleolítico 1: | del 15.000 al 10.000 |
| Epipaleolítico 2: | del 10.000 al 8.500 |
| Neolítico incipiente:<br>Palestina: Natufiense (Mallaha, Al-Kiham)<br>Zagros: Zawi Chemi, Tepe Asiab | Campamentos de cazadores/<br>recolectores. Sedentarización.<br>Primeros ensayos agrícolas |
| Neolítico inicial o acerámico:<br>Palestina: Jericó, Beidha, Munhata<br>Siria: Mureybit<br>Anatolia: Hacilar, Cayönü<br>Zagros: Jarmo, Tepe Guran, Ali Kosh | del 8.500 al 6.000<br>Primeras aldeas. Enterramientos<br>bajo las viviendas. Economía mixta<br>caza-recolección/agricultura |
| Neolítico pleno o cerámico:<br>Palestina: Biblos, Munhata<br>Siria: Tell Hallaf<br>Anatolia: Chatal Huyuk<br>Mesopotamia: Umm Dabagiyah, Arpachiyah<br>Hassuna, Samarra, Choga Mami, Tel es-Sawwan<br>Irán: Ganj Dareh, Tepe Sabz | del 6.000 al 4.500<br>Cerámica.<br>Silos.<br>Necrópolis.<br>Irrigación a pequeña escala.<br>Excedentes agrícolas.<br>Artesanías. |
| Neolítico final/Calcolítico:<br>Mesopotamia: Eridu, El Obeid<br>Irán: Tepe Sabz, Susa | desde el 4.500<br>Elites. Especialización<br>económica y funcional. Urbanización |

**Fig. 2.1.** Cronología del Neolítico en el Próximo Oriente

El Neolítico pleno transcurre entre el 6.000 y el 4.500, y se caracteriza por una expansión de las técnicas productivas que alcanzaron las altiplanicies anatólica e irania y las tierras aluvionarias de Mesopotamia. Se inició entonces la irrigación artificial de los cultivos a escala modesta (Jericó, Chatal Hüyük, Eridu) y la manufactura de cerámicas y tejidos de lino y lana. Aparecen también los más antiguos vestigios de muestras de religiosidad relacionadas con un culto a los ancestros y a la fertilidad. Se trata de un periodo de gran variedad regional en el que plantas y animales domesticados son transferidos a regiones donde no habían existido en estado natural y donde encuentran un espacio más amplio para desarrollarse. A mediados del sexto milenio la mayoría de las aldeas fabricaban cerámicas con decoración incisa o pintada. Durante el Neolítico pleno o cerámico el Levante (Palestina y Siria) dejará de estar en la vanguardia de las innovaciones y del proceso de desarrollo, aunque la continuidad de la vida neolítica está asegurada en sitios como Biblos y Munhata. En Anatolia, Chatal Huyuk constituye la mayor concentración que se conoce de aquella época en todo el Próximo Oriente y su arquitectura revela un grado de sofisticación y organización desconocido en otras partes. Las culturas mesopotámicas de Hasuna, Tell Halaf y Samarra (con el nombre de los yacimientos donde por vez primera fueron atestiguadas) que antes se consi-

deraban sucesivas, extendiéndose en el tiempo entre el 5500 y el 4500, son en la actualidad interpretadas como expresiones regionales más o menos contemporáneas (Manzanilla: 1986, 84 ss) que sucedieron a la primera cultura neolítica localizada en Mesopotamia, Umm Dabaguiyah (6000-5500), en el norte de la llanura aluvial, en tierras de lo que en periodos históricos posteriores conoceremos con el nombre de Asiria. Halaf, que se caracteriza frente a las demás por su arquitectura de planta circular, es la más septentrional de ellas con el yacimiento arquetípico de Arpachiyah en la alta Mesopotamia, extendiéndose por buena parte del norte de Siria (Tell Hallaf), y Samarra la más meridional, ubicándose Hasuna entre ambas. En su fase final (5000-4800) atestiguada en el sitio de Choga Mami, la agricultura irrigada (Oates: 1976, 109 y 128) alcanzó creciente importancia entre las gentes de la cultura de Samarra, quedando la caza relegada a un papel marginal, al haber perdido su importancia en la obtención de alimento. Los adobes, más duraderos y resistentes que el tapial y que posibilitan la construcción de edificios de mayores dimensiones, se emplearon por primera vez en Mesopotamia en la arquitectura de los asentamientos de Choga Mami y Tell es-Sawwan, aunque ya habían sido utilizados antes en Anatolia (Cayönü) e Irán (Ganj Dareh). También se empleaba el cobre nativo en los que constituyen los objetos metálicos más antiguos encontrados en Mesopotamia.

El Neolítico final y el Calcolítico, cuyos límites no son fáciles de precisar, coinciden, a partir del 4500, con el desarrollo de los procesos de estratificación social y urbanización, basados en una economía excedentaria y en la distribución desigual del excedente, que llevarán a la aparición de la civilización, la sociedad de clases, y el Estado. A la aparición de la cultura de Eridu (5000-4500) en el sur de Mesopotamia, que practicaba también la agricultura irrigada y confiere unidad cultural a los territorios que luego conoceremos como Sumer, Akkad y Elam, sucede aquella otra de El Obeid (4500-3500), con la que la Mesopotamia meridional, ya en ambiente calcolítico y en un contexto protohistórico, se situará a la cabeza del desarrollo tecnológico y organizativo del Próximo Oriente, mientras que más al norte la cultura de Halaf, que había alcanzado una extensión extraordinaria expandiéndose hasta alcanzar el curso medio-alto del Eufrates y la costa mediterránea, sufrirá una crisis progresiva de difícil explicación (Liverani: 1988, 89).

### 2.1.3. Las primeras aldeas y la organización de la vida aldeana

La vida era sencilla en las primitivas aldeas de los incipientes cultivadores del Próximo Oriente, con una extensión reducida y una población li-

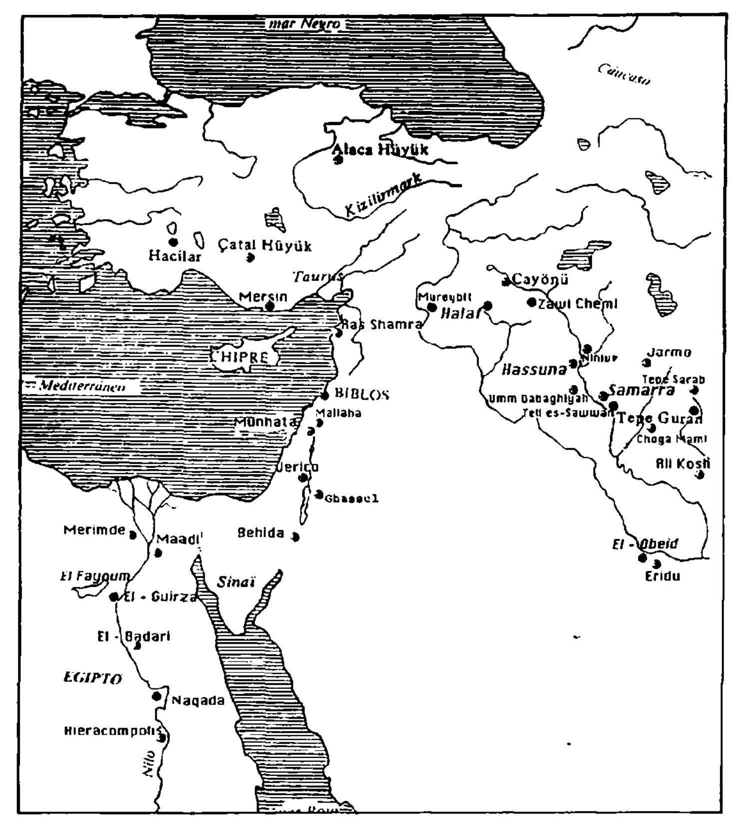



**Fig. 2.2.** El Neolítico

mitada, organizada de acuerdo a la afinidad o al parentesco. En un primer nivel, correspondiente a los primeros estadios de la agricultura, cuando las actividades de caza y recolección eran aún importantes para la subsistencia, la adhesión y la afinidad podrían haber dominado el comportamiento social de las gentes de las primeras aldeas agrícolas, de acuerdo con lo que se sabe de la formación y desarrollo histórico de la comunidad doméstica. Pronto, sin embargo, dado que la explotación de la tierra como medio de trabajo favorece la constitución de lazos sociales perma-

nentes e indefinidamente renovados y que la circulación de las subsistencias entre generaciones consecutivas así como la solidaridad que se establece entre ellas, suscitan las preocupaciones ligadas a la reproducción física y estructural del grupo (Meillassoux: 1977, 67 ss.), el parentesco arbitrado mediante el matrimonio y la filiación, se convirtió en el elemento predominante. La planificación y realización de las actividades productivas recaía en los propios grupos de parientes que las llevaban a cabo, por lo que las unidades doméstico-familiares dominaban el proceso de la vida económica y social. Las técnicas, apoyadas en el utillaje lítico, eran simples y requerían más de la colaboración que de la especialización; por lo que ésta era todavía mínima y respondía fundamentalmente a la división de los grupos familiares por edades y sexos, en virtud de lo cual se realizaba un trabajo diferente.

La economía doméstica de las primitivas aldeas agrícolas autosuficientes, con su organización social igualitaria, no posibilitaba ni precisaba de un excedente de recursos, puesto que la división del trabajo no lo era a tiempo completo. La presencia de algunos materiales exóticos, como la obsidiana o las conchas marinas, encontradas en lugares situados a muchos cientos de kilómetros de sus regiones de origen (Anatolia, el Mar Rojo y el golfo Pérsico) aunque demuestran la existencia de contactos a grandes distancias, no permiten hablar de un comercio especializado, pues seguramente eran llevados de acá para allá por pequeños grupos de nómadas que, practicando el pastoreo, compartían estacionálmente los mismos espacios naturales con los agricultores sedentarios y los intercomunicaban. A partir de entonces el dimorfismo sedentarios/nómadas será una de las constantes de todo el posterior desarrollo cultural e histórico del Próximo Oriente.

Varios son los aspectos que más llaman nuestra atención sobre la vida de aquellas comunidades de campesinos neolíticos, relacionados con las innovaciones técnicas y las adaptaciones culturales que fueron propiciadas por las nuevas formas de vida. Se trata de aspectos tales como el descubrimiento de la cerámica, la aparición de la guerra como actividad institucionalizada y ritualmente regulada, diferenciada claramente de la violencia intergrupal esporádica, y la creación de una ideología religiosa que, en torno al culto a los ancestros y a las fuerzas responsables de la fertilidad, legitimó la primera de todas las explotaciones, la de la mujer por el hombre. Por supuesto, cada uno de ellos formó parte activa del proceso global que a la postre daría lugar a la aparición de la civilización y las primeras ciudades, lo que no implica un desarrollo siempre conjunto ni homogéneo de los mismos. La guerra, como pauta cultural que promueve la supremacía masculina y afecta a la regulación del equilibrio población/recursos, parece haber aparecido tempranamente en unas zonas y más tarde en otras, dependiendo seguramente de las distintas situaciones que las ca-

racterizaban. De escasa significación en las poblaciones de cazdores-recolectores nómadas (Steward: 1968, 333 ss.), en algunos casos parece que ya se encontraba presente entre los cazadores-recolectores de vida sedentaria, y su base se establece en la disputa de territorios y sus recursos o en el rapto de mujeres cuando estas son escasas. En este sentido las primeras aldeas agrícolas del Levante albergaban, con su tamaño mucho mayor, una población más numerosa que los pequeños asentamientos de los Zagros, lo que constituye una significativa diferencia. Tal vez por ello tenemos las primeras pruebas arqueológicas de la existencia de la guerra en el neolítico inicial de Palestina. La cerámica, por el contrario, no comenzó a producirse hasta aproximadamente un milenio después, mientras que los datos que ilustran la aparición de prácticas religiosas vinculadas al culto a los ancestros y a la fertilidad se remontan asimismo a las primeras aldeas agrícolas del Levante y Anatolia, siendo las manifestaciones reconocibles de la ideología sexista un tanto posteriores.

- *La cerámica y otros progresos técnicos*

El descubrimiento de la cerámica, de gran importancia en una economía que cada vez se basaba más en la producción doméstica de los recursos, al favorecer muy eficazmente el transporte y la conservación de los alimentos, constituyó una nueva e importante conquista del progreso técnico, y en este sentido no fue tampoco un invento «singular» atribuíble a la genialidad de algunas gentes neolíticas, sino por el contrario el resultado final de toda una serie de experimentos e innovaciones inducidas por las condiciones imperantes. En este sentido lo que diferencia realmente a un agricultor sedentario de un cazador-recolector nómada es que el primero, a diferencia del segundo que obtiene su comida en el momento que la necesita, hace frente a sus necesidades de subsistencia conservando los alimentos, que ha recogido estacionalmente, durante largos periodos de tiempo. La búsqueda de técnicas de preservación de éstos frente a las agresiones medioambientales (roedores, insectos, etc) cobrará por tanto una creciente importancia. Así, un tipo de vajilla no cocida se utilizó antes que la cerámica durante el Neolítico precerámico B en Palestina. Se trataba de vasijas hechas de un mortero elaborado con cal y cenizas de hierbas salobres que endurecía como un cemento y con el que se podían fabricar grandes cuencos de gruesas paredes. Cuencos de piedra finamente trabajados fueron utilizados en algunas aldeas del piedemonte de los Zagros, como Jarmo, y la arcilla modelada, pero no cocida, para la fabricación de objetos funcionales y figurativos precedió a la aparición de la cerámica, como sucedió por ejemplo en Cayönü. Las cerámicas más antiguas se documentan en los asentamientos iranios (Ganj Dareh) tratándose de una va-

jilla tosca, poco cocida y con degrasantes vegetales. La generalización del uso de cerámicas bien cocidas se produjo tempranamente en las aldeas de los Zagros. Hacia el 6000, si no un poco antes, era de uso común en lugares como Jarmo o Tepe Gurán. Pronto los ejemplares más antiguos, toscos y monocromos, fueron acompañados por recipientes pintados que denotan mayor destreza (Redman: 1990, 243). Finalmente algunas cerámicas habrían de convertirse en productos de gran calidad tanto en lo que respecta a su manufactura como a su decoración, perdiendo su inicial carácter funcional para convertirse en objeto de ostentación de las primeras elites, por lo que constituyen, junto con otras expresiones de la incipiente desigualdad, un buen indicio de los procesos de diferenciación social que llevaron a su encumbramiento. Por lo general se considera que en aquel primer estadio la producción de cerámica era una actividad típicamente femenina, junto con la cestería y otras habilidades similares, claro ejemplo de la forma más primitiva de especialización que concierne a la división del trabajo por sexos, al menos hasta la aparición de una alfarería de más calidad y por tanto más especializada que se atribuye a los varones.

La industria lítica también progresó notablemente, como se observa en Jarmo y otros lugares, y aunque originariamente su base estaba constituida por piedras de filo esculpido, cada vez fueron adquiriendo mayor importancia las pulimentadas, que luego dieron origen a los utensilios usados para toda una serie de actividades ajenas a la obtención de alimentos, como eran el trabajo de la madera, del hueso y las pieles, actividades que se desarrollaban también en la esfera doméstica y de acuerdo a criterios de una sencilla especialización a tiempo parcial dentro de la familia según el lugar ocupado por cada uno en virtud de su edad y su sexo, lo que por otra parte no constituía un impedimento serio para el desarrollo de las habilidades individuales.

- ***Guerra, descendencia y sumisión femenina***

La división del trabajo por sexos (que en principio no implica subordinación de uno respecto al otro) practicada ya por las anteriores poblaciones de cazadores-recolectores, se conservó debido a las condiciones de la incipiente economía agrícola y fue reforzada por el desarrollo y la consolidación de una ideología sexista ensalzadora de la agresividad masculina que utilizaba la guerra como forma de dominar a las mujeres, mediante el rapto y la sumisión en los primeros estadios de la evolución agrícola (Meillassoux: 1977, 50). Mucho es lo que se ha discutido sobre los orígenes de la guerra, pero parece seguro que más que una predisposición biológica o psicológica de los humanos, la guerra es un factor socio-cultural, cuya aparición en aquellas primeras comunidades aldeanas obedeció

a la necesidad de controlar la función procreativa de las mujeres a fin de asegurar la reproducción social que garantizaba la transferencia de la subsistencia de una generación a otra, y, en parte, también para hacer frente a los efectos crecientes de la presión demográfica por medio de la creación de «espacios vacíos» que actuaran como zonas de reserva ecológica y regulando el tamaño de la población mediante el infanticidio preferencial femenino, consecuencia extrema de la subordinación de las mujeres a los varones (Harris: 1978; 57 ss.). Entiéndase que la presión demográfica no significaba necesariamente un incremento brusco y neto de la población, sino que, por el contrario, podía manifestarse como un crecimiento gradual de ésta; crecimiento que, combinado con un descenso de los recursos como causa de una menor eficacia tecno-ambiental, rasgo éste muy peculiar de aquellas primitivas condiciones de la vida agrícola, podía llegar a comprometer el equilibrio población/recursos. En otros términos, fue en un ambiente neolítico de tecnología rudimentaria que convertía en un factor decisivo la fuerza de trabajo, donde imperaba además la necesidad de conseguir mujeres fuera del propio grupo, y con una creciente competencia por los recursos ante el crecimiento de la población y la relativa escasez de tierras, en que la guerra hizo su aparición y se desarrolló por vez primera de forma importante. Los más antiguos testimonios de su presencia son realmente tempranos. En Jericó se ha encontrado una sólida muralla de piedra y un foso cortado en la roca de un fecha tan antigua como mediados del octavo milenio (7500). Beidha es otra aldea en Palestina en la que se construyó pronto un muro defensivo. En Hacilar un muro de fortificación que protegía el poblado se remonta a finales del sexto milenio (5200-5000). En los asentamientos de Tel es-Sawwan y Choga Mami de la posterior cultura de Samarra, las defensas, que incluyen foso, muralla y torre que protege el único acceso al recinto, denotan grandes precauciones relacionadas con la seguridad y una planificación muy cuidada. La ausencia de sistemas defensivos (muros, fosos, torres) en otros asentamientos no significa que no se llevasen a cabo actividades guerreras. El agrupamiento compacto de las viviendas en Chatal Hüyük y la ausencia de vanos exteriores que exigía que la entrada se realizase, mediante escaleras, por la techumbre de las casas puede ser explicada como una forma de fortificación del asentamiento, y parece que no sólo ante los depredadores nocturnos. Por otra parte, como las armas habrían sido idénticas a los útiles empleados para la caza, no es fácil determinar por su presencia en un yacimiento si la guerra había caracterizado la vida de sus habitantes. Pero existen razones de peso para considerar que así debió de haber sido en muchos casos. Hay numerosos sitios que muestran huellas de violencia (incendio, destrucción, saqueo) en diversos momentos, como el mismo Jericó, Hacilar, Tell es-Sawwan, Arpachiyah, Chagar Bazar o Ras Shamra.

Con todo se trata de un periodo extenso en el que la guerra, en un estadio de agricultura incipiente, proporcionó primero la autoridad necesaria a los varones adultos para establecer su supremacía sobre las mujeres, y más adelante fue utilizada por diversos grupos para lograr y reforzar una posición de encumbramiento social. Por otro lado, la competencia por los recursos, que constituía uno de los motivos de fondo de la guerra neolítica, no debe ser interpretada según el modelo de las posteriores guerras expansivas de época histórica. Las posibilidades humanas y materiales existentes no permitían la conquista de territorios ni la captura masiva de prisioneros. La guerra aldeana, allí donde ha sido estudiada, se caracteriza por incursiones sorpresa sobre objetivos desprevenidos y encuentros «pactados» según normas rituales. En términos generales tampoco provocaban una elevada mortandad. Sus efectos sobre la población eran más bien indirectos, aunque no por ello menos importantes. Así, desde la perspectiva social la guerra se convirtió en el medio por el que los hombres adultos afirmaron su superioridad sobre todas las categorías sociales: las mujeres, los viejos y los jóvenes. Y en perspectiva demográfica, la subordinación de las mujeres significó al cabo una extensión del infanticidio preferencial femenino que, al regular a medio plazo el crecimiento de los grupos de población, incidía positivamente en la escasez de las mismas, que eran buscadas fuera del propio grupo bien por medios pacíficos (alianzas) o violentos (guerra).

En lo que a la competencia por los recursos concierne, el nivel de la tecnología existente, que condicionaba los lugares que podían ser ocupados y aprovechados agrícolamente e implicaba que solo una pequeña parte de la tierra fuera sometida a cultivo mientras el resto permanecía improductivo en largos periodos de barbecho, las comunidades aldeanas agrícolas del Neolítico no podían crecer más allá de unos límites precisos, por lo que la solución al aumento de la población consistía en su segmentación, escindiéndose algunos grupos de su aldea originaria para formar una nueva. Tal es el proceso que explica la colonización neolítica, con la progresiva difusión de asentamientos que fueron ocupando, desde las áreas iniciales, territorios hasta entonces vacíos. La agricultura de barbecho, que precisaba espacios más amplios que los posteriores cultivos intensivos basados en el regadío, estaba condicionada también por las lluvias medias anuales y la humedad del suelo, y junto a la segmentación de las aldeas preexistentes favoreció una progresiva escasez de tierras aprovechables y un consiguiente aumento de los conflictos que surgían de las disputas sobre tal o cual territorio.

A medida que los poblados permanentes y las cosechas que crecían en los campos agudizaban el sentimiento de identidad territorial, la necesidad de defender las tierras y bienes propios de la rapacería y la amenaza exterior constituyó seguramente un buen acicate para que los grupos familiares aldeanos se mostraran interesados en criar más varones, y educar-

los en pautas de conducta agresiva, que mujeres. El infanticidio preferencial (directo o por negligencia) constituyó seguramente el instrumento más adecuado para ello, de acuerdo a lo observado en otras sociedades con un nivel de evolución socio-cultural semejante. El énfasis puesto en la crianza de varones y su educación para la guerra, que era recompensada con el aplauso social y ventajas materiales concretas, como una menor carga en las labores productivas, o el acceso privilegiado a las mujeres en edad núbil, subordinó decisivamente la posición de aquellas. Las mujeres, cuyo número se hacía proporcionalmente más reducido que el de los varones, fueron empleadas como recompensa sexual de los guerreros agresivos y victoriosos, con lo que éstos podían obtener más de una esposa que trabajara para ellos. Así pues, la regulación demográfica no actuaba por el número de víctimas en combate, que no era importante, sino a través de la disminución del número de mujeres fértiles, que define en cualquier lugar la capacidad reproductiva de una comunidad. Por otra parte, se favorecía la producción establecida según criterios sexistas, pues es sabido (Martin y Voorhies: 1978; 249 ss.) que en ambientes donde hubo bastante competencia por la obtención de recursos, y los conflictos entre aldeas eran frecuentes, resultaba más práctica la concentración espacial de los varones emparentados (patrilocalidad). En tales circunstancias la poligamia resultaba eficaz al permitir a un varón poner a trabajar a varias mujeres en la producción de alimentos y de hijos (contrariamente a lo que sucedía en las comunidades instaladas en zonas en las que la tierra cultivable era abundante, organizadas a menudo en torno a conglomerados localizados de mujeres emparentadas). Ello reducía aún más el número de mujeres disponibles reforzando la conducta agresiva de los varones más jóvenes en sus espectativas por obtenerlas. Se podía conseguir una mujer mediante su rapto, que con frecuencia daba lugar a luchas entre comunidades, y que contribuyó eficazmente a su subordinación frente a los varones adultos, pues, como se ha dicho, el rapto contiene y resume en sí todos los elementos de la empresa de inferiorización de las mujeres y es el preludio de todas las otras (Meillassoux: 1977, 49), y si uno era un guerrero poderoso, podía «comprarlas» mediante la intermediación de los ancianos.

Como vemos, la vida de las aldeas agrícolas neolíticas estaba regida en gran medida por la tensión existente entre la necesidad de poseer un mayor número de mujeres, a fin de aumentar la productividad y el número de varones en disposición de combatir, y la de regular el crecimiento de la población ante los obstáculos reales (técnicos y ambientales) para lograr mayores cosechas con una agricultura de cereal de secano e instrumentos de trabajo elaborados en piedra, madera y hueso. Dependiendo de qué circunstancias imperasen en cada momento y en cada lugar, la tendencia podía fluctuar en un sentido u otro, favoreciendo el mantenimiento de una mayor población femenina o reduciéndola mediante el infanticidio prefe-

rencial. También subsistieron modelos alternativos de organización, como las poblaciones en que la filiación (matrilinealidad) y la residencia (matrilocalidad) se articulaban de acuerdo a los elementos femeninos, y en las que la subordinación de las mujeres a los varones era menor o inexistente. En tales condiciones la comunidad de residencia parece haber constituido un factor crucial para que las mujeres emparentadas controlaran los recursos y la riqueza. Pero en términos generales las aldeas patrilocales resultaban más adaptativas, pues se encontraban mejor preparadas para sobrevivir a los conflictos. Desde una perspectiva temporal resulta claro que las sociedades matrilineales han sido incapaces de adaptarse a los sistemas técnico-económicos, competitivos y explotadores, y han dado paso a las sociedades patrilineales (Harris: 1978, 79 ss., Lerner: 1990, 56 ss.). El caso de Chatal Huyuk, una comunidad cuya organización se ha considerado matrilocal, y que fue abandonada por sus habitantes tras un periodo de unos mil quinientos años de ocupación, bien por una derrota militar o por incapacidad para adaptarse a una condiciones ecológicas en transformación, podría confirmarlo.

Por supuesto, la frecuencia y la intensidad de la guerra neolítica variaba según las circunstancias, pero el mecanismo debió de ser bastante similar en todas partes. Incursiones, expulsiones y destrucciones de aldeas solían aumentar la distancia media entre éstas y por lo tanto incidían también en la reducción de la densidad global de la población regional. Por otro lado, con el fin de limitar en lo posible la frecuencia de los conflictos las poblaciones aldeanas tendían a dispersarse, siempre que ello fuera posible, contribuyendo a dejar entre unas y otras espacios intermedios como zonas de reserva ecológica suceptibles de posterior colonización, y a regular ritualmente el calendario bélico que podía presentar, como se ha observado entre poblaciones aldeanas primitivas más recientes, significativas conexiones con los ciclos agrícolas y los techos productivos que imponía el medio ambiente y la capacidad técnica.

La guerra aldeana neolítica, que debemos distinguir por sus tácticas y consecuencias de la violencia intergrupal paleolítica, así como de la posterior actividad bélica promovida por las sociedades complejas (jefaturas avanzadas y estados arcaicos), y por supuesto de la guerra imperialista de periodos históricos más avanzados, constituyó en definitiva un factor a tener en cuenta, aunque no fue el único, en el surgimiento y consolidación de las desigualdades, al proporcionar prestigio y autoridad al desde entonces grupo social dominante, los adultos varones, y más tarde, como veremos, al reforzar el poder de las élites emergentes. A partir de entonces, el desarrollo de la riqueza y la desigualdad fue el motivo más común de la guerra, para obtener botín, esclavos o simplemente prestigio. La guerra profundizó en las desigualdades y constituyó el origen de sus formas más extremas, como el esclavismo.

- *Los «ancianos» y el orden social*

Antes sin embargo de la formación de las elites y de la división de la sociedad según la acumulación de poder y riqueza, surgieron otro tipo de desigualdades que fueron establecidas de acuerdo a los grupos de edades y sexos. Las sociedades agrícolas aldeanas basadas en el modo de producción doméstico, como lo eran aquellas, no son sociedades de clases. Aunque las relaciones de producción se establecían, como en todas partes, entre miembros productivos e improductivos, se llevaban a cabo según las capacidades físicas e intelectuales y no por la pertenencia social. Los miembros productivos eran todos aquellos adultos con capacidad para trabajar; los improductivos eran los niños, aunque podían ayudar bastante en las tareas cotidianas, los ancianos y los incapacitados. En el Neolítico del Próximo Oriente la competencia por los recursos fue uno de los factores que favoreció la concentración espacial de los varones emparentados con formas de residencia patrilocal; junto con los imperativos de la reproducción social, que inducía la movilidad de las mujeres fuera de sus propios grupos de parentesco, y la guerra, exigía la organización de las comunidades agrícolas en torno a un núcleo residente de padres, hermanos y sus hijos. Esto provocó a su vez que los varones se hicieran con el control de los medios de producción situándose como piezas clave en los sistemas de filiación y residencia, quedando relegadas las mujeres a una posición subordinada. La asignación de las tareas pesadas a las mujeres y su subordinación a la autoridad de los varones no fue el resultado por tanto de una «conspiración» masculina, sino la consecuencia de la institucionalización de la guerra, del subsiguiente monopolio de la violencia por aquellos y del control de la movilidad femenina, necesario para asegurar la reproducción social. Al mismo tiempo que se encumbraba la posición del varón como combatiente se devaluaba la de la mujer. Pero como en la práctica recaían sobre ella no pocas tareas productivas, además de su crucial importancia en la reproducción, su subordinación al varón necesitaba ser legitimada mediante la ideología adecuada que la tornara «natural» y por consiguiente «invisible». La preocupación por los muertos y el culto a los antepasados, que se remontaba por lo menos a la aparición de los primeros campamentos pre-agrícolas, fue manipulada por los varones socialmente encumbrados a fin de procurar la legitimidad requerida. Puesto que la filiación (pertenencia a un grupo determinado de parentesco) y la residencia (permanencia en un determinado grupo de parentesco) eran los factores más importantes de la articulación social, se establecieron desde entonces de acuerdo con criterios masculinos, identificándose los varones adultos como descendientes de un antepasado ancestral asimismo masculino. A partir de determinada edad, las mujeres quedaban excluidas de sus grupos familiares para integrarse en otros, de acuerdo a su intercambio generalizado mediante el matrimonio. Se trataba de comunidades

en las que, dado el incipiente estado de desarrollo tecnológico, la productividad dependía en gran medida de la fuerza de trabajo, por lo que de acuerdo con la especialización por sexos y edades (los niños realizaban una buena parte de tareas subsidiarias), la posesión de mujeres trabajadoras y reproductoras, simbólicamente expresadas en las famosas «venus» neolíticas, aseguraba el control sobre los medios de producción y reproducción social. Que un hombre no pudiera llegar a obtener una esposa significaba, por consiguiente, no poder garantizar su reproducción social, desapareciendo la posibilidad de invertir el producto de su trabajo en sus descendientes, los cuales, mediante su trabajo futuro, lo liberarán a su vez de la dependencia en que se encuentra respecto a sus mayores, otorgándole en su momento el rango de «anciano». Y puesto que las uniones matrimoniales debían realizarse fuera de los propios grupos de parentesco (exogamia), no sólo a fin de establecer alianzas y facilitar la cooperación entre ellos, sino básicamente para corregir el reparto aleatorio de la fecundidad femenina, los «ancianos», los varones de más edad a través de quienes se establecía la filiación, adquirieron la capacidad de controlar el intercambio de mujeres que es lo mismo que decir que asumieron el control social.

Es preciso tener en cuenta que en las aldeas neolíticas lo importante para acceder al disfrute de las tierras comunales y gozar de la cooperación y solidaridad de los parientes y amigos era ser miembro reconocido por la comunidad (de sangre o mediante adopción), y puesto que ésta se estructuraba según el parentesco, la filiación, que en ambientes caracterizados por la escasez y competencia por los recursos se establecía por línea masculina (patrilinealidad), constituía un elemento de extraordinaria importancia. Los «ancianos» eran, en su calidad de descendientes directos del ancestro común, las personas en torno a las que se vertebraba la filiación y la descendencia. Como tales ocupaban un lugar central en las ceremonias relacionadas con el culto a los antepasados y a las fuerzas proveedoras de la fertilidad, similar al de su preeminencia social como portadores de los conocimientos adquiridos mediante la experiencia y de los medios de subsistencia que transferirán a sus hijos, lo que facilitó el control que vinieron a ejercer sobre los matrimonios. Asegurando éstos posibilitaban la perpetuación de las condiciones sociales de existencia de la comunidad.

El control sobre las mujeres en las aldeas neolíticas pasó así a reforzarse con la ideología que legitimaba la posición de prestigio de los varones más adultos («ancianos»), no sólo como antiguos guerreros encumbrados por sus hazañas, sino fundamentalmente como depositarios de los medios de subsistencia que, transferidos a la generación siguiente, permitirán la continuidad del ciclo agrícola y por consiguiente la subsistencia; en su función, en definitiva, de proveedores de la reproducción social. Desde el Neolítico inicial, incluso desde el *natufiense*, la atención prestada a los en-

terramientos se interpreta como un indicio de la consideración que merecieron los «ancianos» en las primeras comunidades sedentarias y agrícolas. La aparición de líneas de filiación multigeneracionales constituyó un fenómeno temprano y puede documentarse en algunas de las aldeas prehistóricas del Próximo Oriente, donde se guardaban los cráneos de los antepasados y se reconstruían sus rasgos o donde sus esqueletos, vueltos a enterrar, se almacenaban bajo el piso de las casas de sus descendientes. Junto con los datos procedentes del Levante (Behida, Jericó) los enterramientos de Ali Kosh y Chatal Hüyük denotan un cuidadoso tratamiento de los cadáveres. El buen funcionamiento del orden social descansaba sobre la ideología que sancionaba la posición predominante de los «ancianos». Esta se plasmaba en el culto a los ancestros, cuyas pruebas arqueológicas más tempranas encontramos en los cráneos modelados en yeso y pintados de sitios como Jericó o Tell Ramad, de una expresividad extraordinaria. Los antepasados eran los elementos sacralizados que aseguraban la cohesión de los grupos de parentesco y descendencia, los cuales constituían a su vez las unidades productivas, a través de la filiación. Su culto parece que provenía de la aparición de sentimientos de identidad territorial de la comunidad que se originaron en el contexto de la incipiente competencia por los recursos, dando pie a la defensa colectiva por parte de los grupos que integraban la aldea, y que se expresaba a través de elementos ideológicos, como la idea de descendencia unida a las prácticas funerarias dentro de los asentamientos (Flannery: 1972, 28), así como de la necesidad de perpetuar la continuidad futura del ciclo agrícola. En éste, el trabajo invertido en la tierra da lugar a una producción diferida que obliga a los miembros de la comunidad a permanecer solidarios de un ciclo agrícola a otro, ya que lo producido hoy es necesario para asegurar la producción de mañana, con lo que se contraen relaciones vitalicias y de descendencia que son incesantemente renovadas entre miembros productivos e improductivos y entre productores de diferentes edades, por las cuales las generaciones sucesivas aseguran su futuro. Como quiera que ello depende en gran medida de la movilidad de las mujeres púberes, que son quienes detentan la facultad reproductiva, los «ancianos» a fin de preservar su capacidad de negociar los matrimonios deben asegurar que las muchachas de su comunidad permanezcan disponibles para el intercambio, manteniendo el control de su destino mediante la exogamia sancionada por procedimientos religiosos y rituales (Meillassoux: 1977, 1 y 3 y 70 ss).

## 2.2. El desarrollo de la vida aldeana

Una vez constituidas, el éxito de las comunidades aldeanas agrícolas del Neolítico obedeció a una serie de factores interrelacionados, factores tales como la paulatina mejora fisiológica de las especies domésticas que

incidiría positivamente en el aumento de la productividad, las innovaciones técnicas que facilitaban las tareas cotidianas, o las nuevas formas de organización social, que en conjunto hacían difícil el abandono de la vida sedentaria y su sustitución por adaptaciones alternativas, como la caza-recolección o el pastoreo nómada. Al mismo tiempo las prácticas rituales y los medios de comunicación simbólica crecieron en complejidad e importancia, dando lugar a la aparición de nuevos objetos y técnicas, como las figurillas de arcilla, las cerámicas pintadas o las pinturas murales. El incremento de los medios de comunicación simbólica no fue sino el resultado del volumen creciente de información que tenía que ser trasmitida y constituye un claro exponente de una mayor complejidad socio-cultural.

Pero tal y como hemos advertido con anterioridad, el desarrollo de las formas de vida neolítica no constituyó un proceso de progresión lineal e irreversible, sino que en realidad fue algo mucho más complejo. La crisis de los asentamientos pioneros de Palestina, enclavados en zonas donde la vida nómada experimentaba un nuevo auge durante el Neolítico pleno, el abandono final de un sitio como Chatal Huyuk, tras un periodo en que parece haber sido la comunidad aldeana más próspera y mejor constituida del Próximo Oriente, el repentino despoblamiento de Umm Dabaghiyah, así como la posterior aparición de las aldeas neolíticas en la hasta entonces deshabitada Mesopotamia meridional, revelan que el surgimiento de la civilización no fue, como popularmente se considera, un proceso de crecimiento acumulativo e ininterrumpido en el tamaño y complejidad de las comunidades aldeanas del Neolítico.

### 2.2.1. Intensificación, redistribución y jerarquización

Dentro de un espacio ecológicamente restringido, como era aquel, sólo se podía alimentar a una población en crecimiento gradual mediante el incremento de la producción, que trajo consigo la aparición del excedente y de las elites, o la expansión que dio lugar a comportamientos cada vez más militaristas y la mejora de las técnicas agrícolas. Las aldeas neolíticas se vieron a menudo impelidas a intensificar sus esfuerzos en la producción de alimentos a fin de mantener el equilibrio población/recursos y reducir la presión demográfica. A menudo ello era provocado por un descenso de los rendimientos, ocasionado por una disminución de la eficacia tecno-ambiental, como consecuencia del empobrecimiento paulatino del suelo, con lo que cada vez se conseguía menos por unidad de esfuerzo invertida en el trabajo agrícola. Originariamente la regulación del crecimiento de la población mediante el infanticidio preferencial femenino había constituido un notable avance cultural sobre las restricciones impuestas por la naturaleza. Era precisa una fuerza muy potente para inducir a los padres a que

descuidaran (infanticidio por negligencia) o mataran a sus propios hijos, y particularmente poderosa para que lo hicieran de una forma selectiva en favor de los varones. La guerra procuró esa fuerza y esa motivación, pues hizo depender la supervivencia del grupo de la crianza de hombres preparados para los combates (Harris: 1978, 62). Pero también actuaba la tendencia contraria, esto es: limitar los efectos de la presión demográfica mediante el incremento de la producción alimenticia. La propia guerra, que por un lado reducía el número de mujeres fértiles de cada comunidad, constituía así mismo un acicate para criar más mujeres, que a su vez engendrarían más varones combatientes. Está fue probablemente una de las contradicciones que presidió la vida de las aldeas agrícolas neolíticas. En un estadio paleotécnico de agricultura incipiente poco era lo que podía hacerse a fin de incrementar la producción de alimentos, sino era poner a trabajar más gente durante más tiempo. Aún así, los límites medioambientales eran estrictos, dependiendo fundamentalmente del tipo de cultivos, de la pluviosidad media anual y la humedad del suelo. La posterior invención del arado, y la aplicación de técnicas de regadío, a la vez que terminarían por relegar definitivamente a las mujeres a la esfera de las tareas domésticas, permitió finalmente rebasar tales constricciones ecológicas aumentando notablemente el resultado de las cosechas. Nuevos territorios fueron colonizados y gracias a la disponibilidad de más alimentos las poblaciones crecieron aún más. En el camino se fueron sentando las bases que posibilitarían el nacimiento de los primeros contrastes sociales en torno a un acceso crecientemente desigual a los recursos.

Historiadores, arqueólogos y antropólogos están por lo general de acuerdo en que la intensificación de la producción agrícola fue en última instancia el medio que facilitó la aparición de las élites y de los primeros síntomas de desigualdad social. Era necesaria la existencia de un excedente para que pudiera darse su apropiación por parte de un grupo o un sector social determinado. Los estímulos, que actuaron de una forma combinada, pudieron ser, la necesidad de hacer frente a las necesidades sociales (ceremoniales y ritos comunitarios), el crecimiento de la población, el descenso de los rendimientos en la producción agrícola como consecuencia del progresivo agotamiento de los suelos al reducirse la frecuencia de los barbechos, la disponibilidad de cultivos más rentables y la aparición de nuevas técnicas. Cómo se produjo tal apropiación continua siendo motivo de polémica, si bien parece que la capacidad de movilizar fuerza de trabajo y el acceso restringido a conocimientos específicos pudieron jugar un papel muy destacado.

Puesto que el modo de producción doméstico tiende a limitar la obtención de recursos a unos mínimos aceptables de subsistencia (nadie trabaja más sino se encuentra forzado a ello), fueron la *reciprocidad* y el ceremonial las fuerzas sociales que estimularon una producción más allá de ta-

les límites, a fin de garantizar un aprovisionamiento colectivo con el que hacer frente a los diversos imprevistos y situaciones graves de emergencia. Las gentes de las comunidades agrícolas aldeanas no solo necesitaban producir lo necesario para alimentarse y sobrevivir, lo que llamamos *fondo de subsistencia*, sino que también necesitan apartar la semilla suficiente para asegurar la próxima siembra con la que procurase una nueva cosecha y mantener en buen estado el equipo (herramientas, animales) imprescindible para la producción, lo que constituye el *fondo de previsión o reemplazo*. El trabajo y la vida, que se realizaban en comunidad, precisaba por otra parte de la cooperación que se hallaba regulada mediante la reciprocidad y un conjunto de normas ceremoniales (festividades y rituales vinculados al calendario agrícola, rituales de fertilidad, ritos de iniciación, etc) que así mismo era preciso costear (*fondo ceremonial*). La cooperación era además necesaria para la realización de los trabajos comunales (empedrados, pozos, drenajes, fortificaciones) que documentamos en yacimientos como Hacilar, Arpachiyah, Tepe Gawra o Tell es-Sawwan. La reciprocidad, como forma de distribución e intercambio de bienes y servicios, empezó por practicarse dentro de los propios grupos de parentesco (linajes) y al emanar de ellos hacia el exterior creó los vínculos necesarios a fin de asegurar la cooperación y la solidaridad social. Cuando la reciprocidad se centralizó, cuando alguien (por ejemplo, los «ancianos») asumió el control sobre la forma en que debía ser ejercida, se convirtió en *redistribución*, que resultaba más eficaz para asegurar la distribución de bienes, información y servicios en poblaciones que habían aumentado de tamaño y densidad.

Con su marcado aspecto ceremonial la redistribución tenía unos fines destinados a reforzar la integración y la estabilidad del sistema socio-cultural, manteniendo la cohesión social. A través de los programas de rituales se podían detectar las disparidades (los diferentes índices de productividad de los campos, etc.) y se hacían circular, de forma ceremonial, los recursos, las obligaciones y los derechos sobre la tierra entre los miembros de la comunidad social. Aunque los rituales redistributivos eran costosos, de hecho supusieron por ello una primera oportunidad de producir *excedente* que luego será empleado socialmente en beneficio de todos, al tiempo que proporcionaban buenos servicios y eran más eficaces como reguladores sociales que los dirigentes informales («ancianos») situados al frente de los diversos grupos de parentesco (Flannery: 1977, 36).

Las personas situadas en el centro de las redes de redistribución, integradas por parientes, amigos, vecinos y aliados, eran las más adecuadas para convencer a las restantes de lo provechoso que resultaría aumentar sus esfuerzos productivos, ya que dentro del sistema ceremonial redundaría en un aumento de su prestigio, que a su vez se convierte en rango dentro del circuito matrimonial. Los linajes capaces de costear los cere-

moniales más grandes, que suelen asumir el aspecto de fiestas en las que se consumen grandes cantidades de alimentos bajo los auspicios de los espíritus de los ancestros, son los que alcanzan más rango en la jerarquía social, con quienes más interés pueden tener los demás en establecer alianzas, pero cuyas mujeres resultan al mismo tiempo socialmente más «caras». Como ha sido explicado, el funcionamiento de un sistema como éste transforma los círculos igualitarios de matrimonio en una jerarquía política y económica de linajes que dan mujeres y linajes que reciben mujeres, produciéndose un reagrupamiento de los mismos en círculos de aliados capaces de pagar un precio similar por la novia. El resultado fue, por una parte, la creación de un excedente que pudo ser utilizado para incrementar el rango y prestigio de ciertos linajes por medio de festines redistributivos bajo la forma de banquetes y ceremonias rituales, y para obtener bienes de prestigio (productos raros, exóticos o costosos) que luego serían empleados para conseguir más mujeres (precio de la novia) y aliados (obsequios). Gracias a ello, crecieron en importancia determinados grupos familiares, lo que permitió a sus «ancianos» alcanzar una posición preeminente de consideración social que anteriormente no existía. Surgió de este modo otro tipo de oposición o contraste que venía a añadirse a los ya preexistentes entre los grupos de edades y sexos, y entre grupos territoriales distintos. Los linajes más poderosos fueron desde entonces aquellos que, merced al excedente que producían, conseguían más mujeres que incrementaban el tamaño de la fuerza de trabajo (hijos) con lo que se aumentaba aún más el excedente, que luego era invertido ceremonialmente en lograr prestigio que se transformaba en un rango más elevado mediante el casamiento de las hijas del linaje. Al aumentar en éstas su «coste» social sus futuros maridos debieron satisfacer un «precio de la novia» más elevado en regalos o prestaciones laborales, con lo que se incrementaba aún más el excedente del linaje principal. Los grupos más débiles se supeditaron así a los más poderosos, cuyos «ancianos» accedían de esta forma a posiciones de prestigio y autoridad que ya no estaban al alcance de todos. Surgieron los jefes hereditarios, una incipiente aristocracia formada por sus parientes más cercanos (habitualmente los linajes de los hermanos mayores en un sistema patrilineal), y los «plebeyos» (Friedman: 1977, 202 ss). La sociedad jerarquizada había comenzado su existencia.

Hasta ahora hemos descrito el proceso en virtud del cual las aldeas agrícolas neolíticas «igualitarias» pasaron a convertirse en comunidades jerarquizadas según la perspectiva elaborada por los antropólogos culturales. El registro arqueológico, por otra parte, ofrece datos que permiten apoyar esta reconstrucción. Asentamientos como Hacilar o Chatal Hüyük, sin presentar nítidos contrastes que hagan pensar en la posible existencia de desigualdad social, parece que eran capaces de generar ya el exce-

dente necesario para mantener una incipiente especialización que probablemente recaía sobre determinados grupos domésticos y familiares. No obstante la difusión entre la población de las prácticas y actividades rituales y religiosas indica que aún no eran patrimonio exclusivo de ningún grupo especializado en tales menesteres, como se aprecia en Chatal Hüyük, donde la constatación de unas cuarenta construcciones, que no se distinguen en otra cosa del resto de las viviendas, pero que tienen signos de haber sido utilizadas como santuarios domésticos, es un argumento en favor de la inexistencia de posiciones centralizadas de jerarquía social, ya que los sistemas simbólicos y religiosos, constituyen tanto un refuerzo como un reflejo de la organización social. El paso de las comunidades igualitarias a las jerarquizadas estuvo marcado por el dominio de la economía redistributiva sobre una red de grupos emparentados. A este respecto, la aparición de construcciones circulares (*tholos*) que ocupan un lugar central en las aldeas de tipo halafiense ha sido interpretada como testimonio (almacenes) de una economía redistributiva, y por consiguiente, centralizada. Cuando eran varias las aldeas implicadas, la red redistributiva tenía el efecto de diversificar la subsistencia y aportar medidas de seguridad contra factores adversos. De esta forma, las personas encargadas de esta labor gozaban, sancionada por la vida religiosa de la comunidad, de una posición social respaldada por una autoridad familiar y sagrada, aunque desprovista de poder económico o político (Fried: 1974, 30 ss.). El aumento progresivo del tamaño de las aldeas desde Umm Dabaghiyah a Samarra y Halaf, se vio acompañado de diferencias en su estructura interna, con la aparición de edificios y construcciones de utilidad y función «publicas» que los distingue de las domésticas. También aumentó el número de aldeas, estableciéndose muchas de ellas sobre lugares anteriormente desocupados, lo que da pie a pensar en una colonización de nuevos territorios (Manzanilla: 1986; 165), y de acuerdo con un patrón de asentamiento en el que las más pequeñas se sitúan en torno a otras mayores, produciéndose de esta forma una jerarquización de las mismas.

En las aldeas de la cultura de Samarra (Tell es-Sawwan) se documenta ya con claridad tanto la existencia de excedentes, como la aparición de las elites, en tumbas de niños con ricos ajuares, lo cual es interpretado como signo de los inicios de la diferenciación social, al estar asociado el rango al nacimiento (elites hereditarias) y no a la edad, el sexo o la experiencia. Entre estos ajuares destaca la presencia de estatuillas de mujeres y vasos de alabastro que prefiguran las posteriores tallas sumerias del tercer milenio. El «santuario» de Tell es-Sawwan, un edificio que se distingue de los restantes por sus proporciones y contenido, sugiere la existencia de una jerarquía religiosa que ha podido situarse como centro de la vida social y contrasta con la dispersión de los pequeños santuarios domésticos de Chatal Huyuk. Así mismo la aparición de sellos en piedra para estampar

impresiones en las aldeas de Hasuna y Samarra, junto con las marcas de ceramista, han sido interpretados como indicios que denotan una mayor especialización y una incipiente preocupación por la propiedad. La presencia de artesanos especializados se documenta también en la talla del alabastro y en los productos cada vez más elaborados de la alfarería, como ocurre con las cerámicas polícromas de paredes finas pertenecientes a la fase tardía de Halaf.

Los asentamientos halafienses, con su sorprendente uniformidad cultural sobre una vasta extensión geográfica, que se advierte en la notoria similitud de los motivos cerámicos pintados, los estilos arquitectónicos comunes a todos los yacimientos y una gran semejanza de los objetos de pequeño tamaño, representarían, según algunos, el paso de la organización tribal, propia de las fases anteriores, a la jefatura. Constituye ésta la concreción política de una sociedad jerarquizada (Wagner: 1990), con lo que requerirá una mayor comunicación entre las elites de las distintas comunidades que la integraban, propiciando que se compartieran e imitaran bienes de prestigio, definidores de los rangos más elevados en la jerarquía, como la cerámica pintada (cfr: Redman: 1990, 256) que se encontraba fuera del alcance de las habilidades domésticas. No obstante esta opinión no es compartida por todos (Manzanilla: 1986, 359 ss) y surge como posible interpretación alternativa una dispersión de todos estos rasgos llevada a cabo por artesanos itinerantes.

### 2.2.2. La apropiación del excedente: las elites y el trabajo especializado

A pesar de los variados intentos por oscurecer este punto, la desigualdad implícita en las posiciones de prestigio características de las sociedades jerarquizadas descansaba sobre una base específicamente económica. La posición de jefe, o lo que también se ha denominado «liderazgo centralizado», se transmitía dentro de los linajes más ricos y más poderosos. Dado que los linajes eran también unidades de tenencia de la tierra, a la larga las mejores parcelas agrícolas o los mejores lugares de pesca se convirtieron en posesiones de los linajes de más alto rango. Las fuentes que conducían al poder no eran otras que la acumulación de riquezas, la guerra y los conocimientos rituales, mágicos y secretos. En los dos primeros casos se trataba de la capacidad de movilizar el mayor número de gente posible, para lo cual los «ancianos» situados al frente de los linajes más poderosos estaban mejor situados que el resto. Los conocimientos específicos mencionados en tercer lugar eran trasmitidos hereditariamente dentro de los grupos de parentesco que integraban los linajes. La heredabilidad del rango de jefe descansaba así sobre las espectativas de sus pa-

rientes más próximos para seguir disfrutando de las ventajas sociales y beneficios materiales que les reportaba ocupar un lugar cercano al núcleo del sistema redistributivo, lo que quedó ideológicamente plasmado en la difusión de la creencia en una trasmisión hereditaria en el seno de un mismo linaje de las cualidades innatas precisas para ser un buen jefe, permitiendo estabilizar y proteger el acceso desigual a bienes y prestigio, y recompensando de esta forma a aquellos que habían contribuido a crearlos.

Una vez surgidas en el marco de la economía redistributiva de aldea, las elites tendieron a consolidar su posición mediante sanciones ideológicas y la creación de un *fondo de poder* integrado por los objetos de prestigio y ostentación que servían para definir su rango. La posesión de tales objetos no sólo expresaba de forma simbólica el lugar jerárquico ocupado por la elite, sino que implicaba una apropiación del excedente a través de una redistribución asimétrica y de contraprestaciones matrimoniales. Por otro lado, la aparición de las elites estimuló la producción misma de bienes de prestigio, constituyendo de esta forma un acicate para una mayor división del trabajo (especialización) que podía ser dirigida también hacia el intercambio lejano (comercio). La especialización artesanal y el comercio no constituyeron, por lo tanto, los factores que originaron el nacimiento de las elites como se ha pretendido tantas veces; éstas surgieron a partir de los procesos de intensificación agrícola, siendo tan sólo aquellos un síntoma de su existencia. Entre grupos neolíticos avanzados se puede observar la presencia de artesanos expertos que tienden a convertirse en especialistas a tiempo completo a costa de romper con la comunidad local, tornándose itinerantes (Childe: 1973, 46). A este respecto se ha considerado la posibilidad de que la cerámica pintada de Samarra haya sido elaborada por este tipo de artesanos, alfareros que se desplazaban de poblado en poblado, lo que explicaría su uniformidad y difusión (Mellaart: 1975, 148), si bien no existe ninguna prueba en concreto. La cerámica policroma halafiense, que se considera de uso ritual o ceremonial, requirió también un elevado grado de especialización. Un taller de alfarero con instrumentos de trabajo y restos de las materias primas utilizadas en la policromía, ha sido encontrado por los arqueólogos en el yacimiento de Arpachiyah, en un contexto del Halaf tardío. Otra artesanía que posiblemente estuvo destinada a la producción de bienes de prestigio fue la manufactura de vasijas de piedra (alabastro) que aparecen en algunos enterramientos de la cultura de Samarra, aunque no existe absoluta seguridad de que no se trate de objetos importados.

El incremento de la especialización del trabajo provocado por la demanda de bienes de prestigio por parte de las elites originó un mayor desarrollo de las actividades comerciales para la obtención de materias primas que sirvieran de base a su elaboración. El basalto, la jadeíta y el alabastro con los que se confeccionaron cabezas de maza, hachas y reci-

pientes, eran conocidos en Umm Dabaghiyah y Hasuna, además de las cuentas de mármol, cobre nativo, turquesa y coralina y los sellos de obsidiana y esquisto. El alabastro, la jadeita, la coralina y la concha fueron utilizados también por las gentes de la cultura de Samarra para la elaboración de cuentas y recipientes en un contexto funerario. En asentamientos halafienses el alabastro y la esteatita, además del mármol y la diorita, era empleado así mismo para la fabricación de vasijas y sellos. En Tell Halaf fue hallado un conjunto de instrumentos y armas de cobre (daga, hachuela, punta de proyectil, cuentas y pendientes). En los enterramientos aparecen por vez primera instrumentos de trabajo además de las vasijas de piedra y cerámica y objetos de adorno personal. Quizá este dato puede ser interpretado como la constatación de una más nítida división del trabajo que empezaría a trascender los límites de la economía doméstica. De esta forma, estimulado por la demanda creciente de bienes de ostentación y prestigio, el mayor desarrolló de las actividades comerciales aportó nuevas materias primas suceptibles de ser también empleadas en la fabricación de instrumentos vinculados a la producción y la distribución, con lo que se ampliaba las posibilidades técnicas a disposición de las comunidades aldeanas jerarquizadas.

De acuerdo con este esquema, la aparición de las elites supeditó los intereses propios de la economía doméstica a los dictados de la emergente economía política. La subordinación de las unidades productivas familiares a una circulación centralizada de bienes y servicios (redistribución) constituía un factor que posibilitaba mermar eficazmente su autonomía, sentando así las bases para la posterior aparición de un acceso cada vez más desigual a los recursos. Las comunidades jerarquizadas, que no hay que confundir con sociedades de clases, ya que aún el parentesco continuaba teniendo una gran importancia en la articulación social, preparaban de esta forma el terreno para la aparición, bajo las condiciones adecuadas, de la estratificación social y el Estado. No obstante, conviene no perder de vista que, dada la dimensión económica (productiva) local, la dimensión política de aquellas incipientes elites no sobrepasaba tampoco un ámbito ciertamente reducido en la proyección de sus influencias.

# 3.

# El urbanismo y el nacimiento de la civilización y el Estado

El proceso por el cual las sencillas comunidades neolíticas se convirtieron en sociedades complejas, dándose el paso de la aldea a la ciudad, no constituyó una mera acumulación o suma de elementos antes inexistentes o embrionarios, como el conocimiento de los metales, los avances en la técnica de la producción agrícola o la construcción de edificios públicos y monumentales, sino que por el contrario incluyó cambios fundamentalmente cualitativos que afectaron profundamente a la organización de las formas de vida y que, en última instancia, estuvieron relacionados con la sustitución del modo de producción doméstico que, sin desaparecer totalmente, quedó supeditado a nuevas formas más centralizadas de economía, las cuales aportaron significativas transformaciones en la propiedad y acceso a los recursos y en el modo en que éstos eran explotados. El parentesco fue perdiendo su antigua importancia como elemento de vertebración social cuando los intereses de las personas situadas al frente de los linajes y grupos de descendencia más poderosos dejaron de coincidir con los de sus parientes menos próximos y cuando encontraron la forma de imponerlos sobre los demás por medio de la coerción. La disponibilidad de nuevas técnicas aumentó la capacidad de extracción de excedente de la economía agraria, y la especialización implicó una mayor interdependencia de todos los grupos y sectores integrados en la comunidad.

Una vez más habremos de señalar que tal proceso no tuvo un desarrollo lineal, sino que la articulación de las comunidades aldeanas anteriores a la aparición de las primeras sociedades complejas y los estados arcaicos que las consagraron adquirió características específicas según la forma en que se integraron en los ecosistemas locales y regionales, y las va-

riantes organizativas que de ellas surgieron. La colonización de las tierras más meridionales de Mesopotamia, que en muchos casos implicó la virtual creación del suelo agrícola mediante trabajos de drenaje y canalización de las aguas, se concibe por lo general como un marco en el que se generarían o bien acentuarían, que en ésto no existe común acuerdo, las desigualdades sociales en función del acceso a un recurso crítico, como era el agua, y a las tierras de regadío, que resultaban las más productivas gracias precisamente a la irrigación, y que servían también para alimentar el ganado al proporcionar las mayores cosechas. A medida que crecía la población y se colonizaban nuevas tierras para el cultivo, las oportunidades no eran las mismas para todos. Pero, lejos de cualquier darwinismo social, debemos entender que la diferencia de oportunidades era manipulada, cuando no creada, por determinados grupos y sus élites emergentes en provecho propio.

## 3.1. De la aldea a la ciudad: la aparición de la sociedad de clases

La llanura aluvial de la Mesopotamia meridional fue el escenario en el que se alumbró por vez primera esa forma de vida compleja y urbana que llamamos «civilización». No obstante, la aparición de las ciudades trajo consigo, además de una mayor eficacia tecnológica y organizativa, basada en una mayor especialización productiva, la creación del Estado y la consolidación de las desigualdades que alcanzaron en el marco de la ciudad su forma de expresión más acabada.

### 3.1.1. La génesis de las desigualdades: de la jerarquía a la estratificación social

Como hemos visto en el capítulo anterior, la capacidad de movilizar fuerza de trabajo fuera del propio grupo de parentesco por parte de los «jefes redistribuidores», los «ancianos» situados al frente de los linajes más poderosos, tuvo mucho que ver con una apropiación inicial del excedente, cuando las diferencias de acceso a los recursos aún no habían sido sancionadas socialmente y el acceso a la tierra que se trabajaba era común a todos. En un contexto semejante, en el que la principal herramienta de cultivo era la azada, la fuerza de trabajo poseía en sí más valor que la tierra. Por eso no se produjo seguramente la apropiación de ésta, sino del trabajo ajeno, bien en forma de regalos o de contraprestaciones. Si el jefe de un linaje o clan poderoso podía obtener de personas ajenas al mismo que trabajaran para él en sus tierras durante un cierto tiempo como forma de de-

volver un favor anterior, compensar la entrega de una mujer, o por cualquier otro motivo similar, el producto de ese trabajo constituía una manera eficaz de apropiarse de algo que en principio no se poseía. A tal respecto, los jefes de los linajes más fuertes se encontraban en una buena posición para actuar como dadores de esposas a los miembros de otros grupos de parentesco más débiles, con lo que se aseguraban la colaboración futura de aquellos. La riqueza del linaje o clan del jefe en cuestión aumentaba y su importancia se incrementaba proporcionalmente a su capacidad de tejer una red cada vez más densa y amplia de contraprestaciones. Y una vez que las diferencias de riqueza fueron importantes, pudieron ser empleadas para continuar creando vínculos de dependencia fuera del propio grupo de parentesco. Reforzado por el prestigio alcanzado al frente de las actividades guerreras y en combinación con una situación caracterizada por la necesidad de acometer los trabajos propios de una agricultura de regadío, actividades ambas que implicaban una adecuada capacidad de movilizar a la gente, todo ello llegó a significar que los campos que alimentaban al jefe y sus más cercanos familiares se encontraban mejor preparados, y por lo tanto eran más productivos que los restantes. A partir de entonces las diferencias en formas de consumo y ostentación comenzaron, no sólo a hacerse visibles, sino incluso a sancionarse socialmente y una separación cada vez más amplia entre los que trabajaban más y obtenían menos y los que trabajaban menos y obtenían más comenzó también a perfilarse como la línea distintiva de la organización social. Aunque el acceso a un rango elevado dentro de una sociedad jerarquizada o «de prestigio», como fueron aquellas que caracterizaron en la Mesopotamia meridional el tránsito desde las aldeas agrícolas neolíticas a la sociedad de clases y el Estado, podía lograse originariamente mediante la elección, los candidatos sólo podían proceder probablemente, y de acuerdo a lo observado en este tipo de sociedades (Fried: 1985, 137; Friedman: 1977, 204 ss.), de ciertos linajes, que representaban ya una selección por orden de nacimiento. Las contraprestaciones en forma de «regalos» y de trabajo extra irían en aumento marcando cada vez más netamente la divisoria social. Seguramente el excedente de los jefes, cuyas funciones redistributivas estrechamente asociadas al ceremonial los colocaban al frente de la vida religiosa de la comunidad, y cuyos parientes más próximos empezaban ya a adquirir la apariencia de una aristocracia hereditaria, se vio aumentado en una estimable proporción gracias al trabajo de las personas sometidas a servidumbre. Estas, si bien no muy numerosas en conjunto, podían haber sido capturadas o convertirse en «siervos» por haber contraído deudas con algún jefe. La guerra, provocada por los conflictos entre grupos territoriales enfrentados, también proporcionaba riqueza, bien en forma de botín o mediante la captura de individuos que eran sometidos a servidumbre. Otra importante modificación tuvo

lugar como consecuencia de la introducción del arado asociado a la agricultura de regadío; el trabajo humano fue sustituido en gran parte por el trabajo animal, lo que implicaba que desde el punto de vista de las élites, la capacidad de manipular el trabajo ajeno en beneficio propio fue perdiendo importancia frente a la posibilidad de apropiarse de la tierra.

Sobre poblaciones densas y numerosas, como las que fueron propias de los asentamientos de la Mesopotamia meridional (Eridu, El-Obeid), tal situación desembocó finalmente en la estratificación de la sociedad. En este sentido la Mesopotamia meridional, una vez realizada la sistematización de los recursos agrohidráulicos, presentaba un contexto favorable, por las propias condiciones del riego, a la creación de desigualdades en función de la situación de la tierra. Cuanto más grande era la población y la cantidad de terreno puesta en cultivo, más ventajoso resultaba la posesión de las tierras con acceso directo al agua de riego que procedía del río. Ello viene a coincidir con el desarrollo del sistema de los templos y la estratificación social, que se piensa que surgió sobre la base de una separación de importantes extensiones de tierra de la comunidad, tal vez en parte mediante regalos u ofrendas a las divinidades, y que a partir de entonces constituirían las posesiones de la clase sacerdotal dominante (Diakonoff: 1988, 3).

Junto con la apropiación del excedente y la posesión de las mejores tierras, el acceso restringido a conocimientos específicos (medicinales, matemáticos, astronómicos, etc), resultado paralelo de la creciente especialización potenciada en el seno de los templos, constituyó otro factor de consolidación de las élites emergentes, por lo que, en terminología antropológica, los jefes intensificadores-redistribuidores-guerreros y sus aliados sacerdotales, que también eran sus parientes, conformaron el núcleo de las primeras clases dirigentes, establecidas, entonces igual que ahora, sobre el monopolio de la riqueza y de la información. La transición, como señala el registro arqueológico, se produjo por vez primera en el sur de Mesopotamia, alumbrando las primeras ciudades y la primera civilización de la Historia, cuyos protagonistas fueron los sumerios.

### 3.1.2. La evolución protourbana de Mesopotamia

En todas partes las llamadas sociedades complejas se definen por una serie de rasgos comunes, entre los que destacan por su importancia: 1) la existencia de una agricultura intensiva capaz de proporcionar excedentes más allá de la subsistencia y las necesidades sociales, 2) la densidad de la población y la presión demográfica, 3) la especialización artesanal, 4) la organización coordinada de las tareas colectivas plasmada en la presencia de una arquitectura monumental de fuerte contenido simbólico, en el co-

mercio organizado y la guerra institucional, 5) y la existencia de formas religiosas elaboradas que sirven para legitimar el orden establecido. Algunos de estos elementos ya se encontraban, en su manifestación más embrionaria, en las culturas del Neolítico pleno mesopotámico, particularmente en aquellas de Samarra y Halaf. Sin embargo la evolución subsiguiente no se produjo en ninguno de los lugares sobre los que se habían extendido, sino más hacia el sur, en una zona que exigía un acondicionamiento previo para hacer posible la existencia de la vida agrícola sedentaria.

En la Mesopotamia meridional la aparición de la cultura de Eridu, también denominada por algunos como El Obeid I, en la zona del bajo Eufrates, plantea el problema adicional del desarrollo originario de las formas de vida agrícola en esta región. El refinamiento de su producción cerámica sugiere que debió haber existido un proceso formativo anterior que, dada la ausencia de datos, desconocemos si tuvo lugar *in situ* o por el contrario se produjo en otra parte, de donde procederían sus pobladores. Ello ha dado pie a pensar en una colonización de la baja Mesopotamia por parte de gentes procedentes de asentamientos tipo Samarra situados más al norte, habida cuenta de algunas semejanzas observadas en las formas arquitectónicas y la decoración de las cerámicas (Matthiae: 1988, 62 ss; Redman: 1990, 337), además del temprano desarrollo de la agricultura de regadío. En apoyo de tal hipótesis pueden invocarse los límites ambientales que para el crecimiento de la población imponía la agricultura de secano practicada en las tierras altas más septentrionales, límites que habrían intentado ser eliminados precisamente mediante los primeros experimentos de riego en lugares como Choga Mami y Tell es-Sawwan. La llanura aluvial del sur ofrecía, en cambio, inmejorables condiciones para tal propósito, una vez acondicionados los terrenos, por lo que habría atraído la presencia de colonizadores llegados desde las tierras situadas más al norte, en donde habían tenido lugar los primeros experimentos y actividades relacionados con la irrigación. Según este punto de vista los pobladores del sur de Mesopotamia sólo podrían proceder de los asentamientos neolíticos más avanzados, ya que únicamente aquellas comunidades con formas de organización capaces de asegurar la subsistencia de una población incipientemente especializada podrían llegar a rentabilizar, mediate los trabajos adecuados, el enorme potencial agrícola de la Mesopotamia meridional.

Otros piensan, por el contrario, que la cultura de Eridu, localizada e individualizada por la investigación arqueológica en un momento ya posterior al de su formación en la baja Mesopotamia, habría podido tener su origen en el vecino Khuzistán iraní, donde por aquellos tiempos (5500-5000) florecía la cultura de Tepe Sabz, que sucedía a una tradición neolítica anterior caracterizada por asentamientos como Ali Kosh y Mohammad Giaf-

far, y que en un momento dado representa el inicio de la técnica de riego a pequeña escala en aquella región, así como la primera evidencia de ganado bovino doméstico. Igualmente sus herramientas, su cerámica y el complejo de subsistencia (variedades agrícolas explotadas) están dentro de la tradición que caracteriza el desarrollo de El Obeid (Manzanilla: 1986, 115), aunque hay quién piensa, en cambio, que ello se debe a una influencia de Eridu sobre Tepe Sabz y no al contrario.

No faltan quienes consideran, por otra parte, que el desarrollo de la agricultura irrigada pudo ser perfectamente posible, y acelerado, en el sur de Mesopotamia, sin la necesidad de una llegada de gentes y técnicas procedentes de otros lugares (Oates, 1976: 127). Sea cual fuera su origen, la cultura de Eridu (El Obeid 1), que practicaba la agricultura irrigada a modesta escala local así como una importante actividad ganadera, alcanzó una extensión similar al ambiente ecológico que caracterizaba la Mesopotamia meridional, lo que constituye un buen síntoma de su capacidad expansiva, apoyada en una base productiva mayor que la de las comunidades neolíticas precedentes. Aún sin practicar el regadío a gran escala, la fertilidad del suelo permitía unos excedentes sobre los que se sustentaron el aumento de la población, el incremento de la producción de bienes de consumo, con la consiguiente mayor especialización laboral, y la práctica de un comercio y una religión organizados desde posiciones organizativas centralizadas. Existen serios indicios arqueológicos de que hacia el 5000 las gentes de Eridu, yacimiento prototípico de esta cultura, y las de Tepe Gawra, más al norte, construyeron los que son considerados por muchos como los primeros «edificios de prestigio» conocidos de toda la Historia, aunque subsiste la incógnita sobre la caracterización de algunos *tholos* halafienses más antiguos y del «santuario» de Tell es-Sawwan. Se trata ahora de construcciones de mayores proporciones que las restantes aunque con una organización similar, separadas de las demás casas de la aldea por un espacio vacío o situadas sobre una terraza que las elevaba sobre ellas. Si bien la mayoría cree que se trata de los primeros templos, la cuestión no está totalmente esclarecida. Las posibilidades de que así fuera, marcando significativamente los inicios de una diferenciación funcional en el interior de los asentamientos que no hará sino aumentar en el futuro, son grandes, sobre todo si se acepta que los templos posteriores se levantaron precisamente encima de las ruinas de éstos, aún, pequeños «santuarios» prehistóricos. Pero no obstante, la discontinuidad topográfica entre este momento y los periodos posteriores ha sido señalada en algún caso como un grave inconveniente para otorgar a estos edificios de la cultura de Eridu el carácter de templos (Aurenche: 1982). De acuerdo con esta última interpretación, no se trataría de templos, o edificios destinados a una finalidad religiosa, de la que no se poseen pruebas concretas, sino de las casas de los jefes de la comunidad. Aunque, dado que en los momentos posteriores de

desarrollo urbano la autoridad social tendrá, como veremos, un carácter esencialmente religioso, bien podría haber tenido su origen aquí. Como ya dijimos, los jefes de mayor rango de los linajes más poderosos, situados al frente de las tareas redistributivas, se encontraban también al frente de la vida religiosa de su comunidad.

Desde el punto de vista organizativo, esta diferenciación funcional, por contraste a las capillas y «santuarios» domésticos de sitios como Jericó o Chatal Hüyük, sugiere cambios significativos. Una autoridad que emergía de una legitimación esencialmente religiosa, pero con base todavía familiar, parece haberse constituido en aquella época, ocupando un lugar central en la sociedad, probablemente desde la posición de los linajes más destacados y poderosos. En lo social, una mayor fuerza de su significado religioso pudo haber provenido, probablemente, de una manipulación ideológica perpetrada por la elite dominante, y mediante la cual el ancestro o antepasado (mítico) común del que reclamaban su descendencia resultaba «divinizado», convirtiéndose de esta forma en la entidad sobrenatural tutelar de la comunidad entera, pero quedando reservada la organización ceremonial de su culto a determinados de sus miembros.

En lo económico, el carácter redistributivo de la nueva autoridad religiosa simbolizada por el (pequeño) templo, que al igual que los *tholos* halafienses ocupaba una posición central en el plano del poblado, parece estar fuera de toda duda, aunque en un primer momento pudiera ser objetado por la inexistencia de almacenes y talleres anejos. Pero su propia caracterización ceremonial, si se acepta, constituye un buen indicio al respecto. Por simple que fuera la organización centralizada de un ritual comunitario, convertido ahora en culto, que su presencia denota, en contraste con los ritos y cultos domésticos de periodos anteriores, su existencia requería la acumulación de las aportaciones destinadas a hacerlo posible (ofrendas, elementos necesarios para las celebraciones rituales, etc.), esto es, un flujo de bienes desde los distintos grupos de parentesco que constituía en sí una práctica redistributiva centralizada. De esta forma quién o quienes controlaban el ceremonial adquirieron la capacidad de incentivar globalmente el aumento de la producción mediante los requerimientos divinos que ellos transmitían a los demás. Es más que probable que la centralización del ritual comunitario, expresada ahora en forma de culto a la «divinidad» tutelar, se haya producido a partir de la existencia de un sistema redistributivo anterior a cuyo frente se situarían las élites incipientes, singularizadas por los jefes de los linajes más poderosos y sus parientes más inmediatos. El contenido político de dicha autoridad podría equivaler a lo que los antropólogos han denominado como una jefatura teocrática, esto es: una estructura centralizada de decisiones con legitimación religiosa que utiliza la capacidad de maniobra que le proporciona estar al frente del aparato económico redistributivo, si bien aún de modestas proporcio-

nes. Sin embargo, los mecanismos de coerción y los factores que los habrían hecho posibles aún no habrían aparecido, por lo que no se puede hablar propiamente de la existencia de un poder político, sino de una autoridad social personificada en un jefe con legitimación divina, cuya posición central emanaba en último término del prestigio y del papel ejemplificador que asumieron las elites.

La cultura de Eridu, alcanzó una expansión y desarrollo más amplios durante la fase llamada de Haji Mohammed o también de El Obeid 2 (5000-4500), en que se difunde desde el sur (Eridu, Ur, Warka) hasta la zona de Kish (Ras el-Amiya) sobre el Eufrates, y cruzando el Tigris hasta alcanzar la de Choga Mami, abarcando por consiguiente toda la llanura aluvial, con penetraciones también en el Khuzistán. Sobre esta base se va a desarrollar desde mediados del V milenio la secuencia característica de El-Obeid, sin ruptura manifiesta con la anterior y con tantos elementos de continuidad (asentamientos, cerámicas...) que muchos prefieren considerar a ambas como distintos períodos de un mismo contexto cultural. Por esta razón los precedentes periodos de Eridu y Haji Mohammed se han denominado también El Obeid 1 y 2. Se produjo entonces, durante El Obeid 3 o temprano (4500-4000) una sistematización de los recursos agrohidráulicos que supuso la excavación de canales, con lo que se conseguía ampliar el área cultivable, llevando el agua a tierras áridas, así como el drenaje de las zonas pantanosas del delta. Junto con la aparición del arado a tracción animal, la sistematización hidráulica implicó a partir de entonces una trasformación tal de la base productiva agrícola, como para posibilitar la consecución de cantidades de excedentes no logrados anteriormente en ninguna otra parte. La aparición de hoces de terracota en gran número nos habla de un mayor tamaño de las cosechas que exigía, junto a una mayor inversión de fuerza de trabajo, una producción abundante de las herramientas destinadas a su recogida. Una cierta especialización en la fabricación de tales objetos, que parecen hechos en serie, puede advertirse en este caso. Los asentamientos de este periodo (Eridu, El-Obeid, Ur) se dispusieron a lo largo de los canales de riego, constituyendo centros agrícolas con una economía diversificada, en la que a la agricultura extensiva de regadío se sumaron la explotación del ganado bovino y caprino, así como un cierto desarrollo de la arboricultura (palma datilera) y la horticultura, favorecidas por la disposición de agua de superficie en mayor abundancia. Según los vestigios rescatados, la pesca, parece haber alcanzado en algunos lugares, como el mismo Eridu, una considerable importancia.

La mayor productividad agrícola permitió un desarrollo socio-cultural más complejo que se manifiesta a partir del 4000 (El Obeid 4 o tardío) en la aparición de templos de dimensiones ya monumentales, si los consideramos en contraste con el resto de las edificaciones descubiertas, cuya silueta dominará desde entonces la topografía de los asentamientos, a los que podemos considerar ya como protourbanos. El templo se sitúa a par-

tir de entonces sobre una plataforma elevada, simbolizando así la importancia de sus actividades y el distanciamiento cada vez mayor de la encumbrada élite religiosa respecto al resto de la población. Pero tal situación respondía también a los resultados de la intensificación de la producción agrícola que, con sus necesidades de riego y nuevas tierras, proporcionó la oportunidad de un acceso cada vez más desigual a los recursos básicos, la tierra irrigada, contribuyendo de esta manera a establecer claras diferencias de riqueza y estilos de vida. El paso intermedio entre la aldea y la ciudad está igualmente representado por la evidencia de una mayor especialización artesanal que incluyó la primera metalurgia (cobre), con lo que se penetra de lleno en el Calcolítico, y la organización de la producción de objetos en serie, con especial énfasis en la cantidad en detrimento de la calidad, y que en la cerámica se vio impulsada por la aplicación del torno lento (platina) o de mano. Diversos indicios señalan, así mismo, una tendencia creciente en aquel periodo hacia una mayor centralización político-económica y, en consecuencia, hacia la estratificación social. Ocurre así con el ya mencionado tamaño monumental que alcanzan los templos, cuya forma prefigura además la de los futuros santuarios sumerios, al tiempo que su construcción, que incluye una creciente asignación de la riqueza a contextos no productivos sino de significado simbólico, denota la existencia de unas instituciones político-religiosas notablemente desarrolladas. No son menos ilustrativos los contrastes que se detectan en los ajuares funerarios, a través de los que se observan significativas diferencias en los niveles de vida de la población, y la presencia, así mismo, de objetos artesanales de elevado valor, tanto por su elaboración esmerada como por el aprovisionamiento de materias primas lejanas que requieren (metal, piedras duras), lo que se considera en ambos casos indicios de unas actividades notablemente especializadas. La propia producción en serie de objetos de menor calidad (hoces, cerámicas) sugiere la presencia de algún tipo de organismo (templo) capaz de tomar y aplicar decisiones que afectaban a toda la comunidad, y desde el que se planificaba y dirigía en buena medida la vida económica de la misma (Liverani: 1988, 95).

En la evolución desde la aldea agrícola igualitaria hasta la sociedad urbana dividida en clases, el periodo de El Obeid (3 y 4) constituyó la transición desde formas cada vez más avanzadas de sociedad jerarquizada a la estratificación económica y funcional. De este modo durante aquel tiempo se asentaron las bases que permitieron el desarrollo de la ulterior división de la sociedad en clases sobre un acceso desigual a los recursos y una participación notoriamente desequilibrada en los procesos de trabajo, fenómeno que tuvo lugar a partir de sistemas redistributivos progresivamente asimétricos, encarnados en el templo, que aumentaban la inequidad, y de un poder político coercitivo legitimado por vía de la sanción religiosa. El mantenimiento exclusivo de los especialistas a tiempo pleno por

parte de las élites que controlaban los excedentes, quedando separados de esta forma de las unidades domésticas, ocasionó una dependencia de la mayor parte de la población que precisaba de sus conocimientos y habilidades. La dependencia de los campesinos en relación con los artesanos especializados no era aún grande cuando éstos se dedicaban sobre todo a producir bienes de prestigio destinados a las élites incipientes de las comunidades precózmente jerarquizadas. Mientras el trabajo de los artesanos no pudiera incidir decisivamente en la cantidad y diversidad de los recursos alimenticios y los restantes medios de subsistencia, como por ejemplo mediante la fabricación de instrumentos que ahorrasen esfuerzo en las tareas agrícolas, volviéndolas más productivas, la autonomía de los campesinos no se encontraba seriamente amenazada. Pero cuando los artesanos, mantenidos a tiempo pleno con el excedente administrado por las élites, dispusieron de técnicas más avanzadas y fabricaron herramientas más eficaces la situación comenzó a cambiar. El avance de las técnicas agrícolas y la paralela introducción de instrumentos productivos cada vez más complejos, como era el arado de siembra, que permitía una disminución del esfuerzo de 1/15 respecto al empleo anterior de la azada, acentúo la dependencia de los campesinos, productores directos de los alimentos, respecto de los artesanos especializados y de la élite que los mantenía. Y tal dependencia no era sino el camino hacia la subordinación.

Por otro lado, la sistematización hidráulica, necesaria para explotar de forma ventajosa el potencial productivo de la Baja Mesopotamia, requería una coordinación de las operaciones de irrigación, que tuvo como consecuencia la aparición de formas de integración política notablemente centralizadas. La consiguiente intensificación de la producción estimuló, por su parte, una especialización de las tareas productivas básicas, diferenciándose al menos tres áreas: agricultura, ganadería y pesca. Dentro de cada una de ellas la especialización lo era a tiempo total, como consecuencia en gran medida de la mayor dedicación que exigía la agricultura intensiva de regadío, por lo que pronto se advirtió la necesidad de intercambios más fluidos entre los distintos sectores. Con poblaciones cada vez más grandes y densas, además de especializadas, la regulación eficaz de los intercambios recayó en la élite redistribuidora del templo. De esta manera, los campesinos no solo dependían parcialmente de los artesanos especializados y a través de ellos de las élites que los mantenían, sino también directa y completamente de éstas, en tanto en cuanto se habían convertido en las únicas fuerzas sociales con capacidad de impulsar y coordinar las labores inherentes a la sistematización hidráulica y de asegurar, mediante la redistribución, un flujo continuado de bienes imprescindibles para la subsistencia. Reformulando la célebre y discutida hipótesis de Wittfogel sobre las «sociedades hidráulicas», parece bastante probable que las instituciones propias de un gobierno centralizado y la irrigación a gran

escala debieron haberse desarrollado, estimulándose mutuamente (retroalimentándose), de forma paralela (Redman: 1990, 287).

Es necesario precisar, no obstante, que la intensificación de la producción, que requería una inversión extra de trabajo, no era tanto consecuencia de las condiciones medioambientales o demográficas, cuanto del interés de las élites por acumular mayores cantidades de riquezas. No fue la presión demográfica sino el afán de lujo, prestigio y poder de los grupos sociales dominantes, lo que impulsó primero mediante la redistribución asimétrica ritualizada y luego mediante la tributación directa, el aumento de la producción, con la consecución de excedentes cada vez mayores, por parte de los campesinos. De otro modo, disponiendo de tecnología más eficaz, la gente sencillamente trabaja menos. Lo que origina el excedente es la fuerza coactiva de una autoridad o las exigencias de los rituales complejos controlados por ésta. Siendo esto así, el crecimiento de la población debe considerarse un resultado y no una causa de la evolución socio-cultural en el Próximo Oriente (Flannery: 1972, 24 ss.; Manzanilla: 1986, 227 ss.). A diferencia de Hassuna o Samarra, la posibilidad de disponer en la Mesopotamia meridional de un enorme potencial agrícola, para cuya adecuada explotación era necesaria una especialización productiva y funcional que terminó diversificando de forma compleja a la sociedad, constituyó un factor que favoreció la posibilidad de encumbramiento de las élites. Una vez iniciado el proceso, éstas dispusieron de medios cada vez más eficaces para imponer su predominio al resto de la sociedad.

Así, el aumento de la población y de la complejidad socio-cultural produjo un flujo creciente de información, en gran medida de carácter estratégico, al estar relacionada con la mejora y el mayor aprovechamiento de las técnicas productivas, que era preciso controlar. Si en las comunidades aldeanas más simples de épocas anteriores, el flujo de la información necesaria para la vida social (distribución de la tierra, organización de los trabajos comunes, época de siembra y recolección, diversidad de cosechas de acuerdo a factores de fertilidad del suelo, etc) era regulado mediante rituales y ceremoniales específicos, costeados con el excedente que las mismas comunidades producían, en el nivel de complejidad socio-cultural de El-Obeid, con poblaciones mayores, oficios más desarrollados e intercambio más intenso, las élites hereditarias asumieron tal función, en parte porque habían monopolizado la celebración de los rituales comunitarios, y también porque la diversificación social y la especialización a tiempo completo situaba a la población campesina en una posición muy precaria, lo que no hacía sino acrecentar su subordinación. Era el artesanado, y sobre todo la elite dirigente que regía la comunidad desde el templo, la que se encontraba más capacitada, debido a que no tenía la necesidad de trabajar para conseguir su sustento, de cara a procesar y administrar toda la información disponible que era cada vez más específica y

abundante. Por otra parte, la acusada especialización que generaba la creciente complejidad social incentivaba el carácter en gran medida hereditario de los oficios y las habilidades asociadas con ellos, una consecuencia y una exigencia misma de la especialización, que no haría sino fortalecer también la posición de las élites.

Gracias a su mayor base productiva, que la sistematización hidráulica convertía en más intensificable que todos los anteriores sistemas agrícolas neolíticos, la cultura calcolítica de El-Obeid alcanzó una expansión que le permitió penetrar, más al norte, en las tierras altas de la región que en el futuro llevará el nombre de Asiria, donde Tepe Gawra, Tell Arpachiyah y Nínive representan asentamientos típicos de este momento, y en donde las influencias meridionales se entremezclaron con las pervivencias locales de una fase tardía de la cultura de Halaf. Además de una agricultura floreciente, pero dependiente de las lluvias, y por lo tanto menos intensificable, los contactos comerciales (lapizlázuli de Afganistán, diorita, turquesa, y ematita de Irán, obsidiana y cobre de Anatolia) jugaron allí una considerable importancia. Fuera de la línea del Khabur, que representa el límite más septentrional de las experiencias protourbanas de El Obeid, su cerámica distintiva se difundió hasta alcanzar la región de Siria del norte, el suroeste de Anatolia y las tierras de Irán. De aquellos contactos habrían de resultar toda una serie de interacciones culturales de no escasa importancia.

### 3.1.3. La formación de un sistema regional y la aparición de los contrastes «centro-periferia»

La variedad regional que se aprecia en el Neolítico del Próximo Oriente no desapareció con el advenimiento del Calcolítico y la posterior urbanización, sino que bien al contrario habría de mantenerse, aunque integrada en un sistema más amplio y de ámbito regional, que perdurará con variaciones en los tiempos venideros. Con El-Obeid la uniformidad cultural cubrió por primera vez la llanura mesopotámica. Su fuerza expansiva, asegurada por la más amplia e intensificable base productiva y estimulada por sus formas de organización e integración más complejas, le permitió entrar en relación con aquellas zonas exteriores poseedoras de las materias primas de las que carecía la llanura aluvial. Aunque no deben descartarse los contactos directos desde las tierras más meridionales del sur, los asentamientos más septentrionales, como Tepe Gawra y otros, debieron jugar un importante papel al respecto. La demanda de madera, piedras y metales, que aumentaba impulsada por la creciente especialización laboral y diversificación social, estimulaba las iniciativas que en gran medida parecen haber descansado sobre los templos, al menos desde El-Obeid tardío. De esta forma las élites religiosas reforzaron su poder y prestigio,

apareciendo ante la población no sólo como los administradores (en nombre del dios) que hacían posible el funcionamiento de todo el sistema productivo, y con ello el bienestar de la comunidad entera, sino también como los abastecedores de objetos y productos codiciados, en la más genuina tradición de las élites redistributivas. El marcado carácter asimétrico de la redistribución practicada se compensaba por medio de la propaganda que, a parte de la coordinación centralizada de la sistematización hidráulica, era prácticamente lo único que recibían los campesinos a cambio de las fracciones de sus cosechas que entregaban a los almacenes del templo. La arquitectura monumental de éste, que irá creciendo en complejidad y tamaño a medida que avance el proceso, y los ceremoniales a él adscritos jugaron un destacado papel a tal propósito, emitiendo el mensaje simbólico de la prosperidad de la comunidad, la protección de los dioses y la eficacia y legitimación de sus administradores terrenales.

Precisamente porque se ha identificado todo ello con los rasgos exageradamente positivos que caracterizarían la posición de las elites religiosas protoestatales, diluyéndose de este modo otros contrastes más negativos que tuvieron que ver con las diferencias en los niveles de consumo y acumulación de riqueza, es preciso matizar que los beneficios administrativos que comportaban, como el que los almacenes del templo contuvieran reservas de grano que podían ser utilizadas en situaciones de emergencia, se produjeron a costa de un aumento notorio de las desigualdades de índole socioeconómica. Estas se encontraban ya entretejidas en el propio proceso de formación de las élites que hallaron, durante el periodo de El-Obeid, la justificación de su posición al frente de una función redistribuidora cada vez más desigual, en su destacado carácter sagrado y ceremonial. Y aunque no se tratara aún, y en sentido estricto, de una sociedad dividida en clases, las diferencias económicas asignadas a los diferentes rangos en que la comunidad estaba acentuadamente jerarquizada empezaban a hacerse significativas, lo que por otra parte permite que las diferencias de estilos de vida empiecen a poder ser reconocidas por los arqueólogos.

A partir del último periodo de El Obeid, *grosso modo*, esto es, en torno al 4000 tales tendencias se hallaban ya plenamente consolidadas en las comunidades mesopotámicas, para alcanzar su máximo desarrollo en los tiempos venideros. Pero además, la sociedad cada vez más compleja que las generaba, precisaba acceder a productos lejanos que eran de una importancia estratégica, ya en el campo de la tecnología productiva (metales: cobre), como en el de las manifestaciones simbólicas (materias preciosas). Las interacciones culturales a que dieron lugar tales contactos no son demasiado bien conocidas, pero en términos generales parece que ocasionaron el desarrollo en el sudeste de Anatolia, y sobre la base de los sistemas agrícolas preexistentes, de formas organizativas a su vez com-

plejas, que los arqueólogos perciben en el desarrollo de una producción cerámica en serie, a partir de la elaboración local del cobre. El neolítico anatólico, tan rico en manifestaciones, alcanzaría finalmente un nivel de desarrollo más avanzado al ser dinamizado por los contactos meridionales.

En la vertiente mediterránea del Próximo Oriente las experiencias neolíticas habían desembocado en una diferenciación dictada por los condicionamientos ecológicos. Mientras que el neolítico «clásico» con asentamientos agrícolas y producción de cerámica está atestiguado en sitios como Biblos o Ras Shamra (Ugarit) en la costa, o Damasco y Munhata en el interior, en buena parte de Palestina, en el desierto de Judá, en el Neguev y en la región semiárida del Sinaí, habitaban poblaciones de pastores que practicaban un nomadismo estacional con frecuentación estival de las zonas más lluviosas de Cisjordania y el valle del Jordán. Estas gentes, de acuerdo con los indicadores arqueológicos, vieron aflorar una élite de índole tribal y guerrera, provista de armas fabricadas en cobre arsenical, cuya autoridad estaba seguramente en conexión con el control del pastoreo y el acceso a las fuentes de agua, así como con la extracción del metal.

En el Khuzistán iraní, región vecina de la baja Mesopotamia situada al este del río Tigris, un neolítico avanzado cuyas gentes practicaban la agricultura de regadío ha sido reconocido, como hemos visto, en Tepe Sabz, si bien no parece una continuación de la tradición anterior representada en sitios como Ali Kosh y Mohammad Giaffar. El segundo momento de desarrollo de la cultura de Eridu (El Obeid 1), identificado con la fase arqueológica de Haggi Muhammad (El Obeid 2), había alcanzado ya esta región iraní, que sostuvo durante todo aquel periodo un importante poblamiento, dando lugar a la aparición de asentamientos de gran tamaño, en contraste con las aldeas precedentes, entre los que destaca Susa, contemporáneo del El-Obeid 3 y 4. En aquellos momentos los contactos entre el Khuzistan y el sur de Mesopotamia fueron fluidos, sobre la base de comunidades calcolíticas fuertemente implantadas que van a ir perfeccionando progresivamente la técnica de la explotación del cobre nativo, si bien la evolución de ambas regiones siguió un rumbo diferente. En aquellas tierras iraníes el crecimiento de la población y del tamaño de los asentamientos fue algo anterior a lo que posteriormente ocurriría en el sur de Mesopotamia para interrumpirse luego, con la única excepción de Susa que se convirtió en el centro más importante a costa de todos los demás.

### 3.1.4. La eclosión urbana: aparición de las ciudades en la Baja Mesopotamia

La secuencia protourbana de Mesopotamia, cuya cronología se ha establecido en periodos arqueológicos identificados por las variaciones de-

tectadas en los principales indicadores utilizados como muestras de la cultura material y de las formas organizativas (cerámicas, arquitectura...), había comenzado con la fase de El Obeid para llegar a culminar en la formación de las primeras ciudades aproximadamente un milenio después. En los siglos siguientes aquellas primeras ciudades crecieron, se desarrollaron, y aparecieron otras nuevas. Todo ese lapso de tiempo ha sido dividido un tanto arbitrariamente por los arqueólogos en un periodo de Uruk y un periodo de Jemdet Nasr, que sólo se encuentran separados por cuestiones de matiz. Desde el 3500 se puede apreciar en el sur de Mesopotamia, sin que se pueda constatar ningún tipo de ruptura, una nueva fase de desarrollo cultural, que conocemos como Uruk, en la que los avances tecnológicos y organizativos prosiguieron en la misma dirección que habían adquirido en el periodo anterior, pero con una polarización mucho más marcada hacia una economía y una dirección política fuertemente centralizadas. La sistematización hidráulica alcanzó a mitad del cuarto milenio unas dimensiones que rebasaban con creces la aplicación meramente local. Por aquellas fechas la primacía del sur de Mesopotamia en el urbanismo ya estaba asegurada, culminando los procesos de urbanización entre el 3500 y el 3200, cuando grandes asentamientos como Eridu, Uruk, Ur o Nínive alcanzaron la categoría de ciudades.

En este punto conviene aclarar que la diferencia entre una ciudad, una aldea o un asentamiento protourbano (villa) radica, no sólo en una cuestión

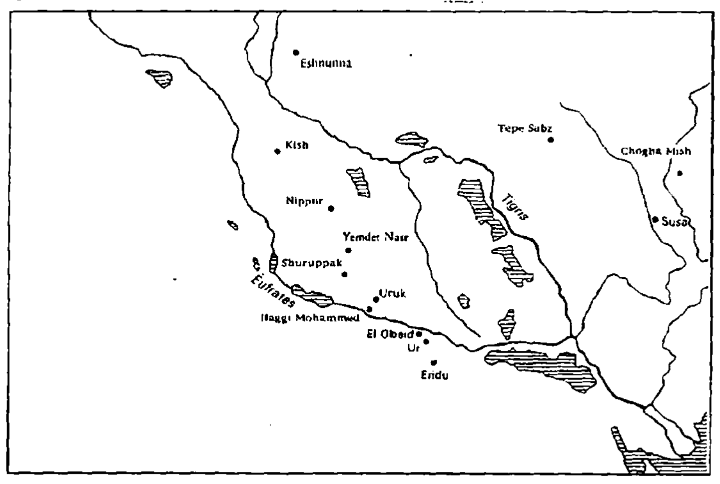



**Fig. 3.1.** Las primeras ciudades

de tamaño y densidad de población, aunque éste suele ser un parámetro significativo, sino fundamentalmente de especialización funcional. En otras palabras, la ciudad se distingue de la aldea o del poblado no tanto por una cuestión de magnitud, cuanto de organización interna, ya que constituye una agrupación fundamentada en la especialización y la división del trabajo (Liverani: 1987, 308). La ciudad es, por tanto, la plasmación física en el espacio de la especialización funcional y la estratificación socioeconómica, lo que se traduce en múltiples contrastes en la utilización del mismo, que no se observan en la aldea, así como en la diversidad de ambientes constructivos: edificios públicos (templos, palacios), plazas, calles, áreas residenciales, lo que determina su morfología mucho más compleja.

El periodo de Uruk, con su fases antigua (3500-3200) y reciente (3200-3000) se desarrolló, con un aumento importante de la población, en torno a la institución del templo y al control que el sacerdocio ejercía sobre las comunidades, dando lugar a un sistema administrativo sumamente complejo, fundamentado en la actividad redistribuidora del templo y en su monopolio de la información que era cada vez más abundante y diversa, por lo que, precisando de sistemas de contabilidad y formas de registro, estimuló la aparición de la escritura al término del mismo. La glíptica (fabricación de sellos para estampar impresiones), conocida desde tiempos muy anteriores y que podemos remontar a las culturas más septentrionales del Neolítico pleno de Hassuna y Samarra, alcanzó un espectacular desarrollo, sustituyéndose el sello de impronta plana (estampilla), común hasta entonces, por el cilíndrico que dejaba un registro alargado sobre la superficie de arcilla marcada. Junto con éstas innovaciones organizativas, en manos de los funcionarios de los templos, cabe destacar también la aparición de importantes novedades técnicas, como el carro que, basado en el conocimiento del principio de la rueda y en la disponibilidad de animales de tiro, revolucionó el sistema de transportes. En esta misma dirección, la mayor amplitud de la sistematización hidráulica, que adquiría dimensiones cantonales, sirvió para constituir una red que ponía en contacto los territorios de las diferentes ciudades, al resultar el transporte fluvial más económico que el terrestre.

Desde inicios de la fase reciente (Uruk 4) el uso del torno rápido y del horno de reducción, estrechamente vinculado también al desarrollo de técnicas de fundido y de vaciado en la metalurgia, caracterizaron la producción de cerámica, consolidando la coincidente existencia de artesanos especializados. Se asiste, así mismo, a una producción cada vez más masiva de un tipo de cerámica específica, cuencos de borde biselado, presentes en todos los yacimientos de esta cultura, y que han sido relacionados con la asignación de raciones alimenticias dentro del marco de la economía redistributiva del templo.

En la misma Uruk, convertida ahora en sitio guía arqueológico (actual Warka) y en el asentamiento de mayor tamaño con sus cerca de 70 ha, la

construcción de los templos sigue una evolución que culmina, ya en la fase reciente, en el gran complejo templario del área sacra del Eanna (Templo de Caliza, Templo de las Columnas, Templos C y D), situada en el centro de la ciudad y consagrada al culto de Inanna, diosa sumeria del amor y de la guerra representada por el planeta Venus, a la que se añadirán posteriormente las estructuras superpuestas, coronadas por el Templo Blanco, del *zigurat* de Anu, dios supremo del panteón sumerio. La arquitectura religiosa del periodo de Uruk, conocida también en lugares como Eridu, Tell Uqair en la Mesopotamia central, o Tepe Gawra más al norte, constituye un testimonio firme de la existencia de una elite poderosa capaz de movilizar una formidable fuerza de trabajo muy bien organizada.

El siguiente periodo arqueológico, denominado Yemdet Nasr (3000-2850) que debe también su nombre al sitio-guía originario, supuso una aceleración de las tendencias más características anteriores, con el desarrollo de los asentamientos urbanos pre-existentes y el crecimiento de otros centros que, como Shuruppak, Nippur, Kish, o Eshnunna en la región del Diyala, alcanzaron entonces el rango de ciudades. Dicho periodo se caracterizó también por la aparición de la arquitectura monumental secular, los palacios, por lo que durante el mismo se produjo el nacimiento de la realeza, una élite político-militar diferenciada de la jerarquía administrativa de los templos, y también, de acuerdo a una interpretación de los mitos posteriores de la asamblea de Nippur, la aparición de la «Liga Kengir», que en torno a dicha ciudad reuniría en forma de federación a las más importantes de las ciudades sumerias.

### 3.1.5. La multiplicidad de procesos: la evolución de la «periferia» frente al «centro»

La aparición de las élites, documentada en el Neolítico pleno tardío, constituyó en tierras mesopotámicas el punto de partida de un proceso que en algunos casos culminaría con la estratificación social y el nacimiento del Estado, lo que no quiere decir que debamos entenderlo como un desarrollo irreversible por necesidad. Multitud de ejemplos etnohistóricos convergen en señalar lo contrario. En la misma Mesopotamia, comunidades agrícolas avanzadas, como habían sido las pertenecientes a las culturas de Samarra y Halaf, caracterizadas por la presencia de unas elites incipientes, no alcanzaron niveles superiores de complejidad sociocultural y organizativa, trasladándose la secuencia, como hemos visto, a la llanura aluvial del sur. El auge de la urbanización en sur de Mesopotamia tuvo además la virtud de convertir aquella zona en «centro» desde donde emanaba tecnología y actividades organizativas, frente a una «periferia» que experimentaba una evolución distinta.

En las tierras altas situadas más al norte, en la región que en tiempos históricos posteriores se llamará Asiria, allí donde precisamente habían

florecido los asentamientos de la cultura de Samarra y los halafienses, la influencia meridional con acusados rasgos procedentes de El Obeid experimentó un retroceso durante la primera mitad del cuarto milenio, en favor de formas propias de organización, con la constitución de jefaturas territoriales cuyos asentamientos más avanzados no llegaron a alcanzar el rango de ciudad. Su característica principal fue que no desarrollaron la institución del templo ni la elite sacerdotal, hasta un momento muy tardío y por probable influencia sur. Los principales indicadores arqueológicos del rango son aquí las ofrendas funerarias, y su diversificación a dado pie a suponer la existencia de una creciente complejidad social en la que, mediante la acumulación privada de riqueza, emergería una élite aristocrática con prerrogativas militares (Manzanilla: 1986, 106 ss). Todo ello aboga en favor de diversas formas de disolución de las comunidades agrícolas originarias, en los procesos de desarticulación de las comunidades neolíticas, y de la multiplicidad de formas elitistas primitivas, frente a cualquier posición que pretenda ver en todas partes el mismo desarrollo. Así mismo, en el ambiente tribal de la periferia mesopotámica, las tribus alcanzarían la dimensión estatal en el marco de la confederación que supuso la crisis de las estructuras comunitarias bajo los auspicios de un pacto protegido por la divinidad (Liverani: 1987: 305) y ante el impacto, económico y militar, procedente de Mesopotamia.

Más tarde hizo de nuevo aparición la influencia meridional, no sólo allí, sino también en regiones más alejadas que ahora se incorporan a esta periferia, como Siria, Anatolia e Irán. Como quiera que tal influencia coincide con el importante desarrollo, observado arqueológicamente, de Uruk en el sur de Mesopotamia y de la muy amplia dispersión de su cerámica más característica, algunos autores (Algaze: 1989; Liverani: 1988, 141 ss.) han asumido la idea de una posible «colonización» comercial de estos territorios efectuada desde aquel centro, estimulando así la urbanización de la periferia mesopotámica, y que más adelante se vería colapsada por una «crisis de crecimiento» resultado de la sobreexplotación agrícola requerida para hacer frente al engranaje que posibilitaba los intercambios comerciales. Según este punto de vista, que no todos comparten, la primera urbanización de aquellas regiones periféricas sería la consecuencia de contactos meridionales que se desarrollaron bajo la hegemonía política y económica de la ciudad de Uruk, la más extensa de la baja Mesopotamia por aquel entonces.

## 3.2. Las ciudades y la institucionalización de las desigualdades: el nacimiento del Estado

La especialización productiva y la estratificación económica y funcional formaron los dos pilares sobre los que descansaba la organización de la

vida en las ciudades. Podemos pensar que sin tales cambios previos en las anteriores aldeas agrícolas la urbanización no se habría consumado. La aparición de las primeras ciudades no constituyó sólo un hecho físico (reorganización del espacio del habitat, mejoras en las técnicas productivas), sino fundamentalmente económico y sociopolítico. Por ello el proceso de urbanización se encuentra íntimamente ligado a la aparición del Estado, un organismo complejo capaz de asegurar la consolidación y mantenimiento de lo que tales cambios significaban: la aparición de grupos sociales antagónicos (Claessen: 1984, 365).

El Estado, una forma centralizada y muy articulada de gobierno, surge como corolario de la estratificación socioeconómica y funcional. Implica una gran complejidad socio-política, en contraste con formas de gobierno más simples y menos articuladas, como las jefaturas de las sociedades jerarquizadas, y tiene como objetivos perpetuar el orden social, que es tanto como decir las desigualdades sobre el que éste se alza. El Estado es propio de una sociedad muy estratificada, con enorme diversidad interna, y con pautas de residencia basadas en la especialización de las ocupaciones y no en las relaciones de consanguinidad o afinidad. En el Estado el parentesco queda relegado por la territorialidad, y en él y por él se establece el monopolio de la fuerza y la presencia generalizada de la ley que emana, no de la costumbre o de la sanción social, sino de los gobernantes. En el Estado la economía deja de ser predominantemente doméstica para pasar a estar controlada en gran medida por una elite que disfruta de acceso privilegiado a bienes y servicios, y de la cual se reclutan los altos funcionarios.

El Estado surgió históricamente por vez primera en el seno de aquellas sociedades complejas del Próximo Oriente, ubicadas en la Mesopotamia meridional, que hemos estudiado en el apartado precedente. Esto nos permite diferenciar entre Estados prístinos (o primarios) y secundarios. Los estados prístinos son aquellos que se han formado originariamente sobre la base de sociedades complejas pre-existentes y por causas *internas*, sin haber experimentado, por tanto, la interferencia exterior procedente de otro entorno, culturalmente más complejo, en su proceso de formación. Los estados secundarios, contrariamente, surgen como consecuencia de la interferencia externa de un Estado ya constituido sobre una comunidad aestatal. Lógicamente la mayoría de los estados históricamente conocidos surgieron en condiciones secundarias, siendo los prístinos tan sólo unos pocos de ellos, todo lo cual nos lleva a plantear la cuestión de las causas o *motores* de los procesos de formación de los primeros estados.

### 3.2.1. Las diversas teorías sobre la aparición del Estado

Ya que los estados secundarios (los más abundantes), como fueron por ejemplo el reino Hitita, Asiria o Babilonia, se originaron como consecuen-

cia de la acción (comercial, militar, etc) que ejercieron sobre ellos otros estados que habían aparecido con anterioridad, resulta particularmente interesante aproximarse a los procesos de formación de los Estados prístinos, a fin de establecer en lo posible las causas de su nacimiento. El tema reviste, no obstante, una gran dificultad, ya que los procesos que causaron la aparición de los primeros estados son anteriores a la existencia de registros históricos, por lo que se dispone sólo de una exigua base arqueológica de información, lo que, junto a discrepancias de cariz ideológico, ha dado lugar a diversas propuestas teóricas. En cualquier caso, suele admitirse que los indicadores arqueológicos que permiten reconocer la existencia del Estado en un lugar y momento dados son la concentración de la población en grandes centros urbanos junto con una jerarquía de los asentamientos, las diferencias de status y riqueza observadas en las necrópolis, una arquitectura monumental o colectiva que expresa la existencia de relaciones de poder capaces de movilizar grandes cantidades de fuerza de trabajo, una administración pública (sistemas de registros: sellos, escritura), el comercio interregional y de larga distancia organizado desde instancias centrales, sistemas de agricultura intensiva (irrigación) a gran escala, e instituciones religiosas centralizadas.

Entre las teorías que se han ocupado de la aparición del Estado, destacan en primer término dos posiciones claramente enfrentadas. Por un lado, aquellas que lo conciben como un poderoso instrumento coercitivo en manos de las elites dominantes, buscando su nacimiento en la existencia de un conflicto social interno y por otro, las que, contrariamente, afirman su origen como resultado de los beneficios en el plano social y organizativo que su presencia promueve, así como de su poder de integración. Las primeras afirman el papel coercitivo del Estado, cuyo objetivo no sería otro que el de defender los intereses de los grupos sociales dominantes frente al resto de la población, que ocupa una posición subordinada. Las segundas destacan, empero, el carácter benefactor y providencial del Estado subrayando su utilidad al servicio del bien común. La aparición del Estado en un contexto de enfrentamiento de intereses de clases, originado por la estratificación social, fue defendida en su momento por Morgan, padre de la antropología moderna, y Engels; posteriormente por Childe en muchos de sus numerosos trabajos, y en época más reciente por Fried (1978), Harris (1978, 95 ss.) Friedman (1977, 230 ss.) o Diakonoff (1988, 2). La posición contraria, desacreditada durante mucho tiempo, ha encontrado un nuevo defensor en Service (1985).

Un lugar intermedio entre ambas concepciones del Estado corresponde a los modelos teóricos que lo hacen nacer de un conflicto intrasocial y externo, en el que la competencia entre grupos territoriales por la tierra y la guerra de conquista se proponen como las principales causas que originaron las desigualdades y la estratificación social. Con ello entramos de

paso en otra clasificación de los planteamientos sobre el origen del Estado, la que distingue entre las teorías que ponen el énfasis en los denominados «primeros motores» o «causas principales» y aquellas otras que invocan un conjunto múltiple de causas diversas e interrelacionadas. Así, se ha propuesto que la guerra y el crecimiento de la población (Carneiro: 1970), el comercio (Renfrew: 1975; Godelier: 1977, 48 ss.), o la agricultura intensiva de irrigación (Wittfogel: 1970, 48 ss.) constituyeron otros tantos «motores» o causas principales del nacimiento del Estado. Su simple enumeración resulta de por sí significativa y lo cierto es que no se disponen de pruebas contundentes al respecto (Flannery: 1976, 21 ss.; Manzanilla: 1986, 227 ss.; Redman: 1990, 284 ss.), por lo que se han propuesto como alternativa otras teorías de causalidad múltiple (Adams: 1966; Flannery: 1972; 29 ss.).

Si bien es cierto que no existe aún un modelo teórico capaz de explicar totalmente los orígenes de los primeros estados, parece que las explicaciones multicausales, aquellas que tienen en cuenta una diversidad de factores, son más adecuadas que sus oponentes en las que el proceso de la transformación histórica que condujo al Estado se vertebra a partir de una causa principal. Así, la guerra constituyó sin duda un factor de potenciación de las élites, con el que se adquirían riquezas en forma de botín y esclavos (prisioneros), pero no explica por si sola el mecanismo mediante el cual éstas se apropiaron del excedente y lograron la subordinación de las masas campesinas. De la misma manera, la circunscripción geográfica, entendida como un contexto medioambiental localizado, en el que se produce la fuerte presión de una población en aumento y una intensa competencia por los recursos, según la hipótesis demográfica y el modelo de beligerancia propuesto por Carneiro, puede reforzar los mecanismos coercitivos en manos de las élites pero no contribuye necesariamente a crearlos. Otros factores a tener en cuenta serían los siguientes: a) la importancia de la organización territorial que superó definitivamente la anterior organización tribal basada en el parentesco; b) la disponibilidad de excedentes largamente almacenables, que es un requisito básico para el mantenimiento permanente de una clase de especialistas (funcionarios, sacerdotes, artesanos, comerciantes) que no producen su propio alimento. Ello implica la existencia de vegetales adecuados, como los cereales, y/o de técnicas eficaces de conservación; c) la importancia del control de la información estratégica para las actividades de subsistencia, que tiene que ver con las instituciones centrales que procesan la información; d) el desarrollo de patrones de explotación de recursos de espectro restringido, íntimamente ligado a la creciente especialización de la vida económica, por lo cual la gente se vio obligada a intercambiar sus productos por aquellos que no se obtienen localmente, siendo el resultado la pérdida de autosuficiencia

Otra cuestión muy debatida es la de la propiedad o control de los medios de producción por parte de las elites, o clases dominantes emergentes, en los nacientes estados. A tal respecto parece que no puede aplicarse una solución universal. Se ha insistido, por ejemplo, en que el Estado solamente tuvo una relación abstracta con el control sobre los medios de producción, que permanecieron en manos de las comunidades aldeanas, frente a la creencia en un control directo sobre éstos, aunque como enseguida veremos no parece ser tal enteramente el caso de las primeras ciudades en la baja Mesopotamia.

### 3.2.2. La aparición de los estados arcaicos en Mesopotamia: las teocracias de las ciudades sumerias

Muchos de los indicadores arqueológicos que hacen posible el reconocimiento del Estado caracterizan ya la situación de algunos lugares del extremo sur mesopotámico durante el periodo Uruk-Yemdet Nars. Fueron aquellas, las primeras ciudades sumerias que se organizaron en estados arcaicos de tipo teocrático, estando dirigidas por las élites que se encargaban de la administración de los templos, cuya aparición hemos destacado páginas atrás. Poco después aparecieron los primeros palacios, síntoma inequívoco de una bipolarización en la cúspide social, consecuencia probablemente de la promoción de algunos destacados individuos al frente del ejército, hasta entonces brazo secular de los linajes sacerdotales gobernantes. La aparición del palacio marcará un hito en la evolución de la monarquía sumeria desde sus primitivas formas sacerdotales hacia su posterior evolución más militarista, propia ya de los Estados maduros.

El templo y el palacio eran por tanto las sedes en las que se ejercía la administración y el gobierno de las ciudades sumerias. Entre ambos las diferencias eran importantes, siendo el templo sobre todo la sede de la actividad de culto, la «casa del dios», donde la comunidad ofrecía a su dirigente simbólico, por medio de sus sacerdotes, culto diario y rituales periódicos, que tenían lugar en las grandes festividades (por lo general relacionadas con el calendario agrícola). El palacio era, en cambio, la residencia de un dirigente humano, el monarca que lo habitaba rodeado de su familia y de la corte de altos dignatarios. Pero a pesar de las diferencias la afinidad era también notable. Palacio y templo eran, como queda dicho, sede de la actividad administrativa y de gobierno, lugares donde se acumulaba el excedente sobre el que se fundamentaba el funcionamiento de todo el mecanismo redistributivo (Liverani: 1988, 111). Ambos mantenían un nutrido grupo de especialistas en diversas actividades relacionadas con la administración, el gobierno y la producción, como escribas, contables, jefes y supervisores del catastro, mercaderes, artesanos, agricultores y

soldados. Dichos especialistas, distribuidos en una jerarquía interna, no poseían sus propios medios de producción, sino que trabajaban con los medios de producción del templo o del palacio, siendo mantenidos por estos mediante un sistema de raciones o mediante asignaciones de tierra.

Con la aparición en Sumer de los estados arcaicos, así llamados por la relativa simplicidad de su articulación frente a los desarrollos políticos posteriores, que se manifiesta en el tipo de legitimación, el grado de organización burocrática y el nivel de desarrollo económico (Claessen: 1984), uno de los cambios de mayor trascendencia fue el que terminó por afectar a las pautas de residencia, cada vez más acordes con la especialización de las ocupaciones y menos con las relaciones de parentesco. Esta base residencial facilitará algo que resultaba esencial para el funcionamiento del Estado emergente: el establecimiento de un censo que permitiera fijar la población, y de un catastro que recogiera la productividad de las tierras, con fines recaudatorios, una vez que el sistema redistributivo resultaba modificado y las aportaciones «voluntarias» se tornaron obligatorias. Aunque en algunas ocasiones se ha sugerido que el nacimiento de los primeros estados no guarda forzosamente relación con la propiedad de los medios de producción, sobre los que se ejercería más bien un control de tipo abstracto, como era la titularidad divina de los mismos en representación de la comunidad, lo cierto es que la base económica de los estados teocráticos sumerios resulta bastante clara y estaba apoyada en buena medida sobre una posesión efectiva de los recursos. Fue así que con la urbanización se produjo una modificación cualitativamente importante en el modo de poseer la tierra. Así, mientras que algunas tierras continuaron siendo propiedad de tipo familiar en el seno de las comunidades rurales (aldeas) que ahora eran tributarias de la ciudad, o más bien de sus «grandes organizaciones», palacio y templo, otras pasaron a pertenecer directamente al templo y luego al palacio, que tendían, por otra parte, a aumentar sus posesiones mediante la adquisición y la colonización de más tierras. Si bien las tierras del templo, explotadas por siervos o asignadas en lotes a ciertos especialistas a cambio de sus servicios, eran propiedad de la divinidad, sus detentadores inmediatos resultaban ser los sacerdotes, quienes ejercían la posesión efectiva de las mismas. Por otra parte, las tierras de las comunidades rurales quedaban grabadas con un diezmo sobre la producción de sus cosechas, tasa que podía ser incrementada de acuerdo a las necesidades del Estado previstas por sus dirigentes. La población libre de las aldeas quedaba así mismo sometida a prestaciones obligatorias, una cierta cantidad de días al año, en las tierras de templos y palacios, generalmente coincidiendo con los grandes trabajos agrícolas estacionales, y en la construcción y mantenimiento de los canales de riego y de las murallas. También era reclutada ocasionalmente para formar una «milicia» de la ciudad que asegurase su defensa, junto a

los soldados de oficio, en circunstancias de crisis militar que fueron cada vez más frecuentes.

De esa forma, la gestión centralizada de todas aquellas actividades quedaba aliviada de buena parte de sus costos, mediante la movilización obligatoria de los ciudadanos. Además, los resultados económicos conseguidos por templos y palacios se redondeaban con los beneficios que se obtenían del comercio, otra actividad enteramente centralizada, si bien no se trataba de beneficios conseguidos por la diferencia de precios, sino de los que generaba un sistema de intercambios desiguales o comercio a larga distancia que aprovechaba las diferencias existentes en costes sociales de producción de las mercancías. Mediante aquel intercambio desigual se conseguían de la periferia mesopotámica apreciables cantidades de materias primas (metales, maderas, piedras duras) a cambio de un contingente más limitado de manufacturas, cereales y otras exportaciones «invisibles» que, como los tejidos, la lana, e incluso el pescado, no han dejado rastro arqueológico alguno (Crawford: 1973). Gran parte de los recursos obtenidos por el Estado se empleaban, en las grandes construcciones y los complejos ceremoniales que encerraban un contenido simbólico, destinado a reforzar la ideología dominante y a promover la movilización económica y laboral de la población. Con ello se ponía en evidencia la importancia y la riqueza de templos y palacios, representando así el aspecto con el cual la comunidad entera se presentaba ante los dioses, ahora jerarquizados en una variedad de funciones que constituía el reflejo de la especialización y estratificación similar que operaba en la sociedad, pero que en la práctica era el aspecto con el que la clase dirigente se presentaba ante la gente. La autoidentificación del grupo dirigente con el patrón divino de la comunidad, al cual los demás dioses quedaban subordinados, tendía a propiciar su cohesión interna frente a las evidentes desigualdades surgidas de la estratificación funcional y económica. Al mismo tiempo, la comunidad cohesionada mediante tal ideología político-religiosa era estimulada, por oposición, en el contraste con otras fuerzas del exterior, a las que se concibe habitando un mundo «bárbaro», hostil y peligroso, lo que justificará de paso la explotación y los ataques contra la «periferia» (Liverani: 1988, 140).

# 4. El tercer milenio: de las ciudades-estado a los primeros imperios

En el Próximo Oriente Antiguo, los comienzos de la Edad del Bronce, empleando la terminología acuñada por los arqueólogos, vieron la consolidación definitiva de las comunidades políticas complejas (estados) en el marco del desarrollo urbano de la Baja Mesopotamia. Dentro del tercer milenio el Bronce Antiguo (2900-2000) constituye un largo periodo cronológico, caracterizado fundamentalmente por la aparición de las teocracias burocráticas que sustituyeron a las anteriores y avanzadas jefaturas sacerdotales, convertidas ya algunas en formaciones estatales arcaicas, así como por la intensa competencia político-militar entre las ciudades sumerias, y por la ascendente concentración del poder que culminará en el nacimiento de los primeros imperios en Mesopotamia, sobre la base de la fuerza militar primero y de la integración territorial después. Ello traerá consigo la aparición de un poder hegemónico, cuya ubicación pasará del país de Sumer al de Akkad, y nuevamente al de Sumer, aunque transformado junto con una ideología de «dominio universal», expresada en las pretensiones de conquista de los confines del mundo, que según la imagen de la época se ubicaban en el «Mar Superior» (Mediterráneo) y en el «Mar Inferior» (Golfo Pérsico). La presión demográfica, la disputa por las tierras sometidas a intensa colonización y el acceso a las materias primas de la periferia mesopotámica, junto con la creciente desigualdad social, constituyeron los factores de fondo de todas aquellas luchas por la hegemonía.

Paralelamente al reforzamiento del poder en los estados burocráticos y a la consolidación de una élite templaria y palacial cada vez más separada de los grupos productivos de la sociedad, se asistía a un progresivo empobrecimiento de la población campesina libre que ocasionará la apa-

rición de la servidumbre por deudas y los edictos de reforma, con los que los diversos monarcas pretendieron paliar aquella situación, apuntalando el sistema para evitar su destrucción. No obstante, tales medidas, que con la abrogación temporal de las cargas fiscales mejoraban coyunturalmente la situación de los campesinos, no atajaban los problemas en su raíz, por lo que, lejos de representar una solución al deterioro creciente de las condiciones de vida de muchos ciudadanos, necesitaron ser promulgados una y otra vez, muestra evidente de su poca eficacia a medio plazo. En el campo muchas aldeas fueron sustituidas por explotaciones de campesinos dependientes de los palacios o los templos, política que se acentuará con el Imperio acadio, signo a la vez de la creciente centralización de la riqueza y del control sobre la producción ejercido por las élites, así como del empeoramiento de la situación de la población campesina.

Aunque cierto funcionalismo mecanicista ha intentado ver en éste y los siguientes periodos de la historia de Mesopotamia ciclos recurrentes de centralización, expansión y eventual colapso, como resultado directo e inevitable del desequilibrio en la distribución de recursos entre la llanura aluvial y su periferia, lo cierto es que, en realidad, las estructuras de aquellas culturas permanecieron sustancialmente inalteradas a pesar de la ajetreada historia política que se inaugura con el Dinástico Arcaico, ya que lo que se dirime en cada confrontación no es una relación nueva entre el pueblo y sus gobernantes, sino sólo quiénes serán aquellos y de qué medios se valdrán para mantener su situación de privilegio (Alvar: 1992).

Las tendencias de fondo que caracterizaron aquel período, y en las que se inscriben las luchas por la hegemonía, la formación de un poder regional y las expediciones a la periferia, se plasmaron en la unificación del espacio económico mesopotámico que, frente a una realidad política fragmentada, constituirá un acicate para la formación de poderes territoriales cada vez más amplios y compactos. Así, del reino urbano de dimensiones cantonales, en frecuente conflicto con otros reinos rivales, se pasa al reino de carácter hegemónico que controla algunas entidades políticas antes independientes, para dar paso luego al primer imperio (Akkad) que unifica en cierta medida los territorios recorridos por las rutas comerciales, el cual sera reemplazado posteriormente por una estructura política territorialmente más compacta (Ur III)

## 4.1. La Edad del Bronce Antiguo. Sumer y Akkad: guerra, expansión y hegemonía

Hacia el 3000 las ciudades sumerias se encontraban repartidas en una serie de territorios separados entre sí por zonas «vacías» que, habiendo individualizado previamente la identidad de cada formación urbana,

tenían la utilidad política de diferenciar los límites respectivos de cada pequeño reino y la económica de aportar recursos marginales pero importantes, pasto para el ganado, pesca y juncos. En el interior del territorio controlado por cada ciudad se repetía un mismo paisaje, que era el reflejo de la organización de la vida, marcada por la especialización y la concentración demográfica. La ciudad constituía el centro político del territorio y era la sede de la mayor parte de las funciones especializadas. Ocupaba, por consiguiente, una posición «central», rodeada de numerosas pequeñas aldeas y de algunas agencias locales de la administración. Cada ciudad se encontraba rodeada de un cinturón de huertas, jardines y palmerales, al que sucede otra zona de cultivos cerealícolas, en la que se hallan las aldeas y campamentos estacionales de los agricultores, estando todo el territorio cuadriculado por los canales que permitían la irrigación. Más allá se extiende la estepa semiárida en la que pacen los ganados, los pantanos y el desierto.

El paisaje urbano se caracterizaba por las murallas, que protegían la concentración de la riqueza en su interior, defendiéndola de los ataques externos, y la arquitectura monumental de templos y palacios. En las inmediaciones de la ciudad se encontraban las haciendas «publicas», las tierras propiedad de aquellas grandes instituciones que eran los templos y palacios, y que se hallaban también en los límites del territorio como resultado de una reciente sistematización productiva que los había convertido en objeto de colonización. Este paisaje agrario contrastaba con aquel otro típico de las comunidades rurales, con sus aldeas de modestas dimensiones y pobre construcción y la tierra repartida en lotes familiares de aspecto alargado, que se disponían sobre su lado más corto para aprovechar mejor el agua de las acequias y canales, así como el trabajo del arado tirado por bueyes.

De norte a sur se extendían las ciudades de Sippar, Akshak, Kish, Marad, Isin, Nippur, Adab, Zabalam, Shuruppak, Umma, Girsu, Lagash, Nina, Bab-Tibira, Uruk, Larsa, Ur y Eridu. Con sus respectivos territorios políticos se escalonaban en un espacio relativamente reducido –unos 30.000 Km$^2$– a lo largo de dos lechos del Eúfrates muy próximos entre sí, en lo que era una notable concentración de al menos una docena de estos pequeños reinos o principados, como gustan de llamarles algunos, ya que no está documentada para todas una capitalidad política que fuera sede de una dinastía propia.

Al norte del territorio de Sumer, en torno a la región de Kish, se extendía una zona donde la urbanización era menos intensa y predominaba la población semita, con su propia lengua, dioses y cultura, aunque ciertamente influida por la expansión de la civilización sumeria desde tiempos de El-Obeid, de la que había adoptado sobre todo la escritura. Ningún indicio parece señalar en principio la existencia de una enemistad recí-

proca entre las gentes de estas dos regiones. El nombre de «País de Akkad», que procede de la denominación de la capital fundada por Sargón, el primer soberano unificador de Mesopotamia, no hace su aparición hasta finales del tercer milenio y nada autoriza a pensar que su uso, contrastando con el «País de Sumer», implique una designación política, siendo las ciudades-estado, los pequeños reinos urbanos, las unidades políticas, sino que parece más bien una designación geográfica que encierra secundariamente un contenido cultural y étnico (Bottéro: 1983, 13).

### 4.1.1. El dinástico arcaico: guerra y expansión en el país de Sumer

El dinástico arcaico (2900-2335), también conocido como protodinástico o presargónico (en alusión a la posterior unificación política de la baja Mesopotamia realizada por Sargón de Akkad), constituye la primera y más extensa subdivisión cronológica del Bronce Antiguo. Durante él y debido a la aparición previa de la técnica de la escritura, los documentos y los archivos se irán haciendo más abundantes, como consecuencia de la centralización administrativa y la burocratización del poder en el seno de las ciudades sumerias, con lo que se inicia el registro histórico del Próximo Oriente. Gracias a ello la documentación, hasta ahora estrictamente arqueológica, se enriquecerá progresivamente con un acervo compuesto de textos administrativos, jurídicos, religiosos, literarios e históricos. Pese a todo, hasta el 2700 sólo disponemos de textos administrativos (tablillas de Ur), apareciendo a continuación las primeras inscripciones históricas, realizadas por los monarcas en conmemoración de algún acontecimiento importante, pero son aún breves y su información es muy sucinta, no será hasta el 2450 cuando veamos aparecer inscripciones más explícitas y extensas.

Tenemos, por consiguiente, un relativo mejor conocimiento de esta época en contraste con lo que sabemos de las anteriores, si bien en un principio los textos (administrativos) y las inscripciones (reales) son sumamente escasos. Más tarde, a medida que aumentan en cantidad, la información será sin embargo desigual en procedencia y contenido. Pero, a pesar de todo ello, podemos reconstruir aproximadamente un cuadro regional centrado en el país de Sumer, en el que se aprecia un acentuado policentrismo frente a la que aparentemente fue preeminencia anterior de Uruk. Ciudades como Ur, Eridu, Girsu, Lagash, Umma, Adab, Shuruppak, Nippur, Kish, Kazallu y Eshnunna se convirtieron por aquel entonces, y tras un primer momento de recesión (2900-2750), en capitales de pequeños estados teocráticos de dimensiones cantonales, en abierta competencia y frecuente hostilidad entre ellos. En el Sureste, Elam, muy influido por la cultura sumeria primero y más tarde por la acadia, participó así mismo

activamente en las contiendas que caracterizaron aquellos primeros tiempos de la Edad del Bronce.

## • *El Sumer arcaico: guerra y hegemonía*

Las tradiciones históricas posteriores, que fueron plasmadas en el siglo XXI en una compilación dinástica conocida como la Lista Real Sumeria, establecían que en un principio la realeza «había descendido de los cielos» en Eridu. Luego, tras un periodo en el que la realeza fue transferida a Sippar y Shuruppak, ciudad esta última que ejerció una especie de hegemonía, llegó el Diluvio «que lo niveló todo». Después de aquella catástrofe, en la que se ha querido ver el recuerdo de inundaciones locales, cuyos sedimentos consideran haber detectado algunos arqueólogos (Wooley: 1949; 18ss), la realeza descendió nuevamente sobre Kish, para pasar más tarde a Uruk y Ur. Se trata, con todo, de una idealización diacrónica que sitúa en un orden histórico sucesivo a dinastías y personajes que en ocasiones fueron contemporáneos y que omite algunos que conocemos, en cambio, por sus inscripciones, pero que, con todo, nos ilustra sobre las pretensiones hegemónicas que fueron comunes a la época.

La encarnizada rivalidad entre las distintas ciudades sumerias, ideologizada en forma de disputas entre los dioses, pero en cuya base se hallaba la necesidad de adquisición de nuevas tierras ante el crecimiento de la población y la necesidad de expansión para consolidar las estructuras internas de cada estado, cubre un período de más de trescientos años que se extiende desde las más antiguas inscripciones de los primeros reyes históricamente conocidos, como Mebaragesi de Kish, en torno al 2700, hasta la formación del Imperio acadio. Aquellos reyes eran ante todo administradores sacerdotales por cuenta de la divinidad tutelar de la ciudad, y como tales desplegaron una importante actividad constructiva (templos, puertos, fortificaciones, canales de riego) destinada a asegurar, según la propaganda ideológica que legitimaba la autoridad y el poder de la realeza, el bienestar de la comunidad y, más en lo práctico, la prosperidad del estado y de los grupos dirigentes.

En un contexto, como aquel, de creciente competencia por los recursos, los intereses de unos chocaron a menudo con los de los otros, y en tal situación, el ambiente de continuas guerras en la baja Mesopotamia implicaba también frecuentes incursiones contra objetivos más lejanos, como Elam o el «país alto» (mesopotamia septentrional), con el fin de reforzar la propia hegemonía y acceder a las rutas del comercio. Tales empresas se manifestaban desde un principio al amparo de la legitimación religiosa del santuario «nacional» de Nippur, morada del dios Enlil, en donde los vencedores dejaban sus ofrendas junto con el registro de sus victorias, y en




**Fig. 4.1.** Sumer y Akkad

torno a los dos polos políticos del poder en Sumer, que estaban encarnados por las dos titulaturas de más prestigio, En (gran sacerdote) de Uruk y Lugal (rey) de Kish.

Durante mucho tiempo ha sido opinión corriente entre los estudiosos considerar que fue ésta la época en cuyos comienzos habría que situar a los semidioses y héroes (Enmerkar, Lugalbanda, Gilgamesh) de la literatura épica sumeria (Glassner: 1991, 200), que logrará su más notable y acabada expresión en el famoso *Poema de Gilgamesh*, primera gran epopeya de la Historia. De acuerdo con esta interpretación, aquellos personajes heroicos serian, por lo tanto, ancestros más o menos directos de los posteriores reyes históricos, a los que ya conocemos por sus propias inscripciones (Roux: 1987, 138). A pesar de la crítica reciente sobre su historicidad, parece en cambio plausible que tales mitos y leyendas recogieran en gran medida el ambiente característico de aquellos momentos, en lo que concierne a la rivalidad entre las ciudades, al dimorfismo y oposición sedentarios/nómadas, algo propio desde entonces del mundo mesopotámico, así como a los problemas que planteaba el abastecimiento de materias primas de los lejanos paises de la periferia (Liverani: 1988, 190).

A tenor de ello, el capítulo inicial de aquellas rivalidades estaría marcado por el enfrentamiento entre Agga, hijo y descendiente de Mebaragesi de Kish, y el héroe épico Gilgamesh, al que se supone quinto rey de Uruk, que resultó vencedor de la contienda. Quizá se podría pensar en una primera hegemonía de la ciudad de Kish, tras la recesión inicial de la antes preeminente Uruk con que comienza el período, que fuera seguida luego por un nuevo encumbramiento de aquella. Pero, como se ha dicho, había

otras ciudades implicadas en las luchas que entonces se libraban por alcanzar una posición hegemónica, además de Kish y Uruk, como Ur, Umma, Lagash, Adab, etc, lo que daba lugar a continuos reagrupamientos de fuerzas en coaliciones de no muy larga existencia.

Uno de los episodios mejor conocidos, aunque no el único, de aquellas guerras lo constituyó el prolongado conflicto que enfrentó a las ciudades de Umma y Lagash por cuestiones territoriales. El conflicto entre ambas se remonta a los tiempos de Mesalim, rey de Kish en torno al 2650, el cual ejerció su arbitraje en la contienda, lo que, junto a que han aparecido inscripciones suyas en Adab y Girsu, ha servido también para suponer una de hegemonía de Kish por aquel entonces, si bien su papel de mediadora en el conflicto que enfrentaba a Umma y Lagash podría haber sido facilitado únicamente por su antiguo y bien reconocido prestigio. La rivalidad y los choques militares prosiguieron con suerte diversa. Eannatum y Entenema, reyes de Lagash, consiguieron victorias sobre Umma entre el 2450 y el 2400, con lo que se aseguraron una cierta supremacía que no obstante no pudo acabar totalmente con la resistencia de la ciudad enemiga. Eannatum guerreó también contra Uruk, Ur y Kish, y repelió una invasión elamita. Parece incluso que guerreó más al norte, sobre el curso medio del Eúfrates, donde el reino de Mari ejercía una autoridad indiscutida. Tras su reinado, los ejércitos de Umma atacaron a su vez, obteniendo la victoria sobre su antigua rival, cuyo rey, Eannanatum, pereció a consecuencia de la derrota. Fue su sucesor, Entenema quien lograría la recuperación de Lagash aliándose con Uruk.

El conflicto que enfrentaba a las ciudades de Uruk y Ur discurrió paralelamente a las guerras entre Lagash y Umma. Más pequeña que Uruk o Lagash y con un territorio más reducido, la ciudad de Ur gozaba, no obstante, de gran prosperidad debido a que era un puerto fluvial sobre el Eúfrates próximo al Golfo Pérsico y a que realizaba un importante comercio marítimo. Aunque no podemos reconstruir la secuencia de los hechos, sabemos por las inscripciones que varios monarcas de Uruk detentaron los títulos de reyes (lugal) de Kish y de Ur, y que algunos de los reyes de esta última, como Mesannepadda en torno al 2450, ostentaron también el título de rey de Kish. Dominar esta ciudad, lo que constituyó el empeño de muchos reyes sumerios, era importante porque, ademas de su enorme prestigio político, controlaba todas las rutas comerciales entre la baja y la alta Mesopotamia, y el exterior. Una generación después, Enshakushana, al parecer originario de Ur, se apoderó de Uruk y tomó el pretencioso título de «rey de Sumer». Tras él, un tal Lugalanemundu, rey de Adab se apoderó de Kish y Nippur y adoptaba una titulatura similar. Todo ello nos da una somera idea de los avances y retrocesos de aquellas hegemonías, siempre parciales e inestables, hasta que se produjo la unificación del país sumerio a manos de Lugalzagesi, rey de Umma primero y de Uruk después, que extendió su dominio sobre Ur, Larsa, Umma, Nippur y Lagash.

- *La penetración hacia la periferia. Ebla*

La lucha por la hegemonía en el país de Sumer tenía su correlación en el interés por acceder a las materias primas de las regiones periféricas (los países lejanos) y por controlar el comercio que las procuraba. En consecuencia, habían aparecido unos cuantos asentamientos a lo largo de las rutas fluviales que constituyeron avanzadas comerciales sumerias, y que desde el principio contaron con una considerable población semita local. Todas aquellas tierras y las regiones a que daban acceso se encontraban bien pobladas desde los tiempos de la primera urbanización, que fue anterior a los comienzos de la Edad del Bronce. Un nuevo auge demográfico, con la consiguiente difusión de asentamientos, constituyó un fenómeno característico en ellas durante el Bronce Antiguo, favorecido por las condiciones climáticas que aseguraron un máximo de pluviosidad en las zonas semi-áridas con agricultura de secano.

En estos territorios, que los sumerios llamaban «el país alto», habían surgido ciudades como Nínive, en el triangulo agrícola comprendido entre el Zab superior y el Tigris, y en los sitios de Tell Kuera y Tell Mozan, en el valle del Habur, que con sus afluentes representa el centro de toda la alta Mesopotamia. También al oeste del Eúfrates, en tierras de Siria, la existencia de una cultura urbana está atestiguada en sitios como Hama, Alepo, Ebla, Karkemish, y Ugarit y Biblos en la costa. Esta última mantenía comercio con Egipto y con Creta. De entre los asentamientos comerciales sumerios, puntos avanzados que facilitaban el acceso a todas aquellas regiones, destacaron Assur sobre el curso medio del Tigris, y Mari sobre el medio Eúfrates. Ambas dominaban excelentes posiciones de cara a las comunicaciones y ello explicará la importancia que desde muy pronto alcanzaron.

Situada en los confines meridionales del «país alto» o Subartu, como se llamaba por entonces, Assur era un centro urbano aislado en territorio árido, que debía su importancia a su posición fluvial. Desde allí se podía alcanzar, siguiendo el Tigris, la Anatolia oriental, hacia el nordeste el altiplano iranio siguiendo el Zab inferior, y en dirección oeste la alta Mesopotamia donde habitaban las poblaciones hurritas. Su aparición podría haber estado relacionada con el interés sumerio por poseer una ruta propia hacia Anatolia, cuyo estaño y plata eran sumamente apreciados, distinta de aquella otra que controlaba la ciudad y el reino de Ebla. La posición de Mari, paso obligado entre Mesopotamia y el norte de Siria, no era menos favorable, pero a diferencia de Assur su territorio de expansión comercial estaba en manos de un estado poderoso. En la Siria septentrional el reino de Ebla, de origen local aunque también con acusadas influencias sumerias, controlaba por aquel entonces un territorio político considerablemente mayor que el de las ciudades sumerias, e importantes rutas comerciales que se dirigían a la alta Mesopotamia, desde donde se llegaba a

Anatolia, y hacia el litoral de Siria y Palestina. Allí el comercio marítimo conectaba con Creta y Egipto, y esto le permitió convertirse en el centro hegemónico de la región.

A pesar de su indiscutible preeminencia, Ebla precisaba el concurso de Mari para acceder a la baja Mesopotamia, en donde ambos tenían intereses comunes en Kish, debido al tránsito obligado por el territorio de este reino, que desde su posición central ponía en comunicación el sector meridional de las actividades comerciales con el septentrional. En la baja Mesopotamia Uruk y Ur aseguraban, por su parte, la conexión desde Kish con Susa, en Elam, desde donde se alcanzaba el territorio iranio, y con Dilmún (Bahrein) y Magán (Omán) que facilitaban el comercio hacia el Golfo Pérsico y la India. De igual forma, Mari se encontraba a expensas de Ebla para poder acceder a Siria. Por ello que las relaciones de Ebla con Mari y Assur oscilaron entre la diplomacia, para establecer con nitidez la respectiva presencia a lo largo de las rutas comerciales, y la guerra, si bien todas aquellas vicisitudes nos son muy mal conocidas. Iblul-il, uno de los reyes de Mari, habría acometido una expansión que le permitió invadir el territorio de Gasur, al este del Tigris, y parte de la Siria septentrional, convirtiendo a Ebla en tributaria. Posteriormente la iniciativa parece haber correspondido a Ebla, que no tardó en recuperarse, por lo que posiblemente los enfrentamientos entre Mari y Assur pudieron haber sido consecuencia de un bloqueo occidental impuesto por Ebla, con lo que los reyes de Mari habrían dirigido entonces su atención hacia el Este.

• *Comercio y conflictos con Elam*

Como en Sumer, en Elam la urbanización y la eclosión de formaciones estatales fueron procesos que, favorecidos por una amplia base agrícola que utilizaba también la irrigación, se fueron desarrollando a lo largo del IV milenio. A comienzos del Bronce Antiguo tales tendencias parecen estar fuertemente arraigadas, hasta culminar en un sistema monárquico de estructura confederal. La influencia sumeria (arquitectura monumental, escritura, glíptica) sobre el territorio elamita era grande, particularmente en Susa, centro comercial de primera magnitud que abastecía a Mesopotamia de materias preciosas (oro, coralina, turquesa, lapizlázuli, etc) procedentes de Irán, India y Asia Central. Como ocurría en la periferia septentrional y occidental, guerra y comercio no estaban excluidos, y los conflictos con las ciudades sumerias empezaron desde muy pronto. Mebaragesi de Kish realizó ya una campaña contra Elam, política que fue seguida por algunos de sus sucesores, que disputaron a los elamitas el control del valle del Diyala, por donde discurría el comercio hacia el territorio de Irán (Diakonoff: 1985, 6 ss.).

En realidad las guerras contra Susa o Awan, situados en el territorio elamita, o contra Hamazi, entre el Diyala y el Zab inferior y uno de sus aliados principales, fueron una constante de todo el período dinástico arcaico, en las que participaron los reyes de Lagash, de Adab, y de otras ciudades sumerias. Las guerras y las expediciones de rapiña eran, en realidad, otra manera de conseguir las riquezas cuando el comercio no bastaba. Pero la interdependencia era mutua, por lo que en los frecuentes conflictos que enfrentaron a Elam con los pequeños reinos sumerios de la baja Mesopotamia, más de una ocasión la contrarréplica elamita alcanzó el país de Sumer, como ocurrió en tiempos de Eannatum de Lagash, y una generación más tarde, cuando bandas procedentes de Elam realizaron incursiones en territorio sumerio. Así, tras un supuesto y breve dominio por parte de Kish, Elam, extendiéndose sobre buena parte del Irán sudoccidental y meridional, habría recuperado su independencia bajo la égida de una dinastía procedente de la región de Awan, en el interior, menos expuesta que Susa a los ataques procedentes de la baja Mesopotamia (Alvar: 1989, 15), y dispuesta a interactuar en el plano político-militar con los principados y reinos sumerios.

- *Lugalzagesi y la unificación política de Sumer*

En Sumer la situación social parece haber conocido durante el Dinástico Arcaico un fuerte deterioro. La inmobilización de la riqueza en construcciones suntuarias (templos, palacios) de grandes proporciones y en las tumbas de la realeza, como las del famoso cementerio real de Ur, la creciente exigencia de prestaciones laborales y militares, junto a la imposición fiscal a la población libre, incrementada por el clima de competencia y rivalidad que enfrentaba a las ciudades sumerias, fue causante de un progresivo empobrecimiento de los grupos productivos y de la difusión de la servidumbre por deudas, lo que favorecía los abusos del clero y de los funcionarios. En este clima de crecientes desequilibrios, algunos reyes sumerios actuaron como protectores de la población común, restituyéndola en sus derechos, aboliendo los abusos y las deudas. Ya Entemena de Lagash había «establecido la libertad», como se dirá desde entonces, en algunas ciudades, como Uruk y Larsa, aprovechando sus éxitos militares. Pero nuestra información es más completa respecto a las leyes de Urukagina, quién ha pasado a la Historia como el rey reformador sumerio por excelencia. Hacia el 2330, después de haber usurpado el poder en Lagash, detentado entonces por una familia sacerdotal, pretendió eliminar los abusos restituyendo la libertad conculcada y restableciendo la concordia, de acuerdo a un modelo que se inspiraba en el idealizado carácter originario de la realeza, sobre la base de lo que estimaba una relación justa

entre la organización estatal, representada en gran medida por el templo y sus funcionarios, y la población (Liverani: 1988, 199).

El reinado de Urukagina se vio, no obstante, bruscamente interrumpido. Lugalzagesi, rey de Umma, lo expulsó de Lagash antes de atacar Ur y Uruk, y aquel tuvo que refugiarse en Girsu, en donde se mantuvo al frente de un reducido territorio. Convertido en rey de Uruk, Lugalzagesi se proclamó rey del país de Sumer, y el hecho es que controlaba casi toda la baja Mesopotamia. Según parece estableció así mismo relaciones de alianza con los reinos de Kish, Mari y Ebla, lo que de alguna forma le permitía afirmar que su poder se extendía desde el Mar inferior al superior. Eran tiempos en los que, ante la ausencia de un poder regional sólidamente estructurado, un rey enérgico y decidido que supiera aprovechar las rivalidades existentes entre las diferentes ciudades, podía, a la cabeza de unos cuantos millares de hombres, forjarse un imperio propio, aunque sin duda efímero (Roux: 1987, 158). Ello no debe hacernos olvidar que lo importante no es el acto de voluntad individual por parte del soberano, sino las tendencias de fondo, que impelían a unificar el espacio político y el económico.

De aquella forma Lugalzagesi se convirtió en el artífice de la primera unificación política de Sumer, último capítulo de la historia del Dinástico Arcaico y considerado también como fase «proto-imperial», habida cuenta de que la ideología del dominio universal había quedado firmemente establecida. Ciertamente tales pretensiones se situaban por detrás de los hechos, pues gran parte de Mesopotamia gozaba aún de independencia, pero constituían, con todo, un potente estímulo para su realización. Sin embargo la aparición del primer Imperio mesopotámico, en que culminarán los anteriores procesos de centralización política, no fue obra de los sumerios, sino de los semitas del país de Akkad, situado al norte de Kish.

### 4.1.2. El Imperio acadio: la unificación política de Mesopotamia

Desde un principio gentes de estirpe semita habían poblado la baja Mesopotamia junto con los sumerios. No obstante su presencia era más densa al norte, en torno al reino de Kish, que señalaba la divisoria entre las zonas de preponderancia sumeria (meridional) y semita (septentrional) respectivamente. Algunos de los más antiguos reyes de Kish llevaban nombres semitas, según la Lista Real Sumeria. Integrados tempranamente en la vida económica y social que se desarrolló al auge de la urbanización, los semitas no perdieron en cambio su identidad cultural, conservando su lengua y sus dioses, que posteriormente llegarían a sustituir, a través de un complejo proceso de asimilación y sincretismo, a los de los sumerios. La aparición del Imperio de Akkad no ha de ser, sin embargo, contempla-

da como el resultado de un conflicto étnico-cultural entre sumerios y semitas (Glassner: 1991, 209). Simplificando un tanto, la relación entre ambos grupos se caracterizaba más bien por una aculturación recíproca, una situación en la que al comienzo la cultura sumeria era predominante, pero que con el tiempo terminará siendo reelaborada por la semita. Así, si los usos administrativos y los sistemas sociales y económicos son esencialmente sumerios, la lengua (acadia) y la religión semitas acabarán imponiéndose, incluso enriqueciéndose con el léxico y las formas sumerias (Bottero: 1983), y todo ello al margen del tamaño de sus respectivas poblaciones.

Básicamente un imperio consiste en una región dotada de uniformidad cultural que actúa como núcleo político que se expande a costa de una periferia a la que sitúa bajo su control para someterla a explotación, aprovechando sus riquezas naturales y sus recursos humanos y económicos. En este proceso se produce así mismo la integración de las unidades políticas anteriormente independientes, integración cuyos métodos pueden variar desde los pactos desiguales, que encierran imposiciones y diversos tipos de coerción, hasta la aniquilación directa. Todo ello crea una tensión entre el núcleo del imperio y la periferia de éste que se resuelve a menudo en forma de conflictos y crisis. Cuando por causas tanto internas como externas los costes de mantenimiento del control superen a los beneficios obtenidos de la explotación de la periferia el imperio se debilitará, favoreciendo su desaparición. Los instrumentos de control y la forma en que se ejerce pueden diferir de un imperio a otro, y la explotación puede manifestarse de forma abierta o encubierta. El Imperio Acadio constituye una entidad política que unificó bajo una sola hegemonía Mesopotamia, pero que aún carecía de los mecanismos de centralización administrativa y económica y de integración territorial que luego desarrollarían los imperios posteriores. Por eso se dice que el Imperio Acadio fue, en esencia, una formación política que se basaba en el control, por medios predominántemente militares, de la actividad comercial que se realizaba entre Mesopotamia y su periferia.

- *Sargón y la fundación del Imperio*

Con Sargón de Akkad (2335-2279) da comienzo un nuevo periodo de la historia de Mesopotamia. Su reinado causó una impresión tan honda que permaneció para siempre rodeado de leyenda. Las tendencias que caracterizaron el periodo anterior (Dinástico Arcaico) y su fase final «protoimperial» cristalizaron entonces de tal forma que parecía definitiva. El poder que Sargón llegó a alcanzar implicaba al mismo tiempo el logro de los objetivos de hegemonía perseguidos por los reyes sumerios que le

precedieron, así como una ruptura en cuanto al carácter de la monarquía que se impuso con él y respecto a su base territorial y cultural. Cortesano en el reino de Kish, personaje de oscuros orígenes, se había hecho con el poder a costa de su rey Ur-Zababa. Las leyendas posteriores, ya que Sargón se convirtió en arquetipo de la realeza babilonia y, sobre todo, asiria, insistieron, magnificándolos, en aquellos comienzos nada habituales, manifestando de esta forma la ruptura respecto a la época anterior. Pero la ruptura, sancionada por el propio Sargón con la construcción de una nueva capital, Akkad, fue fundamentalmente de índole política, afectando sobre todo al carácter de la realeza, guerrera en vez de sacerdotal, heroica en lugar de administrativa, y a la sustitución de la hegemonía de Sumer por la de Akkad, ya que en todo lo demás hubo una notoria continuidad (Liverani: 1988, 31ss). Por todo ello, debido a la obra política de Sargón, continuada por sus sucesores, los territorios sumerio y acadio se integrarán para siempre en una única entidad, el país de Sumer y Akkad que se extiende sobre el conjunto de la baja Mesopotamia.

Aquel usurpador (cuyo nombre en acadio significa «rey verdadero») una vez dueño de Kish, emprendió primero una política de expansión que le llevó a derrotar, tras numerosas batallas, a Lugalzagesi y a otros tantos ensi locales, con lo que se convirtió virtualmente en dueño del territorio de Sumer. En un segundo momento, situada bajo su dominio la totalidad de la Mesopotamia meridional, Sargón acometió la empresa de consolidación y organización de su Imperio, así como la extensión de su poder hacia las regiones periféricas, atendiendo más a bases y criterios comerciales que a los puramente militares. Las estructuras de gobierno de las ciudades sumerias fueron conservadas, y se permitió seguir a su frente a algunos de sus reyes, convertidos ahora en ensi (gobernadores) del emperador, mientras que en otros casos fueron sustituidos por príncipes acadios. Las dinastías locales, reestructuradas como elementos administrativos del poder imperial, conservaron cierto grado de autonomía en una posición subordinada a la autoridad del soberano, que oscilaba entre la sumisión y la rebeldía. La fundación de una nueva capital en las proximidades de Kish, Akkad, cuyos vestigios no han sido aún encontrados, parece haber sido obra temprana de Sargón, destinada así mismo a facilitar la gestión de su Imperio, bajo un poder cuyo epicentro se había desplazado sensiblemente hacia el Norte.

Como resultado, las riquezas afluyeron al puerto de la ciudad desde el Golfo Pérsico (Dilmún, Magán) y el valle del Indo (Meluja). Las rutas que antes controlaran los sumerios, estaban ahora en manos de Akkad, y la mirada de Sargón se dirigió entonces hacia los lejanos países septentrionales y occidentales, cercanos al Mar superior. Con todo, el tratamiento de que fueron objeto aquellas regiones lejanas fue diferente al que se había otorgado al conjunto de la baja Mesopotamia.

Sargón de Akkad se vanagloriaba de haber alcanzado el «bosque de los cedros» (el Amano) y la «montaña de plata» (el Tauro), y algún documento señala que conquistó Subartu, pero aquellas expediciones lejanas no llegaron a ser en realidad conquistas duraderas. El control de la periferia no fue tanto consecuencia de las campañas militares, como se ha venido sosteniendo durante mucho tiempo, cuanto de una más cauta política de hegemonía que convertía a los centros locales, como Assur o Mari, en sedes de gobernadores (sakkanakku) autónomos, pero en alguna medida dependientes de la autoridad imperial, y también de una difusa colonización que, junto a los acuerdos con los reinos independientes, como Ebla, facilitaron la consolidación de las rutas comerciales acadias y el acceso a las riquezas de Siria y Anatolia.

Un tercer momento de actividad del reinado de Sargón, en el que se prefiguran ya las actuaciones de sus sucesores, coincide con el reinicio de la expansión en el sur, lo que provocó el enfrentamiento militar con los elamitas, cuya confederación se encontraba dirigida por la dinastía de Awan, y que pese a resultar derrotados y la capital Susa prácticamente anexionada, permanecieron independientes. Es probable, no obstante, que Sargón hubiera alcanzado finalmente sus objetivos, que no debieron ser otros que eliminar la potencial amenaza que representaba la presencia de su vecino suroriental, mermando el poderío político-militar de Elam, y consiguiendo al mismo tiempo el acceso a las riquezas procedentes del comercio con el altiplano iranio, cuyas rutas estaban en poder de los elamitas, lo que logró al menos indirectamente, por medio del botín y los tributos obtenidos de los vencidos. Una vez más, en el marco de las relaciones exteriores, la guerra venía a reemplazar al pacífico comercio.

De acuerdo con las crónicas de época tardía que nos han llegado, el final del reinado de Sargón se vio ensombrecido por una rebelión generalizada que estalló en el territorio sumerio, donde el dominio acadio era apenas soportado. La propia estructura del Imperio, que descansaba sobre todo en el poder y la autoridad del monarca conquistador, y que carecía de cualquier forma de integración territorial más desarrollada, propiciaba una acusada inestabilidad que daba paso, de acuerdo a las oportunidades del momento, a las disidencias y las sublevaciones. Un ataque procedente de Subartu fue asimismo rechazado y su ejército destruido. Pero a la muerte de Sargón la rebelión en Sumer estalló de nuevo.

- *Auge y fragilidad del Imperio acadio*

Sargón fue sucedido por sus dos hijos, Rimush (2278-2270) y Manishtusu (2269-2255), que desde el comienzo de sus respectivos reinados hubieron de reprimir las rebeliones de las ciudades sumerias (Ur, Lagash,

Umma, Adab, Uruk, Kazallu) y combatir también contra Elam, que resultó sometido, aunque los reyes de Awan no fueron depuestos de su trono. Durante todo este tiempo, la dinastía elamita luchó por recuperar su independencia en un contexto de relaciones hostiles con el Imperio acadio. Manishtusu dirigió también una expedición marítima a los países limítrofes del Mar inferior (Anshan y Shirikum) aliados de los elamitas, alcanzando la «montaña de la piedra negra» (diorita de los montes de Omán) y la «montaña de plata» en el Irán meridional.

Con Naram-Sin (2254-2218), hijo y sucesor del anterior, el Imperio de Akkad alcanzó su mayor expansión. Sin embargo, al igual que sus predecesores, hubo de hacer frente a una sublevación de las ciudades sumerias (Uruk, Nippur, Kish, Eridu, Ur, Sippar) al comienzo mismo de su reinado. De hecho, basado en gran medida el poder del Imperio en la persona del rey, un momento especialmente crítico era el que marcaba la transición de un reinado a otro, siendo aprovechado por quienes no perdían la esperanza de recuperar su anterior libertad. Sofocada la revuelta, Naram-Sin inauguró una política que se manifestó en la utilización del apelativo divino situado ante su nombre, y en la titulatura de «rey de las Cuatro Regiones». Se hizo representar tocado por la tiara de cuernos, reservada a las divinidades, y sus servidores lo denominaron «dios de Akkad». La divinización del poder político encarnado en su persona constituía un claro síntoma de sus intereses y ambiciones.

Su llegada al trono supuso un cambio en los procedimientos que hasta entonces aseguraban a los acadios el «dominio universal», el control de los territorios comprendidos de mar a mar. Si Sargón y sus dos hijos se habían contentado con el control, político y militar, ejercido directamente sobre la baja Mesopotamia (Sumer y Akkad) y el más indirecto, de índole esencialmente comercial, sobre las tierras altas (Subartu) y la periferia (Siria, Anatolia, Elam), él habría de poner en marcha una política de conquista de todas aquellas regiones. Su objetivo no era otro que el de establecer el dominio de Akkad, por vía militar, sobre las rutas comerciales que en el exterior de la llanura mesopotámica estaban en manos de Ebla al oeste, de Elam que controlaba el acceso al altiplano iranio, y que en el Golfo Pérsico gravitaban en torno a Dilmun.

La guerra contra Elam tuvo como consecuencia una probable victoria de Akkad, que no supuso en cambio un triunfo completo, pues si por una parte está constatada la presencia de un gobernador acadio en Susa, por otra Naram-Sin terminó por concluir un pacto con el rey elamita que siguió ocupando su trono. Seguramente el poder acadio sólo podía manifestarse de una manera efectiva en la Susiana, la región de Elam más próxima a la baja Mesopotamia, siendo mucho más problemática su consolidación en el interior del país iranio, donde se encontraba la región de Awan, de donde la dinastía reinante era originaria. Una expedición marítima contra Magán

sirvió para poner bajo el control de Naram-Sin, en forma de botín y de tributo, parte del comercio que discurría por el Golfo Pérsico, si bien la isla de Dilmún permaneció al margen de la destrucción y la conquista, dado su carácter de emporio de tránsito intermediario, o puerto franco, que no implicaba dominio directo alguno sobre las rutas comerciales.

La expansión del Imperio acadio bajo Naram-Sin fue sobre todo intensa, en métodos y resultados, en dirección a la alta Mesopotamia y Siria septentrional. En una primera fase consiguió el dominio del país de Subartu, cuyos ensi se le sometieron al igual que los jefes tribales de la región del Habur y del medio Eúfrates. Assur, Nínive, Tell Brak, en donde construyó un palacio, devinieron enclaves acadios que aseguraban el control sobre la alta Mesopotamia y desde allí el acceso a Anatolia. En una segunda fase avanzó, siguiendo el Eúfrates, hacia Siria septentrional, donde Ebla constituía un objetivo de vital importancia. Los acuerdos que en tiempos de Sargón habían hecho posible participar en el comercio occidental, se habían tornado inoperantes como consecuencia de la disminución de la presión política que había permitido concluirlos. La existencia de una dinastía independiente en Ebla constituía un estorbo más que una ventaja, y como tal fue destruida, lo que abrió a Naram-Sin las puertas del «bosque de cedros» y del Mar superior. El acceso, sin rivales ni intermediarios, al Amano y al Mediterráneo quedaba de aquella forma asegurado y las pretensiones de dominio universal tenían su concreción por fin en las realizaciones del monarca.

No obstante su aparente grandeza, el Imperio acadio era una estructura extremadamente frágil, un conglomerado heterogéneo en el que la integración territorial resultaba poco menos que imposible. El poder del monarca, único factor decisivo de cohesión, era contestado al comienzo de cada reinado, lo que obligaba a reprimir militarmente las revueltas a un costo político (y también económico). A pesar de la extraordinaria concentración de riquezas en manos de los reyes de Akkad, fruto de la apropiación y adquisición de tierras por la corona, y del botín de las guerras y el control sobre el comercio, el desgaste era importante. Las riquezas conseguidas tanto en el interior como en el exterior eran en parte atesoradas y en parte redistribuidas entre los templos, los dignatarios de la corte, y los oficiales de ejército y los altos funcionarios, que recibían también tierras como pago a los servicios prestados. Las campañas y las expediciones, si bien conseguían beneficios en forma de botín y tributos, requerían así mismo recursos económicos con los que costearlas, y eran mucho menos productivas cuando se trataba de sofocar alguna revuelta. Y también era necesario mantener la vigilancia de las fronteras. Este último aspecto llegó a alcanzar una extraordinaria importancia desde el mismo reinado de Naram-Sin, con las campañas en el territorio montañoso (Luristán) de los lulubitas, y de los guteos, en los Zagros. Con el tiempo, los problemas y conflictos fronterizos serán cada vez más intensos.

- *El fin del Imperio acadio: La crisis y la invasión de los guteos*

Con Shar-Kali-Sharri (2217-2193), sucesor de Naram-Sin, la situación del Imperio se deterioró aceleradamente. Una incursión elamita penetró en la baja Mesopotamia, poniendo de manifiesto que el peligro representado por el vecino meridional no había desaparecido; la sublevación prendió en Uruk, y en las fronteras nordorientales y nordoccidentales los peligros no hacían sino acumularse. Repetidamente el rey acadio hubo de combatir para contener las incursiones de los montañeses procedentes del país de Gutium, en el Zagros, y a los nómadas Martu (amorreos) que avanzaban desde Siria.

La situación económica tampoco era buena. La apropiación de los circuitos comerciales externos por obra de Naram-Sin había ocasionado en buena medida su propia destrucción. Al oeste del Eúfrates, la desaparición de Ebla en el norte de Siria propició una mayor fragmentación política en aquellos territorios, dificultando poderosamente la penetración acadia en la región y los intentos de controlar el comercio que discurría por ella. Si por un lado Akkad había eliminado un rival en el tráfico de mercancías y el control de las rutas de comercio, por otro esto mismo le impidió apoderarse de la estructura política y comercial que Ebla había levantado en Siria (Liverani: 1988, 241). En Elam las dificultades internas, ocasionadas por los lulubitas y los guteos del Zagros, se añadieron a las guerras contra Akkad que habían provocado ya la pérdida para el Imperio de la región de Susa. La dinastía de Awan desapareció por aquellos mismos tiempos, o al menos su poder se vio drásticamente reducido, y en el interior la despoblación y la desurbanización entorpecieron aún más la circulación del comercio.

Tras Shar-Kali-Sharri el Imperio acadio se desmoronó tan rápidamente como había aparecido. Las fronteras cedieron bajo el empuje de los guteos, cuyas incursiones se habían iniciado en los últimos años de Naram-Sin en una respuesta a la violencia y depredación acadia sobre sus territorios; las ciudades meridionales sumerias, al igual que los centros asirios (Nínive, Assur) y Mari aprovecharon la confusión para independizarse, y la anarquía y el desorden dinástico parecen haberse apoderado del trono. Usurpadores originarios de la región del Diyala y los propios invasores rivalizaron por conseguir la corona imperial. Pero los disturbios de la época dejaban poco margen para el ejercicio efectivo de cualquier autoridad.

### 4.1.3. La época neosumeria y el Imperio de Ur

Tras la desaparición del Imperio acadio, los guteos ejercieron durante poco menos de un siglo un cierto dominio sobre la Mesopotamia central,

llegando a proclamarse soberanos de Akkad y heredando de aquellos la estructura administrativa, pero que tan solo era nominal sobre algunas de las ciudades sumerias, como Umma, con esporádicas incursiones que dificultaban el tránsito comercial debido al clima de inseguridad que provocaban. Más al norte, en la alta Mesopotamia (Subartu) los establecimientos asirios permanecieron independientes, así como las tierras a pie de montaña habitadas por las poblaciones hurritas, que organizadas en pequeños reinos (Urkish, Nawar) parecen haberse fundido en un estado de índole mayor que abarcaba desde el alto Eúfrates hasta el Diyala.

- *El nuevo auge sumerio y el apogeo de Lagash*

El Imperio acadio había mantenido la tradición sumeria de las dinastías locales, utilizándolas como elementos administrativos a su servicio, y tras su desaparición aquellas mismas dinastías, libres de la tutela imperial, podían realizar una política propia sin apenas injerencias. En tales condiciones la ciudad de Lagash y sus gobernantes fueron protagonistas, junto con otras ciudades sumerias de las que tenemos menos información, de una etapa de desarrollo económico que contrastaba con la situación en la Mesopotamia central y septentrional. Los ensi de Lagash, en su recuperada función de monarcas de un reino sumerio independiente, aunque de pequeñas dimensiones y de proyección local, promovieron los trabajos de irrigación, el comercio, así como las construcciones, restauraciones y dedicatorias de templos. De entre todos ellos destacó especialmente Gudea (2144-2124), cuya imagen prototípica de rey constructor y administrador por excelencia se apoya en la abundancia de la documentación que nos ha legado. Sus inscripciones se han encontrado en Ur, Adab, Batibira, Uruk y Larsa, dando prueba de su influencia sobre el país sumerio. Sin embargo, y a pesar de un encuentro militar con Elam, Gudea no fue un conquistador, sino un hábil administrador y diplomático que mantuvo buenas relaciones con sus vecinos. Promovió, como muchos otros monarcas antes y después que él, el comercio con los paises lejanos, e hizo traer diorita y madera de Magán (Golfo Pérsico) y Meluja (India) junto a cedros de los bosques de las montañas occidentales y oro, plata y cobre de las tierras iranias para la construcción del gran templo de Ningirsu, dios tutelar de Girsu, cuyo principado se encontraba incorporado al reino de Lagash.

En las restantes ciudades sumerias el panorama no parece haber sido muy distinto, con algunas variaciones de escala. Girsu, por ejemplo, a pesar de la atención de que había sido objeto por parte de los ensi de Lagash, atravesaba una situación económica más difícil, consecuencia en parte de su antigua destrucción por Lugalzaguesi, a diferencia de Ur y Uruk, cuya situación debió ser similar, si no superior a la de Lagash (se tra-

ta, en realidad, de un problema de documentación). Aquella suerte de «renacimiento» sumerio, como en muchas ocasiones ha sido llamado, proporcionó al fin el estímulo necesario para acabar con la presencia de los guteos. Un rey de Uruk, Utu-hengal (2120-2112) que había sabido aglutinar en torno a su persona las fuerzas sumerias, se enfrentó en campo abierto al ejército de los invasores logrando una aplastante victoria. El dominio guteo, cuyas gentes eran una minoría entre la población de Mesopotamia, quedó seriamente quebrantado y desapareció por completo al poco tiempo, acosados por las tropas de Ur.

- *El Imperio de Ur: la conquista de Mesopotamia*

Utu-hengal aprovechó su victoria para extender la hegemonía de Uruk sobre la baja Mesopotamia, pero su poder no fue duradero. El ensi de Ur, Ur-Nammu (2112-2095), que gobernaba la ciudad en su nombre, se sublevó contra él al poco tiempo, convirtiéndose en el fundador de una nueva dinastía y de un nuevo imperio. Surgía de aquella forma el Imperio de la Tercera Dinastía de Ur, con el que se puso fin a la tradición de autonomía de las ciudades mesopotámicas. A partir de entonces, y durante el siglo aproximado de su existencia, una dinámica de centralización política y económica, y de integración territorial, que lo diferenciaba del anterior Imperio acadio, se impuso sobre la Mesopotamia centro-meridional.

Ur-Nammu, que tomó bien pronto el título de «rey de Sumer y Akkad», después de pacificar el país y doblegar la resistencia de Lagash, inauguró una nueva política administrativa, destinada a asegurar la integración político-territorial, así como a disponer de la gestión directa de los recursos, a regular la actividad comercial y a fortalecer el orden social; para lo cual dividió el territorio en provincias, sustituyendo a las dinastías locales al frente de cada ciudad por un funcionario dependiente del poder central; redactó un código de leyes, que constituye la más antigua recopilación legal hasta hoy conocida; unificó pesos y medidas y mando elaborar un catastro. Esta tarea de organización y administración fue acompañada, en la mejor tradición sumeria, de la restauración y construcción de monumentos y la puesta en marcha de trabajos de irrigación. Ur-Nammu erigió el ziggurat de Ur, ciudad a la que rodeó de murallas, y amplió los muelles de su puerto, devolviéndole su esplendor comercial.

Aquella actividad fue continuada por su hijo Shulgi (2094-2047), que se proclamó «rey de las Cuatro Regiones» y se decía hermano de Gilgamesh, el héroe semidios legendario, en un intento de divinización. Se hizo adorar como un dios, al que se le construyeron templos y se compusieron himnos en su honor, y dio su nombre a un mes del calendario sumerio. Siguiendo la política de su padre, puso en funcionamiento una red de

caminos, jalonados por estaciones a un día de marcha, que permitían comunicar entre sí con mayor rapidez las diferentes partes del Imperio. En la segunda mitad de su reinado se empeñó, así mismo, en una serie de campañas militares, cuyo objetivo, como antes, consistía en hacerse con el control de las rutas comerciales que atravesaban la alta Mesopotamia, en la región comprendida entre el Diyala y el Habur, y consolidar la «frontera» septentrional en los territorios habitados por las poblaciones hurritas. Las guerras en el Kurdistán, que requirieron no menos de once campañas, fueron acompañadas de la construcción de una línea de fortificaciones con el fin de frenar las incursiones hurritas y proteger la gran ruta comercial que remontando el Tigris se dirigía hacia territorio armenio.

Las ciudades de Asiria (Urbilum, Nínive, Assur) fueron desde entonces controladas por gobernadores (ensi) destacados en ellas por el poder central, mientras que Mari, en el alto Eúfrates, conservó la independencia que había logrado tras la desaparición del Imperio de Akkad, y mantuvo intensas relaciones comerciales y diplomáticas con los reyes de Ur. En el frente suroriental la política de Shulgi hacia Elam, donde florecía ahora la dinastía de Shimashki, nacida de la unión interregional de seis principados (Alvar: 1989, 17 ss.), osciló entre la guerra y la diplomacia, prevaleciendo finalmente la primera. En consecuencia, la Susiana fue anexionada como una provincia y gobernada por un ensi de nominación regia, situación que se mantendrá hasta las postrimerías del Imperio.

En el interior la paz favorecía coyunturalmente la prosperidad, que se advierte en el incremento productivo y demográfico, y en el crecimiento de las ciudades. Esto último era consecuencia también de los disturbios que sucedieron a la caída del Imperio acadio, al estar las aldeas y los centros administrativos menores más expuestos a las incursiones que las ciudades amuralladas, y sobre todo del proceso de concentración de la tierra en manos de templos y palacios, acentuado por la política de los reyes de Akkad al respecto. El panorama sin embargo no resultaba homogéneo, siendo Ur, Umma, Larsa, e Isin, especialmente favorecidas, mientras la decadencia comenzaba a afectar a las ciudades más meridionales (Eridu, Uruk, Shuruppak). Se debía ello a un desplazamiento del epicentro económico hacia el norte, por la creciente salinización y paludización de las tierras agrícolas del extremo sur del país, y por la apertura de nuevos canales de riego en otros lugares.

- *La periferia turbulenta: crisis y migraciones*

Tras la muerte de Shulgi, su hijo Amar-Sin (2046-2038) consiguió consolidar el dominio de Ur a lo largo del Tigris, contando para ello con Assur y Urbilum que, aunque integrados plenamente en la estructura del imperio y gobernados por un ensi y un shagin (administrador) respectivamen-

te, permanecían aislados en territorio poco seguro, dada la turbulencia que *subsistía en las más septentrionales tierras hurritas (Urkish-Nawar)* y en el pidemonte de los Zagros, y dada también la presencia de los martu (amorreos), nómadas occidentales procedentes de la estepa siria que impelidos por la presión demográfica y sirviéndose del vacío político existente al oeste del Eúfrates tras la destrucción de Ebla, penetraban cada vez en mayor número y con mayor fuerza en Mesopotamia, favoreciendo su avance los espacios dejados en Siria y la Alta Mesopotamia por el retraimiento de la ocupación agrícola. En aquellas regiones, así como en Palestina, la crisis de la forma de vida urbana que caracterizó el final del tercer milenio, venía originada en parte por el alto costo que suponía el mantenimiento de las ciudades ante los rendimientos posibles de un sistema cerealista de secano, y en parte por pequeñas oscilaciones climáticas que, haciendo disminuir las precipitaciones, incidían de forma notable en la reducción de los rendimientos agrícolas (Liverani: 1988, 299 ss.).

La presión ocasionada por las incursiones de los martu fue momentáneamente contenida por la construcción de un muro durante los primeros años del reinado de Shu-Sin (2037-2029), hermano del anterior. El «muro de los martu» protegía asi, al norte de Akkad, la Mesopotamia centro-meridional, el «país interno» a resguardo de los nómadas. Fuera de él quedaban Assur y Mari, asegurando el acceso al comercio que discurría por la alta Mesopotamia procedente de Anatolia, donde habían surgido algunas élites como consecuencia del control ejercido sobre los recursos mineros locales de cobre y plata, y el de Siria en contacto, a través de Biblos, con Egipto y el Egeo (Creta). Su mantenimiento exigía, no obstante, continuos esfuerzos militares.

En el Este la turbulencia tampoco era escasa y se conservan noticias de una victoria de Shu-Sin sobre los su, otra de las poblaciones montañosas del Zagros. Como en otros lugares de la periferia, la inquietud de aquellos pueblos constituía en gran medida una respuesta violenta a los desequilibrios ecológicos y demográficos, y a los estragos socio-económicos causados por la permanente depredación de los estados mesopotámicos sobre sus territorios. Los paises «bárbaros» habitados por «salvajes» de condición infrahumana, de acuerdo con los estereotipos acuñados por las gentes «civilizadas» de las ciudades de Mesopotamia, eran esquilmados de sus recursos por medio, no solo del comercio (desigual), sino de expediciones militares, lo que ocasionaba graves trastornos y desajustes en sus tradicionales formas de vida. En ocasiones gracias al control de los recursos y las riquezas locales, o de las rutas del comercio, habían aparecido élites guerreras capaces de proporcionar una respuesta político-militar más eficaz y contundente a los expoliadores mesopotámicos, como había sucedido en el país de Gutium, y en las tierras de los hurritas, mientras que otras veces avanzaban hacia la llanura de Mesopotamia empujados

por el hambre y la necesidad desde sus paises empobrecidos o devastados.

- *El final del Imperio de Ur*

La presión de los martu (en sumerio) o amorreos (en acadio) se iba volviendo insostenible. Bajo el reinado de Ibbi-Sin (2028-2004) franquearon finalmente el muro defensivo que protegía los territorios de Sumer y Akkad, el «país interno», y comenzaron a extenderse por toda la llanura. Nippur hubo de ser fortificada y las murallas de Ur, la capital del Imperio, fueron reforzadas. Simultáneamente la crisis económica que se venía gestando desde tiempo atrás, y que en buena medida estaba originada por la inmovilización de la riqueza en bienes suntuarios y por el desgaste ecológico, hizo su aparición con gran dureza. El hambre y la escasez comenzaron a producir estragos, paralizando la administración en lugares como Lagash, Umma, Nippur y Eshnunna. La autoridad del imperio sobre aquellas ciudades y sus territorios se convirtió en algo meramente nominal, ante la imposibilidad de establecer ningún control efectivo. En Elam, la región de Susa, tratada desde su conquista por Shulgi como una provincia, aprovechó la coyuntura para independizarse, tendencia que cada vez arraigaba con más fuerza en las ciudades de Mesopotamia, bajo la égida de la dinastía de Shimashki, originaria del interior del país. En su conjunto la situación era desastrosa; el imperio se tambaleaba con las comunicaciones cortadas y las tribus amorreas y las bandas su procedentes de los Zagros recorrían impunemente la llanura.

Ante el cariz que iban tomando los acontecimientos Ishbi-Erra, un funcionario del rey de Ur, fue destacado como gobernador de la ciudad de Isin, con el propósito de defender las fronteras occidentales y asegurar el abastecimiento de la capital, pero terminó proclamándose independiente, con lo que la capital del Imperio quedaba prácticamente aislada. Por si fuera poco el peligro elamita era inminente una vez más, reforzado por su alianza con los su, y se trataba sólo de una cuestión de tiempo que se produjera un ataque procedente de esa dirección. En la práctica el Imperio había desaparecido devorado por la ruina económica, la disgregación política, y la invasión de los nómadas. Algún tiempo después la propia Ur, la en otro tiempo resplandeciente capital, sucumbiría frente a un devastador ataque enemigo.

# 5.

# La primera mitad del segundo milenio: la unidad en precario

Tras el derrumbe del Imperio de Ur, el nuevo periodo del Bronce Medio (2000-1550), también llamado paleobabilónico, se inició con una época de convulsiones que supuso en Mesopotamia una discontinuidad con la anterior. La ruptura se manifestó, en el plano cultural con el predominio del elemento amorreo, enriquecido en su contacto con el acadio, en el económico con la desurbanización y despoblamiento de amplias zonas, y en el político con el despegue de las zonas periféricas, favorecido por la fragmentación y la debilidad del «país interno».

El final del Imperio de la Tercera Dinastía de Ur constituyó en realidad el punto de llegada de una tendencia de larga duración. Frente a las apariencias propias de la catastrófica situación en que desapareció, las causas de la crisis que puso término al Bronce Antiguo fueron fundamentalmente de índole interna: degradación ecológica por el exceso de explotación de los territorios, excesiva concentración de la población en las ciudades, inmovilización de la riqueza en forma de construcciones suntuarias y bienes de prestigio, esclerotización del aparato administrativo. Los factores externos, la presión y las invasiones de los nómadas, no habían sino agudizado la situación provocando el colapso final.

Desde entonces, y hasta la época de Hammurabi (siglo XVIII), se manifestará un notable desarrollo de las tendencias de signo individualista, cimentadas en la aparición y difusión de espacios económicos y sociales de ámbito privado, en detrimento de la anterior situación caracterizada por la rígida y absoluta intervención del Estado. Ello originó en el seno de las ciudades una cierta flexibilidad y descentralización, paralela a la fragmentación que en el contexto externo caracterizaba la relación de fuerzas en Mesopotamia, favorecida por el ambiente de crisis socieconómica que

caracterizó buena parte del periodo. En el plano lingüístico y cultural, la presencia de los nómadas amorreos, muchos de los cuales acabaron sedentarizándose y adoptando los hábitos de las gentes de las ciudades, significó un refuerzo del componente semita/acadio frente al sumerio, que terminará desapareciendo.

## 5.1. La crisis de las ciudades y el fraccionamiento político

La crisis, que se había manifestado con toda su brusquedad durante el reinado de Ibbi-Sin, último de los reyes del Imperio de Ur, fue a un tiempo económica y política. A las malas cosechas y hambrunas, debidas a las dificultades en la irrigación de las tierras de cultivo, y a la salinización de las mismas, se añadieron las invasiones de los martu (amorreos) y los su, y luego una expedición militar elamita que llevó la destrucción a Lagash. Con todo, las zonas más afectadas por la crisis final del Bronce Antiguo fueron aquellas que, situadas en la periferia mesopotámica, no podían disponer fácilmente de un excedente que sustentara las poblaciones urbanas y las elites palaciales, por hallarse situadas en el límite entre las tierras que aún recibían precipitaciones mínimas anuales que permitían los cultivos y las regiones semiáridas, o por ser de naturaleza montañosa. En todas ellas se produjo un retroceso de la urbanización y una vuelta a las formas de vida aldeanas y pastoriles, lo que favoreció la aparición de grandes espacios vacíos que fueron ocupados por las poblaciones nómadas. La llanura mesopotámica soportó mejor, en cambio, los efectos de la crisis, si bien la acumulación prolongada de los mismos terminó por desatar las tensiones internas, propiciando la disgregación política.

Una Mesopotamia fragmentada y afectada por un vacío de poder, en la que Isin durante el siglo XX y Larsa en el XIX intentarán imponer sus respectivas hegemonías, proporcionaba amplios territorios situados al margen de todo poder político, que fueron ocupados por las tribus nómadas amorreas, sobre todo en el norte del país, mientras en la región periférica de Sirio-Palestina las escasas ciudades, como Meggido o Mari, que sobrevivieron a la desurbanización, pugnaban por consolidarse en medio de las difíciles condiciones del momento.

### 5.1.1. La hegemonía disputada: Isin, Larsa y los principados amorreos

Ishbi-Erra, un funcionario del rey de Ur, había proclamado su independencia en Isin, culminando así una trayectoria que habían iniciado años atrás Susa, Eshnunna, Lagash, Umma y Nippur. El poder de Ibbi-Sin, todavía rey de Ur, se redujo entonces a la capital del desmembrado imperio y

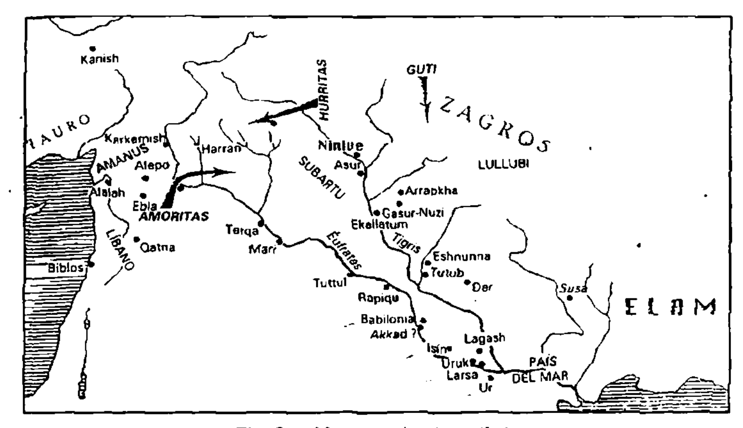



**Fig. 5.1.** Mesopotamia y la periferia

poco más. Finalmente habrían de ser los ejércitos de Elam quienes destruyeran la antigua y en otro tiempo poderosa ciudad de Ur.

Desde un principio quedó claro que los monarcas de Isin, la dinastía inaugurada por Ishbi-Erra (2017-1985 ) a expensas de Ibbi-Sin, último rey de Ur, reivindicaban la herencia del desaparecido Imperio, como demuestran las titulaturas reales que tomaron y la posterior reconstrucción de la antigua capital, devastada por los elamitas. Pero a pesar de que existen algunos síntomas que indican una cierta recuperación, como el nuevo impulso que bajo los reyes de Isin experimentó el comercio y la actividad constructiva, en el campo político la situación no dejaba de evolucionar en un sentido bien distinto a sus pretensiones. Todo intento de una nueva reunificación del país parecía estar abocado al fracaso. En el SE Larsa permanecía autónoma, incluso desde antes de la destrucción de Ur, regida por una dinastía que había sido establecida por un tal Naplanum (2025-2005), que llevaba un nombre típicamente amorreo. No era tampoco un caso aislado: diversos clanes amorreos ocupaban las llanuras mesopotámicas y con el tiempo, dinastías de este origen, aunque asimiladas a la vida sedentaria, se establecieron, si bien desconocemos los pormenores, en Kish, Assur, Sippar, Uruk y Babilonia. Más hacia el NE Eshnunna y Der eran también independientes, mientras que al norte de Nippur es posible que Kish, y desde luego Assur y más tarde Babilonia, hayan logrado desligarse igualmente del control meridional.

En la periferia, Assur y Elam, alcanzarán durante este periodo el rango de potencias regionales, mientras en la Mesopotamia meridional el tercer

sucesor de Ishbi-Erra, Ishme-Dagan (1953-1935), cuarto rey de la dinastía de Isín, fracasaba en su intento de expandir su autoridad hacia el norte, siendo derrotado en Kish. En el reinado que le siguió, Lipit-Ishtar (1934-1924), famoso por su recopilación de preceptos legales, controlaba aún Nippur y las ciudades del sur del país, pero fue finalmente expulsado y una nueva dinastía se estableció en el poder. A partir de entonces Isín irá perdiendo gran parte de su territorio en favor de Larsa, que de pequeño estado ciudadano en sus orígenes, experimentó desde el reinado de Gugunum (1932-1906) una expansión ascendente que le llevó a apoderarse de más de la mitad de la baja Mesopotamia y a convertirse bajo el reinado de Sumu-El (1894-1866) en la fuerza por aquel entonces hegemónica del viejo territorio sumerio-acadio.

En el extremo más meridional las ciudades sumerias se sumían poco a poco en la decadencia motivada por causas económicas y desastres naturales. Violentas deposiciones aluvionarias en la desembocadura del Tigris y el Eúfrates ocasionaron una serie de destrucciones. Al mismo tiempo la línea de la costa se había alejado debido a siglos de colmataciones en el estuario de los ríos. Los antiguos puertos comerciales resultaban cada vez más aislados de su anterior acceso marítimo, lo que forzaba a frecuentar otras rutas de comercio alternativas que favorecieron a ciudades como Babilonia y Mari. Por otra parte, la progresiva salinización de las tierras, originada por siglos de irrigación agrícola intensiva, agudizaba los problemas internos, empujando a una agresiva política de conquista de territorios. Pese a la aparente grandeza de Larsa, Isin y Uruk se mantenían independientes; las fuerzas estaban, pues, divididas y las alianzas se hacían y deshacían a un ritmo acelerado.

La situación socioeconómica experimentaba también profundas transformaciones que se perciben en la consolidación de la familia nuclear, que conllevaba la disolución de los lazos de solidaridad y la aparición de marginados que no estaban integrados en las unidades de producción. El contraste social quedó perfectamente reflejado en la legislación de la época, así como los nuevos valores económicos, con la desaparición de la comunidad rural campesina y su sustitución por trabajadores arrendatarios dependientes de palacios y templos. Tales tendencias que se venían gestando desde los tiempos del Imperio de Ur se consolidaron entonces de forma definitiva, al igual que se produjo la institucionalización de la servidumbre por deudas, claro ejemplo del empobrecimiento de amplios sectores de la población.

### 5.1.2. La eclosión de la periferia: Assur, Mari, Yamkhad, Hatti

Aquella situación en la Mesopotamia meridional, favoreció sin lugar a dudas el despegue de la periferia y los territorios intermedios. Al norte de

Kish, sobre el curso del Tigris, en las proximidades de la actual Mosul, la ciudad de Assur cobraba creciente importancia. Estación comercial de sumerios y acadios, la primitiva y excelente fortaleza natural sobre la rocosa orilla derecha del río, se había convertido en la sede de una dinastía local inaugurada en los comienzos del siglo XX por un tal Puzur-Assur, cuyos reyes llevaban nombres acadios. Se forjaba así el nacimiento de Asiria, comprendida hasta entonces en los límites meridionales del país de Subartu, que era como las gentes del sur habían denominado a la Mesopotamia septentrional; un pequeño reino favorecido por la posesión del fértil triángulo agrícola formado por las tierras comprendidas entre el Zab superior y el Tigris, con Nínive como su centro más importante, y más al sur, y en zona árida, por la favorable posición de Assur de cara al tránsito de mercancías. Ilushuma (¿1950-1940), tercer monarca de aquella primera dinastía asiria, se enfrentó con éxito a Eshnunna, donde otro poder local pugnaba por imponer su control sobre la región del Diyala, y en el curso de una expedición, que no obstante no tuvo mayores consecuencias, llegó a alcanzar el extremo meridional del país sumerio. Síntoma inequívoco de la presencia de un nuevo poder, pero también de la debilidad de los reinos meridionales.

Sobre el curso medio del río Eúfrates, en una región crítica, frontera natural entre la llanura mesopotámica y las áridas tierras occidentales, y controlando el paso entre Mesopotamia y la Siria septentrional, Mari se había convertido en intermediario privilegiado de todas las actividades comerciales y extendía su influencia sobre la región del Habur. El reino convivía con la proximidad de las tribus de pastores nómadas, como los haneos, los benjaminitas y los suteos, con quienes mantuvo siempre una relación caracterizada por la ambivalencia, lo que no era sino fruto de la mutua desconfianza; debido a su importancia militar los nómadas fueron reclutados como tropas auxiliares en el curso de los conflictos que enfrentaron a los reyes de Mari con los de Eshnunna, Assur o Babilonia, pero al mismo tiempo eran temidos, pues su movilidad dificultaba extraordinariamente su control.

En Siria, tras la desaparición de Ebla en manos de Naram-Sin, el nieto de Sargón de Akkad, y la crisis y el retroceso urbano que caracterizó el final del Bronce Antiguo, se produjo una reurbanización que afectó a centros como Karkemish, Alalah, Qatna o la misma Ebla. Durante un tiempo todas estas ciudades, amuralladas y provistas de su correspondiente palacio, de acuerdo al modelo propio de las ciudades próximo-orientales en vigor desde tiempos sumerios, convivieron en un ambiente de fraccionamiento político, en el que las tendencias unificadoras sólo harán su aparición en el curso del siglo XVIII, cuando buena parte de la Siria septentrional quede situada bajo la hegemonía del reino de Yamhad con capital en Alepo.

En el altiplano anatólico, futuro país de Hatti, se había producido mientras tanto la eclosión de las poblaciones indoeuropeas, tradicionalmente

asociadas con las migraciones luvitas e hititas del fin del tercer milenio, pero últimamente consideradas residentes desde siempre en aquellos territorios (Renfrew: 1990). Una visión más ponderada acepta la presencia de un sustrato «protoindoeuropeo» instalado desde antiguo en Anatolia, al que se unirían luego grupos de pastores nómadas (quizás relacionados con la expansión de la cultura de los kurganes), adquiriendo preponderancia en conjunto, gracias a la crisis final del Bronce Antiguo, cuyas causas habrían sido también allí esencialmente internas, ocasionando igualmente una acusada desurbanización. Pero después de aquello, un nuevo impulso urbanizador provocó en tierras anatólicas la aparición de numerosas ciudades, que se configuraron como sedes políticas de pequeños reinos independientes, con los que los asirios iban a establecer pronto contacto.

### 5.1.3. Los asirios en Anatolia

En Anatolia los asirios establecieron desde mediados del siglo XX una red de estaciones o colonias comerciales, denominadas karu, en estrechas relaciones con los pequeños estados de la región. Las autoridades locales, príncipes y reyes que llevan nombres hititas, luvitas o hurritas, admitían de buen grado la presencia de los comerciantes asirios, que normalmente se instalaban en un pequeño asentamiento en las afueras de la ciudad. En territorio anatólico el sistema comercial asirio comprendía una decena de asentamientos (estaciones) principales del tipo Karum, y otros tantos menores, denominados wabartum. El más famoso de tales asentamientos, y también el que más documentación ha proporcionado, es el karum de Kanish (Kültepe), situado bajo la acrópolis que protegía al palacio real, y que ejercía una función central sobre otras tantas agencias subordinadas.

Al contrario de lo que se ha pensado durante mucho tiempo, las relaciones entre los asirios y los poderes locales se establecían de forma contractual, cada vez que un nuevo rey era entronizado, y se plasmaban en un tratado recíproco que se sellaba bajo juramento solemne, mostrando la independencia política de los pequeños reinos y principados de Anatolia frente a los monarcas de Assur (Liverani: 1988, 367), si bien la presencia lejana de Asiria constituía un elemento que reforzaba el prestigio y también la seguridad de los comerciantes del karum, cuya notable organización, integrada por un banco, una cámara de comercio y un consulado (bit karim) con su asamblea, su representante, su secretario y sus agregados de embajada, les brindaba la oportunidad de tratar de igual a igual con sus interlocutores anatólicos.

El desarrollo de las actividades de los comerciantes asirios en Anatolia tuvo lugar a lo largo de dos periodos distintos, separados por una fase intermedia en que estuvieron ausentes, y que coincide con dificultades en

la propia Asiria. Parece que fue en tiempos de Erishum (1940-1910), hijo y sucesor de Ilushuma, cuando se inicia la primera presencia asiria en Anatolia, aunque es seguro que el conocimiento de las rutas dependía de una experiencia anterior forjada probablemente desde tiempos sumerios. Durante aquel primer periodo la situación de la treintena de pequeños estados anatólicos que mencionan los documentos asirios fue de estabilidad política, lo que sin duda favoreció la implantación comercial asiria por espacio de casi un siglo. Luego, en el último tercio del siglo XIX la dinastía instaurada por Puzur-Assur en Asiria fue derrotada y destronada por un tal Naram-Sin, procedente de la siempre rival Eshnunna. Finalmente habría de ser un amorreo descendiente de una familia de jefes tribales asentada en la alta Mesopotamia, cuyo nombre era Shamshi-Adad, el que se haría con el poder, iniciando una política de expansión y reactivando la presencia del comercio asirio en tierras anatólicas.

Pero en este segundo periodo que se inicia con el cambio de siglo, las cosas habían variado sustancialmente en aquellos territorios septentrionales. La anterior estabilidad política, fruto de un sustancial equilibrio entre los diversos estados independientes, había sido ahora reemplazada por un ambiente enrarecido, caracterizado por un cuadro de luchas continuas y de difícil vecindad. Es en este contexto en el que se percibe la presencia de movimientos y actividades expansionistas y unificadoras, entre las que destacan las empresas de Anita, rey hitita de Kussara en la Anatolia central, que inició una serie de conquistas que le permitirían finalmente unificar y controlar gran parte del país. La inestabilidad provocada por todos aquellos acontecimientos, y la propia decadencia de Asiria tras la muerte de Shamshi-Adad, explican conjuntamente la desaparición definitiva de los comerciantes asirios del país anatólico.

### 5.1.4. Del equilibrio a la unificación: la Asiria de Shamshi-Adad y Babilonia

Fue también un amorreo, de nombre Sumuabum (1894-1881), el que a comienzos del siglo XIX instauró una dinastía autónoma en la ciudad de Babilonia, probable antigua colonia sumeria y sede después de un ensi (gobernador) durante el dominio acadio y el del Imperio de Ur, inaugurándose de esta forma un reino del que pasaron a depender las ciudades de Dilbat, Sippar y Kazallu. Los reyes de esta primera dinastía babilónica se mostraron cada vez más inmersos con el entramado de diversas fuerzas que caracterizaban el escenario mesopotámico, en el que se dirimían los distintos intereses según un esquema impuesto por una dinámica política de equilibrios fluctuantes. Fue así como se formó un nuevo poder, al norte de Kish, mientras Asiria dominaba la mesopotamia septentrional y extendía su comercio por Irán y Anatolia.

Pero ahora, a finales del siglo XIX, era Shamshi-Adad I (1812-1780), instaurador de una nueva dinastía en Asiria, tras apoderarse de Ekallatum (ciudad aún no localizada, pero probablemente situada sobre el Tigris no lejos de Assur), y de las mismas Assur y Nínive, quien prevalecía sobre los restantes poderes locales. Con él, el reino asirio dio muestras de una renovada voluntad de expansión, extendiendo su hegemonía sobre las tierras y localidades del curso alto del Habur y del Eúfrates medio. Mari, que controlaba desde antaño aquella última región, cayó bajo su poder, teniendo el heredero de su trono que refugiarse en Alepo, capital de Yamhad en la Siria septentrional. Fue en aquel importante reino occidental en el que se detuvo la expansión de Asiria en aquella dirección, mientras en el SE era el reino de Eshnunna quien frenaba su avance, actuando al mismo tiempo como barrera frente las ambiciones elamitas. En la Transtigrina la supremacía de Asiria tan sólo fue disputada por los montañeses del Zagros. Shamshi-Adad, que tomó el jactancioso título de «rey del universo» tenía en su poder ambos ríos y había reunido en un imperio centralizado, con capital en Shubat-Enlil (Tell Leilan), toda la Alta Mesopotamia, mientras en el sur Isin, Larsa, Uruk y Babilonia se disputaban el control sobre el país meridional.

A pesar de sus éxitos, el final del reinado de Shamshi-Adad I fue difícil. En la frontera occidental, la alianza con Qatna, en la Siria meridional, provocó las iras y los ataques del reino de Yamhad, mientras que en el frente oriental, Eshnunna, después de asegurarse la paz con Elam, reemprendía su antigua política de apetencias sobre la alta Mesopotamia. Su hijo y sucesor, Ishme-Dagán (1780-1740), se encontró de esta forma frente a una situación notablemente complicada. Con crecientes dificultades, el monarca se mantuvo sobre el trono de una Asiria que iba perdiendo todo lo que había sido conquistado durante el reinado de su padre, quedando reducida finalmente a sus dimensiones originarias, sus territorios propios, a expensas de Mari, Yamhad y Eshnunna, convertidos a su costa en los principales protagonistas de la escena política.

En la Mesopotamia meridional, el viejo país sumerio-acadio, Babilonia había venido actuando, mientras tanto, con gran habilidad en el equilibrio impuesto por la relación de los diversos poderes. Desde un principio los reyes de Babilonia y los de Uruk habían cooperado estrechamente, y con el reino de Isín parece haberse llegado a un acuerdo circunstancial, a la vista de las manifiestas ambiciones de Larsa. En las postrimerías del siglo XIX Sin-mubalit (1812-1793) fortificaba Babilonia, pero el ataque procedente de Larsa no llegó a producirse nunca, bien porque Rim-Sin (1822-1763), que habría de ser su último monarca, la considerara un adversario de envergadura, bien porque prefiriera utilizarla como un factor de seguridad ante el impresionante ascenso de la Asiria de Shamshi-Adad, o tal vez porque considerara más importante ultimar la unificación del país meridional.

Un año después de que Rim-Sin conquistara finalmente Isín, tras haber destruido Der y haberse anexionado Uruk, Hammurabi (1792-1750), sexto monarca de la dinastía local, subía al trono de Babilonia. A partir de ese momento, el poder ascendente de aquella se irá imponiendo por toda Mesopotamia. En no mucho tiempo, los acontecimientos venideros habrían de mostrar hasta que punto la pasividad de Larsa frente a Babilonia estaba hipotecando el futuro.

## 5.2. Babilonia y la reunificación de Mesopotamia

Durante algún tiempo Larsa y Babilonia dieron muestras de coexistencia, vigilándose atentamente a la mutua espera de un signo de debilidad del contrario. El nuevo rey de Babilonia debía hacer frente a rivales formidables, como sin duda eran Rim-Sin en el sur y Shamshi-Adad en el norte, que no obstante su poder y su prestigio, eran sin embargo mucho más viejos que él. De alguna forma ello marcará la política de Hammurabi durante la mayor parte de su reinado, y aquella coyuntura no habría sino de favorecerle. En un principio Hammurabi fijó su atención en su frontera meridional, arrebatando a Larsa el control de Uruk e Isín en el séptimo año de su reinado. A partir de aquel momento quedaba claro quién constituía el poder hegemónico en la Mesopotamia meridional. Los años siguientes luchó contra los paises de Emutbal y Malgium, al este del Tigris y sobre su curso medio, y contra las ciudades de Rapiqum y Shalibi, apoderándose de ellas. Al tiempo que el poderío de Asiria menguaba tras la muerte de Shamshi-Adad, acaecida a los diez años de subir al trono Hammurabi, éste decidía consolidar su posición antes de lanzarse a nuevas aventuras. Durante veinte años, en los que la situación fue estable y fluida, el rey de Babilonia permaneció atento a la estabilidad de sus fronteras, reorganizando su reino, estrechando lazos con Zimri-Lim (1780-1758) de Mari, independiente de nuevo tras el declive de Asiria, y con el reino de Yamhad, a fin de asegurarse el frente occidental ante un eventual ataque por parte de Eshnunna, y manteniendo por otro lado una coexistencia formal con Rim-Sin de Larsa, que aunque aún era independiente, en la práctica no era sino un aliado subordinado a su poderoso vecino babilonio.

### 5.2.1. Mesopotamia unificada: el imperio de Hammurabi

Generalmente se ha otorgado a Hammurabi de Babilonia una manifiesta reputación de dinasta, de conquistador extraordinario, fundador de un imperio que había conseguido unificar bajo su cetro una Mesopotamia profundamente desgarrada y dividida, tras la desaparición del Imperio de

Ur, por más de tres siglos de sangrientas luchas (Roux: 1987, 212). Sin ánimo de querer desmerecer la importancia del personaje, la realidad parece un tanto más matizado. Documentos procedentes de la cancillería del palacio de Mari presentan una imagen bien distinta de aquel rey, mostrándonos cómo durante la mayor parte de su reinado, Hammurabi no fue más que un turbulento aspirante rodeado de personalidades no menos capaces y destacadas, como los reyes de Larsa, Asiria o Mari. Era aquella una época en que ningún rey era importante por sí mismo, sino por la política de alianzas que supiera aglutinar en torno a su persona, como reconocía el propio Hammurabi en su correspondencia con Zimri-Lim. Su principal mérito en este terreno parece haber consistido, como se ha dicho, en que sabía esperar pacientemente para asestar el golpe más enérgico en el momento oportuno (Garelli: 1974, 89).

El imperio de Hammurabi se formó mediante una combinación de astucia y habilidad que le permitió salir siempre airoso del vaivén político de las coaliciones, porque, en realidad, Babilonia no se encontró nunca sola frente a un adversario superior, sino que, sencillamente, se omiten a los aliados propios en las celebraciones oficiales de triunfo. Se sabe, por ejemplo, que antes de atacar definitivamente a Larsa, cuyo asedio duró varios meses, Hammurabi había llegado a un acuerdo circunstancial con Eshnunna. A la postre, parece que su táctica favorita consistió en dejar debilitarse a sus adversarios sin malgastar sus propias fuerzas en espera del momento adecuado. Por ello, más que a su genio militar, que no brilló con más fuerza que el de sus contemporáneos, fue a su talento como político hábil y maniobrero y a su capacidad diplomática a los que se debe fundamentalmente la cristalización definitiva de su imperio.

Fue en los últimos años de su reinado, cuando Hammurabi, convertido en protagonista absoluto, decidió poner término a la conquista de Mesopotamia. Una vez abiertas las hostilidades, el flanco NE fue asegurado con una victoria sobre una coalición del Tigris, integrada por Eshnunna, Asiria, Gutium, Malgium y Elam. Inmediatamente después Larsa, gobernada por un Rim-Sin agotado a causa de una prolongada vejez, fue conquistada y anexionada, lo que le convertía en «Señor de Sumer y Akkad», como especifica la titulatura del trigésimo primer año de su reinado. Al año siguiente Hammurabi conquistaba y se anexionaba Eshnunna, su poderoso rival durante el periodo precedente, lo que había forzado una política de equilibrio entre ambos; luego derrotó a Mari, que terminó siendo destruido tras una rebelión de su antiguo aliado Zimri-Lim.

Toda ésta actividad exterior no impedía que el monarca prestara su atención a los asuntos internos de su cada vez más extenso dominio. La actividad constructiva no fue descuidada, como da fe la construcción de un gran canal destinado a proporcionar agua a Nippur, Eridu, Ur, Larsa, Uruk e Isin, en un intento quizás de contener el declive y la despoblación que

sufrían aquellos otrora florecientes centros de la antigua y desaparecida civilización sumeria. La preocupación por asentar las bases de su imperio en algo más sólido que aquel mosaico de ciudades-estado y reinos unificados por la fuerza, donde cada hombre se sentía vinculado como mucho a su ciudad y sus dioses tutelares, al margen de cualquier tipo de conciencia o sentimiento nacional de mayor alcance, le inspiró asimismo la redacción de su famoso Código, que unificaba por vez primera las distintas legislaciones que habían imperado en Mesopotamia. Se obtenía de ésta forma una homegeneidad jurídica que antes no había existido en las tierras de su Imperio. Con igual motivo, promovió una reforma religiosa que situaba a Marduk, dios tutelar de Babilonia, en la cumbre del abigarrado panteón mesopotámico, dotándose así de una justificación religiosa que legitimara su predominio.

De nuevo en el ámbito de la política exterior, las campañas contra Asiria, en el trigésimo séptimo y trigésimo octavo año de su reinado, no pusieron fin sin embargo a la independencia de aquella, que permaneció libre, aunque aislada. Dando pruebas una vez más del profundo conocimiento de la situación, Hammurabi renunció a ampliar su imperio hacia Occidente, donde las tribus hurritas habían establecido pequeños principados bajo la dirección, al parecer, de una aristocracia indo-aria.

### 5.2.2. La disgregación del imperio y las invasiones kasitas

El imperio de Hammurabi, que significó ante todo un reforzamiento del poder y la capacidad de intervención del Estado frente a la tendencia general de la época hacia la privatización de las actividades económicas y las relaciones sociales, fue fundamentalmente eficaz en eliminar definitivamente la iniciativa política de las diversas ciudades-estado, que a partir de entonces se convirtieron en capitales de distritos, sedes administrativas de rango provincial, en un país políticamente unitario, Babilonia, heredero del viejo Sumer y Akkad y llamado a enfrentarse con el tiempo a la más septentrional Asiria (Liverani: 1988, 406). Ello no quiere decir que las tendencias disgregadoras hubieran desaparecido, muy al contrario pronto habrían de hacer nuevamente acto de presencia, pero las ciudades estaban desde ahora incapacitadas por si solas, pues carecían de fuerzas y medios necesarios, para proponer alternativas viables a los posteriores fraccionamientos políticos. El Estado territorial, cuyo primer ensayo había correspondido a los reyes de la Tercera Dinastía de Ur, se hallaba, a pesar de todas las futuras vicisitudes, definitivamente consolidado en Mesopotamia.

La unificación de Mesopotamia acometida y lograda por Hammurabi, fue a pesar de todo efímera. Su imperio prácticamente tenía la misma extensión que el «país interno» que había sido gobernado siglos atrás por

los monarcas de Ur durante el renacimiento sumerio de la última época del Bronce Antiguo. Asiria y Elam escapaban a su control, y la presencia de Babilonia sobre el Eúfrates medio no fue nunca eficaz, permaneciendo por ello independiente el reino de Hana, que se extendía ahora sobre el territorio que antes había dominado Mari. Pero era en el interior donde la situación se deterioraba con mayor velocidad. A pesar de la aparente grandeza, la crisis social y económica era aguda, por lo que su sucesor, Samsu-iluna (1749-1712), hubo de decretar una nueva exención de las deudas. En el sur, Larsa comenzó a mostrar pronto apetencias de independencia, y lo mismo ocurrió con Eshnunna. Ur, Uruk e Isin se sumaron a la revuelta y finalmente el extremo meridional se separó bajo la égida de una dinastía fundada por un tal *Iluma-ilum*, con lo que Babilonia perdía el acceso a la costa. Aquel territorio, independiente a partir de entonces, pasó a denominarse «el País del Mar», siendo progresivamente afectado por la desurbanización y la despoblación, como consecuencia de las deterioradas condiciones de vida en una zona de estuario donde las tierras pantanosas imponían un ambiente en general insalubre.

El esfuerzo por mantener el Imperio unido, que implicaba una frenética actividad de demolición y construcción de fortificaciones, en Sippar en Kish, en el Diyala, estuvo acompañado durante el reinado de Samsu-iluma de la misma preocupación por las obras hidráulicas a gran escala que había mostrado su padre, síntoma del declive agrícola que caracteriza todo el periodo paleobabilónico o Bronce Medio. En el plano externo, además de una incursión elamita sin mayores consecuencias, una nueva amenaza vendría a ensombrecer el horizonte; las tribus de montañeses kasitas procedentes del Zagros, a las que el monarca hubo ya de enfrentarse en el noveno año de su reinado. Originarias probablemente de las montañas iranias, avanzaron siguiendo el valle del Diyala y, aunque fueron rechazadas, lograron infiltrarse en la llanura donde algunos grupos consiguieron asentarse dedicándose al trabajo agrícola, mientras otros se organizaban en bandas armadas que se daban al pillaje. En la dirección opuesta, el dominio sobre la región del Eúfrates medio y los «países altos» tampoco estaba asegurado, como muestra su actividad militar en aquellos territorios, y el que el reino de Hana controlara gran parte de aquellas tierras desde Terqa, en el curso medio del Eúfrates en su intersección con el Habur.

Las condiciones empeoraron para luego estabilizarse bajo el reinado de Abi-eshukh (1711-1648), que volvió a combatir contra los kasitas y no pudo impedirles que se establecieran en Hana, en donde un personaje perteneciente a su nobleza tribal, Kashtiliash, había conseguido hacerse con el trono, y contra el País del Mar que no fue recuperado. La situación interior, progresivamente degradada, contrastaba con unas fronteras que permanecerán, pese a todo, estables con el consiguiente decrecimiento de la actividad militar. El país se encontraba empobrecido y las condicio-

nes de vida empeoraban a un ritmo acelerado. Para hacer frente a todas estas dificultades su sucesor, Ammi-ditana (1683-1647) tuvo que decretar nada más ocupar el trono una nueva cancelación de deudas y nuevas exenciones de impuestos. No obstante el peligro kasita parecía haber sido conjurado momentáneamente, así como los conflictos con los restantes poderes de la periferia, lo que no impedía que grupos de kasitas siguieran penetrando lentamente en la llanura, alquilando su trabajo en el campo y enrolándose incluso en el ejército babilonio. El mapa político permanecía inalterado, quedando la baja Mesopotamia dividida entre el País del Mar al sur y Babilonia en el centro-norte, mientras que Hana controlaba el Eúfrates medio y Asiria las tierras del curso medio del Tigris.

### 5.2.3. La confederación elamita y el Irán

La estructura política de Elam se caracterizaba, contrariamente a lo que era común en Mesopotamia, por su naturaleza confederal, atestiguada ya desde tiempos del periodo protodinástico. Durante todo el Bronce Medio o periodo paleobabilónico Elam, regido por una nueva dinastía establecida en Susa, había permanecido independiente de los reinos mesopotámicos, a excepción de un época, que se inició en el segundo cuarto del siglo XIX con la conquista emprendida por Gugunum, sin que sepamos con certeza su duración concreta, en que permaneció bajo el dominio de Larsa. Posteriormente Elam mantuvo tratos diplomáticos y comerciales con Mari y la más lejana Qatna, en la Siria meridional. Las relaciones con Eshnunna fueron siempre más difíciles, dada su proximidad y las ambiciones elamitas sobre el Zagros. En época de Hammurabi la resistencia frente a Babilonia a lo largo del Tigris había sido claramente hegemonizada por Elam, y un poco después los elamitas aún dispusieron de fuerzas para lanzar una incursión victoriosa sobre las ciudades de la baja Mesopotamia durante el reinado de Samsu-iluna, sucesor de Hammurabi, lo que mostraba que la balanza del poder era aún incierta y estaba sujeta a oscilaciones (Liverani: 1988, 425). Luego Elam se mantuvo al margen de la relación entre los diversos poderes de dimensiones regionales en que había quedado dividida Mesopotamia, ocupado en reorientar sus relaciones hacia el Irán interior y las comarcas vecinas del golfo Pérsico, si bien mostró temprana y frecuentemente una clara hostilidad hacia el meridional País del Mar (Alvar: 1989, 19 ss.).

En las tierras interiores del Irán, tras la desurbanización y despoblación acaecida a finales del tercer milenio, poblaciones indo-arias que se habían escindido mucho antes de otro grupo indoeuropeo, los iranios, se asentaron al SE del Caspio, en la llanura de Gurgán, para posteriormente ponerse de nuevo en movimiento, hacia Occidente unos, alcanzando Me-

sopotamia y el Mediterráneo y tomando parte con el tiempo en la eclosión del estado de Mitanni, y hacia Oriente los otros en dirección a la India.

## 5.3. La aparición de un nuevo poder regional: la Anatolia hitita

La Edad del Bronce Medio, o período paleobabilónico, supuso en el Próximo Oriente un predominio del reagrupamiento político en la periferia frente al declive y fraccionamiento del «país interior», que señala en dirección a la venidera regionalización del poder característica del Bronce Tardío, y también un desplazamiento de la actividad y la dinámica política desde el sur hacia el norte. Ya se ha visto como en época de la expansión comercial asiria en Anatolia, algunos de sus pequeños reinos se encontraban gobernados por príncipes y reyes que llevaban nombres hititas y luvitas. Se trataba de poblaciones indoeuropeas cuyos orígenes no conocemos bien, pero que a la postre habrían de unificarse, en un clima no exento de tensiones y conflictos, en el seno de una estructura política unitaria. Un primer intento fue el del rey Anita de Kussara, quien ya en época de Shanshi-Adad llegó a conquistar una gran parte del país, que no obstante sufrió un posterior fraccionamiento. Fueron aquellos, tiempos de guerras continuadas en las que tres ciudades con sus respectivos reinos, Kussara, Hattusa y Nesha (Kanish), parecen haberse impuesto sobre el resto.

### 5.3.1. La formación del Reino Antiguo hitita

En el altiplano central anatólico el proceso de unificación política culminó con la creación del reino de Hatti tras un largo y turbulento proceso, en el que, a pesar de las conquistas y las luchas sangrientas, se gestó la formación de un patrimonio ideológico y simbólico común que jugó un papel destacado como mecanismo integrador. La práctica de una política de control y coerción, que se ejercitaba mediante los matrimonios de los reyes vencedores con las princesas de los vencidos y el envío de los hijos de aquellos como gobernadores y dinastas locales de las ciudades conquistadas, tuvo una gran incidencia al respecto, reuniéndose en la corte central miembros de las diversas casas reales sometidas. Pero aquel sistema favoreció al mismo tiempo la perpetuación en el seno de palacio de la competencia por el poder, en forma de intrigas, disputas y frecuentes usurpaciones, elementos que habrían de caracterizar buena parte de la historia del Reino hitita, confiriéndole una debilidad estructural casi permanente.

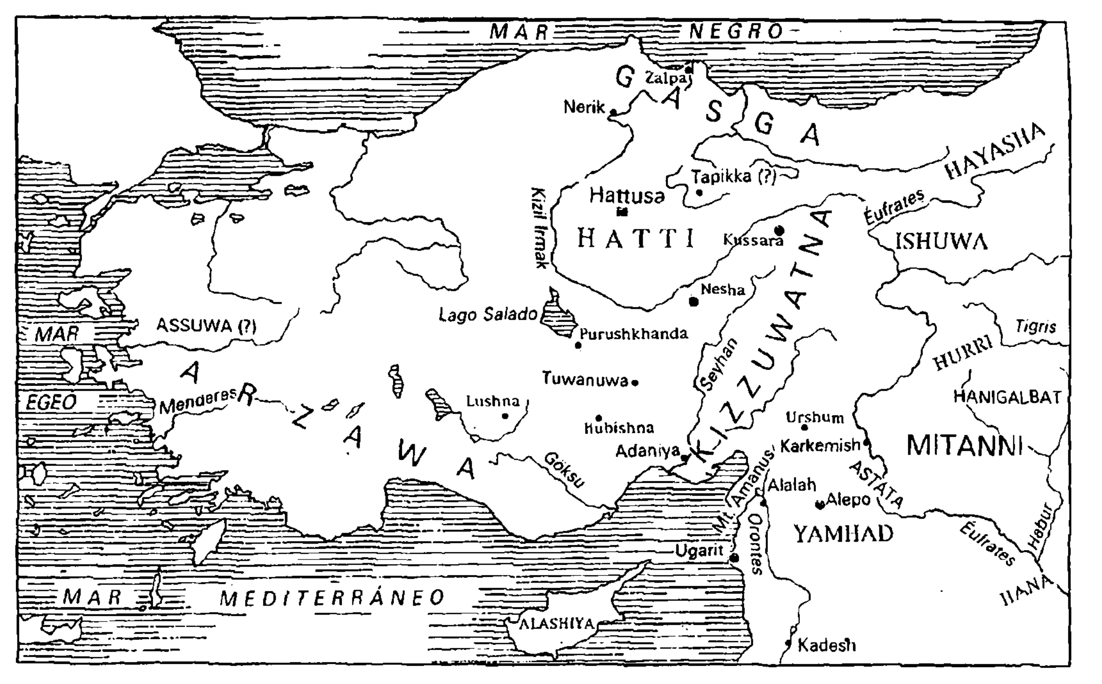



Fig. 5.2. Anatolia hitita

Una serie de reyes de Kussara, de los que apenas tenemos noticia, parecen haber protagonizado particularmente este proceso de unificación, que alcanzó su punto álgido cuando uno de ellos, en el curso de la segunda mitad del siglo XVII, se hizo, tras duras luchas, con la hegemonía sobre el país de Hatti, transfiriendo la capital a una de las ciudades por él conquistadas, Hattusa, de la que tomará su nombre. Hattusil I (1650-1620) se convirtió de este modo, y al margen del legendario Labarna (título, en realidad, de la primitiva realeza), en el primer soberano del denominado Reino Antiguo hitita, que controlaba la Anatolia central, pero cuya unidad no obstante permaneció siempre en precario. Las querellas dinásticas y las intrigas palaciegas, heredadas de la anterior y reciente fase de enfrentamiento militar y fraccionamiento político, constituyeron una continua amenaza para la estabilidad de un reino tan poco compacto como era aquel, cuya complicada orografía ayudaba a que permanecieran enquistadas y siempre firmes las tendencias localistas y disgregadoras.

Desde los primeros momentos de su constitución la nueva formación estatal hitita dio claras muestras de expansionismo. Ya en los primeros años de su reinado Hattusil dirigió expediciones militares contra Arzawa en el oeste, y contra Yamhad y Hanigalbat, el país de los hurritas, en el sur, y sufrió también una invasión de aquellos en su territorio. Por lo demás, los ejércitos hititas encontraron en la Siria septentrional y en la alta Mesopotamia una fuerte resistencia a su avance, que no fue del todo doblegada hasta la llegada al trono del sucesor, Mursil I (1620-1590), un usurpador que había forzado su adopción por el anciano rey. Fue el nuevo monarca quien finalmente destruyó el reino de Yamhad, para lo que contó con la ayuda del de Hana. En aquel momento los hititas se convirtieron en el poder regional más fuerte del Próximo Oriente, mientras las poblaciones hurritas se unificaban bajo el predominio de una aristocracia militar entre la que se encontraban elementos de origen indo-ario, responsables al parecer de la difusión del carro de guerra y la doma generalizada de caballos, que en un futuro inmediato garantizarían su supremacía militar.

### 5.3.2. El auge hitita y la caída de Babilonia

Más al sur Asiria comenzaba a ser afectada por la expansión hurrita, que acentuaba la decadencia iniciada tras la muerte de Ishme-Dagán, salpicada también por conflictos de índole dinástica. Y más hacia el sur todavía, es bastante poco lo que se sabe del reinado de Ammi-saduqa (1646-1626) en Babilonia, excepción hecha de su famoso edicto que proporciona un cuadro de la articulación administrativa de su reino, en el que se confirma la continuidad de la situación anterior. Fue con su sucesor, Samsuditana (1625-1595) cuando la tormenta habría de cernirse definitivamente

sobre una Babilonia que, aunque firme en sus fronteras desde tiempo atrás, se encontraba enormemente debilitada en el plano interno. Pero por paradójico que pudiera parecer, no fueron los kassitas quienes provocaron el derrumbamiento del poder que había sido creado en Babilonia por Hammurabi, ni fue obra tampoco del reino de Hana aunque éste sí que tuvo cierta participación indirecta cuando al fin los acontecimientos se precipitaron. La tragedia, inesperadamente, procedía de un escenario situado mucho más al norte.

En Anatolia los hititas habían comenzado una expansión que les había llevado a enfrentarse primero, y a poner término después, a la hegemonía del reino de Yamhad sobre la Siria septentrional y la alta Mesopotamia, con su destrucción por obra de Mursil I. De esta forma devinieron en vecinos de Hana, que contemplaba siempre con recelo su proximidad a Babilonia. De manera semejante, el reino hitita de Hatti se había sentido amenazado por la expansión de las poblaciones hurritas, favorecida a partir de entonces por la misma desaparición de Yamhad, que antes había actuado como barrera. En tales circunstancias, parece que un acuerdo entre Hatti y Hana resultaba fructífero para ambas partes, toda vez que el movimiento de los hurritas podía llegar a afectarles por igual. La colaboración del reino de Hana en la conquista y destrucción de Yamhad, tuvo su contrapartida en una expedición de Mursil I contra Babilonia en 1595. La ciudad fue tomada por el ejército hitita, lo que marcó la desaparición de la dinastía instaurada por Hammurabi, y tras su caída y el saqueo a que fue sometida, las tropas invasoras se retiraron a su lejano país.

Sin embargo el reino de Hana no fue el beneficiario directo de la nueva situación creada por la intervención hitita en Babilonia, lo que puede inducir a pensar que, más que ambiciones territoriales concretas, quizás abrigaba el temor a la proximidad de su vecino meridional, o que sencillamente no fue capaz de extender su dominio hacia la Mesopotamia meridional. Por el contrario, fueron los kasitas quienes, como veremos, aprovecharon el vacío de poder creado por la incursión hitita, para establecerse finalmente en Babilonia. Todo ello venía a convertir al Antiguo Reino hitita en la fuerza político-militar más formidable del Próximo Oriente, pero tampoco lo sería por mucho tiempo. Pronto nuevos acontecimientos habrían de modificar la situación así creada.

### 5.3.3. *La expansión hurrita y el fin del Reino Antiguo hitita*

La intervención hitita sobre la escena política y militar internacional, aunque de importantes consecuencias históricas, tuvo una breve duración. El sucesor de Mursil I, Hantil (1590-1570), hubo de enfrentarse a los ejércitos hurritas a lo largo de la línea del Eúfrates, en Karkemish y en tierras

de Ashtata (el valle del Eúfrates entre Karkemish y Hana). Tras él, la resistencia de las tropas hititas no pudo impedir la pérdida del control sobre Siria septentrional, en favor del cada vez más poderoso reino de Hurri, formado sobre la unificación (cuyos detalles desconocemos) de los diversos principados hurritas. A ello se añadieron las dificultades internas, mezcla de luchas dinásticas y de la contestación al poder de Hatti por parte de los reinos de Arzawa, a occidente, y de Kizzuwatna, en Cilicia, en el suroeste de la península de Anatolia.

La difícil situación interna se vio todavía agravada por la intervención de los gasga, turbulentos pobladores de las montañas nordoccidentales que asolaron desde entonces el altiplano anatólico, de la que se tienen noticias ya durante el reinado de Hantil, trayendo consigo la destrucción y la inseguridad al reino de Hatti. En aquellas sombrías circunstancias languideció el poder hitita. Tras Zidanta (1570-1560), la crisis alcanzó su nivel máximo con el reinado de Ammuna (1560-1550), que supuso de hecho el final del Reino Antiguo, muy debilitado y prácticamente reducido a sus dimensiones originarias, en un momento en que otras potencias habían arrebatado a los hititas su anterior protagonismo sobre el escenario político del Próximo Oriente. Egipto y Mitanni, formado este último sobre el reino de Hurri y las regiones vecinas, destacarán a partir de entonces como indiscutibles protagonistas.

# 6.

# La segunda mitad del segundo milenio: la formación de las potencias regionales y la contienda de los imperios

El Bronce Tardío (1550-1200) en el Próximo Oriente, también conocido como periodo de los imperios combatientes, se caracterizó por la pérdida de la posición central que hasta aquel momento había ostentado la Mesopotamia centro-meridional. A diferencia de lo que había ocurrido a finales del Bronce Antiguo, no hubo ruptura ni discontinuidad entre el nuevo periodo y el anterior, por lo que la supuesta «edad oscura» a comienzos de éste (siglo XVI) no parece haber sido tal, sino más bien la consecuencia de un descenso en la cantidad de documentos que nos han llegado, debido en parte a que las reorganizaciones políticas que dieron lugar a la aparición de nuevas formaciones estatales, Mitanni y la Babilonia kasita, supusieron una primera fase de asentamiento de los procedimientos administrativos (Liverani: 1988, 450).

No existen, por otro lado, trazas de una oleada de invasores indo-iranios a comienzos del periodo, como se ha venido suponiendo a menudo, que supuestamente arropados por su ventaja militar y su movilidad se hubieran constituido en élites dominantes sobre las poblaciones autóctonas, hurritas o semitas. Por el contrario parece que, junto con la difusión del caballo y el carro de guerra de dos ruedas, se produjo también la de los vocablos de índole técnica relacionados con su uso y el gusto por una onomástica de sabor indo-iranio, elementos todos ellos que no eran recientes, sino que desde inicios del II milenio habían sido introducidos en el Próximo Oriente Antiguo por gentes indoeuropeas, desde Anatolia y el Asia central, aprovechando el vacío político y demográfico que había caracterizado la transición del Bronce Antiguo al Medio.

## 6.1. Mitanni y el nuevo equilibrio regional

En líneas generales el periodo que ahora se inicia conocerá la aparición de un nuevo equilibrio regional, consecuencia del desplazamiento del epicentro político y comercial hacia el NO, con la definitiva eclosión de la alta Mesopotamia, Siria septentrional y Anatolia. La periferia se había convertido en centro y el centro se tornaba periferia. La estabilidad de las potencias regionales que surgen y se consolidan durante este periodo será, en general, mayor que la de los anteriores imperios mesopotámicos, y la internacionalización de las relaciones exteriores, diplomáticas o de contienda, implicará la presencia, militar o comercial, en el Próximo Oriente de Egipto, Chipre y el mundo micénico.

Toda aquella época conoció dos niveles de agregación política (pequeños y grandes reinos), con un sistema de relaciones horizontales, no siempre amistosas, pero en grado de igualdad de trato entre las grandes potencias, y otro de relaciones verticales, de vasallaje y sometimiento que supeditaba los pequeños reinos, que a menudo conservaban sus dinastías, a los más poderosos. En el marco político un restringido número de «grandes reyes» sentados en el trono de las grandes potencias (Egipto, Mitanni, Hatti, Babilonia y, finalmente, Asiria) y que se otorgan el tratamiento de «hermanos» en la correspondencia diplomática, mantienen entre ellos una relación de amistad o conflicto, según los casos, y de hegemonía, al mismo tiempo, respecto a los monarcas y príncipes de los estados subordinados a su autoridad, que renovaban periódicamente su lealtad mediante el envío de regalos a la corte imperial, donde algunos de sus hijos se educaban en calidad de huéspedes del «gran rey», rehenes en realidad de la fidelidad de su padre hacia éste. En un sistema como aquel, cada cual era responsable de mantener el orden y el control sobre su propio territorio, a fin de facilitar la circulación de mercancías y servicios demandados por las grandes cortes. Para ello los pequeños reinos y principados, solicitaban a menudo, la asistencia de su señor, el «gran rey», que enviaba refuerzos militares o establecía guarniciones. En el terreno de los intercambios económicos, que asumieron en gran medida la forma de «regalos» recíprocos entre las cortes «hermanas», las necesidades incrementadas del comercio exterior, al haber quedado definido un espacio económico más amplio que rebasa los límites del Próximo Oriente, favorecieron una interacción muy intensa, protegida bien por vía de los métodos diplomáticos o por los del esfuerzo militar. Y es que las necesidades de los grandes palacios se habían incrementado. No sólo se necesitaban bienes lujosos para costear el fastuoso estilo de vida de la corte, sino que se precisaban materias primas, especialmente madera y metales, para mantener los nuevos avances tecnológicos en el campo de la guerra (carro de dos ruedas, arco compuesto y armaduras metálicas) protagonizada ahora por una éli-

te militar especializada de combatientes en carros (maryannu) que había privado de su anterior importancia a la infantería.

De modo paralelo, en el ámbito interno la alianza entre la realeza y la nueva aristocracia militar supuso una mayor subordinación de los sectores ciudadanos, que verán su situación comprometida, social y económicamente, siendo reemplazados como factor militar por los guerreros de élite, a los que los monarcas entregarán concesiones de tierras para su disfrute. Esta solidaridad en la cúspide entre el rey y sus aristocráticos guerreros tendrá como consecuencia una profundización de la distancia social, marcada también por el decaimiento productivo, en la medida que el esfuerzo por obtener bienes y recursos del exterior encuentra su parangón en una mayor presión en el interior del sistema sobre la población trabajadora, y será otra de las características del periodo.

### 6.1.1. El auge de Mitanni y el eclipse de Asiria y Hatti

En la alta Mesopotamia las poblaciones hurritas habían sido unificadas, a lo largo de un proceso del que apenas sabemos nada, en una sola formación política, el reino de Hurri, también conocido como Mitanni. El auge del nuevo estado se hallaba indisociablemente unido a la implantación de las nuevas técnicas y tácticas militares, y a la ocupación del vacío político que ocasionara la desaparición del reino de Yamhad, al perder bien pronto los hititas el control de las tierras situadas al sur del Tauro. De esta forma, los territorios comprendidos en torno a las fuentes del Habur, constituyeron el núcleo de un país hurrita (Hanigalbat), que se extendió política y militarmente siguiendo el Eúfrates hacia el interior del Asia Menor, alcanzando por el oeste el Mediterráneo, englobando la Siria centro-septentrional, y hacia el sureste por el territorio asirio. Con la finalidad de aclarar toda posible confusión, diremos que Hurri designa un contenido de tipo étnico-cultural, Mitanni alude a una realidad política (era el nombre del estado creado por las gentes de Hurri), mientras que el Hanigalbat posee el valor de una referencia geográfica (el territorio originariamente hurrita).

Muy mal conocido en su historia interna, debido a que su capital, Wassuganni, permanece aún inexplorada arqueológicamente al ignorarse su emplazamiento, estamos mucho mejor informados acerca de las relaciones de Mitanni con los reinos sometidos (Alepo, Mukish, Qadesh, Kizzuwatna, Asiria) y con las potencias exteriores (Egipto, primero, Hatti y Asiria, después). Durante dos siglos (XVI y XV), que conocieron la hostilidad y las guerras con Egipto por el control de Siria-Palestina, la hegemonía de Mitanni fue incuestionable en los territorios de la alta Mesopotamia y la Siria centro-septentrional. Asiria padeció mientras tanto un prolongado eclipse, con alguna recuperación ocasional, como durante el reinado de

Puzur-Assur III a comienzos de la segunda mitad del s. XVI, que reconstruyó las murallas de la vieja capital y procedió, cual si de un soberano independiente se tratara, a una delimitación de sus fronteras con la Babilonia regida por la dinastía kasita. Pero aquellas veleidades de autonomía tuvieron corta duración. Saushtatar, soberano de Mitanni por aquel tiempo, se apoderó de Assur, que fue sometida a saqueo, y redujo a sus gobernantes al papel de príncipes tributarios, cuya mermada autoridad ni siquiera alcanzaba a la ciudad de Nínive.

En el altiplano anatólico el moribundo reino hitita de Hatti se debatía entre la crisis interna, ocasionada por las discordias palaciegas, las usurpaciones del trono y las incursiones de los gasga, y la presión exterior de los reinos de Arzawa, Kizzuwatna y el propio Mitanni. La reforma de Telepinu (1525-1500), él mismo un usurpador como tantos otros, encaminada a estabilizar la situación política interna mediante una regulación del acceso dinástico al trono, no pudo transformar sustancialmente la comprometida situación, por lo que hasta Tudhaliya II no se producirá una cierta recuperación de la actividad militar y política hitita. En torno al 1450 los ejércitos de Hatti tomaron la ofensiva contra Arzawa, contra Assuwa, en el extremo oeste anatólico, contra Isuwa, en el Alto Eúfrates, y el monarca hitita logró mediante procedimientos diplomáticos que Kizzuwatna y Alepo reconociesen su hegemonía. El dominio de Anatolia parecía asegurado, asi como la expansión más allá de los montes Tauro.

El nuevo, aunque breve, auge hitita se mantuvo con su sucesor, Arnuwanda, pero tras él Mitanni recuperó su poder sobre Alepo y Kizzuwatna, y una serie de ataques procedentes de los otros reinos anatólicos (Arzawa, Isuwa, Hayasha) crearon en Hatti una situación calamitosa, en la que no faltaron las incursiones de los montañeses gasga. Favorecidas por la tremenda degradación de las condiciones internas, sus ordas llegaron a penetrar en el corazón del país y atacaron la capital, Hattusa, que fue víctima de un pavoroso incendio.

### 6.1.2. La contienda internacional: Mitanni, Egipto y la formación del Imperio hitita

Pese a que la decadencia hitita y el eclipse asirio significaban la ausencia de vecinos poderosos, la expansión de Mitanni había encontrado su contrapeso en la presencia militar de Egipto en Siria-Palestina. Los faraones de la Dinastía XVIII disputaron a los soberanos del Imperio creado por los hurritas el control de los países de Canaán (Palestina) y Amurru (Siria), auténtica encrucijada de las más activas rutas comerciales del momento. Precisamente en la costa siria estaba situado el reino de Ugarit, que unía a su magnífica situación portuaria, su condición de importante nudo de co-

municaciones, puerto natural de salida de los productos del interior al Mediterráneo y enlace de las navegaciones con la costa occidental de Anatolia, Chipre y Egipto. La presencia militar egipcia en la zona dio comienzo apenas inaugurada la Decimoctava Dinastía, tras la expulsión de los hicsos de Egipto. En tiempos de Barattama, Tutmosis I (1525-1495) penetró en territorio mitannio llegando a alcanzar el Eúfrates. Este tipo de incursiones, que también habían realizado Amosis y Amenofis I, no tuvieron, sin embargo, consecuencias duraderas, pues una vez que las tropas egipcias se retiraban no resultaba difícil a los mitannios volver a controlar el territorio. Sin embargo, durante el reinado de Saushtatar, las repetidas y victoriosas campañas de Tutmosis III (1490-1436) sirvieron para delimitar una frontera que desde Ugarit, en el norte, hasta Qadesh, en la Siria central, marcaba las respectivas zonas de influencia de ambas potencias sobre el territorio en disputa.

Palestina y Siria centro-meridional quedaron así situadas bajo la hegemonía de Egipto, que administraba aquellos territorios dividiéndolos en tres provincias y una serie de circunscripciones menores, con algunas guarniciones estratégicamente situadas. La presencia egipcia se impuso en el sur sobre lugares como Meggido, Gezer, Ascalón, Acre, Hazor y Jerusalén, siendo Gaza uno de los centros de su administración en la zona, mientras pequeñas guarniciones se establecían en las ciudades, que, no obstante, conservaron sus dinastías locales. Más hacia el norte la hegemonía de Egipto se extendió sobre las ciudades cananeo-fenicias de Sumur, Arvad, Beirut, Sarepta, Biblos, Tiro y Sidón, mientras que Ugarit supo guardar un delicado equilibrio entre los dos imperios que se disputaban el dominio de la región, cuyo interés en mantenerlo activo evitando su destrucción venía impuesto por extraordinaria importancia como puerto comercial.

Aún así, las revueltas de los pequeños estados sirios y cananeos contra la autoridad de los faraones no fueron raras, y en más de una ocasión Mitanni se encontraba detrás de ellas, sosteniéndolas y alentándolas. Por otro lado, aunque aquellos pequeños reinos y principados raramente admitían de buen grado la interferencia de alguno de ellos sobre los otros, estaban casi siempre predispuestos a aceptar intervenciones externas en su propio provecho, siguiendo a la potencia con estrella ascendente y procurándose su apoyo para promocionar sus propias ambiciones (Aldred: 1976, 166). Así, las rivalidades y disputas entre los reyes y príncipes locales favorecieron frecuentemente la intervención egipcia, que era solicitada por aquellos mismos contra sus adversarios.

Aquel complejo panorama todavía contaba con un elemento más, que intervenía de manera activa acrecentando la conflictividad motivada por las disputas políticas. En los espacios intermedios entre los territorios controlados por las ciudades vagaban poblaciones seminómadas de configuración muy inestable. Aquellos merodeadores era los hapiru, mezcla de

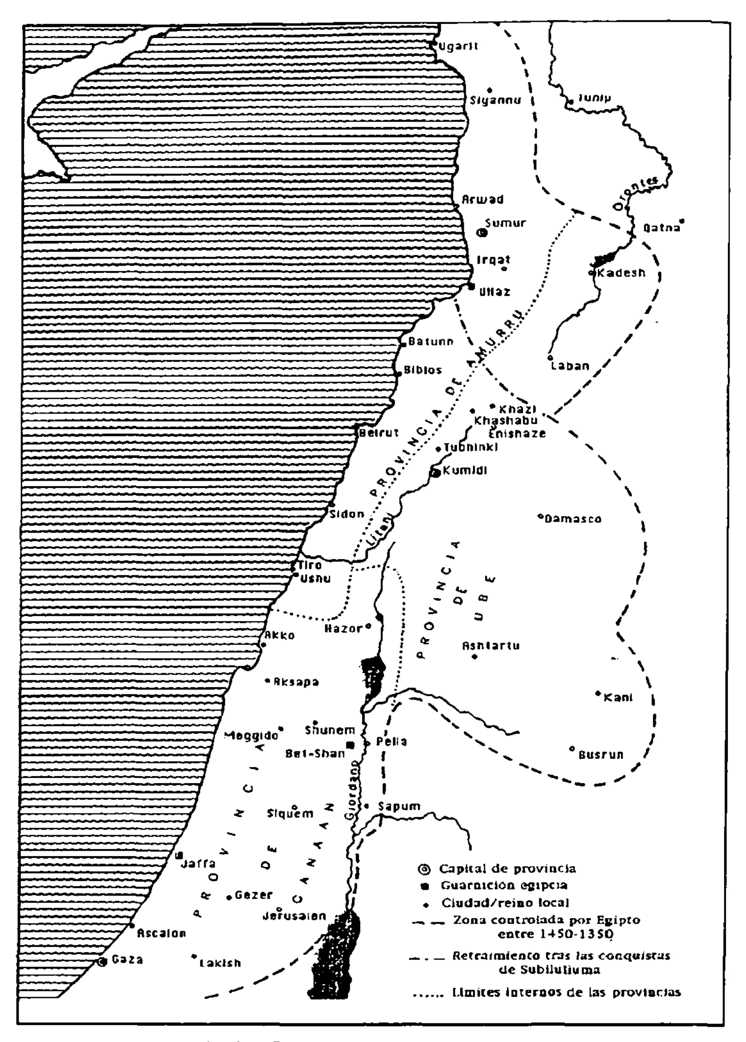



Fig. 6.1. El dominio egipcio en Siria Palestina

pastores nómadas y forajidos, gentes humildes de las ciudades que habían huido a estas zonas sin control para escapar de la cada vez más insoportable presión a que los palacios sometían a los menesterosos. Las bandas de hapiru acechaban las caravanas comerciales y se contrataban como mercenarios, participando de esta forma en los conflictos que enfrentaban a los poderes locales. En ocasiones atacaban a las ciudades, con o sin la complacencia de algún otro reino o principado rival, y en época de Amenofis IV –Akhenaton– (1364-1347), coincidiendo con un debilitamiento de la dominación egipcia en la zona, llegaron a apoderarse de algunos centros importantes, como Gezer, Askalón y Lakish.

Hasta mediados del siglo XV las relaciones entre Egipto y Mitanni fueron de hostilidad, para posteriormente cambiar de signo. La guerras fueron sustituidas por relaciones diplomáticas que se sellaron con el intercambio de embajadores y el envío de regalos, mientras que la paz entre las dos potencias era sancionada en varias ocasiones por el matrimonio de princesas mitanias con los faraones egipcios. La amistad con Egipto supuso para los reyes de Mitanni la tranquilidad en su frontera meridional, lo que les permitió concentrar todos sus esfuerzos en el norte, donde la reactivación de la iniciativa hitita había hecho peligrar su dominio sobre Alepo y Kizzuwatna. No obstante, la hegemonía de Mitanni al sur del Tauro no sería puesta en entredicho hasta el reinado de Tushrata I (1375-1350). En los comienzos del siglo XIV Mitanni era todavía poderosa, aún contando el desgaste que le habían ocasionado sus anteriores guerras contra Egipto, mientras el reino de Hatti se hallaba casi en ruinas y rodeado de múltiples enemigos. Pese a ello, la situación en conjunto no tardaría mucho en cambiar.

El responsable del nuevo auge hitita y creador del Imperio, fue Subiluliuma (1370-1342) que sin embargo accedió al trono en condiciones precarias. Ya en el reinado de su padre, Tudhaliya III, había combatido en el norte contra los gasga y en el nordeste contra el reino de Hayasha, y los primeros años de su reinado se caracterizaron por un empeño similar en garantizar la seguridad de Hatti y afirmar su dominio sobre el conjunto de Anatolia. En el curso de aquellas luchas los montañeses gasga fueron derrotados, y el dominio hitita se extendió sobre los reinos orientales (Hayasha e Ishuwa) y occidentales (Arzawa) del país anatólico, así como sobre Kizzuwatna que a partir de entonces formará parte integrante de la nación hitita. Luego, una vez consolidado su poder sobre un trono que él mismo había engrandecido, Subiluliuma dirigió su atención contra Mitanni y, tras una primera ofensiva fracasada, invadió finalmente su territorio llegando a atacar la capital, Wassuganni, donde Tushrata se había refugiado, para proseguir después en dirección a Siria. Allí el avance hitita alcanzó la frontera misma que, en el alto Orontes, señalaba la presencia de Egipto, y en consecuencia Mitanni perdió su hegemonía sobre la zona. Incluso Ugarit y el reino de Amurru, hasta entonces súbditos de los faraones, declara-

ron su sumisión a Subiluliuma. El Imperio hitita estaba en pie y emprendía de esta forma su marcha, ocupando en el escenario de la política internacional el papel de gran potencia que hasta entonces, y por espacio de tres siglos, había desempeñado Mitanni.

### 6.1.3. El resurgimiento de Asiria y el fin de Mitanni

Mientras tanto, Asiria había experimentado un renacimiento que permitía a sus dirigentes reconstruir las fortificaciones de la capital, firmar acuerdos fronterizos con Babilonia e iniciar una política exterior propia, llegando a establecer incluso relaciones diplomáticas directas con Egipto (Wagner: 1989, 23). Después de un prolongado eclipse de cuatro siglos, en el que el reino se había visto reducido a sus mínimos términos aunque la continuidad dinástica se había mantenido, el poderío asirio emergía con renovado ímpetu, favorecido por el cambio en la situación internacional que había afectado de forma tan negativa a Mitanni. La recuperación de Asiria no fue, sin embrago, consecuencia exclusiva del declive de Mitanni, sino que, aprovechando este, se manifestaba en un renacimiento económico y político que debió obedecer también a factores internos por desconocidos que nos sean.

De este forma, Assur-uballit I (1363-1328) que se autoproclamó «gran rey» y trataba como «hermano» al faraón Amenofis IV, rompiendo la vieja tradición de «dos vicarios de Assur», titulatura que desde siempre habían tomado los reyes asirios, como una vez ya hiciera Shamshi Adad I al nombrarse a sí mismo «rey del universo», se encontró ya en condiciones de intervenir directamente en las discordias que habían estallado en el país hurrita tras la muerte de Tushrata, así como de anexionarse algunos territorios limítrofes que anteriormente habían formado parte del Imperio de Mitanni, e incluso de intervenir en los asuntos internos de Babilonia.

El nuevo poder de Asiria se puso pronto de manifiesto con la intervención de Adad-ninari I (1305-1274) en el territorio hurrita de Hanigalbat que había constituido el corazón de Mitanni, situado ahora bajo la hegemonía hitita. En el curso de sus campañas el rey asirio alcanzó el Eúfrates a la altura de Karkemish, penetrando en Siria y asegurando el acceso a la ruta comercial que unía la Mesopotamia septentrional con el Asia Menor y los importantes puertos del Mediterráneo. A partir de entonces la expansión de Asiria en esta dirección no hará sino acentuarse, obteniendo el control de toda la alta Mesopotamia, y con Salmanasar I (1273-1244) el dominio permanente sobre el país hurrita, que con el tiempo terminará por ser definitivamente anexionado. Salmanasar también construyó una nueva capital en Kalah, cerca de la confluencia del Zab superior, en un lugar donde se cruzaban importantes rutas comerciales y militares que se dirigían, por el

este hacia el Zagros y el territorio iranio, por el norte hacia el país de Urartu en las proximidades del lago Van, con el que el rey de Asiria había tenido ya un primer encuentro bélico, y por el nordeste hacia el Hanigalbat, el país de los hurritas, que eran precisamente los escenarios de las nuevas conquistas asirias. De aquella forma Asiria establecía también frontera directa con el Imperio hitita, convirtiéndose en una de las potencias sobre las que se reconfiguraba, en el plano internacional, el complejo equilibrio de poderes regionales.

## 6.2. Karduniash: la Babilonia kasita

Durante el Bronce Medio el desplazamiento del eje político-militar hacia occidente, con la aparición de Mitanni, Egipto y el Imperio hitita en escena internacional, supuso un descenso de los conflictos bélicos en la Mesopotamia. La crisis de Asiria bajo el dominio de los hurritas, que no se mostraron interesados en extenderse más hacia el sur, y la instalación de una nueva dinastía de origen extranjero en Babilonia, fueron así mismo causas de la relativa tranquilidad que caracterizó el periodo, al menos hasta el auge asirio que se produjo, con Assur-uballit I, partir de mediados del siglo XIV.

### 6.2.1. La dinastía kasita en Babilonia

Tras el saqueo de la ciudad de Babilonia por el ejército hitita de Mursil I en 1595, se produjo un vacío de poder que, sin que sepamos los detalles, favoreció finalmente la instauración de una dinastía kasita en el trono de la ciudad que otrora fuera capital del Imperio creado por Hammurabi. No está claro si estos soberanos kasitas eran los mismos que aquellos que habían accedido primero al trono de Hana, sobre el Eúfrates medio, o si procedían directamente de su país originario (posiblemente las regiones montañosas del Irán suroccidental) en donde habrían formado parte de la nobleza tribal. Por otro lado, los primeros reinados de los nuevos monarcas en Babilonia, que desde entonces pasó a denominarse (en lengua kasita) Karduniash, nos son muy mal conocidos, ya que aquellos reyes apenas dejaron inscripciones propias y sólo sabemos de ellos a través de las listas dinásticas que fueron elaboradas más tarde. Con todo, el inaugurador de la dinastía kasita en el trono de Babilonia parece que fue un tal Augum II (lo que sugiere que aquella realeza era originaria de otro lugar) en torno a 1571, el cual obtuvo también una victoria sobre el reino de Hana, motivo quizá para pensar que no procedía de aquel. Este éxito no produjo sin embargo un engrandecimiento territorial de Babilonia, aunque sí una teórica soberanía política, ya que el territorio en torno al medio Eúfrates se había venido despoblando desde el siglo anterior. Tal despoblación ha-

bría de contribuir igualmente a un mayor aislamiento geográfico de Babilonia, lo que incrementó su posición periférica respecto a las grandes potencias durante todo el Bronce Tardío.

Augum II fue sucedido por Burnaburiash I quien firmó un tratado de alianza, que incluía una delimitación de fronteras, con la Asiria de Puzur-Assur III, sometida a la hegemonía de un Mitanni en pleno ascenso de su poder. A comienzos del siglo XV los reyes kasitas de Babilonia, Ulam-Buriash y Augum III, lucharon en el meridional País del Mar, que finalmente consiguieron someter a su control, con lo que la reunificación de la Mesopotamia centro-meridional quedaba una vez más realizada. Los dominios de Babilonia se extendían también hasta los países limítrofes de Padan y Arman, en la zona comprendida entre el Zagros y el Tigris, de donde era probablemente originaria la realeza kasita, por lo que el reino de Babilonia (Karduniash) ocupaba, al menos en el plano territorial, un lugar importante en relación a las demás potencias presentes en el escenario internacional.

Al mismo tiempo, y en el plano interno, los monarcas kasitas se enfrentaron a la tarea de afianzar su poder sobre un trono que no les pertenecía por derecho dinástico, lo que les privó por un tiempo de dirigir su atención hacia una política exterior más activa. Aquel aislamiento llegó a su fin cuando Karaindash, coetáneo de Saushtatar de Mitanni, estableció por vez primera relaciones diplomáticas con Egipto, llegando incluso a establecer un servicio permanente de correos con el país del Nilo, al tiempo que procedía a un nuevo tratado con Asiria, lo que indica que la dinastía kasita, plenamente consolidada sobre el trono de Babilonia, se incorporaba en teórica igualdad de condiciones al concierto de las potencias internacionales. No obstante su posición real era algo más modesta, bastante secundaria y un tanto marginal a causa de su lejanía de la escena política internacional, centrada ahora en el oeste, lo que mermaba su capacidad de intervención.

La presencia de la dinastía kasita sobre el trono de Babilonia no supuso en modo alguno una ruptura, ni en lo cultural, ni en lo político, ni en lo ideológico, con la tradición anterior. Restaurado el orden interno, los reyes kasitas adoptaron inmediatamente la civilización de raíces sumerio-acadias de la baja Mesopotamia, así como las prácticas más características de su realeza. Pese a las crecientes dificultades, el complejo sistema de irrigación agrícola fue cuidadosamente conservado, lo que requería continuas obras de mantenimiento. Se construyeron y reconstruyeron templos y palacios, destacando en este sentido, en el primer tercio del siglo XIV, la enorme actividad de Kurigalzu I, quien erigió una nueva capital, Dur-Kurigalzu, y el territorio del país fue protegido con obras de fortificación contra posibles ataques del exterior, si bien la diplomacia constituyó la mejor arma de Babilonia en el terreno de las relaciones internacionales. Una relativa prosperidad, pese al evidente descenso demográfico y productivo

que caracteriza en todo el Próximo Oriente al Bronce Tardío, parece haber facilitado un florecimiento de las artes y la literatura, y todo ello no es sino síntoma de gobierno estable y capaz (Roux: 1987, 271), que nada tiene que ver con la fama de gobernantes mediocres que frecuentemente se ha endosado a los reyes kasitas, a quienes desde una perspectiva exageradamente marcada por los acontecimientos propios de la historia político-militar, se considera muchas veces incapaces de haber llevado a cabo guerras agresivas y grandes conquistas.

Pese a todo ello, y al activo comercio con el exterior, la creciente despoblación y el deterioro de la productividad, dos de las tendencias características de todo este periodo en el Próximo Oriente, restringieron el total de las tierras sometidas a explotación agrícola en favor de un aprovechamiento ganadero, lo que fue causa, sobre todo durante siglo XIII, de un empeoramiento económico que en el plano social se plasmó en un deterioro de las condiciones de vida de los sectores más humildes de la población, que se vieron abocados a un aumento de las relaciones de dependencia y de la servidumbre por deudas.

### 6.2.2. Las relaciones internacionales

En el marco de la política exterior, las relaciones amistosas fueron frecuentes con el lejano país de los hititas, que no parecía representar una amenaza directa para Babilonia, mientras que con Egipto, país de donde se requería sobre todo su oro, prosiguieron con desigual fortuna, debido fundamentalmente al creciente desinterés de los faraones. Amenofis III (1417-1379) desposó aun a una princesa kasita, hija de Kurigalzu I, pero después Burnaburiash II (1359-1333) no pudo obtener una esposa egipcia, por lo que finalmente se casó con la hija de Assur-uballit I de Asiria. El hijo de aquella princesa, nieto por consiguiente del entonces poderoso rey de Asiria, accedió finalmente al trono, pero fue asesinado víctima de una conjura de palacio, lo que ocasionó que Assur-uballit penetrara en Babilonia e impusiera en el poder a Kurigalzu II (1332-1308). Tales acontecimientos dan fe de la posición secundaria que ocupaba Babilonia frente a las grandes potencias de la época, como Egipto, y del creciente interés de la emergente Asiria sobre ella. Sin embargo el nuevo monarca, nieto también de Assur-uballit, no colmó las pretensiones del rey de Asiria, rechazando el protectorado que aquel pretendía establecer sobre Babilonia, lo que llevó a una guerra de resultados inciertos. Kurigalzu II combatió también contra el Elam, llegando a penetrar victorioso en Susa, la capital. Su sucesor, Nazi-Marutash (1307-1282), entró de nuevo en conflicto con Asiria por la soberanía de los pases orientales y fue derrotado por Adad-Ninari quien le impuso una rectificación de fronteras.

El rápido ascenso del poderío asirio y el paralelo desmoronamiento de Mitanni empujaron a Babilonia a olvidarse de Elam y a practicar un entendimiento cada vez más estrecho con los hititas, que cristalizó durante los reinados de Kadashman-Turgu (1281-1264) y Kadashman-Enlil II (1263-1255) en una política de alianzas, estando aquellos igualmente inquietos por la expansión asiria, que pronto habría de concretarse en la anexión del país hurrita (Hanigabalt). De esta forma, la amenaza procedente de Asiria se configurará, junto con el resurgir del Elam, como uno de los factores que caracterizaron los últimos tiempos de la dinastía kasita en Babilonia.

### 6.2.3. El Reino Asirio Medio y las guerras con Babilonia. Elam y la II dinastía de Isín

El auge asirio, en imparable ascenso desde Adad-ninari I, se plasmó finalmente en el enfrentamiento directo con Babilonia, entre otros motivos porque ambos reinos se disputaban el control de los países orientales situados junto al Zagros, y con ellos él de las rutas que se dirigían hacia la planicie iraní, por las que discurría un activo comercio. El prolongado periodo de relativa calma por el que había atravesado Mesopotamia tocaba a su fin, y una serie de guerras incesantes y de distinta suerte habrían de poner término allí a la Edad del Bronce. En el curso de aquella contienda los éxitos fueron alternos, favoreciendo primero a Asiria, pero luego las tornas cambiaron y ésta se vio sometida por Babilonia, que de haber sufrido el acoso de aquella, pasaba a acosarla a su vez. Finalmente la victoria correspondería a los ejércitos asirios, en vísperas del desastre que se cernía sobre Mesopotamia. Pero las guerras entre Asiria y Babilonia tuvieron también otro protagonista no menos importante.

De modo casi simultáneo, Elam, que había estado ausente durante siglos del juego de relaciones políticas que se estableció en Mesopotamia desde comienzos del Bronce Tardío, habiendo centrado durante todo este tiempo sus intereses fundamentalmente en el Irán interior, hacía de nuevo su aparición sobre el escenario mesopotámico, convirtiéndose en una amenaza que se manifestó con toda dureza durante el reinado de Kastiliash IV (1232-1225) en Babilonia. El ataque elamita devastó la región de Eshnunna, sobre el Diyala, y poco después llegaron los asirios. El ejército de Tukulti-Ninurta I (1243-1207), con quien la expansión de Asiria alcanzó su cenit por aquel entonces, asoló el país, ocupando las principales ciudades, y destruyó la misma Babilonia, cuyos habitantes fueron deportados, después de haber sido capturado su rey. Un gobernador asirio se estableció en la ciudad, cuyos tesoros fueron saqueados, sus templos profanados y las estatuas de sus dioses conducidas a Assur. Mientras tanto, los elamitas aprovechaban para atacar la baja Mesopotamia y lanzar incursiones contra Nippur, Der e Isín

Pese a todo, la resistencia babilonia se organizó pronto en el sur, y la disputa dinástica que estalló en Asiria tras el asesinato de Tukulti-Ninurta, favoreció la contraofensiva. Babilonia fue recuperada y Adad-shum-usur (1216-1187) llegó a establecer incluso un protectorado sobre el trono asirio, desgarrado el reino por las discordias internas y la guerra civil. Ninurta-apil-Ekur (1192-1180) logró liberarse finalmente de la tutela impuesta por los babilonios, pero a partir de entonces los acontecimientos se precipitaron. La dinastía kasita desapareció bajo los golpes de Elam, que en el transcurso de la primera mitad del siglo XII se había convertido en uno de los factores militares de primer orden en el Próximo Oriente. La hostilidad creciente entre Asiria y Babilonia había favorecido la estabilidad política en el reino elamita, desde donde Shutruk-Nahunte I (1170-1155) dirigió una campaña que le permitió adueñarse del país babilonio, incluida la capital, en torno al 1160. El rey kasita, Zababa-shuma-idima, fue eliminado por el conquistador, convirtiéndose Elam en una potencia de ámbito regional, que iniciaba una política de ocupación permanente del territorio conquistado, apoderándose de toda la franja mesopotámica que limita con los Zagros (Alvar, 1989: 23). Se reemplazaban con ello las anteriores incursiones que no garantizaban el sometimiento definitivo de las tierras conquistadas tras la retirada de los ejércitos victoriosos. La resistencia de Enlil-nadin-akhi (1157-1155), último rey de la dinastía kasita de Babilonia fue tan corta como inútil. El hijo del conquistador elamita, Kutir-Nahunte III (1155-1140) se encargó de ponerla término en 1157, llevando cautivo a Susa a su enemigo juntamente con la estatua del dios de Babilonia, Marduk, que emprendía otra vez el camino del exilio.

Sin embargo el nuevo predominio elamita sobre la baja Mesopotamia fue breve. En torno a Isín y a la figura de un tal Marduk-kabit-akheshu (1154-1140) se organizó un nuevo poder dinástico que en apenas tres décadas hizo resurgir a Babilonia de entre el fuego y las cenizas de la derrota, y que alcanzó su apogeo con la llegada al trono de Nabucodonosor I (1126-1105). Las reorganizadas fuerzas babilonias tomaron entonces la iniciativa atacando Asiria, que se mantuvo a la defensiva, y a Elam que fue devastado, precipitándolo en un nuevo declive que se extenderá por espacio de unos tres siglos. De esta forma el reino que englobaba la Mesopotamia centro-meridional se convertía otra vez en un peligroso rival para Asiria, que por su parte recuperaba nuevamente el ímpetu conquistador de antaño con Tiglat-Pilaser I (1114-1076). El ataque asirio no se hizo esperar y sus tropas se apoderaron de gran parte del país y de la ciudad de Babilonia, que fue una vez más víctima del saqueo y pasto de las llamas.

Asiria volvía a ser, como un siglo y medio atrás en época de Tukulti-Ninurta I, un gran reino con pretensiones imperiales que controlaba la mayor parte del territorio mesopotámico, y cuyos dominios se extendían hacia los países occidentales y el Mediterráneo, donde Tiglat-Pilaser I im-

puso tributo a las ciudades fenicias de Biblos, Sidón y Arwad. Pero entonces, hambrunas catastróficas asolaron Mesopotamia y los «nómadas de las tiendas», los arameos procedentes del desierto occidental invadieron el país acuciados por el hambre y la necesidad. Terribles tiempos de crisis y turbulencias se vinieron a cernir sobre las tierras recorridas por el Tigris y el Eúfrates.

## 6.3. El final de la Edad del Bronce

La despoblación, consecuencia de una crisis demográfica que tenía a su vez causas productivas y sociales, fue una tendencia en aumento durante todo el Bronce Tardío en el Próximo Oriente. La caída de los niveles de la producción estaba originada por el progresivo deterioro del sistema de canales que aseguraba la irrigación de los campos, la creciente salinización de las tierras y el consecuente abandono de éstas, que pasaban a convertirse en espacios propicios únicamente para un aprovechamiento pastoril semi-nómada. El empobrecimiento de la población productiva (y por tanto el descenso de la natalidad) fue incrementado por las gravosas prestaciones que los palacios imponían a los habitantes de las ciudades y territorios que controlaban, lo que originó que mucha gente intentara escapar a su control adentrándose en las zonas abandonadas, alternando el pastoreo con la rapiña como formas de subsistencia. En las comarcas semi-aridas de la alta Mesopotamia y Transjordania se extendió profusamente el modo de vida nómada, mientras que en Anatolia y en Siria grandes ciudades eran abandonadas y los asentamientos quedaron restringidos a los valles irrigados (Liverani: 1988, 630 ss.).

Las guerras y las deportaciones, así como la imposición de tributos a vastos territorios sometidos tras las campañas y conquistas militares, constituyeron así mismo factores que agravaron la situación de penuria (material y humana) dando lugar a hambrunas y epidemias. El comercio disminuyó y las relaciones con el exterior se hicieron cada vez más difíciles. Sobre este panorama desolador, que reúne en un cuadro de tintes sombríos las causas internas de la crisis final de la Edad del Bronce, incidirán por último las invasiones externas y las migraciones que causaron el colapso definitivo.

### 6.3.1. El Imperio hitita: las guerras y la paz con Egipto

Las conquistas de Subiluliuma y la sistematización del control sobre los nuevos territorios, con sus hijos reinando sobre Karkemish y Alepo, así como la conclusión de pactos de vasallaje con los dinastas locales que se

habían sometido de buen grado al dominio hitita, habían creado un imperio de poderosa apariencia cuya presencia había inquietado poderosamente a los reyes de Mitanni y a los faraones de Egipto. Buen síntoma del auge hitita que se extendería desde el último cuarto del siglo XIV hasta finales del XIII, fue el propio crecimiento de la capital, Hattusa, que de una extensión de cuarenta hectáreas en época del Antiguo Reino llegó a alcanzar las cien, lo que la convertía en una de las mayores ciudades del momento, con el esfuerzo económico y demográfico que tal desarrollo suponía en movilización de recursos y fuerza de trabajo. Pero a pesar de su aparente grandeza el país de Hatti se encontraba exhausto, en gran medida debido al esfuerzo que las guerras de conquista habían exigido. Las dificultades no tardaron, por consiguiente, en manifestarse. El reinado de Mursil II (1340-1310), hijo y segundo sucesor de su padre ante la tempana muerte de su hermano, Arnuwanda II, se caracterizó por la sublevación y las revueltas en Siria apoyadas por Egipto, la guerra contra Arzawa que llevó a los ejércitos hititas hasta el litoral del Egeo, y por la peste que asolaba el país y las incursiones de los montañeses gasga. A pesar de todo, el rey hitita salió airoso de tan tremenda conjunción de calamidades, afirmando el dominio de Hatti sobre los territorios conquistados por Subiluliuma, y en la misma Anatolia desde el Eúfrates al Egeo, a excepción de la zona montañosa septentrional, desde la que la amenaza de los gasga se proyectaba inquietante sobre la cercana Hattusa.

A partir de entonces la expansión de Asiria la convertía en un peligroso vecino para los hititas sobre la línea del Eúfrates, al tiempo que Egipto, superada la crisis final de la XVIII Dinastía, reemprendía sus campañas asiáticas dirigidas por los faraones militares de la nueva casa reinante. Seti I (1304-1290) y Ramsés II (1290-1224) intentaron disputar la hegemonía a los hititas sobre la Siria centro-septentrional, contando para ello con las simpatías del reino de Amurru. El encuentro frontal entre los dos imperios tuvo lugar en Qadesh en 1285, donde el ejército de Muwatal (1310-1280) obligó a replegarse a las tropas de Ramsés II. La frontera quedaba situada donde antaño y se hacía evidente que los egipcios no disponían de fuerza suficiente para desalojar definitivamente a los hititas de sus posiciones.

Poco después la presión de Asiria convencía a los hititas de la conveniencia de asegurar la estabilidad en su frente meridional, por lo que se llegó finalmente a un tratado de paz entre Hatusil III (1270-1220) y el anciano Ramsés II en 1284. Egipto y el Imperio Hitita, que se reconocían mutuamente como las dos máximas potencias del momento, ponían de este modo término a un conflicto que, con otros protagonistas, se remontaba a cuatro siglos atrás, cuando chocaron los intereses de Egipto, deseoso de dominar los puertos marítimos y las ciudades caravaneras de la región, con las pretensiones expansionistas de Mitanni. Las previsiones hititas demostraron ser acertadas. La guerra contra los asirios llegó con Tukulti-Ni-

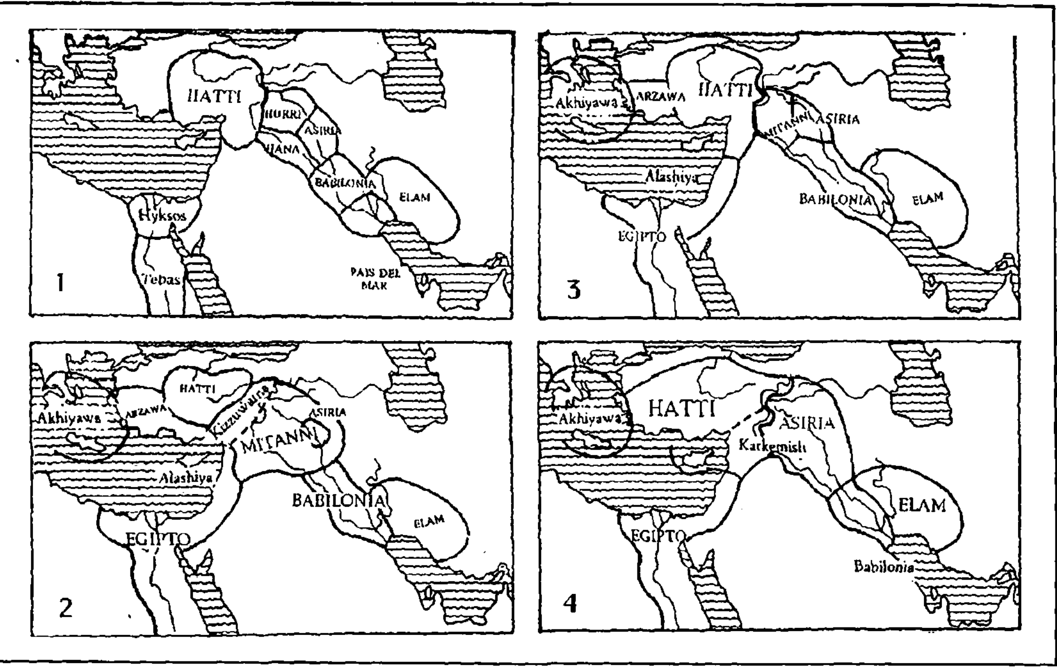



**Fig. 6.2.** La fluctuación del «sistema regional» en el Próximo Oriente durante el Bronce Final (según M. Liverani): 1=época formativa, 2=hegemonía egipcio/mitannica; 3=hegemonía egipcio/hitita; 4=fase final

nurta I, pero pese a la movilización por ambas partes, la línea del Eúfrates permaneció estable. Tudaliya IV decretó el bloqueo económico de Asiria, prohibiendo a los estados vasallos de Amurru y Ugarit comerciar con aquella. A partir de entonces la presión de Asiria, sometida a su vez a sucesivas discordias internas y a la contienda con Babilonia, se situó más en el plano del prestigio internacional, que de auténtico peligro para los hititas (Liverani: 1988, 584 ss.). El Imperio hitita quedaba configurado como la principal fuerza política del Próximo Oriente, aunque con una situación interna delicada, y un frente occidental sumamente inestable debido a las crecientes fricciones con los micénicos (Ajiyawa) que pretendían forzar el acceso al Mar Negro, contexto en el cual probablemente se desarrolló la Guerra de Troya.

### 6.3.2. Las invasiones de los «Pueblos del Mar»

A finales del siglo XIII tuvo lugar una serie singular de acontecimientos de extraordinaria envergadura que, incidiendo sobre la degradación general de la situación en términos ecológicos, demográficos, económicos, y sociales, habrían de alterar profundamente el mapa político del Próximo Oriente, sellando de esta forma el final de la Edad del Bronce. Gentes que se desplazaban preferentemente por mar, aunque también avanzaban por tierra, atacaron en torno al 1200 la Anatolia occidental y meridional, desencadenando una reacción que pondría fin al Imperio hitita, desgastado por factores estructurales adversos (despoblación, crisis productiva) y los esfuerzos que imponía la expansión imperialista, causando la destrucción contemporánea de Hattusa y otros muchos lugares importantes del Imperio. Desembarcaron en Chipre (Alashiya), que había sido conquistada por los hititas de Subiluliuma III (1200-1182), último rey del Imperio, para contrarrestrar la cada vez mayor presencia micénica. Allí asaltaron y destruyeron algunas de las localidades más importantes de la isla, Enkomi, Sinda, Kitión, y asolaron las tierras de Siria y Palestina, arrasando Ugarit y Alalah, atacando Tiro, y más al sur Gaza, Ascalón, Asdod, Gat y Ekron, que fueron ocupadas por una nueva población, los filisteos, que establecieron su dominio sobre la Palestina meridional. Mas al norte se establecieron los zeker, otro grupo de invasores, que asentaron su dominio sobre Dor, en las proximidades del monte Carmelo.

Los «Pueblos de las islas de en medio del Mar», como los conocieron los documentos egipcios de la época, atacaron finalmente el país del Nilo hacia 1190, durante el reinado de Ramsés III, de donde fueron rechazados después de una gran batalla en el Delta Egipto salió indemne, pero perdió para siempre sus posesiones en Siria-Palestina y con ellas la capacidad de ejercer un control eficaz sobre el abastecimiento de materias primas y

lujosas manufacturas. Ya antes, los invasores habían precipitado la ruina del poderío hitita, invadiendo Anatolia y rompiendo la frágil cohesión de un Imperio desgastado por las tensiones internas, las sequías y las hambrunas, al que los propios egipcios habían tenido que socorrer con grano durante el reinado de Arnuwanda III (1220-1200). El Imperio hitita, exhausto por el esfuerzo de mantener el dominio de grandes territorios, mermados sus recursos materiales y humanos, y en tensión permanente entre la autoridad del monarca y la cada vez más problemática fidelidad de los nobles y los reinos vasallos, sucumbió en poco tiempo, siendo probablemente destruida su capital, Hattusa, por una incursión de los gasga, mientras la mayor parte del ejército luchaba contra los invasores, lo que ocasionó un enorme vacío de poder sobre las regiones que antaño había controlado.

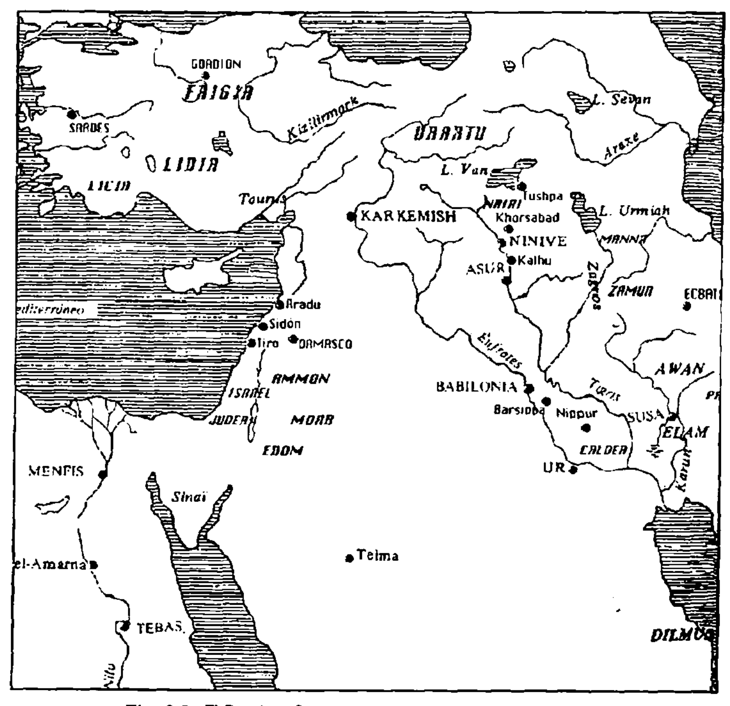



Fig. 6.3. El Próximo Oriente a mediados del Segundo Milenio

Parece fuera de toda duda que aquellos «Pueblos del Mar» constituyeron un conglomerado heterogéneo en el que participaban, desde micénicos, que ya se habían instalado en algunos lugares de la costa occidental (Ajiyawa) y meridional (Milawanda) anatólica, hasta piratas de Licia, los lukka, pasando por mercenarios que, como los sherdana o los mismos filisteos, habían sido antes utilizados por los faraones egipcios para asegurar el control de sus dominios asiáticos. Las causas de la invasión fueron en origen de tipo migratorio, relacionado tal vez con el problema de los dorios en Grecia y la destrucción de los palacios micénicos, pero a ellas se añadieron factores de tipo socio-económico, necesidad de formas alternativas de vida, de las que la presencia de mercenarios y piratas eran signos evidentes, síntomas al mismo tiempo de la pronunciada crisis por la que atravesaba el Próximo Oriente.

### 6.3.3. La crisis y las migraciones de los arameos en Mesopotamia

La crisis del siglo XII provocó también la expansión de los arameos, pastores nómadas originarios de Siria, favorecida por la ausencia de poderes políticos capaces de contenerla, e impulsada por el ambiente general de hambre y penuria. La oleada aramea penetró en Mesopotamia, ocupando el medio Eúfrates y desde allí prosiguió, desbordando el territorio de Asiria y dirigiéndose hacia Babilonia, donde eran conocidos como suteos. El país entero quedó sumido en el caos, más por su precaria situación interna, de la cual la presencia de las tribus arameas era signo evidente, que por la presión militar de los invasores. Aquellos no hacían sino aprovechar la fragilidad del poder político y la crisis económica y demográfica para penetrar en un territorio en el que la degradación del sistema de riego proporcionaba amplios espacios para ser ocupados por las tribus de pastores seminómadas.

Las incursiones de los suteos o arameos acrecentaron el clima de inseguridad generalizada en el país babilonio e incluso parece que algunas ciudades importantes, como Nippur, Sippar, Uruk, Der y la misma Babilonia, fueron objeto de ataques y destrucciones. En un contexto como aquel, en el que la debilidad de las autoridades políticas era incapaz de contener la penetración y las incursiones de los nómadas, desapareció la dinastía de Isín, mientras en el extremo más meridional, el País del Mar, hacían su aparición las tribus caldeas, que con el tiempo impondrían su dominio sobre Babilonia.

Los orígenes de estas tribus caldeas, de mayores dimensiones que las de los arameos, no están claros. Algunos autores consideran que, como éstos, procedían de Siria, mientras que otros prefieren hacerlos venir del interior de la Península Arábiga. En cualquier caso ocuparon la región del

curso bajo del Eúfrates que tenía a sitios como Ur y Uruk en su centro, mientras los arameos, con una estructura tribal menos compacta y de menor magnitud, se extendieron a lo largo de todo el curso medio del río.

Las incursiones de los arameos llegaron hasta el corazón de Asiria que había quedado reducida a sus propias dimensiones, la región en que los dos afluentes orientales del Tigris (Gran y Pequeño Zab) confluyen con él, y se encontraba tremendamente desgastada por sus disputas internas, el bloqueo económico impuesto por los hititas y su prolongado conflicto con Babilonia. Si bien la sucesión dinástica no quedó interrumpida, como sucedió en el sur, los reyes asirios permanecieron impotentes ante la dureza de los acontecimientos, al tiempo que la resistencia a la presión y los ataques lanzados por los nómadas, contribuyó en gran modo al fortalecimiento de una ideología nacionalista de la que los soberanos asirios harán gala en los tiempos venideros.

# 7. La transición al primer milenio: la crisis de los imperios y el apogeo de los pequeños estados

La crisis del siglo XII supuso el final de la Edad del Bronce y el comienzo de la del Hierro. La ruptura que separa a ambas se manifestó en todos los ámbitos. La desaparición del sistema político inter-regional, con la caída del Imperio hitita, la pronunciada decadencia de Egipto, el eclipse de Asiria y Babilonia, y la destrucción de otros estados y reinos en Siria y Palestina, dio paso a la formación de nuevas entidades políticas sobre una base en la que la identidad étnico-cultural, más que la territorialidad y la gestión administrativa, se convirtió en aglutinante de su carácter «nacional», y fue acompañada de innovaciones tecnológicas, de transformaciones en el orden económico y social y, por supuesto, en el cultural. En este último contexto la arameización progresiva constituyó la tendencia dominante. El debilitamiento y la crisis última del sistema palacial, motivado por el descenso demográfico y productivo así como por las guerras e invasiones, ocasionó un extremado enrarecimiento de las actividades comerciales y manufactureras tradicionales, que trajo consigo una notoria precariedad de la producción de bronce, lo que facilitó finalmente la difusión de la tecnología del hierro.

En los comienzos del siglo X la crisis (demográfica, económica, política, cultural) había alcanzado Mesopotamia, afectada además por las guerras precedentes que enfrentaron a Asiria, Babilonia y Elam. Sobre el despoblamiento y la caída de la productividad provocados por la pérdida de suelo agrícola (salinización), el colapso del sistema de irrigación y la degradación de la administración local, habían incidido entonces los efectos de las destrucciones bélicas, de las invasiones, de la inestabilidad política, ocasionando terribles hambrunas y epidemias. La población se redujo drásticamente y la pauperización parece haber constituido la tendencia

dominante. Tras Tiglat Pilaser I Asiria había quedado reducida a sus mínimos términos, acosada por los arameos y los frigios, y Babilonia por su parte fue presa de las luchas dinásticas y de la mayor inestabilidad política de su historia.

El inicio de la Edad del Hierro (1200-900) se caracterizó, consiguientemente, por la desaparición en el escenario internacional del Próximo Oriente Antiguo de los grandes y poderosos estados que habían impuesto durante algunos siglos un equilibrio de fuerzas acorde a sus intereses. Las poblaciones de Siria-Palestina se vieron por último y favorablemente afectadas, logrando una autonomía que durante siglos les había sido sustraída por la presencia hegemónica de los imperios que controlaban la región. En aquellas tierras, así como en la alta Mesopotamia, los estados neohititas y arameos, las ciudades marítimas cananeo-fenicias, el reino de Israel y luego el de Judá en Palestina, fueron clara expresión de la nueva era de independencia.

Salvo en algunos pocos casos, no existía una línea de continuidad con el periodo precedente, pues estos estados diferían de las organizaciones políticas anteriores, típicas de la Edad del Bronce, centradas en el palacio urbano y en su papel fiscal y administrativo. Se trataba de nuevas formaciones cuyas estructuras se habían conformado, más de acuerdo a factores de identidad lingüística, religiosa, de usos y hábitos, que podríamos decir «nacional», que a criterios territoriales y burocráticos. Por supuesto, mayor o menor poseían un territorio pero éste era ante todo el espacio que habitaba y con el que se identificaba la comunidad «nacional».

## 7.1. Los neohititas y arameos en Siria y norte de Mesopotamia. Urartu

A diferencia de Mesopotamia, en Siria las poblaciones arameas no encontraron excesivas dificultades para su sedentarización, ocupando, junto a los antiguos, espacios nuevos que ahora resultaban productivos gracias a la aplicación de la tecnología de la Edad del Hierro. La asimilación cultural mutua en entidades «nacionales» homogéneas tampoco encontró demasiados obstáculos, dada la afinidad lingüística entre los arameos y las poblaciones cananeas que habitaban desde antiguo aquellos territorios. Todo ello se vio en definitiva favorecido por el vacío político dejado por la crisis de los imperios y los palacios urbanos, que proporcionó a las gentes arameas de extracción tribal y pastoril, la posibilidad de desarrollarse políticamente sobre bases diferentes a las que habían caracterizado a los precedentes estados de la región, y de acceder a nuevas fuentes de riquezas, como fueron las actividades comerciales.

### 7.1.1. La eclosión de los reinos arameos

Desde las tierras del alto Jordán hasta alcanzar la Mesopotamia septentrional se extendió, durante el comienzo de la Edad del Hierro, una serie de comunidades políticas arameas, articuladas como pequeños reinos dirigidos por una realeza «gentilicia», en lugar de burocrática o militar, descendiente de los antiguos jefes tribales. De entre todos ellos destacaron, Damasco y Hama, en el valle bajo y medio del Orontes respectivamente, Bit Agusi más al norte en territorio de Alepo, Bit Adani junto al Eúfrates y al sur de Karkemish. Otros de estos estados (Bit Bahayani, Nasibinia, Bit Zalami) ocupaban la zona del Habur y del alto Tigris.

La posibilidad de reconstruir la historia de todos aquellos reinos arameos es sin embargo bastante escasa, ya que los documentos que de ellos nos han llegado son muy pocos, ya que los procedimientos administrativos tardaron bastante tiempo en implantarse, debido al contexto preferentemente tribal del que partieron y a su dilatado periodo de formación a lo largo de los siglos XI y X. En la Siria meridional Damasco, del que sabemos más por sus relaciones con los hebreos, se hallaba favorecido por encontrarse en una zona de tierra irrigada, así como por su situación de encrucijada entre las rutas comerciales caravaneras que permitían el acceso al sur de Arabia, la Siria septentrional, la alta Mesopotamia y el Mediterráneo, por lo que alcanzaría muy pronto una posición hegemónica, que le permitió aliarse con el reino de Judá contra el de Israel. Se trataba, claro está, de guerras de ámbito local que no modificaban en profundidad la relación de fuerzas imperante en la zona, una especie de equilibrio que solo se vería alterado con la presencia de Asiria en el transcurso del siglo IX. A partir de Adad-Ninari II (911-891) las sucesivas campañas asirias condujeron al sometimiento de los reinos arameos de la alta Mesopotamia, y desde Salmanasar III (858-824) la amenaza se cernió sobre los más occidentales de Siria y Palestina.

### 7.1.2. Los estados neohititas

Después del hundimiento del Imperio hitita, el altiplano central anatólico había sido ocupado al cabo de algún tiempo por nuevas gentes, los frigios procedentes de la Troade, en la costa occidental, aprovechando el vacío político ocasionado por su desaparición y el despoblamiento provocado por la crisis demográfica que había constituido uno de los factores de su desestabilización. En la región sudoriental de Anatolia y en aquellos otros territorios que, como en el norte de Siria y Mesopotamia, habían constituido los confines del Imperio de Hatti, se formaron durante la Primera Edad del Hierro diversas comunidades políticas culturalmente herederas de aquél.

Después de una primera época de formación, y muy mal conocida (1200-1000), pequeños reinos como Patina, Malatya, Gurgum o Tabal, parecen haber alcanzado un notable desarrollo. De entre toda aquella decena de estados neohititas de dimensiones cantonales, organizados cada uno en torno a una ciudad, Karkemish, que representaba la más directa continuidad respecto al periodo imperial anterior, obtuvo una clara preeminencia dada su importante posición comercial. Sin embargo, en el plano económico, el desarrollo de los restantes estados neohititas obedeció a su favorable ubicación próxima a los recursos minerales (hierro) y forestales de la zona a piedemonte del Tauro. La configuración de sus asentamientos, tanto las ciudades como las aldeas, como centros fortificados protegiendo el acceso a los valles y sus tierras tras los montes, sugiere un clima en el que los conflictos locales parecen haber sido frecuentes.

### 7.1.3. El nacimiento de Urartu

En torno al lago Van, en la Anatolia oriental, sobre las altas mesetas de Armenia, gentes de origen hurrita se habían venido estableciendo tras la desaparición de Mitanni y la conquista del Hanigabalt por los asirios. Mezclados y asimilados con la población local dieron lugar a un sistema de tribus confederadas que son mencionadas por alguna inscripción asiria de mediados del siglo XIII con la denominación colectiva de *Urartu*. En aquella época Salmanasar I había combatido ya a un conglomerado de tribus septentrionales que se agrupaban bajo este nombre. Desde entonces y hasta el siglo IX en que aparecerán bajo la forma de un estado unitario y poderoso rival de Asiria, los urarteos, que habitaban un territorio rico en recursos hidráulicos (lagos Van, Sevan y Urmia) y en minerales (plata, cobre y hierro), se fueron paulatinamente constituyendo en uno de los focos metalúrgicos de mayor importancia en todo el Próximo Oriente. Al mismo tiempo que algunas de las primitivas aldeas se transformaron en ciudades fortificadas, se fue así mismo consolidando una élite tribal sobre el control de la actividad minero-metalurgica que, tras un periodo poco conocido, daría paso a una realeza unitaria. En el curso del siglo IX Urartu, ya unificado en torno a una monarquía que recibe fuertes influencias de los países y culturas circundantes, pero sobre todo de Asiria, se enfrentará al soberano asirio Salmanasar III haciendo así su primera aparición en el concierto de los conflictos internacionales.

## 7.2. Los hebreos y los reinos de Israel y Judá

La aparición y la historia posterior de los hebreos en el Próximo Oriente se ha convertido en una cuestión de interpretación sumamente contro-

vertida, dada la sacralización de la tradición histórica conservada en ámbito judío y cristiano, lo que no ha facilitado precisamente su tratamiento crítico, como correspondería a cualquier otro conjunto de documentos. Es necesario advertir, por lo tanto, que el relato bíblico contiene elementos, no enteramente históricos, de autoidentificación nacional, de exaltación política y de justificación religiosa (Liverani: 1988, 661 ss.) que no pueden ser tomados tal cual. Desde este enfoque, metodológicamente más correcto para el historiador que la aceptación acrítica de la «verdad revelada», la cuestión de los orígenes, que antes se convertía, de acuerdo con la versión bíblica, en el cautiverio en Egipto, la posterior partida o Éxodo (que solía ubicarse en tiempos del faraón Mineptah, sucesor de Ramsés II) en busca de la tierra prometida, los años errantes en el desierto y la conquista de Canaán, se puede interpretar ahora como una fase formativa con las características comunes de las gentes seminómadas de Siria-Palestina tras la crisis que puso término a la Edad del Bronce. El debilitamiento de la autoridad palacial y de los sistemas administrativos de los estados locales, se vio acompañado de un movimiento de colonización y de asentamiento de poblaciones pastoriles. De entre ellos, los grupos tribales que ocupaban la zona central de Cisjordania, presionados por los filisteos establecidos en ciudades fortificadas sobre el litoral meridional, y por los amonitas del interior del territorio, pudieron desarrollar entonces una conciencia de identidad «nacional», una cohesión interna reforzada mediante procedimientos políticos e ideológicos.

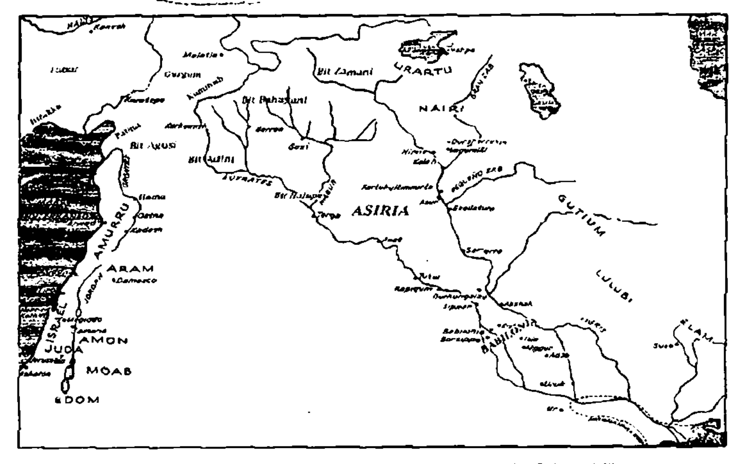



**Fig. 7.1.** Mesopotamia y Siria Palestina a comienzos del Primer Milenio

### 7.2.1. El nacimiento del reino de Israel

La época de los Jueces representa, con su organización netamente tribal, la consolidación étnico-política de los hebreos como pueblo de Israel, al margen aún de las estructuras de un estado unitario. Pero este proceso no fue único, ni extraordinario, sino que, similarmente y favorecidos por las nuevas condiciones creadas tras la crisis del siglo XII, aprovechando el vacío dejado por la ausencia del poder de Egipto en la zona, otras poblaciones fueron encontrando el camino hacia su consolidación política. Tales fueron los filisteos, cuyo origen externo subrayaba más aún el factor nacional, asentados en una pentápolis en la franja de costa más meridional, y los amonitas, moabitas y edomitas, de sustrato cananeo, situados en las tierras interiores, al este del Jordan y del Mar Muerto. Las relaciones entre todos ellos fueron conflictivas, en parte debido a una competencia de fondo por los recursos que se manifestaba en enfrentamientos territoriales, en parte porque el proceso de autoafirmación de unos, en el que la expansión jugaba en ocasiones un papel importante, chocaba con el de los otros.

Las figuras de Samuel y de Saúl, que históricamente podemos situar en torno a finales del siglo XI, representan la transición de una confederación de tribus hebreas a una monarquía que conferirá un carácter político unitario a una población que estaba cohesionada por medio de formas de integración tribales (parentesco, solidaridad). En este proceso, como seguramente en los restantes que se produjeron en la región por aquellas fechas, el impulso político unitario no precede la aparición de amplios vínculos de identidad y autoafirmación, como había ocurrido tantas veces durante la Edad del Bronce, sino que es posterior a ellos. Ambos encarnan una autoridad que estaba a medio camino de los jefes tribales anteriores y de los posteriores reyes, entre la tribu y la ciudad, entre la simplicidad y la complejidad.

Los enfrentamientos militares con los filisteos pudieron haber constituido uno de los factores que aceleraran pertinentemente el proceso de unificación política. Este llegó a un momento importante con David (1000-960), artífice de la unión de las tribus septentrionales (Israel) y meridionales (Judá). Con él, el reino de Israel consiguió a abarcar un territorio que englobaba la mayor parte de Palestina tras la conquista de Jerusalén, transformada en capital del reino, la disgregación, ocasionada por la derrota del reino arameo de Soba, situado sobre el valle de la Beqaa y el oasis de Damasco, a espaldas de las ciudades fenicias de la costa, y el sometimiento de los edomitas, los amonitas y moabitas. Los filisteos al sur, al igual que los arameos al norte, fueron asimismo derrotados y contenidos, mientras que las ciudades marítimas cananeo-fenicias se mantuvieron independientes practicando unas relaciones amistosas sobre el plano del comercio y la diplomacia.

El reinado de David estuvo también caracterizado por la introducción de una gestión administrativa, resultado de la unificación política ya mencionaba y de la expansión territorial. La monarquía unitaria encarnada por aquel se tornó entonces hereditaria con la llegada al trono de su hijo y sucesor, Salomón (960-920), continuador de la obra administrativa de su padre, que dotó a la capital de un aspecto monumental con la construcción de un palacio real y un templo de Yahvé y sistematizó la administración del reino, dividiéndolo en doce distritos que contemplaban tanto la población cananea como la israelita, las ciudades como las tribus. Salomón impulsó también el comercio, en dirección a Ofir (de donde procedía el incienso y el oro), en abierta cooperación con los fenicios de Tiro, con cuyo rey Hiram llegó a mantener estrechas y cordiales relaciones.

En gran medida el reinado de Salomón sobre Israel significó una reintroducción de los procedimientos burocráticos y fiscales, que habían constituido elementos predominantes de los estados de la Edad del Bronce y que prácticamente habían desaparecido de la región con la crisis precedente de las ciudades y los palacios a finales de aquella misma época. Las contribuciones al nuevo palacio del rey en bienes y trabajo por parte de sus súbditos, según un modelo difundido desde los lejanos tiempos de la primera urbanización en el Próximo Oriente, chocaba directamente con las antiguas tradición y prácticas tribales. El descontento fue en aumento durante la última parte de su reinado y tras su muerte se manifestó en la rebelión y la escisión del norte del reino, la tierra de Israel, que se constituyó en una estructura política independiente, liderada en un primer momento por una realeza electiva y no burocrática, más acorde a las viejas formas de tipo tribal. Mientras, en Judá se mantuvo, controlando la corte y el palacio de Jerusalén, la realeza «unitaria» asegurando la continuidad dinástica de la «casa de David».

### 7.2 2. Palestina durante el siglo IX y la primera mitad del VIII

Desde aquel momento (finales del siglo X) hasta la posterior conquista asiria, el reino de Israel, que a diferencia del de Judá poseía acceso directo al mar y a las rutas caravaneras y comerciales que atravesaban la Transjordania, se convirtió, con la instauración de una nueva dinastía que situó la capital en Samaria, en la fuerza hegemónica de Palestina. Israel combatió por la delimitación de sus territorios contra Judá, reino al que situó finalmente bajo su protectorado, habiendo quedado éste debilitado por la pérdida de Amon, Moab y Edom de gran importancia comercial y por la incursión contra Jerusalén del faraón Sheshonq, cuyo reinado marcó el inicio de una nueva política que devolvería a Egipto parte de su anterior prestigio. Las relaciones de Israel con los fenicios, especialmente

### 7.2.1. El nacimiento del reino de Israel

La época de los Jueces representa, con su organización netamente tribal, la consolidación étnico-política de los hebreos como pueblo de Israel, al margen aún de las estructuras de un estado unitario. Pero este proceso no fue único, ni extraordinario, sino que, similarmente y favorecidos por las nuevas condiciones creadas tras la crisis del siglo XII, aprovechando el vacío dejado por la ausencia del poder de Egipto en la zona, otras poblaciones fueron encontrando el camino hacia su consolidación política. Tales fueron los filisteos, cuyo origen externo subrayaba más aún el factor nacional, asentados en una pentápolis en la franja de costa más meridional, y los amonitas, moabitas y edomitas, de sustrato cananeo, situados en las tierras interiores, al este del Jordan y del Mar Muerto. Las relaciones entre todos ellos fueron conflictivas, en parte debido a una competencia de fondo por los recursos que se manifestaba en enfrentamientos territoriales, en parte porque el proceso de autoafirmación de unos, en el que la expansión jugaba en ocasiones un papel importante, chocaba con el de los otros.

Las figuras de Samuel y de Saúl, que históricamente podemos situar en torno a finales del siglo XI, representan la transición de una confederación de tribus hebreas a una monarquía que conferirá un carácter político unitario a una población que estaba cohesionada por medio de formas de integración tribales (parentesco, solidaridad). En este proceso, como seguramente en los restantes que se produjeron en la región por aquellas fechas, el impulso político unitario no precede la aparición de amplios vínculos de identidad y autoafirmación, como había ocurrido tantas veces durante la Edad del Bronce, sino que es posterior a ellos. Ambos encarnan una autoridad que estaba a medio camino de los jefes tribales anteriores y de los posteriores reyes, entre la tribu y la ciudad, entre la simplicidad y la complejidad.

Los enfrentamientos militares con los filisteos pudieron haber constituido uno de los factores que aceleraran pertinentemente el proceso de unificación política. Este llegó a un momento importante con David (1000-960), artífice de la unión de las tribus septentrionales (Israel) y meridionales (Judá). Con él, el reino de Israel consiguió a abarcar un territorio que englobaba la mayor parte de Palestina tras la conquista de Jerusalén, transformada en capital del reino, la disgregación, ocasionada por la derrota del reino arameo de Soba, situado sobre el valle de la Beqaa y el oasis de Damasco, a espaldas de las ciudades fenicias de la costa, y el sometimiento de los edomitas, los amonitas y moabitas. Los filisteos al sur, al igual que los arameos al norte, fueron asimismo derrotados y contenidos, mientras que las ciudades marítimas cananeo-fenicias se mantuvieron independientes practicando unas relaciones amistosas sobre el plano del comercio y la diplomacia.

El reinado de David estuvo también caracterizado por la introducción de una gestión administrativa, resultado de la unificación política ya mencionaba y de la expansión territorial. La monarquía unitaria encarnada por aquel se tornó entonces hereditaria con la llegada al trono de su hijo y sucesor, Salomón (960-920), continuador de la obra administrativa de su padre, que dotó a la capital de un aspecto monumental con la construcción de un palacio real y un templo de Yahvé y sistematizó la administración del reino, dividiéndolo en doce distritos que contemplaban tanto la población cananea como la israelita, las ciudades como las tribus. Salomón impulsó también el comercio, en dirección a Ofir (de donde procedía el incienso y el oro), en abierta cooperación con los fenicios de Tiro, con cuyo rey Hiram llegó a mantener estrechas y cordiales relaciones.

En gran medida el reinado de Salomón sobre Israel significó una reintroducción de los procedimientos burocráticos y fiscales, que habían constituido elementos predominantes de los estados de la Edad del Bronce y que prácticamente habían desaparecido de la región con la crisis precedente de las ciudades y los palacios a finales de aquella misma época. Las contribuciones al nuevo palacio del rey en bienes y trabajo por parte de sus súbditos, según un modelo difundido desde los lejanos tiempos de la primera urbanización en el Próximo Oriente, chocaba directamente con las antiguas tradición y prácticas tribales. El descontento fue en aumento durante la última parte de su reinado y tras su muerte se manifestó en la rebelión y la escisión del norte del reino, la tierra de Israel, que se constituyó en una estructura política independiente, liderada en un primer momento por una realeza electiva y no burocrática, más acorde a las viejas formas de tipo tribal. Mientras, en Judá se mantuvo, controlando la corte y el palacio de Jerusalén, la realeza «unitaria» asegurando la continuidad dinástica de la «casa de David».

### 7.2 2. Palestina durante el siglo IX y la primera mitad del VIII

Desde aquel momento (finales del siglo X) hasta la posterior conquista asiria, el reino de Israel, que a diferencia del de Judá poseía acceso directo al mar y a las rutas caravaneras y comerciales que atravesaban la Transjordania, se convirtió, con la instauración de una nueva dinastía que situó la capital en Samaria, en la fuerza hegemónica de Palestina. Israel combatió por la delimitación de sus territorios contra Judá, reino al que situó finalmente bajo su protectorado, habiendo quedado éste debilitado por la pérdida de Amon, Moab y Edom de gran importancia comercial y por la incursión contra Jerusalén del faraón Sheshonq, cuyo reinado marcó el inicio de una nueva política que devolvería a Egipto parte de su anterior prestigio. Las relaciones de Israel con los fenicios, especialmente

con Tiro, fueron buenas, al contrario que con el reino de Damasco, entidad política aramea que había conseguido su independencia tras la disgregación de Soba, y contra el que no fueron raras las guerras por el control del comercio transjordano.

Mientras tanto las ciudades-estado de los filisteos atravesaban un intenso proceso de asimilación lingüística y aculturación que habría de concluir con su desaparición como entidades nacionales diferenciadas, y los pequeños reinos transjordanos de Amon, Moab y Edom, cuya riqueza provenía esencialmente del comercio entre el sur de Arabia y Siria, pugnaban por mantener su independencia frente a Damasco e Israel. En el plano externo reinaba la calma. Desde la expedición de Tiglat-Pilaser I, en torno al 1100, ningún otro ejército procedente de Mesopotamia había irrumpido en la región. Luego, los faraones de la XXII Dinastía habían devuelto a Egipto algo de su esplendor anterior y aunque la expedición de Sheshonq no parece haber sido otra cosa que una incursión aislada, la influencia egipcia en la zona, ahora por vía diplomática en vez de militar, había hecho nuevamente acto de presencia.

## 7.3. Las ciudades fenicias

Las ciudades marítimas cananeas de la franja central de la costa fueron otros de los grandes protagonistas de este periodo. Pero a partir de ahora, a ellas y a su territorio lo llamaremos Fenicia en virtud de la denominación popularizada en la Antigüedad por los griegos. Ello no quiere decir que aceptemos el punto de vista de quienes defienden la existencia de una ruptura cultural importante de estos asentamientos urbanos y sus comunidades respecto a sus predecesores de la Edad del Bronce. Si bien es verdad que se produjeron en ellos algunos cambios significativos, como el debilitamiento del sistema palacial en torno al cual giraba la organización de la vida social y económica, lo que constituye una de las características del nuevo periodo histórico que daba comienzo, por paradójico que pueda parecer las ciudades fenicias de comienzos de la Edad del Hierro representan, dentro del horizonte general de transformaciones de diversa índole, y en contraste con las poblaciones de Palestina y Siria, la más notoria continuidad en relación a los tiempos anteriores.

Tras las invasiones de los «Pueblos del Mar» algunas de estas ciudades que, a diferencia de Ugarit, Aialah o Sukás, no habían sido tan drásticamente afectadas por la ola destructora, comenzaron a desarrollar una actividad política y económica de ámbito regional sin padecer, como anteriormente, las interferencias de las grandes potencias circundantes, que o bien habían desaparecido víctimas de la crisis que puso término a la Edad del Bronce, como había ocurrido con el Imperio de los hititas, o atravesa-

ban un complejo periodo de reestructuración y decadencia, como era el *caso de Egipto o Asiria.*

### 7.3.1. El auge de las ciudades fenicias

Sidón, Arvad, y Tiro son las ciudades de la costa fenicia que reemplazaron, desde los inicios de la Edad del Hierro, el anterior protagonismo de los centros cananeos marítimos de la Edad del Bronce. Aunque no se sabe con exactitud en que medida fue afectada Biblos por la oleada destructora de fines del siglo XIII y comienzos del XII, lo cierto es que su declive posterior parece obedecer también a otro tipo de razones, como fue la desaparición de sus bosques, (Röllig: 1982, 25) sobre cuya explotación y comercio había girado desde siempre y en gran medida su economía. El declive de Biblos y la parcial destrucción de Tiro fue compensado por el apogeo de Sidón durante los siglos XII y XI que la convirtió en la ciudad más importante de Fenicia, capaz de emprender la reconstrucción y repoblación de Tiro, y desarrollar un importante comercio debido a que constituía la salida natural para los productos procedentes de la región de Damasco, con la que mantenía un activo tráfico.

La primacía de Sidón, que se refleja en que lo fenicio sea sinónimo de sidonio en los poemas homéricos (que recogen situaciones de esta época), al igual que ocurre en no pocos pasajes bíblicos, y en que la misma Sidón aparezca aquí y allá como el principal centro del comercio fenicio, fue sustituida a partir del siglo x por aquella otra de Tiro, lo que ocurrió durante el reinado de Hiram I (Aubet: 1987, 36 ss), contemporáneo y amigo de Salomón. Es entonces cuando la ciudad de Tiro se convirtió en la más activa e importante metrópoli de Fenicia, con la colonización de Chipre y el desarrollo de grandes empresas comerciales por el Mediterráneo y el Mar Rojo. La alianza entre Tiro e Israel significaba el acercamiento de los dos estados más poderosos de la región por aquel entonces y es signo de los respectivos intereses y necesidades de ambos reinos. Hiram proporcionó ayuda material y técnica para la construcción del palacio y el templo de Jerusalén, que por lo demás tenía el aspecto de una ciudad fenicia debido a sus antiguos orígenes cananeos, así como cobertura marítima a las empresas comerciales de Salomón en el Mar Rojo, a cambio de lo cual recibía plata y productos agrícolas que no podía obtener del pequeño territorio de su ciudad, y el acceso a las rutas del interior en dirección al Eúfrates, Siria, Mesopotamia y Arabia. El ascenso de Tiro, que le permitió ocupar el rango de la más importante potencia comercial en todo el Mediterráneo oriental desde el siglo x al VII, parece que tuvo como consecuencia la instauración de una cierta hegemonía. El mismo Hiram dirigió una expedición contra los chipriotas que, al parecer, habían rehusado pa-

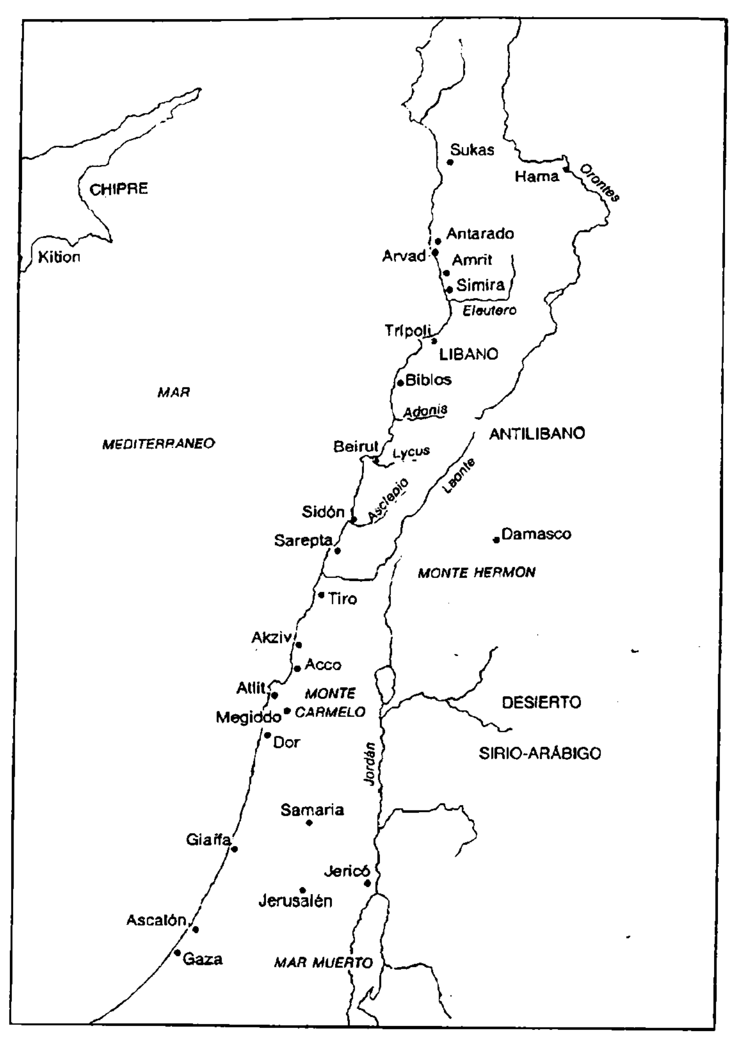



Fig. 7.2. Israel y Fenicia

gar tributo, y poco después su sucesor Ithobaal I (887-856) será el creador de un reino tirio-sidonio y promotor de una expansión que incluye parte del territorio de Biblos, al tiempo que se proseguían las buenas relaciones con Israel, lo que permitió una intensificación de las influencias culturales fenicias en lugares como Samaria, la nueva capital tras la división del reino a la muerte de Salomón, Hazor o Meggido.

Durante el siglo IX se produjo una colonización fenicia, promovida también en gran medida por los tirios, del norte de Siria y de Cilicia (Tarsos) con el fin de asegurar el acceso a los ricos yacimientos de metales del sudeste de Anatolia. La presencia y el comercio fenicio están atestiguados en toda la región, sobre todo por la presencia de inscripciones que documentan el uso del fenicio como lengua oficial y la invocación religiosa al dios de Tiro, Melkart, por parte de soberanos de los territorios arameos y neohititas de la Siria septentrional y Cilicia. Gracias a una red de factorías y escalas en las costas de Chipre y el litoral sudoriental anatólico (golfo de Alejandreta) los fenicios de Tiro se hicieron con el comercio (metales y esclavos) de la zona, que incluía el Tauro y el Eúfrates, y con las rutas que les permitían penetrar en el Egeo.

Una parte significativa de la importante prosperidad comercial fenicia era consecuencia de la situación de sus ciudades, que durante todo aquel periodo se caracterizó por el crecimiento demográfico y la caída de los rendimientos de la producción agrícola originada por el deterioro ecológico. Como resultado de las migraciones e invasiones de finales de la Edad del Bronce las ciudades fenicias habían perdido el control de amplios territorios en el sur y el interior del país, habitados desde entonces por los hebreos, filisteos y arameos. Reducidas a la franja costera central, sus limitadas áreas de explotaciones agrícolas se vieron afectadas por la intensificación, que no era sino una respuesta al crecimiento demográfico, y el sobrepastoreo impuesto por las condiciones orográficas y las demarcaciones políticas que resultaban de la articulación en ciudades-estado independientes. A todo ello se unía la pronunciada deforestación de los montes del Líbano, cuyos bosques habían sido explotados en busca de la preciosa madera desde los mismos comienzos de la Edad del Bronce, lo que ocasionaba una progresiva degradación de los suelos y acentuaba la sequedad del clima. Como resultado, al menos para el siglo X las ciudades fenicias no disponían ya de condiciones que aseguraran el abastecimiento de alimentos que requerían sus poblaciones cada vez más densas. Tal y como se comprueba en la Biblia, el comercio fenicio demandará a partir de esa fecha, además de metales, productos agrícolas de los que sus se hallaban escasos. En contrapartida los fenicios pusieron en pie una enorme producción especializada de manufacturas muy elaboradas (marfiles, talla de madera, orfebrería, vidrio) con que hacer frente a los intercambios. La búsqueda de las materias primas necesarias incentivó la amplia-

ción de sus horizontes comerciales y, en un proceso de retroalimentación, estimuló su expansión por el Mediterráneo, convirtiéndolos en uno de los más importantes agentes de difusión cultural de la Antigüedad.

En el mundo antiguo el comercio lejano jugó un papel decisivo cuando, en una formación social dada, el excedente que las elites podían obtener se veía limitado por el estado concreto de desarrollo de las fuerzas productivas, condiciones ecológicas difíciles, o por la resistencia a entregarlo de los miembros integrados en las unidades de producción (grupos domésticos, comunidades de aldea...). En una situación semejante, el comercio lejano permitía la transferencia de una fracción del excedente de una sociedad a otra. Para la que recibe el beneficio, esta transferencia puede ser esencial y constituir la base principal de la riqueza y el poder de sus clases dirigentes. Tal era el caso de las ciudades de Fenicia, asentadas en un medio en el que siempre hubo problemas para lograr obtener el excedente necesario que garantizara la estabilidad de los sistemas tributarios-palaciales, lo que causaba, como ya hemos visto en otros capítulos, diversas crisis periódicas que se caracterizaban por el retroceso de las áreas urbanizadas y sometidas a explotación agrícola, y por la huida al así ampliado territorio «nómada» de los empobrecidos habitantes de las ciudades (hapiru) agobiados por las servicias y la dureza de la imposición tributaria. Por ello, si a comienzos del primer milenio se puede detectar una transformación en el contenido y la extensión del comercio que tradicionalmente practicaban los fenicios, siendo sustituidas las riquezas naturales y los «objetos de lujo» por toda clase de manufacturas y ampliándose sus horizontes, fue a causa de crecientes las dificultades para extraer el excedente ante la incidencia adversa de una serie de condicionantes ecológicos (deforestación, sobreintensificación, degradación), demográficos (crecimiento y concentración de la población, pérdida de territorios interiores), sociales (ascenso de una ciudadanía libre capaz de representarse en la asamblea ciudadana), económicos (crisis del sistema tributario-palacial-redistributivo) y políticos (pérdida del carácter despótico de la monarquía) (Wagner: 1993 )

Esta interpretación, frente a la más extendida versión de corte difusionista que hace responsable de la «diaspora» mediterránea de los fenicios a la posterior presión militar y tributaria de Asiria y rebaja cronológicamente sus orígenes, aún en contra de todos los datos proporcionados por las fuentes literarias, según el más estricto positivismo arqueológico, posee la ventaja de incidir sobre los factores internos de índole demográfica, ecológica y socio-económica como principales causas de aquel movimiento comercial y colonizador. En tal sentido es esencial la proporción en que una sociedad vive del excedente que ella misma ha generado y del excedente transferido que proviene de otra sociedad, y hay motivos sobrados para sospechar que en Fenicia, a comienzos del primer milenio,

la proporción de la sociedad que vivía del excedente transferido mediante el comercio lejano iba en aumento. En tal contexto la presión de los imperios circundantes, como fue el asirio, sólo constituiría un elemento más, y ni siquiera el más importante, como demuestra el hecho de que los inicios de la expansión o «diáspora» fenicia por el Mediterráneo, que con toda seguridad no son posteriores al siglo IX a. C., no coincidieran con los momentos de mayor actividad política y militar de Asiria.

### 7.3.2. La expansión y la colonización fenicia en el Mediterráneo

Sirviéndose de sus conocimientos de los astros, que formaba parte del bagaje de su cultura próximo-oriental, y de una serie de mejoras relacionadas con la construcción de embarcaciones y la técnica de la navegación, de entre las que destacó sin duda la aparición en los navíos del casco de cuadernas, permitiendo un diseño más alargado que tornaba las naves más marineras, los fenicios se lanzaron a su aventura marítima atravesando el Mediterráneo en busca de las materias primas y las riquezas que su comercio precisaba, para lo cual les fue de gran utilidad las noticias relativas a la existencia de tierras allende los mares que su contacto anterior con los micénicos les había proporcionado. Ambas civilizaciones habían mantenido estrechas relaciones durante buena parte del Bronce tardío, como demuestra la presencia de cerámica procedente del Egeo en diversos lugares a lo largo de todo el litoral cananeo-fenicio, desde Ugarit y Biblos hasta Gezer y Lakish, pero los fenicios habrían de superar a los micénicos en su expansión marítima, llegando más lejos que aquellos, a lo largo de un itinerario jalonado por las diversas islas que salpican el Mediterráneo. Partiendo de sus costas orientales, la expansión marítima hacia Occidente, en donde los fenicios accederían a las riquezas mineras de Tartessos, el estaño de las islas Cassitérides y el oro y marfil africano, se realizó avanzando de isla en isla, desde Chipre hasta Rodas y Creta que facilitaban el acceso a los archipiélagos y el continente griego, para desde allí alcanzar con facilidad las islas del Mediterráneo central, Malta, Sicilia, y las pequeñas Gozo, Pantelaria y Lampedusa, frente a la costa norteafricana. De allí a Cerdeña y finalmente las Baleares, en particular Ibiza, desde donde se alcanzaba el litoral meridional de la Península Ibérica, las costas de Tartessos, y el norte de Africa, lugares todos ellos que fueron luego colonizados por los fenicios. En el curso de aquella gran expansión los fenicios difundieron por el Mediterráneo el conocimiento de la escritura alfabética, que los mismos griegos tomaron de ellos, junto con otros elementos y técnicas de la cultura orientalizante que representaban, y fundaron numerosas factorías y colonias, algunas de las cuales fueron, como Gadir o Utica, las más antiguas ciudades de Europa y el Africa septentrional respectivamente.

Las tradiciones recogidas por los escritores griegos y latinos, y cuyo eco se encuentra también en mitos y leyendas griegas, corroboran el temprano inicio (siglos XI y X) de la expansión fenicia, si bien la documentación arqueológica no halla prueba de la presencia de los colonizadores en las riberas del Mediterráneo hasta finales del siglo IX o comienzos del VIII. Tal desfase en la información puede ser explicado, precisamente, por la existencia de una primera etapa de precolonización, caracterizada por los descubrimientos que ensancharon los horizontes geográficos, los viajes esporádicos y la fundación de algunos santuarios que servirían de nódulos sobre los que se articularía el posterior entramado colonial, todo lo cual no ha dejado una huella consistente en el registro arqueológico.

El debilitamiento y la crisis del sistema de economía palacial había permitido la aparición en las ciudades fenicias de grupos de iniciativa particular que infirieron un peculiar dinamismo al desarrollo de las actividades comerciales. Aún así los templos, y en particular el santuario de Melkart de Tiro, tuvieron una importantísima función. En alguna medida cumplían un papel similar al de los antiguos karu asirios en lo que a la organización y a la protección del comercio concernía. Por ello la más antigua expansión marítima de los fenicios por el Mediterráneo se encuentra jalonada por la presencia inicial, como en Tasos o en Gadir, de estos santuarios. Aquella primera fase de la expansión fenicia, denominada también como precolonización, parece que no fue obra de una sola metrópolis, si bien Sidón jugó sin duda un papel destacado, de acuerdo a las circunstancias de los tiempos. A partir del siglo X Tiro fue sustituyendo la anterior primacía de los sidonios al frente de las expediciones marítimas y comerciales, en concordancia al auge político y económico que esta ciudad de Fenicia alcanzaría a partir del reinado de Hiram.

## 7.4. El fin de la independencia

La expansión marítima y la colonización en el Mediterráneo, que implicaba una organización comercial a gran escala, convirtió a las ciudades de Fenicia, y en particular a Tiro, a pesar de sus reducidos territorios y de su escaso poder militar, en centros económicos y políticos de extraordinaria importancia, debido en gran parte al creciente interés por el hierro, cuyo comercio en gran medida controlaban. Las divisiones y enfrentamientos entre Judá e Israel y el fraccionamiento político que caracterizaba a los arameos y neohititas, propiciaba, ante la ausencia de estados fuertes, un equilibrio que por otra parte no hacía sino favorecerles. Pero tal situación fue trasformándose en el curso del siglo IX con la aparición de los ejércitos de Asiria que, como veremos en el próximo capítulo, comenzaba a emerger una vez más después de una dilatado periodo de ausencia

### 7.4.1. La presencia de los nuevos imperios en Siria-Palestina

Un primer síntoma de la recuperación de Asiria tras la crisis en que había quedado sumida desde finales de la Edad del Bronce, fue la incursión de Assurnarsipal que en el 875 sometió a tributo a las ciudades de Tiro, Sidón, Biblos y Arvad, y derrotó a los arameos en el norte de Siria. Como antaño, mediante los tributos que imponían a los vencidos, los asirios accedían a todas aquellas riquezas y productos que de otra forma resultaban inasequibles para ellos, por lo que gran parte de la política exterior asiria estaba destinada a despejar de obstáculos las rutas comerciales que enlazaban Mesopotamia con el Mediterráneo. Su sucesor, Salmanasar III, renovó el tributo impuesto a las ciudades fenicias en otras tantas campañas, y conquistó el reino arameo de Bit-Adani, combatiendo también en el país de Urartu, desde las fuentes del Tigris a las del Eúfrates, llegando a alcanzar incluso el «mar de Nairi» (lago Van). Pero Egipto, que vivía una nueva época de grandeza con los faraones de la XXII Dinastía, comenzaba a hacer también en el exterior el papel de una gran potencia con renovados intereses en la zona que siglos atrás disputara primero a los mitanios y más tarde a los hititas. El reinado de Sheshonq I marcó de esta forma el inicio de una intervención egipcia con la expedición contra Jerusalén. A partir de entonces los estados sirio-palestinos y las ciudades fenicias respetarán abiertamente a los representantes del nuevo poderío de Egipto, como observamos en Biblos cuyos reyes llevaron a cabo una política filoegipcia que evocaba tiempos pasados.

Asiria no se mostraba en cambio muy conforme. Reagrupadas las fuerzas, el encuentro definitivo tuvo lugar en Qarqar, a orillas del Orontes, en el 853 entre el ejército asirio y una coalición sirio-palestina apoyada por el faraón Orsokón II, que frenó los ímpetus expansionistas de Salmanasar III, y ponía de manifiesto cómo los egipcios apoyaban la resistencia contra Asiria de las ciudades fenicias y los reinos sirio-palestinos, y como éstos confiaban en su poderoso aliado meridional. Tras la batalla, Damasco, uno de los objetivos de especial interés para los asirios, continuó independiente y las ciudades fenicias, si bien volvieron a pagar tributo, la última vez en el 837, presionadas por otras tantas incursiones, conservaron también su autonomía.

Desde entonces y hasta mediados del siglo siguiente la región Sirio-palestina no se volvió a ver afectada por las injerencias de las potencias exteriores, debido a la crisis coyuntural que padeció Asiria tras la muerte de Salmanasar, y a que Egipto comenzaba a precipitarse en una pronunciada decadencia, ocasionada por la crisis económica interna y las querellas políticas que azotaban el país del Nilo. Una excepción fue la campaña del asirio Adad-Ninari III contra los filisteos y los edomitas en el 805, en la que consiguió una vez más el tributo de Tiro y Sidón. Pero no deja de ser enor-

memente significativo que en su relato de la expedición el monarca afirmara que aquel mismo tributo le había sido negado a su padre, Shamshi-Adad V, lo que constituye una prueba manifiesta de la debilidad de la presencia asiria en la zona.

La llegada al trono de Asiria de Tiglat-Pilaser III marcó definitivamente el final de la independencia fenicia y sirio-palestina. Con él la expansión de Asiria en aquellos territorios occidentales encontró un renovado y poderoso vigor, al mismo tiempo que las tácticas tradicionales de las incursiones militares, destinadas a amedrentar al enemigo obligándole e someterse y a satisfacer el pago de un tributo, fueron reemplazadas por una política de dominación directa que implicaba la conquista territorial, la ocupación permanente y la anexión de los vencidos. Después de asegurar su frontera septentrional con una victoria sobre Urartu, el nuevo monarca asirio derrotó a una coalición de principados arameos, conquistó Damasco y renovó el tributo sobre las ciudades fenicias.

### 7.4.2. Las consecuencias de la expansión imperialista: la crisis política de Tiro, la destrucción de Sidón y la refundación de Israel

La amenaza que suponía la presencia de Asiria en la región había precipitado, por otra parte, una crisis política interna en Tiro en el último cuarto del siglo IX, enfrentando a la oligarquía comerciante, dirigida por el sacerdocio de Melkart, con la nobleza tradicional agraria, y provocando la división en el seno mismo de la realeza. El acontecimiento, que nos ha sido trasmitido en forma de narración semilegendaria por un autor latino tardío, pero que encuentra apoyo en otras fuentes anteriores, habría de tener unas repercusiones de enorme trascendencia en la posterior historia de la antigüedad mediterránea. La lucha política en Tiro se saldó con la victoria de la nobleza tradicional, representada por Pigmalión el joven hijo del fallecido rey Muto, partidaria de un entendimiento con los asirios, sobre la oligarquía comercial que defendía un mayor acercamiento a Egipto. Esta última facción estaba liderada, según la tradición, por la hermana del rey, Elisa, que era también la esposa del sumo sacerdote del templo de Melkart. Los vencidos en aquella contienda política, con fuertes intereses económicos de fondo, hubieron de emprender el camino del exilio en dirección a Chipre y de allí pasaron a la costa norteafricana donde fundaron en el 814 un nuevo asentamiento. Se producían así los orígenes de la ciudad de Cartago (Alvar y Wagner: 1985).

Superada la crisis, Tiro continuó ejerciendo durante un tiempo su predominio sobre las restantes ciudades fenicias al frente de un reino que, desde los tiempos de Ithobaal, incorporaba también a Sidón, que no es mencionada por los asirios, los cuales llamaban a los monarcas de Tiro

«reyes de los sidonios». El expansionismo militar asirio fue continuado por Salmanasar V, sucesor de Tigalt-pilaser III, que aplastó una revuelta en Palestina, destruyendo Samaria y convirtiendo Israel en territorio de una provincia de Asiria. Una vez más la rebelión habría de estallar al comienzo del reinado de Sargón II, liderada por Gaza y Hama al frente de una coalición sirio-palestina. La revuelta fue aplastada, así como otra posterior, que tuvo lugar durante el reinado de Senaquerib, en la que participaron también las ciudades fenicias, y que contaba con el apoyo de Egipto que no veía con buenos ojos el creciente poder de Asiria en la zona. Una resistencia tenaz sostuvieron Judá, cuya capital Jerusalén hizo frente con éxito al asedio en el 701, y las ciudades próximas al litoral, pero ni la ayuda militar de Egipto pudo impedir que, en el curso de la represión desencadenada por el ejército asirio, fuera destruida Ascalón, antiguo enclave filisteo, el territorio de Judá fuera desmembrado, y renovado el tributo sobre las ciudades fenicias. Tiro fue sometida a un asedio que se prolongó durante cinco años, pero aunque la ciudad resistió, favorecida por su posición insular, su rey, Luli, se vio obligado a refugiarse en Chipre, mientras en Sidón un nuevo monarca, Itobaal II, era impuesto en el trono por los asirios, lo que supuso una merma importante para la hegemonía de la que hasta entonces había disfrutado Tiro.

La revuelta estalló nuevamente tras el asesinato de Senaquerib (ver capítulo próximo), lo que provocó una feroz represión por parte de su sucesor, Asarhadón, con quién el Imperio asirio alcanzó su máxima expansión. Sidón fue destruida y Tiro despojada de todos sus territorios que pasaron a formar parte de una provincia asiria, como ya antes había ocurrido, en tiempos de Tiglat-Pilaser III, con el norte de Fenicia. A partir de ahora gozaron tan sólo de una mermada autonomía Biblos, Arvad, y la isla de Tiro, que tuvieron que someterse al pago de nuevos tributos y aceptar la presencia de gobernadores asirios. Con el fin de asegurarse el dominio definitivo de Siria meridional, Fenicia y Palestina, Asarhadón emprendió la conquista de Egipto, apoderándose de Menfis.

El respeto por parte de Asiria de las ciudades comerciales fenicias de la costa, que salvo Sidón, no fueron destruidas, no tuvo nada que ver con una supuesta importancia militar de éstas. En realidad los fenicios no se distinguieron nunca por su poderío bélico, y si los ejércitos asirios no destruyeron sistemáticamente sus ciudades en el curso de las sucesivas campañas destinadas a sofocar las revueltas, fue porque aquello les hubiera ocasionado más trastornos que beneficios, creando grandes dificultades para que Asiria pudiera acceder al importante comercio que aquellas controlaban. En tal situación era preferible dominarlas bajo la presión militar y las imposiciones tributarias. Ello explica porqué, a pesar de la anexión generalizada de territorios, las ciudades de Fenicia gozaron casi siempre de algún margen de autonomía.

En Siria y Palestina la presencia asiria tenía consecuencias que no quedaban limitadas al plano político y militar. Los pesados tributos que arruinaban los recursos de la región, las devastaciones y la deportación, todas ellas utilizadas como técnicas de control sobre las poblaciones vencidas, empobrecían sin remedio el país, cuyo territorio sufría una y otra vez la presencia de los ejércitos asirios que destruían las aldeas, los cultivos y las obras de irrigación. La presencia de guarniciones asirias y de gobernadores destacados por el Imperio en los territorios conquistados y convertidos en provincias, garantizaba el funcionamiento de un complejo sistema de centralización de recursos destinado a asegurar el esplendor de la capital y la repoblación de su campiña (Liverani: 1988, 680) esquilmando aún más los recursos locales.

Durante el reinado de Assurbanipal, el último rey poderoso del Imperio Asirio, Tiro se sublevó de nuevo apoyada por Egipto y fue sometida a asedio en el 668, pero tampoco esta vez pudo ser tomada. Poco después caía Arvad, que se había sublevado a su vez, estorbando seriamente el comercio naval asirio, como antes lo hubiera hecho Tiro. La crisis y el final de Asiria, que estudiaremos en el próximo capítulo, supuso un respiro temporal para las ciudades fenicias y el reino de Judá, que bajo Josías recuperó alguno de sus antiguos territorios y vivió una política de identificación de la monarquía con el dios nacional, mientras en Siria las tropas egipcias del faraón Necao combatían a los ejércitos de Babilonia, convertida ahora en la heredera del desaparecido Imperio asirio.

La endémica agitación en Siria y Palestina, sustentada por Egipto, que promovía una y otra vez la sedición, provocó por enésima vez la intervención militar de los mesopotámicos, ahora bajo la égida del caldeo-babilonio Nabucodonosor II. Tras la caída de Ascalón en el 604, las esperanzas locales no se desvanecieron, y poco después el reino de Judá proclamaba su independencia por voz de su rey Joaquim. La respuesta no se hizo esperar, y en el 597 Jerusalén era tomada por el ejército de Nabucodonosor. El templo fue saqueado, las murallas destruidas, y el rey junto con la nobleza y parte de la población deportados a Babilonia. Al poco, Egipto se apoderaba de Gaza, soliviantaba las siempre inquietas ciudades fenicias, en especial Tiro y la reconstruida Sidón, y provocaba una nueva sublevación en Judá. Pero tampoco la revuelta consiguió triunfar en esta ocasión. En el 587 Jerusalén fue tomada de nuevo tras resistir un asedio de casi dos años; hubo nuevas deportaciones y el territorio del reino fue anexionado. Análoga suerte les tocó a Gaza, a Ammón, a Moab, los otros reinos palestinos. Tiro tuvo más suerte; abastecida por mar desde Egipto soportó un prolongado cerco de trece años, al cabo de los cuales capituló, como ya habían hecho antes Sidón y otras localidades, teniendo que aceptar la presencia de un gobernador babilonio. Finalmente la monarquía tiria fue desposeída de su gobierno, que fue ocupado temporalmente por magistrados civiles controlados por el vencedor (Alvar, 1991).

El exilio hebreo en Babilonia tuvo como consecuencia, al quedar destruidas las señas de identidad más visibles, como la capital, la monarquía y el templo, aglutinar la cohesión en torno al elemento religioso, procurando la observancia de la ley proporcionada por Yahvé, lo que aseguraba un mínimo de cohesión y organización. A partir de entonces, el miembro de la comunidad israelita en el exilio o diáspora debía poder distinguirse, por su comportamiento, que es en lo esencial un comportamiento religioso, en un mundo heterogéneo, lo que supuso de paso el encumbramiento definitivo del monoteísmo yahvítico, que había sido ya utilizado por los últimos reyes de Judá, Ezequías y Josías, como elemento vertebrador de una afirmación nacionalista frente a la agresión de los imperios circundantes. Más tarde los hebreos serán autorizados a regresar a su tierra por los persas, fundándose un nuevo estado bajo el predominio absoluto de Yahvé, antigua divinidad dinástica de David y Salomón, y su templo, que fue reconstruido en Jerusalén. Las ciudades fenicias recuperaron, igualmente gran parte de su perdida autonomía, y conocieron un nuevo periodo de auge comercial y cultural. Pero su historia queda ya indisolublemente ligada durante los próximos siglos a la del más grande Imperio, puesto en pie por los pueblos indoiranios, que conoció la Antigüedad antes del auge de Roma.

# 8.

# Los imperios del primer milenio: Asiria y Babilonia

El resurgimiento de Asiria a lo largo de los siglos IX y VIII constituyó un fenómeno histórico que, no sin dificultades, concluiría en la aparición de un poder político dotado de un ímpetu expansivo hasta entonces desconocido. La creación del Imperio fue lenta y trabajosa, desarrollándose a lo largo de sucesivas etapas. De las primeras campañas para restablecer el territorio nacional, tras la crisis de finales de la Edad del Bronce, se pasó a las guerras de rapiña, en el transcurso de las cuales los asirios se encontraron con reinos cada vez más grandes y poderosos: los neohititas y los arameos de Siria, luego Urartu y por fin Elam y Egipto. Mientras los pequeños principados próximos a Asiria pudiesen ser saqueados y obligados a pagar anualmente el precio de su independencia, no era necesario anexionárlos ni gobernarlos directamente. Pero con el tiempo las guerras de rapiña dieron lugar a las de conquista, y éstas a la anexión de los territorios y poblaciones sometidos. La cristalización del nuevo Imperio de Asiria, fue tanto una obra política como militar, con un fuerte componente económico. La creación, primero, de una «periferia» que era extorsionada mediante campañas militares y de la que se obtenían cuantiosos tributos, para más tarde ser convertida en territorio del imperio y sometida a explotación sistemática. Por otra parte los asirios pretendían asegurarse una salida al mar, de la que siempre habían carecido, lo que suponía el control de los territorios en torno al Habur y el alto Eúfrates.

Las viejas relaciones en escala vertical entre reyes poderosos y monarcas tributarios, así como las campañas militares que las hacían posibles pasaron a pertenecer a otro tiempo, y como tales fueron a la postre sustituidas por la conquista sistemática, la deportación de las poblaciones vencidas, la incorporación al Imperio de los territorios ocupados y un nuevo

tipo de guerra que asegurara el predominio del poderío asirio y la consolidación de sus conquistas. A todo ello se llegó en el curso de un proceso cuya historia seguiremos a lo largo de las páginas siguientes. Finalmente, agotado por los esfuerzos requeridos, el Imperio que Asiria había creado, se desmembró en efímero beneficio de Babilonia, su vieja rival de la Mesopotamia centro-meridional.

Lejos de haber quedado saldados, los enfrentamientos entre Asiria y Babilonia renacen en este periodo alcanzado, en virulencia creciente, cotas de conflictividad muy elevadas, hasta el punto de que Asiria llegará a apoderarse de su rival meridional, imponiendo en su trono al mismo monarca que regía sus destinos. De esta forma Asiria unificará Mesopotamia a sus expensas. Pero, la doble monarquía asirio-babilonia no fue capaz, sin embargo, y a pesar de las drásticas medidas de represión empleadas, de bloquear las tendencias que en la baja Mesopotamia, y alentadas por los caldeos procedentes del País del Mar, pugnaban por recuperar la independencia perdida.

## 8.1. Asiria y el Imperio universal

Tras el hundimiento ocasionado por las guerras contra Babilonia y las invasiones arameas, Asiria comenzó a salir de la oscuridad, constituyendo en tal sentido la falta de documentos síntoma de por sí de malos tiempos, en el reinado de Assur-dan II (934-912), pero fue su hijo y sucesor, Adad-ninari II (911-891) quien habría de emprender la restauración del reino. A partir de entonces el avance progresivo del poder asirio estuvo estrechamente vinculado con la recuperación demográfica y con la difusión de la metalurgia del hierro, que facilitó el aprovisionamiento de su ejército con nuevo y más perfeccionado armamento, lo que contribuyó a restablecer su poderío militar. De igual forma, nuevas tácticas militares se fueron imponiendo, más acordes con las circunstancias imperantes, como el empleo masivo de arqueros, el abandono del papel predominantemente ofensivo de los carros que fueron sustituidos por la caballería, y la revitalización de la guerra de asedio en la que la poliorcética adquirió un destacado protagonismo.

Pasada la marea nómada, definidos en el territorio del Próximo Oriente nuevos espacios «nacionales», el florecimiento urbano constituyó por último un contrapunto a la crisis de las ciudades y los palacios de finales de la Edad del Bronce. Las rápidas cabalgadas de los tiempos de Tiglat-pilaser I, que permitían a los nómadas dispersados momentáneamente volver a reagruparse en la retaguardia, fueron sustituidas por la guerra de asedio que se volvía otra vez rentable, permitiendo cubrir, con los frutos de la victoria, la escasez de materias primas y de fuerza de trabajo y mano de obra.

No menos importante fue el que la continuidad dinástica no se hubiera interrumpido en Asiria, ni aún en los momentos más difíciles, habiéndose trasmitido la corona de padres a hijos durante más de dos siglos. Adad-Ninari II se puso de esta forma al frente de una empresa que fue concebida como una guerra de liberación nacional, en la que los arameos fueron expulsados del valle del Tigris. Un enfrentamiento con Babilonia supuso también ganar los territorios que aquella poseía al este del mismo río y algunos puestos fronterizos sobre el Eúfrates medio. Luego se llegó a una paz sancionada mediante el matrimonio de las respectivas hijas de ambos soberanos.

### 8.1.1. La *formación del Imperio neoasirio*

Tukulti-Ninurta II (890-884) prosiguió esta actividad, que no era sino la recuperación del control asirio sobre los territorios que habían formado parte del Imperio de época de Tukulti-Ninurta I, en la segunda mitad del siglo XIII, cuando Asiria se convirtió después de mucho tiempo en una potencia de ámbito regional, capaz de disputar la hegemonía a Babilonia y de enfrentarse a los hititas. No obstante, su breve reinado no le permitió ampliar considerablemente los dominios de su padre. Reconstruyó, eso sí, las murallas de Assur y a su muerte el territorio de Asiria comprendía todo el noroeste mesopotámico desde los Zagros hasta el Habur.

La guerra de conquista alcanzó su paroxismo durante el reinado siguiente con Assur-narsipal II (883-859), que se grangeó fama de cruel y despiadado y quien, como sus predecesores, guerreó en el norte y el oeste, particularmente en el país de Nairi, habitado en parte por las gentes de Urartu, y logró, tras el asedio de su capital, la sumisión del reino de Bit Adini, y en varias campañas derrotó a las tribus arameas de la Siria septentrional, despejando así las rutas caravaneras que a través de la estepa occidental conducían hasta las ciudades comerciales de la costa mediterránea. Sus campañas y conquistas pueden resumirse a lo largo de los grandes ejes que definían los intereses del cada vez más poderoso estado asirio; uno que avanzaba desde el Tigris hasta el Líbano y el Mediterráneo, que se extendía desde el Eúfrates hasta más al sur de Gaza (Rapihu), y otro desde Nairi al Zab inferior y a Zamua, sobre el alto Diyala. La conquista fue acompañada de la instalación de colonias asirias en aquellos lugares de importancia estratégica de cara a las comunicaciones, y celebrada con la construcción de una nueva capital en Kalkhu (Nimrud).

Su sucesor en el trono, Salmanasar III (858-824) prosiguió las conquistas que aseguraban la expansión de Asiria, prestando una atención especial a las zonas montañosas septentrionales, en donde se enfrentó con un Urartu ya unificado y capaz de oponer firme resistencia a la presencia de

*los ejércitos asirios*, así como a los territorios situados a occidente del Éufrates. Con la caída en su poder de Til-Barsip, capital del estado arameo de Bit-Adini, a poca distancia de Karkemish en la orilla occidental del Éufrates, el soberano asirio se aseguraba el control sobre el valle del gran río hasta Babilonia, pero a pesar de su empeño no pudo consumar su proyecto de conquistar los demás reinos y ciudades occidentales, al ser frenado por una coalición sirio-palestina apoyada por Egipto en Qarqar, el sexto año de su reinado. Al margen del tono triunfalista de sus inscripciones, que encierra un evidente deseo de autoensalzamiento y propaganda, el encuentro resultó una derrota para Salmanasar, como confirman sus otros cinco intentos posteriores. Pese a recibir el tributo de las ciudades fenicias y a contar con la amistad de algunos estados neohititas, como Karkemish y Hama, Damasco, el principal obstáculo permaneció firme organizando la resistencia antiasiria con la ayuda de Egipto.

En el frente meridional, donde la política de sus predecesores se había mostrado cauta, a tenor de los conflictos territoriales y fronterizos, y se había venido ejerciendo más por la vía de la diplomacia que por la de la guerra, Salmanasar realizó también una intervención militar. En 851 penetraba en Babilonia, requerido por su soberano Marduk-zakir-shumi que veía amenazado su trono por un conflicto dinástico, ocasión que aprovechó así mismo para pacificar a los turbulentos caldeos del sur del país. La alianza entre los dos reyes fue aprovechada por Salmanasar para intentar ganarse el favor de la población de los territorios babilonios, haciendo donaciones piadosas a sus templos, realizando devotos sacrificios a los dioses en los principales santuarios de Khuta, Borsippa y la misma Babilonia, y celebrando grandes festejos populares, pues muchas de aquellas de gentes no veían con buenos ojos la intervención asiria en su país, ni siquiera a título de aliada.

En los últimos años de su reinado Salmanasar habría de conocer una crisis interna que asolaría su reino, consecuencia en gran medida del enorme esfuerzo desplegado en el exterior. Al conflicto sucesorio que enfrentó a sus hijos, se añadió una revuelta nobiliaria que oponía a la pequeña nobleza contra los altos dignatarios que ostentaban los cargos más importantes, terminando por convertirse en una auténtica guerra civil. La situación parecía insegura incluso en la propia capital, por lo que Salmanasar se refugió en una poderosa fortaleza en las afueras donde residía habitualmente. A la muerte del rey la conflictividad interior, que paralizaba en el exterior la actuación de los ejércitos de Asiria, si bien su prestigio era aún fuerte y su hegemonía indiscutida, se prolongó con altibajos durante unos ochenta años. Fue un tiempo en que se sucedieron cinco reinados distintos que, no obstante, aseguraron la continuidad de la línea monárquica, y en el que la autoridad central quedó disgregada con la aparición de poderes locales prácticamente independientes que desmembraban

el Imperio, produciéndose finalmente la pérdida de la ruta metalífera hacia Anatolia ante el empuje de Urartu.

### 8.1.2. La expansión bajo Tiglat-Pilaser III y el sistema provincial

La llegada al trono de un enérgico advenedizo marcó, desde mediados del siglo VIII, el inicio de la restauración de la grandeza de Asiria. Bien pronto Tiglat-Pilaser III (744-727) reanudó la política expansionista de sus predecesores. A los dos años de haber ocupado el trono ya combatía a su principal adversario, el rey de Urartu, Sardur II, que se había apoderado de los reinos neohititas de Siria, los que bajo su hegemonía se alzaban en coalición frente a una Asiria hasta hace poco dividida y paralizada. A lo largo de una serie de guerras, en el curso de las cuales llegó incluso a someter a asedio la capital urartea, Tushpa, que no obstante resistió, Tiglat-Pilaser III restableció la autoridad de Asiria en las regiones montañosas del norte, en particular en tierras del Tauro armenio, quedando así asegurada la frontera septentrional.

Los intereses del monarca se habían dirigido también hacia las regiones del sur, emprendiendo el camino de Babilonia a los pocos meses de iniciarse su reinado, donde combatió contra las poblaciones arameas y las tribus caldeas, algunos de cuyos jefes asumían pretensiones a la realeza que representaban un peligro para la estabilidad de aquel reino; de hecho el poder central había desaparecido en Babilonia víctima de la disgregación, la agitación y las usurpaciones. El que podemos considerar el último rey, Nabu-Shuma-ishkun (761-748) ejercía su poder tan sólo sobre la propia capital; en el sur los caldeos eran en la práctica independientes, los diversos principados arameos no reconocían su autoridad, y los grandes centros religiosos, como Borsippa, eran dirigidos por los sacerdotes y los intendentes de los templos. El control sobre Babilonia fue rematado con la subida a su trono del propio Tiglat-Pilaser III, con el nombre de Pulu, queriendo así resaltar el asirio la autonomía de aquella, con lo que inauguraba una doble monarquía asirio-babilonia que unificaba bajo el mismo poder todos los territorios de Mesopotamia, lo que fue aún completado con la proyección de la hegemonía de Asiria sobre los países orientales, incluyendo Parsua y las tierras de los medos.

El tercer frente de sus conquistas estuvo constituido, como ya era tradicional, por las regiones occidentales, desaparecida la influencia de Urartu al oeste del Eúfrates. Aquí la atención de Tiglat-Pilaser III se centró de modo preferente en los pequeños estados arameos, más que en los reinos neohititas, que, tras el repliegue de Urartu, se conservaron autónomos pero tributarios. De esta forma Arpad, Damasco, y parte del territorio de Hama y de Israel cayeron en su poder, mientras las ciudades fenicias de la costa se convertían nuevamente en tributarias de Asiria.

Pero el reinado de Tiglat-Pilaser III constituyó sobre todo una transformación de los métodos empleados por el expansionismo asirio. Con él los territorios conquistados fueron incluidos en los límites de Asiria y distribuidos en provincias bajo la férula de funcionarios designados por el poder central, que disponían de efectivos militares permanentes y estaban encargados de percibir los impuestos. Las dinastías locales fueron sustituidas por gobernadores asirios, las residencias de los reyes locales por palacios provinciales asirios, con administración asiria, guarniciones asirias y costumbres y cultos asirios. Las provincias estaban divididas en distritos (qannu) dirigidos por funcionarios situados al frente de las ciudades. La ocupación y la anexión reemplazaron desde entonces a las antiguas expediciones militares destinadas a quebrantar el poder bélico de los enemigos y a conseguir botín y convertirlos en tributarios, pero permitiéndoles mantener sin embargo una mermada autonomía. El ejército fue igualmente reformado y dotado de una potente caballería y se añadió a las tropas, tradicionalmente reclutadas cada año entre los dependientes de la corona, un contingente de carácter profesional y permanente, integrado principalmente por soldados procedentes de las provincias periféricas.

Con el fin de asegurar la estabilidad interna de un Imperio de tan grandes proporciones, Tiglat Pilaser III recurrió a una activa política de deportaciones, que era utilizada para romper la cohesión nacional de las regiones y paises conquistados, tanto allí de donde provenían los deportados como en aquellos lugares en donde se les situaba entre los autóctonos. Aquellos deportados constituyeron, especialmente en las fronteras del Imperio, la población de las nuevas fortalezas, sin raíces ni contactos en la comarca en que eran asentados. Al mismo tiempo, llenando los vacíos dejados por los deportados con el traslado forzoso de otras gentes, se pretendía mantener productivas las tierras de los reinos conquistados, y parece, en definitiva, que toda esta enorme mezcla de poblaciones contribuyó en gran medida a la arameización de los distintos territorios.

Durante el corto reinado de su sucesor, Salmanasar V (727-722), que reinó en Babilonia con el nombre de Ululai, fue aplastada una revuelta en Palestina, donde Samaria fue destruida e Israel convertido en provincia asiria. A su muerte en circunstancias oscuras siguió la violenta subida al trono de Sargón II, un usurpador del que no sabemos si aprovechó el vacío de poder ocasionado por la desaparición del monarca, víctima quizá de una revuelta palaciega, o si no fue él mismo quién lo provocó.

### 8.1.3. Los sargónidas y el apogeo del Imperio neoasirio

El auge alcanzado por Asiria con Tiglat-Pilaser III había suscitado un renovado interés de Egipto por los asuntos sirio-palestinos, acompañado en

la escena internacional de un renacimiento de Elam, que emergía tras un letargo de tres siglos que le había mantenido ausente del escenario mesopotámico. La prohibición a los fenicios de comerciar con Egipto constituía un duro golpe para el país del Nilo, mientras que la ocupación asiria del noroeste iraní cortaba las comunicaciones entre Elam y Urartu, haciendo temer una emigración de los pueblos que allí habitaban hacia los confines del territorio elamita, por lo que egipcios y elamitas adoptaron desde entonces una política de hostigamiento frente a Asiria consistente en fomentar las revueltas entre sus vasallos, sosteniendo militar y financieramente a los pueblos que pretendieran liberarse de su tutela.

En los comienzos del reinado de Sargón II (721-705) Babilonia se independizó bajo la égida del caldeo Merodac-Baladán, que se encontraba además apoyado por Elam. Pero la atención del monarca asirio se hallaba dividida, ante la necesidad de mantener sometidas las provincias de Siria y Palestina, donde había estallado una rebelión patrocinada por Hama y Gaza, y la de asegurar la frontera septentrional. Si bien no pudo en principio apoderarse de Babilonia, aplastó a la coalición occidental y pudo dirigirse entonces contra Urartu, obteniendo una importante victoria gracias a la ayuda indirecta que le proporcionaron los cimerios, que saliendo del Cáucaso atacaban la retaguardia del reino de Urartu y los parajes del lago Urmia. El reino de Man, que junto a Urartu ocupaba uno de los lugares más destacados entre los llamados paises de Nairi, fue sometido y se afirmó la autoridad de Asiria sobre los maneos, los medos y las tierras de Parsua.

Finalmente Sargón marchó sobre Babilonia que cayó en sus manos el 710, restaurándose la doble monarquía inaugurada por Tiglat-Pilaser III, con el apoyo nuevamente del sacerdocio de la ciudad. Jamás el estado asirio había conseguido un poderío semejante. Incluso en la lejano Chipre reconocieron el formidable poder del soberano asirio y desde la isla le fue enviado tributo. Siguiendo una vieja tradición mesopotámica Sargón se ocupó también de las grandes construcciones en Asiria. Al igual que otros de sus predecesores en el trono del Imperio se distinguió por la construcción de una nueva capital, Dur-Sarrukin (Korsabad), situada unos pocos kilómetros al norte de la vieja Nínive.

Durante el reinado de Senaquerib (705-681), que fue su sucesor, el territorio del Imperio asirio aún se amplió más. En el sur Merodac-Baladan, refugiado durante un tiempo en Elam y luego en los impenetrables pantanos del País del Mar, se había hecho de nuevo con el poder en Babilonia, que intentaba una vez más la independencia. Después de una serie de campañas, durante las cuales se consiguió la sumisión de las más lejanas tribus de los medos, el monarca asirio pudo restablecer la situación sentando en el trono babilonio a su propio hijo mayor, el príncipe heredero. Luego organizó una expedición anfibia contra los caldeos y los elamitas que le proporcionó un cuantioso botín. Pero las dificultades no habían ter-

minado. *Una nueva reacción nacionalista* que contaba con el apoyo de Elam promovió algo más tarde la sublevación de Babilonia; el rey asirio fue destronado y pereció a manos de los sublevados, aunque hay quién opina que fue llevado a Elam donde moriría asesinado. La furiosa reacción de Senaquerib no se hizo esperar. Tras una derrota inicial en la confluencia del Tigris y el Diyala, en el 689 las tropas asirias saqueaban la ciudad rebelde que fue castigada con la destrucción, sumergiéndola bajo las aguas del Eúfrates, y sus habitantes fueron muertos o deportados.

También en las provincias occidentales del Imperio conoció Senaquerib serias dificultades. Los pequeños reinos y principados, así como las ciudades de Fenicia y Palestina, instigados como siempre por Egipto, se alzaron en una revuelta generalizada. Judea y las ciudades próximas al litoral sostuvieron una resistencia tenaz, pero ni la ayuda militar de Egipto pudo impedir la represión desencadenada por el ejército asirio, en el curso de la cual Ascalón fue destruida, el territorio del reino de Judá desmembrado y renovada la sumisión y el tributo que pagaban las ciudades fenicias. Las armas de Senaquerib volvían a imponerse y con ellas el poder de Asiria. Las riquezas acumuladas permitieron al soberano emprender un programa de grandes construcciones en Nínive, la ciudad santa, que habría de ser la última capital de los asirios.

Pero a pesar de todos los éxitos, la grandeza de Asiria ocultaba en su seno su propia debilidad, como pone de manifiesto la permanente necesidad de recurrir a las soluciones militares para mantener el orden en el Imperio. Además, estaba el espinoso problema sucesorio que habría de acarrear no pocos trastornos. El heredero de Senaquerib había perecido víctima de la ultima revuelta de Babilonia y ello bastó para desatar las intrigas palaciegas entre los posibles candidatos al trono y sus partidarios. Finalmente la designación recayó sobre su hijo más joven, Asarhadón, lo que provocó una conspiración alentada por sus hermanos mayores que terminó con la vida de Senaquerib. Pese a todo Asarhadón (681-668) consiguió sentarse en el trono y reprimir enérgicamente y en breve tiempo el conato de guerra civil que se había producido tras el asesinato de su padre. Inmediatamente, apoyado por el clero de Babilonia, inició los trabajos de reconstrucción de la ciudad que aquél había destruido, y restituyó a los babilonios, vueltos a su ciudad, así como a los habitantes de Nippur, Borsippa y Sippar sus antiguos privilegios económicos y comerciales.

Pero en las provincias occidentales reinaba nuevamente la agitación, favorecida por la difícil sucesión de Senaquerib. Para consolidar definitivamente el dominio de Asiria en Siria meridional, Fenicia y Palestina, donde la inquietud y la revuelta alentada por Egipto emergía por enésima vez, Asarhadón decidió, al término de una serie de represalias que ocasionaron la destrucción de Sidón y el fin de la autonomía de Tiro que perdía todos sus territorios en tierra firme, emprender la conquista del país de los

faraones. Pero la empresa hubo de ser pospuesta ante la situación que presentaban los territorios orientales. Allí, en las fronteras del norte y el este Asarhadón continuó la lucha contra las poblaciones del Transcáucaso y la meseta medo-iraní. Además de la inquietante presencia de los cimerios y escitas, los «guteos inaccesibles» parecen haberse convertido, como antaño, en los más turbulentos vecinos orientales que desde las orillas del lago Urmia descendían hasta Zamua, entre el Zab inferior y el Diyala, interceptando el comercio con Parsua, de donde los asirios obtenían buena parte de su provisión de caballos. En la meseta oriental este peligro se unía ahora al de los medos, por lo que desde la frontera con Elam hasta la de Urartu se erigió una línea de defensa jalonada por fortalezas.

Por fin, el 671 las tropas asirias se abrieron paso a través del desierto del Sinaí y penetraron en Egipto apoderándose de Menfis, no sin encontrar una fuerte resistencia por parte del ejército del faraón Taharqa. Por lo general los invasores, que controlaban tras duros esfuerzos la región del Delta, se contentaron con reforzar el poder de los jefes locales, a los que se ascendió al rango de reyes y a cuyo lado se instalaron funcionarios y gobernadores asirios, contra la monarquía de origen etíope que reinaba en el país del Nilo, como si pretendieran grangearse el apoyo de la población egipcia presentándose ante ésta como libertadores de la dominación extranjera. Como muestra de ello, el propio Asarhadón se jactaba de «haber arrancado de Egipto la raíz de Etiopía».

Por irónico que pudiera parecer, víctima podría pensarse de una broma cruel del destino, Asarhadón hubo de enfrentarse a las mismas dificultades y peligros sucesorios que había conocido su padre, que no eran sino la consecuencia de la compleja división del poder en el interior del estado asirio. Muerto su hijo mayor prematuramente, dividió el Imperio entre sus otros dos hijos, escogiendo al menor, Assurbanipal, como heredero del trono de Asiria, mientras su hermano mayor permanecía de regente en Babilonia. La violenta oposición que tal elección motivó en la corte y el clero hubo de ser sofocada pasando por las armas a numerosos dignatarios. Finalmente la muerte sorprendería a Asarhadón camino de Egipto, hacia donde marchaba para sofocar las revueltas que habían estallado en la tierra de los faraones tras su partida.

Assurbanipal (668-627) fue el último soberano importante del Imperio asirio. Durante los dieciséis primeros años de su reinado la situación interior permaneció tranquila, mientras organizaba desde Nínive la conquista del resto de Egipto, que resultó un fracaso, aunque sí consiguió la victoria sobre las ciudades fenicias de Arado y Tiro, que habían vuelto a sublevarse. También en la frontera oriental se lograron victorias sobre Elam y los cimerios. Pero la fragilidad del Imperio quedó de manifiesto cuando el 652 su hermano, Shamash-Shumukin, que reinaba en Babilonia, se sublevó contra su autoridad buscando la alianza de Egipto, de las tribus árabes,

los principados sirios, y de Elam. En el curso de la guerra que siguió, Babilonia fue asaltada, pereciendo el hermano y rival de Assurbanipal en el incendio de la ciudad. Luego, a fin de destruir de una vez por todas la capacidad militar de los elamitas, a los que ya se había enfrentado anteriormente, Assurbanipal, después de arrasar el país, asestó un golpe demoledor contra la capital, Susa, que fue devastada, lo que de paso le valió la sumisión de Parsua cuyo rey, Ciro I, envió a su propio hijo a Nínive en calidad de rehén.

Mientras tanto en Egipto, aprovechando los esfuerzos de Asiria por mantener el control de la situación en el sur y el este del imperio, había estallado otra sublevación. Un príncipe autóctono procedente de Sais, llamado Necao, en quien los asirios habían depositado su confianza, en un primer momento, para luchar contra Taharqa, sentaba por aquel entonces las bases de un poder egipcio autónomo con el apoyo de mercenarios griegos. Pero fue su hijo Psamético quién consiguió finalmente sacudirse la tutela asiria creando un estado egipcio independiente. Presa de múltiples dificultades Assurbanipal no pudo restablecer su autoridad sobre Egipto y, no sin trabajo, logró mantener el control sobre Siria y Fenicia. En el norte Urartu se esforzaba ahora por cultivar la amistad de Asiria, lo que no podía ser sino síntoma inquietante de la agitación de los cimerios y escitas, signos precursores de las turbulentas migraciones que, asolando el Asia Menor, habrían de propiciar la desaparición de aquel reino.

En honor a la verdad, Assurbanipal fue hombre al que la guerra no había hecho perder sus inquietudes intelectuales, cultivadas desde su más temprana juventud. Fruto de ellas fue su constante deseo de aprender y el orgullo de conocer que el monarca conservó durante toda su vida. La mejor prueba de su inquietud radica en la gran biblioteca que hizo reunir en su palacio de Nínive, donde los arqueólogos han rescatado más de 20.000 tablillas, y que contenía el acerbo cultural y científico de su tiempo. Assurbanipal, que conocía incluso el sumerio, lengua desaparecida mucho tiempo atrás y patrimonio exclusivo de los sabios y los eruditos, se encargaba personalmente de su organización, buscando y mandando hacer copias de documentos y textos antiguos o desaparecidos, y solucionaba el mismo complejos problemas matemáticos, así como gustaba de tratar frecuentemente con los sabios de su época.

### 8.1.4. La destrucción del Imperio neoasirio

La falta de documentos rodea de oscuridad el final del reinado de Assurbanipal. Después el Imperio se desmoronó, pero muchos de los males que le aquejaban venían de atrás. Más allá de las conquistas, la represión militar y el poder de los palacios provinciales, el Imperio carecía de uni-

dad. Muchas de sus partes no mantenían una sólida relación económica entre sí, la unidad lingüística se había realizado a expensas del asirio en favor del arameo, y la activa y constante política de deportaciones masivas había contribuido de forma notable, disgregando a la población asiria, a quebrar en gran medida el espíritu de cohesión nacional. La influencia cada vez más acusada de divinidades ajenas al panteón asirio, como las de Babilonia, era un claro signo de los tiempos que corrían. Ante todo ello, la unidad del Imperio descansaba en no poca medida en la persona del soberano, a cuyo servicio todos estaban obligados y a quién todos debían dar fe de su lealtad y obediencia por medio del juramento. Cuando el monarca era enérgico y respetado el estado permanecía fuerte, pero si era débil y su autoridad discutida arrastraba en su debilidad al Imperio.

Los últimos reyes asirios no consiguieron imponer su autoridad y se sucedieron en el trono a un ritmo acelerado. Aprovechando una crisis dinástica, provocada en parte por altos mandos del ejército, Babilonia se independizó en el 626 con un rey caldeo originario del País del Mar, Nabopolasar, que extendió paulatinamente su autoridad sobre Sippar, Borsippa y Dilbat. Mientras, los cimerios asolaban los territorios de Siria y las sublevaciones, como la de Der, comenzaron a sucederse dentro de los límites del Imperio que, ahora más que nunca, tenía el aspecto de un coloso de pies de barro. Finalmente una alianza entre los medos y los babilonios puso término al tambaleante poder asirio. Primero cayó Assur, cuya destrucción conmocionó toda Asiria, y finalmente en el 612 las tropas de los medos y el ejército de Babilonia emprendían el sitio de la capital, Nínive, que fue tomada al asalto tras un asedio de tres meses y sometida a pillaje. A partir de entonces la moribunda resistencia asiria se concentró en la región de Harram, último reducto del territorio nacional que permanecía aún independiente. Pero en el 605 la resistencia asiria se derrumbó bajo el acoso de los conquistadores extranjeros, a pesar de la ayuda prestada por Egipto, que, olvidando odios anteriores, recelaba de la impetuosa expansión de los babilonios. Las últimas tropas asirias en Harran y Karkemish sucumbieron ante el empuje del nuevo poder hegemónico de Babilonia en el Próximo Oriente. En aquellos tiempos en que Asiria desaparecía de la Historia, su último rey portaba el glorioso nombre de Assur-uballit, como si hubiera querido conjurar, recuperando el nombre del legendario fundador del poder asirio en el siglo XIV, la amenaza de destrucción total que ahora se cernía sobre ella.

## 8.2. Los reinos y los pueblos de la periferia

Durante la primera mitad del primer milenio se produjo en el Próximo Oriente una serie de movimientos de pueblos que llegarían a afectar pro-

fundamente el equilibrio de los estados más poderosos. Los medos y los persas, de origen indoeuropeo, que desde el Cáucaso habían alcanzado el mar Caspio a finales del segundo milenio (Alvar: 1989, 24) se habían establecido primero en las proximidades del lago Urmia. Desde allí los medos se extenderían amenazando Urartu, mientras que los persas se desplazaron hacia el sureste bordeando el Zagros, hasta llegar finalmente a la frontera con el territorio elamita. Luego, durante el curso del siglo VII, los cimerios, jinetes nómadas originarios de Crimea y Ucrania que unos cincuenta años atrás habían franqueado el Cáucaso y penetrado en el Próximo Oriente, atacaron Urartu y el reino de los frigios en la Anatolia occidental, y se aliaron con los maneos y los medos que ocupaban el noroeste de Irán. A ellos se sumaron grupos de escitas, pueblo igualmente nómada que recorría a caballo las estepas situadas al norte del Mar Negro, entre el Dnieper y el Volga.

### 8.2.1. Urartu, medos y cimerios

Urartu se había convertido en un formidable adversario de los asirios en el transcurso del siglo VIII, pero su auge se produjo desde el reinado de Sardur I, a mediados del siglo anterior, que había trasladado la capital a Tushpa, la ciudad de Van, y se había proclamado rey del país de Nairi. Luego los siguientes reyes de Urartu se apoderarían de las tierras comprendidas entre el lago Van y el Urmia, así como del país de Parsua habitado por los medos y los maneos. La expansión de Urartu prosiguió en el alto Tigris y el alto Eúfrates y, más hacia el norte, en el valle del Araxes en la Transcaucasia, llegando a tener más extensión que Asiria. Sardur II (765-733) situó bajo la hegemonía urartea las tierras de la ribera derecha del Eúfrates cercanas a Siria y organizó con los neohititas una coalición antiasiria que, no obstante, fue desmembrada por Tiglat-Pilaser III. La estrategia de Urartu se dirigió entonces a soliviantar contra los asirios a los maneos y medos que poblaban las tierras próximas al lago Urmia y a los neohititas del Tauro. En el 717 Sargón II conquistaba Karkemish y los restantes estados neohititas, apoyados por los frigios que eran aliados de Urartu, cayeron en sus manos al poco, y en el 714 después de franquear con sus tropas las montañas y los ríos, tomaba Musasir asestando a los urarteos un golpe del que no se recuperarían nunca.

A comienzos del siglo VII Urartu, derrotado y contenido por Asiria, se enfrentó a la amenaza que suponía la presencia de los cimerios, que desde el noroeste avanzaban hacia la Anatolia central, poniendo en peligro el reino de los frigios, y hacia las tierras de los maneos y los medos en el Irán septentrional. En el 679 los cimerios, a los que se habían sumado los escitas, irrumpieron sobre el flanco sur del Tauro, amenazando las guarnicio-

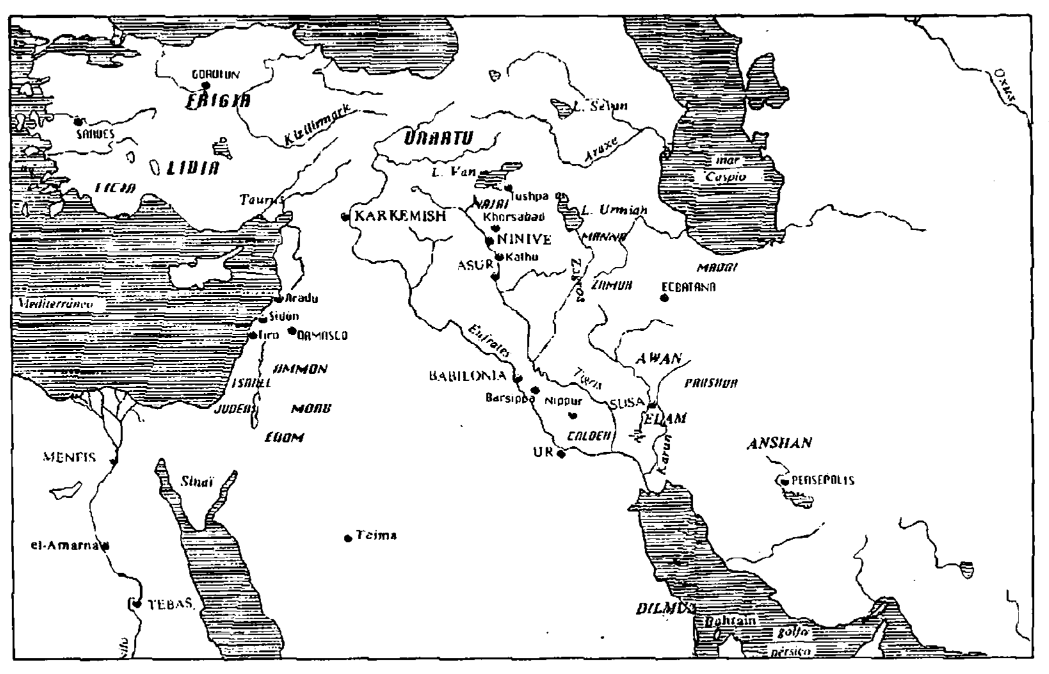



Fig. 8.1. El Próximo Oriente en la primera mitad del Primer Milenio

nes asirias y los principados de la costa del sudeste anatólico (Cilicia) que eran tributarios de Asiria. Fueron rechazados por Asarhadón y al cabo destruirían el reino de Frigia, amenazando después, en época de Assurbanipal, el de Lidia en la Anatolia occidental.

Los cimerios y los escitas se mezclaron, así mismo, con los maneos que permanecían hostiles a los asirios, al igual que los medos que ocupaban toda la meseta iraní al sur y al este del lago Urmia, y que habían comenzado un proceso de unificación que, mediante la confederación de las tribus, concluiría en la formación de un reino, en respuesta a la presión política y militar de los grandes estados circundantes, como Asiria, Urartu, e incluso el más pequeño reino de Man ubicado al sudeste del Urmia. A finales del siglo VII Ciaxares, rey de los medos, después de haber rechazado una invasión de los escitas, que durante casi treinta años se habían enseñoreado del Asia menor (Anatolia), inició la aproximación a Babilonia que supuso a la postre el fin de Asiria. En el 614 los medos invadían el territorio asirio y tomaban Assur. Desde entonces la expansión de los medos terminó por absorver el territorio maneo y al mismo Urartu, muy debilitado por las guerras anteriores contra Asiria y las incursiones escitas, que con el nombre de Armenia acabaría por convertirse en una satrapía del venidero Imperio de los persas aqueménidas.

### 8.2.2. Los reinos de Frigia y Lidia

Los frigios y los lidios fueron poblaciones que llegaron a constituir importantes reinos anatólicos que, además de sus relaciones con sus poderosos vecinos orientales, como los asirios, urarteos y medos, mantuvieron estrechos lazos económicos y culturales, además de políticos, con las comunidades griegas de la Jonia, producto histórico de las migraciones con que concluyó la Edad del Bronce y se inició la del Hierro, ubicada en la costa occidental de Anatolia. Tanto el reino de Frigia en la Anatolia central, en primer término, como más adelante su heredero el de Lidia en la occidental, se vieron amenazados por las correrías de los cimerios y la expansión de los medos. El origen de los frigios, que los asirios llamaban mushki , sigue resultando oscuro, pero parece que aprovecharon la desaparición a finales de la Edad del Bronce del Imperio hitita para asentarse en aquellos territorios, empujados por otros pueblos como los dacios o los illirios que atravesaban por aquel entonces los Balcanes. Cuando a mediados del siglo VIII comenzamos a disponer de noticias y documentos sobre ellos se hallaban ya constituidos en un reino cuya capital era Gordion, que geopolíticamente ocupaba el espacio centro-occidental de Anatolia, alcanzando por el norte los montes del Ponto y en el sur el alto curso del Halys y la llanura de los lagos salados, que los separaban de los estados neohititas y de la provincia que Asiria constituyó sobre éstos.

El reino de Frigia estuvo durante un tiempo comprometido frente a Urartu y la misma Asiria por el control de los pequeños reinos o principados neohititas, especialmente los de Tabal y Khilakku situados más próximos a su territorio. Las incursiones de los cimerios a comienzos del siglo VII provocaron la destrucción de la capital y la desaparición del reino, pero no así de su cultura y población que al poco darían lugar a la aparición del reino de Lidia, con capital en Sardes, aunque situado más hacia el occidente. La expansión de este reino, de extraordinaria pujanza comercial, le llevará a ocupar gran parte de Anatolia hasta el curso alto del Halys, sometiendo a las ciudades griegas de la costa occidental y a las restantes naciones anatólicas del sur (Caria, Licia) y el este (Cilicia), así como a rechazar a los cimerios y escitas que habían atacado Sardes a mediados del mismo siglo, durante el reinado de Giges, al que se considera fundador de la dinastía.

Durante el siglo VI, desaparecida la amenaza que representaban Asiria y Urartu, los lidios hubieron de enfrentarse a la expansión del reino de los medos hacia el oeste, llegándose finalmente a la paz entre las dos naciones por mediación de Babilonia y Cilicia. Pero el peligro que representaban los medos fue pronto sustituido por los persas de Ciro que, como aquellos, pugnaban por extender su dominio sobre las regiones occidentales. Creso, el último rey de los lidios, que había intentado coaligar a todos los reinos potencialmente amenazados por la expansión persa (Egipto, Cilicia, Babilonia y los mismos griegos) fue derrotado, la capital Sardes tomada y el reino anexionado.

### 8.2.3. Elam y los persas

No está del todo claro cual fue el camino que siguieron los persas hasta alcanzar la región que habría de convertirse en su hogar histórico. Una explicación muy difundida propone que hacia finales del siglo VIII o comienzos del VII los persas, descendiendo a lo largo del Zagros desde las tierras próximas al lago Urmia, que habían habitado junto con los medos, se instalaron en la región de Anshan, en el Irán suroccidental, que antes había pertenecido a los elamitas y que desde entonces pasará a llamarse Parsa. No obstante hay quien mantiene (Diakonoff: 1985) que los persas se encontraban originariamente divididos en varios grupos y que uno de ellos, desde el norte, habría rodeado el desierto iranio por el este y el sur hasta alcanzar finalmente la citada región. Sea como fuere, lo cierto es que entre el final del reinado de Kuter-Nehhunte (692), que aún ostenta el título de «rey de Anshan y de Susa», y la segunda campaña elamita del asirio Assurbanipal (648), en la que recibe tributos de Ciro I y la sumisión de los persas, estos habían tomado control de aquellos territorios (Alvar: 1989, 46).

Por otra parte, los orígenes de la dinastía que unificó a los persas en un solo reino tampoco están claros. Los posteriores monarcas persas se declararán sucesores de Aquemenes, pero no es seguro que éste nc haya pertenecido a la última época de la organización propia de las tribus, siendo un jefe destacado de una de ellas. La sucesión resulta dudosa ya que no está claro si existieron dos «reinos» persas, pues alguna fuente sugiere que Teispes, el sucesor de Aquemenes, había repartido su herencia entre sus hijos. En cualquier caso, en tiempos de Assurbanipal, Ciro I era ya rey de un reino persa unificado, que, no obstante, estaba aún supeditado a la autoridad de los medos.

Al igual que Egipto en tierras de Siria y Palestina, durante algún tiempo los reyes de Elam intentaron protegerse de los asirios y frenar su expansión apoyando a Babilonia contra su poderoso vecino septentrional. La proximidad de los persas, a los que en un principio asentaron en sus provincias más meridionales, fue utilizada por los elamitas para aumentar su capacidad militar. Las consecuencias de esta política se convirtieron sin embargo en catástrofe durante el reinado del mencionado Assurbanipal, cuando los elamitas conocieron también una difícil situación interna que afloró en varias ocasiones en contienda armada que enfrentaría a los diversos pretendientes al trono. En el 648 el territorio de Elam era devastado por las tropas de los asirios, la capital Susa destruida y parte de su población deportada. Impresionados por esta victoria los persas, vecinos de los elamitas, se apresuraron a reconocer la soberanía del emperador de Asiria. El debilitamiento de Elam bajo los golpes de Assurbanipal no hacía, por otra parte, sino favorecer las expectativas de los persas.

La desaparición de Asiria resultó también favorable durante algún tiempo para los elamitas, geopolíticamente situados ahora entre Babilonia y el poderoso reino de los medos y sus vasallos los persas, pero la tranquilidad no habría de durar mucho, ya que en el 596 las tropas de Nabucodonosor II saqueaban nuevamente Susa. Poco después los reinos medos y persas eran unificados por Ciro II que después derrotaría a los lidios de Creso, sometería a las ciudades griegas de Jonia que aún así no perdieron del todo su autonomía, y se apoderaría de Babilonia. En el curso de este proceso, Elam fue absorvido y convertido en una satrapía del Imperio creado por los persas.

## 8.3. Los neobabilonios y la dinastía caldea

Aprovechando las crecientes dificultades de Asiria, Nabopolasar, un caldeo que ya se había hecho proclamar rey del País del Mar, en el extremo meridional de Mesopotamia, ocupaba Babilonia en el 626 y a partir de entonces extendió su autoridad por los restantes territorios del reino.

Un pacto con los medos que amenazaban Asiria le ayudó a consolidar su poder, y tras la caída de los últimos reductos de resistencia asirios, el nuevo rey se halló con que la mayor parte de las tierras recorridas por los ríos Tigris y el Eúfrates estaban en sus manos. El caldeo supo mantener la integridad de un Imperio en el que la autoridad de Asiria había sido remplazada por la de Babilonia. Envió a su hijo, Nabucodonosor, a combatir en Siria contra las tropas del faraón egipcio que finalmente se había decidido a auxiliar, aunque sin éxito, a los asirios, temeroso de los progresos de la confederación medo-babilónica y deseoso igualmente de ocupar las tierras occidentales que habían estado situadas bajo la férula de Asiria.

### 8.3.1. La hegemonía de Babilonia

La obra de Nabopolasar, artífice del encumbramiento de Babilonia que heredaba de golpe un Imperio tan extenso como el que tuviera Asiria tras numerosas guerras de conquista, fue continuada por su hijo Nabucodonosor II (604-562) a lo largo de un dilatado reinado. El monarca continuó el engrandecimiento de la ciudad que ahora se había convertido en metrópoli de toda Mesopotamia. También se consagró a restaurar los antiguos santuarios de Sippar y Larsa, y veló, como los buenos reyes de antaño, por el buen mantenimiento del complejo sistema de irrigación. En política exterior su atención estuvo dirigida preferentemente a Siria y Palestina. En el este Elam no representaba ninguna amenaza, ya que su territorio había sido repartido entre los propios babilonios que ocuparon la llanura de la región de Susa, y los persas, vasallos de sus aliados medos, que se habían establecido en la zona montañosa de Anshan.

Pero a occidente del Eúfrates las tierras que habían pertenecido a los asirios cayeron luego bajo la tutela de Egipto, cuyas tropas después de haber derrotado y dado muerte al rey de Judá, Josías, que vanamente había intentado detener su avance, ocupaban Karkemish y controlaban sólidamente el paso del gran río. Nabucodonosor había despejado el camino, aún en vida de su padre, con una gran victoria que le permitió llegar hasta la frontera de Egipto, y fue entonces, al llegarle la noticia de su muerte, cuando emprendió el camino de regreso. Apenas un año después estaba de vuelta para recibir el tributo de Damasco, Tiro, Sidón y Jerusalén, y en el curso de aquella campaña Ascalón, que se había sublevado, fue tomada y destruida. Las esperanzas locales, no obstante, no se desvanecieron apoyadas siempre por Egipto, donde la dinastía saita había devuelto algo de su pasado esplendor al país de los faraones. Judá proclamó entonces su independencia por voz de su rey Joaquim, negándose a pagar el tributo que requerían los babilonios. En el 597 Jerusalén era asaltada, el templo

saqueado, y el rey, junto con los nobles y parte de la población, deportados a Babilonia.

Egipto, mientras tanto, no se mostraba dispuesto a cesar en sus esfuerzos y las tropas del faraón Apries, sucesor de Psamético II, ocuparon Gaza y soliviantaron las siempre inquietas ciudades de Tiro y Sidón. Fue sin duda la proximidad de un ejército egipcio lo que alentó una nueva sublevación en Judá, regida ahora por Sedecías que había sido instalado en el poder por los babilonios. Pero la revuelta tampoco consiguió triunfar en esta ocasión. En el 587 Jerusalén fue tomada de nuevo tras sufrir un prolongado asedio. El templo y gran parte de la ciudad fueron destruidos y millares de sus habitantes deportados junto con su rey, mientras que otros buscaban refugio en Egipto. Como se ha explicado en el capítulo anterior, Tiro tuvo más suerte; abastecida por mar por los egipcios, soportó un cerco que se prolongó durante trece años para terminar capitulando en el 573, como ya habían hecho antes Sidón y otras localidades. La ciudad fenicia fue desde entonces la sede de un gobernador babilonio.

Nabucodonosor II hubo de enfrentar también algunos problemas internos. En el 595 había estallado una revuelta en Babilonia que tuvo que sofocar con las armas y los últimos años de su reinado, que son muy mal conocidos, estuvieron oscurecidos por el temor hacia sus antiguos aliados, los medos que habían invadido Urartu y el altiplano anatólico (Capadocia) donde llegaron a enfrentarse con los lidios, así como por las intrigas y los desordenes internos. A su muerte, su hijo Awel-Marduk sólo reinó dos años, siendo depuesto por Neriglisar, un dignatario de su padre. Pero éste sólo ocupó el trono durante cuatro años, y a su muerte su hijo, Labashi-Marduk, fue asesinado y sustituido por el candidato que apoyaba el poderoso clero de Marduk, Nabónido que, aún sin sangre real, pertenecía a una familia de la nobleza babilonia.

### 8.3.2. La unificación de los pueblos iranios, la conquista persa y la caída de Babilonia

El reinado de Nabónido (555-539) marca la descomposición del Imperio babilónico fundado por los caldeos. El sacerdocio de Marduk le retiró pronto su apoyo ante la predilección del monarca por el culto de Sin, divinidad lunar originaria de Harran de la cual su propia madre había sido sacerdotisa, y los favores y devoción que mostró con su santuario en aquella ciudad que estaba ahora en manos de los medos, y que era tan célebre como aquel de Ur, cuyo zigurat y muchos otros edificios se había encargado también de reconstruir. Por otra parte, la situación económica se deterioraba con rapidez, llegando a producirse hambrunas y disturbios que afectaron a Nippur, Ur, Uruk, Larsa, Borsippa y la misma Babilonia. Con el

fin de hacer frente a la ingerencia cada vez más fuerte del poderoso clero de Marduk, Nabónido situó bajo su directa vigilancia el funcionamiento económico de los señoríos sacerdotales. Los intendentes y apoderados de los templos debían ahora rendir cuentas a los funcionarios adscritos al poder central, y esta injerencia, desconocida desde los tiempos de la monarquía kassita, no hizo sino exasperar aún más a la jerarquía religiosa. Mientras tanto las tribus de medos y persas habían sido unificadas por Ciro II, que había derrotado a su abuelo Astiages, rey de los medos, que se oponía a su alianza con Nabónido para recuperar Harran, y se presentaban como el vecino más inquietante. El acontecimiento, de gran trascendencia histórica, fue el resultado del enfrentamiento entre Ciro y Astiages rey de los medos, a propósito de la negativa de aquel a rehusar prestar su apoyo a los babilonios para que recuperasen Harran, santuario de Sin e importante centro comercial y estratégico en el cruce de las rutas que unían Mesopotamia y Anatolia, desde el 610 en poder de los medos. La guerra que enfrentó a ambos se resolvió con una rápida victoria de Ciro.

Es más, después de la victoria del persafrente al rey de Lidia, Creso, el Imperio de Babilonia se encontraba cercado desde el Mediterráneo al Golfo pérsico por las poderosas fuerzas de las poblaciones iranias. La única retaguardia posible era Arabia, suceptible siempre de proporcionar levas importantes entre sus nómadas, y este pudo ser uno de los motivos que impulsara a Nabónido a permanecer casi diez años en aquellas tierras dejando el gobierno de Babilonia en manos del príncipe heredero, Baltasar, que actuaba de coregente. Desde un punto de vista económico poseer Arabia podía entrañar también resultados positivos. Los puertos del Golfo pérsico estaban en manos de los persas a quienes pertenecían ya todos los territorios situados en la margen oriental del Tigris. Una de las rutas caravaneras más importante era la que se dirigía hacia el Oeste y Egipto pasando por el oasis de Teima, cuyo control permitiría regularizar el comercio en favor de Babilonia, y ejercer al mismo tiempo una presión económica sobre el país del Nilo a fin de disuadirle de su política de intervención en Siria y Palestina.

Entre tanto el malestar cundía en Babilonia, donde había hecho su aparición una facción propersa partidaria de entregarle el poder a Ciro. Tal postura se encontraba alentada por el clero de Marduk que reaccionaba de esta forma frente a la pretensión universalista de su místico monarca que, recogiendo la antigua tradición asiria de un imperio universal bajo los auspicios de un dios también universal, pretendía encumbrar a Sin en contra del nacionalismo estricto de los caldeo-arameos, o al menos es lo que nos han hecho creer quienes ya entonces escribían la Historia. No hay que descartar, por otra parte, la posibilidad de que esto no fuera más que una excusa de quienes luego colaborarían con los conquistadores persas (Roux: 1987: 401). Hay buenas razones para sospechar que los sacerdotes

de Marduk no veían con malos ojos el avance de Ciro al frente de las tropas iranias, ya que aquel venía precedido por una fama de tolerante que podía hacerlo preferible al mismo Nabónido.

El ataque persa contra Babilonia se produjo finalmente en el 539, cuando el rey ya había regresado de su prolongada estancia en el desierto arábigo. Sin demasiada resistencia –el gobernador de Gutium, que estaba encargado de proteger con sus tropas el flanco izquierdo del ejército que Baltasar había dispuesto río arriba de la capital para asegurar su defensa, se pasó al enemigo–, Ciro entró triunfal en la ciudad. Pero si a los ojos del historiador aquel acontecimiento parece digno de marcar el final de una época aquellos que lo vivieron apenas percibieron cambios de importancia. En la práctica un soberano había sustituido a otro después de derrotarle, cosa nada extraña en toda la anterior historia de Mesopotamia, y el talante conciliador de Ciro, que se dedicó a restaurar los templos y a garantizar la celebración del culto, como se había hecho siempre, contribuyó notablemente a suavizar los contrastes entre un reino y otro. El respeto a las tradiciones locales fue ampliamente asegurado y Babilonia habría de florecer nuevamente bajo la égida de los persas que, a la postre, no fueron peores amos que los anteriores, caldeos, asirios o kasitas.

# 9.

# El auge iranio: el Imperio (universal) persa

Después de la primera penetración de gente indoaria en el Próximo Oriente, más o menos contemporánea del cambio del tercer al segundo milenio una segunda oleada, en esta ocasión pueblos de habla irania, atravesaron el Cáucaso a finales de este último, coincidiendo con el tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro. Aquellos grupos de pastores avanzaban acompañados por su ganado y sus enseres que trasportaban en pesados carromatos, y practicaban una agricultura subsidiaria que hacía aún más lentos sus desplazamientos. En el transcurso de un proceso que se extiende entre el 1300 y el 900, y que aún no conocemos tan bien como quisiéramos, llegaron a asentarse en las tierras del Irán occidental, en donde se consolidaron en dos territorios, uno más al norte ocupado por las tribus de los medos y el otro más meridional por las de los persas. Más hacia el este los hircanos y los partos ocuparon, así mismo, los territorios situados en la ribera oriental del mar Caspio.

Cuando aquellas gentes indoeuropeas llegaron al altiplano iranio lo encontraron escasamente poblado, a excepción de las zonas más occidentales situadas junto a los Zagros. Al suroeste del lago Urmia se encontraba el reino de Man, cuyos orígenes desconocemos aunque no debieron ser muy distintos de los de Urartu, y cuya población, los maneos, tradicionalmente dedicados al pastoreo de caballos y al comercio, habían desarrollado una cultura compleja más allá de la organización tribal, con asentamientos urbanos, como Hassanlu, que eran sedes de palacios y que poseían una población que presentaba nítidos contrastes sociales, pese a su base tribal, a la estructura descentralizada del reino y al carácter de su monarquía, más afín a las formas de poder de los primitivos hurritas e hititas, que a los despotismos autocráticos contemporáneos, como podía ser el caso de Asiria. Más hacia el sur el reino de Ellipi es mencionado por textos

asirios de la época de Salmanasar III y parece que constituía la entidad política más potente entre Mana y Elam.

## 9.1. El reino de los medos y la unificación de las tribus iranias

Las primeras noticias sobre los medos se las debemos a los asirios que, como hemos visto, estaban muy preocupados por el control de toda la vertiente montañosa que en la Mesopotamia más septentrional aseguraba el acceso a Anatolia e Irán, y el aprovisionamiento de los recursos procedentes de aquellas regiones (metales, madera, caballos...), lo que les llevó a la confrontación con los reyes de Urartu. Para Asiria se trataba de controlar una red de intercambios que se remontaba en el tiempo hasta los primeros momentos de la Historia en el Próximo Oriente, y que en dirección hacia el Asia Central había sido ahora reactivada en gran parte por la presencia de los medos que, de alguna forma, ejercían de intermediarios. Salmanasar III a lo largo del curso de sus campañas ya menciona a los persas (Parsua) situados sobre el Kurdistán iraní, al sur de Zamua, y a los medos (Mada) sobre los Zagros centrales. Se trataba ya de poblaciones asentadas, que se habían establecido en unos territorios que habían ocupado previamente y que, por lo tanto, debemos considerar como plenamente sedentarizadas, aun cuando su régimen de explotación económica se constituya sobre una amplia base agro-pastoril.

En desacuerdo con la tesis de una migración continua de los persas a lo largo de los Zagros hasta alcanzar finalmente la región situada al sudeste de Elam (Ashan), últimamente se tiende a pensar que estos penetraron en el altiplano iranio divididos ya en varios grupos, y ocupando espacios distintos que, no obstante, recibieron el mismo nombre, que era el suyo propio originario. En el más meridional de aquellos territorios, en el que los persas se instalaron con el probable consentimiento inicial de los reyes de Elam, habría de fraguarse en un futuro el nacimiento de su Imperio, pero antes fueron obligados a reconocer la autoridad de los medos, con quienes se inició realmente el proceso de unificación de las tribus iranias. Sin duda la situación geopolítica, ante la presión militar de los urarteos y los asirios, tuvo bastante que ver con ello, como también el encumbramiento de una aristocracia tribal sobre las poblaciones autóctonas que resultaron asimiladas y sometidas.

### 9.1.1. La formación del reino de los medos

Hasta comienzos del segundo tercio del siglo VII los medos permanecieron fragmentados políticamente. Tal desunión les hacía resultar extre-

madamente débiles ante los ataques de Urartu y Asiria, pero desde finales del siglo anterior se había puesto en marcha un proceso de agregación y unificación política, impulsado desde el exterior en gran medida por la presión y la influencia de Asiria. Tras un periodo de crisis, el encumbramiento de Asiria con Tiglat-Pilaser III a expensas de Urartu, además de permitir que el reino de Man, aliado natural ahora de los asirios contra las pretensiones de los urarteos, incrementara su poder, significó también una amenaza militar mucho más fuerte y directa sobre los territorios habitados por las tribus medas, que desde un tiempo atrás venían gozando de independencia como consecuencia de las dificultades internas de Asiria y su retroceso ante el avance de Urartu.

La principal zona de contacto era la región de Zamua, la ancestral tierra de los lulubitas, ahora convertida en una provincia de Asiria, que al sur del lago Urmia se extendía sobre el curso superior del Diyala, y que era utilizada como base militar por los asirios para lanzar sus campañas en dirección al lago Urmia, Media y el Mar Caspio. Por aquellas fechas, Zakruti era una especie de capital que representaba a las diversas tribus medas aún independientes. Un poco más adelante, en torno al 670, y en el marco coyuntural de las incursiones de los escitas, un tal Kashtariti (tal vez el Fraortes que menciona Heródoto) unificó a las tribus de los medos que hasta ese momento vivían desunidas en torno a sus aldeas fortificadas. Los maneos y los cimerios, nómadas estos últimos procedentes de las estepas situadas al norte del mar Caspio, resultaron igualmente dispuestos a aceptar su hegemonía, y también los persas se declararon obedientes a la nueva y potente autoridad política, que controlaba un territorio tan extenso como el que se extiende desde el lago Urmia hasta el Golfo pérsico y desde los Zagros al Demavend. Por primera vez los medos, a los que los asirios habían combatido repetidamente desde los tiempos de Salmanasar III, penetrando en diversas ocasiones en sus territorios, eran considerados por éstos como una gran amenaza.

El reino medo así constituido se estructuraba en torno a una monarquía electiva, de acuerdo con una organización descentralizada propia de su reciente tradición tribal, y que estaba formalizada por la cohesión de las distintas tribus mediante lazos personales que vinculaban a sus dirigentes. Esto hacía que su estructura fuera mucho menos compacta que la de los imperios circundantes, como Asiria, Babilonia o Egipto, y al mismo tiempo permitía mantener rasgos de la autonomía anterior. La situación de las tribus persas, como la de otras poblaciones que fueron incorporadas, queda así caracterizada dentro del conjunto del Gran Reino de los medos: sometidas pero no dominadas. Ello se explica porque los medos no desarrollaron mecanismos que posibilitaran un gobierno directo a nivel local, sino que éste descansaba en gran medida en los jefes (príncipes) de las tribus unificadas, los cuales constituían el núcleo de la corte real. La capital, en la

*que se levantó el* palacio del rey, estaba situada en Ecbatana, donde la gran ruta comercial de Khorasán accede desde las montañas de los Zagros al altiplano árido y estepario.

El siguiente rey de los medos fue Ciaxares (624-585) que reorganizó el ejército siguiendo el modelo asirio y puso fin, derrotándolos, a las correrías de lcs escitas, aquellos nómadas que, procedentes de las estepas que al este del Dnieper se extienden hasta el Don, habían penetrado en el Próximo Oriente en donde se convirtieron en una fuerza hegemónica entre el 652 y el 625. Con Ciaxares al frente de la nación meda la expansión tribal dejó paso a la conquista sistemática. En el 614 Ciaxares sellaba su alianza con Nabopolasar de Babilonia sobre la destruida muralla de Assur, alianza que se reforzaba con el matrimonio de una princesa meda y el heredero al trono de Babilonia, Nabucodonosor, y que con la destrucción de Nínive dos años después ponía fin para siempre a la existencia del Imperio asirio. En el posterior reparto que siguió a tan importantes acontecimientos, los medos obtuvieron los territorios que antes habían sido de Asiria, así como las tierras montañosas al este del Tigris, y buscaron a partir de entonces una expansión por el norte en Anatolia. Allí, después de acabar con la independencia de Urartu, se enfrentaron con el reino de los lidios regido por Aliates, con quien por fin llegaron a una paz debido a un eclipse solar que interrumpió la batalla, y que ha permitido fechar los hechos en la primavera del 585, y gracias también a la mediación de Nabopolasar de Babilonia, con lo que la frontera entre ambos estados quedaba situada en el curso del río Halys.

Aquel mismo año se producía la muerte de Ciaxares, acontecimiento que señaló el final de la expansión de los medos. Sus conquistas no sólo les habían brindado la posesión en el oeste de muchos territorios que antes habían pertenecido a otras naciones del Próximo Oriente, sino que se extendieron también por el este, abarcando Partia e Hircania, las tierras de los iranios orientales. Ciaxares fue sucedido por Astiages (584-550), que disfrutó al igual que su padre de un prolongado reinado, durante el cual puso en marcha un programa de reformas del aparato del estado que sin duda suscitó el malestar de buena parte de la nobleza, la cual no se mostraba dispuesta a ceder sus prerrogativas en favor de una mayor centralización del reino. Hay quién opina (Osten: 1965, 58; Diakonoff: 1985, 143) que la posición influyente que otorgó a los Magos, sacerdotes tribales medos, contribuyó también a un mayor descontento, aunque parece que por otra parte fueron los propios Magos, cuya influencia entre la población meda era grande, quienes contribuyeron en gran parte a fomentarlo. Claro está que todo ello guarda relación con otra cuestión no menos compleja, como es la del carácter de la religión irania por aquel entonces y la incidencia en ella del zoroastrismo. Zoroastro (Zaratustra) fue un reformador religioso que vivió no se sabe muy bien cuando, aunque algunos textos

del Avesta, conjunto de libros en que los iranios encontraban referencia a su pasado, religión y cultura, sugieren un momento temprano en que los iranios, aún practicando una incipiente agricultura de oasis, viven esencialmente de la ganadería. Si los Magos representaban en su conjunto creencias pre-zoroastristas, como en general se ha venido sosteniendo hasta hace unos años, en su calidad de detentadores de la antigua tradición han podido ejercer su oposición a la política renovadora de Astiages. Si por el contrario eran zoroastristas podrían haberle apoyado, habida cuenta de la tendencia antiaristocrática de las primitivas enseñanzas de Zoroastro. La polémica no carece en absoluto de interés, aunque éste no sea el lugar más adecuado para desarrollarla, ya que el malestar interno provocado por Astiages habría de tener como consecuencia la desaparición de su reino, absorbido por los, hasta entonces vasallos, persas.

El reinado de Astiages, que fue un periodo de notoria estabilidad en el Próximo Oriente, llegó a su término con la sublevación de su nieto, Ciro II (el Grande), rey de las tribus persas, que contó desde un principio con la simpatía y el apoyo de buena parte de la nobleza meda, así como de los Magos, algunos de los cuales fueron ejecutados por orden del soberano. Después de un primer encuentro en que las tropas persas resultaron derrotadas, y tras una guerra prolongada con éxitos alternados, tuvo lugar la batalla decisiva en la que gran parte de los nobles medos se pasaron al bando de Ciro, a quién por cierto no se veía como un usurpador sino como un pretendiente al trono cuyos derechos venían reafirmados por su estirpe real y por haber nacido de una hija de Astiages.

### 9.1.2. Ciro el Grande: la unificación de los medos y los persas

El clan de Pasargada había sido el antiguo hogar tribal de la monarquía aqueménida persa. Teispes, el hijo de Aquemenes, había asentado a los persas definitivamente en la región de Anshan/Parsa. Después de él Ciro había conseguido ya la suficiente autonomía respecto a Elam como para declararse obediente a Asiria y evitar así el enfrentamiento con ella. Su sucesor, Cambises, extendió el territorio del reino persa incorporando parte de Elam. A pesar de su dependencia de los poderosos medos, el reino persa era cada vez más importante, lo que probablemente fue la causa del matrimonio de una hija del rey medo Astiages con Cambises, de donde nacería Ciro II, el futuro unificador de ambos reinos (Alvar, 1989: 47).

El reinado de Ciro II el Grande (558-530) marcó una profunda inflexión en la situación de estabilidad que durante algunos decenios había caracterizado el Próximo Oriente tras la desaparición del Imperio Asirio. A los pocos años de acceder al trono y apoyado por buena parte de la nobleza meda se sublevó contra la hegemonía de su abuelo Astiages, con el ocasión del conflicto suscitado por la posesión de Harran. La victoria de Ciro,

favorecida por los contingentes del ejército medo que se pasaron a su lado, y la conquista de Ecbatana, supusieron la unificación de todos los iranios en un único estado, que a partir de entonces dará muestras de una vitalidad expansiva impresionante.

Poco después de aquellos acontecimientos el ejercito iranio, tras apoderarse de Cilicia, atacaba el reino de Lidia, atravesando el curso del Halys, y Ciro se enfrentaba, derrotándolo, a Creso (a quien la leyenda ha hecho famoso por su riqueza y su mala fortuna). La anexión de Lidia fue seguida del sometimiento de las ciudades griegas de la Jonia. A continuación la hegemonía persa fue asegurada sobre las tribus del interior del altiplano iranio y del Asia central. De esta forma, se anexionó la región de los ríos Oxus y Yaxartes, al sureste del Mar de Aral, y subyugó a los partos que ocupaban las tierras al sureste del Mar Caspio. Más hacia el noreste consiguió la sumisión de Bactria, así como la de los territorios de Gandara y Aracosia, con lo que los límites del Imperio persa se establecían en la vecindad del valle del Indo. Luego Ciro se dirigió contra Babilonia que fue conquistada apenas sin lucha, como hemos visto, en el 539 y tratada con el máximo respeto, lo que le puso en contacto directo con los sistemas administrativos más refinados del Próximo Oriente.

Toda aquella impresionante expansión fue acometida con unos medios militares relativamente modestos para la envergadura de semejante empresa. A ello adyudó, sin ninguna duda, la fama de gran conquistador que precedía a Ciro, pero al mismo tiempo de hombre magnánimo y moderado. Tal fama no era gratuita. A diferencia de los tiempos en que Asiria campaba a sus anchas, las ciudades conquistadas no eran destruidas, los dioses y los cultos locales eran respetados, los vencidos tratados con benevolencia, y el Gran Rey respetaba, e incluso fomentaba, las tradiciones y las costumbres locales. La ocupación de Babilonia, uno de los ejemplos mejor conocido, puede servir para ilustrar lo que decimos. La ciudad y sus habitantes fueron respetados, los dioses permanecieron en sus templos, e incluso los de Asiria, que habían sido capturados por los medos, fueron devueltos. Ciro se proclamó sucesor de todos los reyes anteriores y restauró los santuarios, garantizando la celebración del culto en los mismos. Apenas conquistada, la vida en la ciudad recobraba su curso sin que se apreciaran más cambios significativos que la sustitución de un monarca por otro. La pacificación era en manos de Ciro un instrumento al servicio de la expansión de su Imperio y de la unidad del mismo (Roux: 1987, 405; Liverani: 1988, 920).

## 9.2. El Imperio persa

En apenas veinticinco años las conquistas de Ciro el Grande habían convertido a los persas en los detentadores del Imperio más extenso que

jamás se hubiera conocido en el antiguo Próximo Oriente. Un imperio multinacional como jamás se había visto, que unificaba regiones que en los siglos precedentes habían experimentado un diferente desarrollo socioeconómico y político, y en el cual, Babilonia y las ciudades fenicias continuaron gozando de prosperidad. Su hijo y sucesor, Cambises (529-522) que había reinado desde Sippar en Babilonia, proseguirá esta labor anexionándose Egipto, tras derrotar a Psamético III en el 525, y poco después Chipre. Pero su reinado fue muy corto, y a su muerte estalló en el seno del Imperio una lucha por el poder alentada por un tal Gaumata, impostor que se hacía pasar por el hermano menor de Cambises, ejecutado algún tiempo atrás por el rey, y que al poco fue derribado por Darío, un noble, este último, que pertenecía a una de las ramas colaterales de la dinastía aqueménida (Alvar, 1989: 49). Su encumbramiento supuso la consolidación del Imperio persa en el plano interno, de la misma manera que el de sus predecesores había traído la expansión en el externo.

### 9.2.1. Darío y la reestructuración del Imperio persa

Tras dos años de desordenes entre los que destacan las revueltas de Babilonia y Egipto, que se unieron a quienes en Media y Persia no reconocían su autoridad, Darío (522-486) se encontró al fin en disposición de dominar la situación del Imperio y acometer la reorganización de todo el aparato administrativo, para que sirviera de eficaz instrumento, asegurando el gobierno de los vastos territorics comprendidos en sus dominios. El estado adquirió una estructura territorial al quedar dividido el Imperio en satrapías, extensas circunscripciones que constituían verdaderas unidades culturales y económicas y que gozaban de amplia autonomía, estando obligadas a satisfacer tributo y a contribuir con contingentes militares. Se acometió igualmente una reforma fiscal y tributaria que fue culminada por la difusión de la moneda que poco antes había hecho su aparición en Lidia y las ciudades griegas de la Jonia. La moneda y el sistema ponderal oficial se sobrepusieron, sin eliminarlos, a lcs medios de pago y los sistemas de pesas y medidas locales, lo que no es sino una manifestación más del equilibrio conseguido por Darío, entre la autonomía de las satrapías y el carácter autocrático del gobierno central. Las comunicaciones fueron mejoradas en todo el Imperio y se puso en marcha un sistema de postas y veloces correos a caballo que en todo momento tenían informado al Gran Rey de aquello que ocurría en las distintas y heterogéneas regiones que componían su dominios.

Semejante reforma administrativa parece demasiado amplia como para haber obedecido a los designios de un único promotor. Es bastante probable, por tanto, que algunos de sus elementos hayan sido anteriores al

reinado de Darío, introducidos por Ciro o Cambises o procedentes de la previa experiencia de los medos. No hay que olvidar, que los persas habían mantenido un contacto muy estrecho con Elam, un reino urbano y un estado sofisticado de acuerdo a los modelos en uso desde los mismos inicios de la Historia en el Próximo Oriente. Los medos por su parte habían mantenido un frecuente contacto, aunque de signo hostil, con Asiria, así como con Urartu y otros reinos y estados menores, como el reino de Mana. Por todas aquellas vías podía haber llegado la influencia y los conocimientos sobre las prácticas necesarias para la consolidación interna de un Imperio tan extenso y de contenido tan variado como el de los persas, si bien los entendidos parecen admitir una influencia más directa originaria de Elam y Asiria.

En cualquier caso, no cabe duda de que Darío acometió la gran labor de la sistematización definitiva del Imperio, aunque los elementos que utilizara no fueran siempre fruto de su innovación. Pero no se contentó sólo con ello, así que la actividad militar y las conquistas, sin llegar a alcanzar la intensidad ni la extensión de las de sus antecesores en el trono, ocuparon también un lugar destacado en su reinado. En los últimos veinte años del siglo VI fueron anexionadas Tracia y las islas del Egeo, Libia y Nubia, parte del valle del Indo y las estepas septentrionales recorridas por los escitas. El viejo sueño y la antigua ambición del imperio universal, alentados por tantos monarcas en el pasado, cuya ideología había sido heredada por los persas de sus vecinos mesopotámicos, parecían por fin alcanzados.

El reinado de Darío se vio también ensombrecido por algunos acontecimientos que ponían de manifiesto que no todo el mundo estaba dispuesto a aceptar la autoridad del Imperio. Las ciudades griegas de la Jonia, que habían mantenido unas excelentes y fructíferas relaciones con el reino de Lidia, se sublevaron en el 499 descontentas de su mala situación económica que se veía agrabada por la carga tributaria, y por soportar la presencia de los tiranos/gobernadores adictos al Gran Rey. En tiempos de Ciro y de Cambises no se había modificado apenas el trato que los griegos antes habían recibido de los lidios, pero con Darío los tributos se hicieron más pesados y les fueron impuestas guarniciones al servicio de los tiranos que ahora sostenían los persas. Además, a diferencia de los lidios, los persas no miraban tanto hacia Occidente como hacia Asia, lo que confería a las ciudades griegas de la Jonia una posición periférica en lugar de la anterior situación de intermediarias entre el Asia Menor y Grecia, contribuyendo con ello a las dificultades económicas (Nenci: 1981, 16). La revuelta jónica, alimentada por un sentimiento antipersa que exaltaba la libertad helénica frente a los despotismos de los «bárbaros», se extendió rápidamente por todo el Asia Menor, y la ayuda, aunque modesta, prestada por Atenas y Eretria pareció proporcionar el empuje necesario para realizar una acción rápida en el corazón de la satrapía de Lidia. No obstante, pese a la inicial

lentitud de la movilización persa contra la revuelta, al incendio de Sardes en el 498 por los sublevados siguió inmediatamente una derrota de las fuerzas griegas ante Efeso, tras lo cual los atenienses se retiraron abandonando a los rebeldes de Jonia a su destino. La violenta represión desatada por Darío, con destrucciones y deportaciones masivas, puso fin a la revuelta en el 493, y las represalias posteriores tomadas contra Grecia, y particularmente contra Atenas, que conocemos con el nombre de Primera Guerra Médica, si bien fracasaron en el 492 a causa de una tempestad, y en los años siguientes por la victoria ateniense en Maratón, ponían bien a las claras cuál había sido su impacto en el Imperio persa.

Los esfuerzos de Darío contra Grecia se vieron entorpecidos, no obstante, por la revuelta que en la satrapía de Egipto se originó en el 487 entre la población del delta del Nilo, agobiada por las cargas militares y el malestar y descontento general. Egipto había sido desde un principio una de las satrapías más inquietas del Imperio, en donde los sentimientos y actitudes antipersas habían arraigado más fuertemente en una contestación de signo nacionalista, que ya se había manifestado en los comienzos mismos del reinado de Darío. Poco después el Gran rey fallecía sin haber podido someter a los altivos griegos y a los díscolos egipcios.

### 9.2.2. Jerjes y las guerras contra los griegos

A la muerte de Darío tuvo lugar una serie de alzamientos que volvían a convertir en muy delicada la situación del Imperio. Estallaron entonces disputas por el trono y sublevaciones en algunas satrapías, si bien el consejo de la nobleza imperial confirmo a Jerjes (486-465) como Gran Rey según la designación de aquel. La revuelta egipcia fue pronto aplastada por éste, pero la sublevación también había prendido en Babilonia y Judea. Reprimidas a sangre y fuego las revueltas, Jerjes se dedicó a preparar la gran campaña contra los griegos de ultramar que no había podido culminar su padre. Como hemos heredado el punto de vista de los griegos sobre la base de sus relatos de los acontecimientos, tendemos a magnificar el significado histórico de aquel desigual enfrentamiento. Pero si bien es cierto que para la posterior evolución de Grecia, y sobre todo de Atenas que fue la que obtuvo más beneficios del resultado victorioso de la contienda, los hechos fueron de gran importancia, las repercusiones fueron mucho menores en lo que al ámbito persa concierne. En el 480 Jerjes cruzaba el Helesponto a la cabeza de un impresionante ejército, pero al poco tuvo que contemplar la destrucción de gran parte de su flota en Salamina. Al siguiente año el contingente espartano derrotaba a los persas en Platea y los expulsaba de Grecia, aniquilando a continuación una tras otra las guarniciones que aquellos mantenían en Tracia. A partir de entonces la interven-

ción persa en la Hélade cada vez apostará menos por las medidas militares y más por el juego de las intrigas, la corrupción y el soborno, ingredientes que fueron alentados por las frecuentes disputas que enfrentaron a los griegos entre sí. La intervención militar fue de esta forma sustituida por otros métodos, más prácticos, menos costosos y no menos eficaces, pero los persas no dejaron de intervenir nunca en los asuntos internos de la Hélade.

Tras la muerte de Jerjes, que pereció asesinado víctima de una conjura de palacio, se desataron otra vez las intrigas y las discordias. Al final accedió al trono Artajerjes (464-425) que hubo de enfrentarse a una revuelta dinástica en la satrapía de Bactria, y tuvo que reprimir una nueva insurrección en Egipto apoyada militarmente por Atenas. En aquella ocasión la situación alcanzó cotas de enorme gravedad y después de la derrota de las tropas persas en el 460 Artajerjes no estuvo en condiciones de dominar nuevamente Egipto hasta seis años después. En el 449 se concluía la paz con Atenas, renunciando ésta a toda pretensión sobre Chipre así como a prestar cualquier tipo de apoyo a los rebeldes, al tiempo que los persas se comprometían a respetar la autonomía de las ciudades de la Jonia que, tras haber sido expulsada la flota persa-fenicia del Egeo, se habían desligado del Imperio. Ello no significó, sin embargo, el fin de las intromisiones de los persas en las contiendas que se dirimían en la Hélade, y el hecho de que atenienses y espartanos aceptasen su oro sin reparos es testimonio de la inexistencia por aquellas fechas de una conducta panhelénica práctica, que tantas veces se ha revindicado.

Deseoso de asegurar la estabilidad del Imperio, Artajerjes promovió una reorganización administrativa por la que se reducía el número de satrapías, que por aquel entonces eran veinte, a una docena, situando al frente de las más lejanas u originales, no a miembros de la propia familia real, como se había hecho por lo general hasta entonces, sino a elementos procedentes de las élites locales, aristócratas o sacerdotes, de los que merced a su encumbramiento se podía esperar una actitud filo-persa. Se pretendía con ello no sólo reducir los gastos de la administración imperial, sino, en un mismo terreno práctico, eliminar, o al menos disminuir, gran parte de la inestabilidad interna que había caracterizado al Imperio, protagonizada en diversas ocasiones por pretendientes al trono emparentados con el Gran Rey, que hallaban en este parentesco una legitimación a sus aspiraciones y en el gobierno de una satrapía la base material que necesitaban para defenderlas. En las ciudades fenicias sus reyes o aristócratas, en Judea el gran sacerdote, los tiranos en las ciudades griegas de la Jonia, incluso en Egipto el gran sacerdote que dirigía el templo y la administración en Heliópolis emitía, como si de un monarca se tratara, monedas con su nombre. No obstante, a la larga una medida como aquella no hará sino actuar en sentido contrario al pretendido por Artajerjes, favoreciendo

la autonomía de los sátrapas, que establecieron verdadereras líneas de sucesión dinástica en sus demarcaciones, manteniendo una fidelidad que en muchos casos no era sino puramente nominal hacia su soberano. Como antes, todas las satrapías estaban obligadas a satisfacer el tributo, siendo la de Babilonia, que junto con Asiria formaba la novena satrapía, la más duramente gravada, ya que, además de soportar el tributo más elevado de todo el Imperio (1.000 talentos), nutría la caballería real, debía ofrecer cien jóvenes eunucos y alimentar, pues era residencia de invierno, al rey y su corte durante la tercera parte del año. Además Babilonia se había visto seriamente perjudicada por la pérdida de los territorios situados al oeste del Eúfrates, que se desgajaron en tiempos de Jerjes, con lo que el comercio de las ciudades fenicias ya no la beneficiaba, se encontraba situada al margen de la principal ruta del Imperio que desde Susa a Sardes corría al pie de los Zagros, y tampoco tenía acceso al comercio oriental controlado por los persas. Aún así no sería una de las satrapías más conflictivas del Imperio.

En el centro de todo el dispositivo, Persia quedaba al margen del sistema y estaba exenta del tributo que, sumando las aportaciones de todas las satrapías, ascendía anualmente a un montante de 10.000 talentos, unas trescientas toneladas de plata, a lo que hay que añadir las entregas en productos naturales, configurándose como un centro imperial devorador que se nutría de una extensa periferia, que, sin embargo, ganaba progresivamente en fuerza y capacidad de maniobra, al margen de las decisiones del trono.

### 9.2.3. La decadencia del Imperio persa

Una vez más las intrigas sacudieron el trono a la muerte de Artajerjes, siendo Dario II (424-404), quien consiguió imponerse definitivamente tras eliminar a sus hermanos. Su reinado estuvo marcado por la creciente decadencia del poder central y la autonomía cada vez mayor de los sátrapas. En Grecia la intervención persa, ejercida a través del sátrapa Tisafernes de Lidia, no hacia sino aumentar y apostaba decididamente por Esparta, ya que ésta no poseía intereses en el Asia menor, y ello fue la causa de que a finales de siglo los espartanos se impusieran a los atenienses ganando la Guerra del Peloponeso. La libertad de las ciudades griegas en la Jonia desapareció definitivamente y no sería restaurada hasta la conquista de Alejandro.

En otros lugares del Imperio la situación no era tan favorable. La satrapía de Egipto se sublevó de nuevo en el 405 y esta vez permaneció independiente durante casi cincuenta años, pero en la misma fecha se producía una revuelta en Media que requirió la presencia personal del rey que

moría un año después. Nuevamente la sedición y las luchas fratricidas entre los pretendientes marcaron el tono de la sucesión. En el 401 Artajerjes II se impuso sobre su hermano Ciro, que contaba con el apoyo de una nutrida tropa de mercenarios griegos, y comenzaba así un reinado que estuvo salpicado por las calamidades. Un año después las ciudades de Jonia se sublevaban apoyadas por Esparta, mientras Egipto, todavía independiente, imponía su autoridad sobre Palestina. El rey Evágoras de Chipre y Atenas se sumaron finalmente a la entente anti-persa. Con la paz firmada en Susa el 386 el Imperio conservaba su control sobre el Asia Menor y Chipre, pero un intento militar de recuperar Egipto fracasó un año después, si bien Fenicia y Palestina pasaron otra vez a la órbita persa. Nuevamente aquella región occidental era escenario de tensiones similares a las que había venido soportando, con intervalos más o menos largos, desde mediados del segundo milenio, cuando Mitanni primero y el Imperio hitita después se enfrentaron desde Oriente a las pretensiones de Egipto sobre aquella parte de Asia. Un nuevo ataque contra Egipto, dirigido por Farnabazos, sátrapa de Frigia, fracasó en el 374.

Pero ahora Artajerjes II no estaba en condiciones de dedicarle toda la atención que requería, ya que la situación interna de su Imperio era cada vez más delicada. La descentralización del mismo parecía un fenómeno irreversible; Bitinia y Caria eran gobernadas por sendas dinastías locales. Los sátrapas no solo gozaban de una total capacidad de acción en la práctica sino que, siendo cada vez más poderosos, se volvieron contra el poder central, muy debilitado por las intrigas de harén, a las que no era ajena la propia reina madre, Parisátide, que ya se había opuesto a Artajerjes II apoyándo a su hermano Ciro en el conflicto de sucesión, y que le valieron finalmente el destierro en Babilonia. Entre el 366 y 360 una gran revuelta, apoyada por los griegos y Egipto, azotó las satrapías occidentales a excepción de la de Lidia, poniendo en peligro la propia existencia del Imperio.

Tras su muerte en el 358 le sucedió su hijo Artajerjes III (357-338) que tuvo algo más de éxito que su padre. Los griegos (atenienses y tebanos) fueron derrotados y obligados a suspender su ayuda a los sátrapas sublevados en Asia Menor. El declive del Imperio había favorecido una mayor independencia de las ciudades fenicias, con Sidón a la cabeza, que aproximaban ahora sus posiciones políticas a las de los griegos y egipcios. De hecho el rey de Sidón, Abdastart, marcaba los trazos de una política exterior propia y enfrentada a los intereses del Gran Rey. Por último estalló la revuelta en la zona; Artajerjes se apoderó de los puertos fenicios que se habían aliado con Egipto, destruyó Sidón y finalmente atacó con dos ejércitos al país del Nilo que claudicó en el 343. Con la conquista de Egipto, la satrapía más rebelde de todas, y el control de la revuelta en el Asia menor, el Imperio se hallaba de nuevo unificado y en calma. Temeroso del

poder que mientras tanto estaba adquiriendo Macedonia con Filipo II, padre de Alejandro, el Gran Rey decidió apoyar a las facciones antimacedónicas que estaban surgiendo en Grecia, pero murió al cabo de pocos años víctima de una conjura de palacio. Tras su desaparición en trono estuvo ocupado durante breve tiempo por Oarses, un títere impuesto por el auténtico hombre fuerte del harén real, el eunuco Bagoas, quien finalmente decidió eliminarlo y sustituirlo por el sàtrapa de Armenia, Darío, nacido de una línea colateral de la realeza. Todo ello es muestra una vez más del oscuro enfrentamiento de intereses que minaba la posición del trono del Imperio.

### 9.2.4. Darío III y la conquista de Alejandro

Darío III tuvo un corto reinado. El último de los aqueménidas hubo de enfrentarse a la expedición del Gran Alejandro que cruzó el Helesponto en el 334. La unión impuesta a los griegos por los macedonios hacía posible el enfrentamiento con los persas en su propio terreno, y en el breve plazo de cuatro años había derrotado al Gran Rey y le había arrebatado la mayor parte de su Imperio. La situación interna de éste, acosado por fuerzas centrífugas (nacionalismos, independencia administrativa, malestar social) que aceleraban su descentralización, fue, junto con el propio genio militar de Alejandro, corresponsable de su rápido y fácil avance, en el que por lo general fue recibido como un «libertador». Alejandro no hizo sino aprovechar tal circunstancia para asestar un golpe definitivo a un gigante de apariencia imponente pero moribundo. Y al declararse heredero de Darío III, en cuanto a su derecho a ocupar el trono persa, recogía también en gran medida la herencia de aquella fragilidad, por más que los gobernantes iranios hubieran sido sustituidos por macedonios, como hubo de ponerse trágicamente de manifiesto tras su muerte en Babilonia en el 223. El Próximo Oriente pasó entonces, tras bastantes luchas y no pocas vicisitudes, a manos de uno de los oficiales de Alejandro que había recibido el gobierno de la satrapía de Babilonia, Seleuco, fundador de la dinastía de los Seléucidas, enfrentados (como siempre) a los Ptolomeos Lágidas de Egipto, y así habría de permanecer hasta la posterior intervención romana contra Antíoco III y su conquista definitiva por Pompeyo en los últimos tiempos de la República de Roma que se convertía en el mayor y más duradero Imperio que conoció el mundo antiguo.

# 10. Apéndice: Selección de textos

## Texto 1.

### Guerras del dinástico arcaico (cilindro de arcilla procedente de Lagash)

"Enlil, rey de todos los países, padre de todos los dioses, en su decreto inquebrantable había delimitado la frontera entre Ningirsu y Sahara. Mesalim, rey de Kish, la trazó bajo la inspiración del dios Satarán y erigió una estela en ese lugar. Pero Ush, el rey de Umma, violando a la vez la decisión divina y la promesa humana, arrancó la estela de la frontera y penetró en la llanura de Lagash.

Entonces, Nigirsu, el campeón de Enlil, siguiendo las indicaciones de éste último, declaró la guerra a las gentes de Umma. Por orden de Enlil, lanzó sobre ellas la Gran Red y amontonó en la llanura, aquí y allá, sus esqueletos. Después de lo cual, Eannatum, rey de Lagash, tío de Entemena, ishakku de Lagash delimitó la frontera de acuerdo con Enakalli, el rey de Umma; hizo pasar el foso del canal de Idnun a la llanura de Guedinna; a lo largo de este foso colocó varias estelas inscritas; volvió a colocar en su lugar la estela de Mesalim. Pero se abstuvo de penetrar en la llanura de Umma. Edificó entonces en este lugar la imdubba de Nigirsu, el Namnuda-Kigarra, así como la capilla de Enlil, la capilla de Ninhursag, la capilla de Ningirsu y la capilla de Utu.

Además, a consecuencia de la delimitación, los ummaítas pudieron comer la cebada de la diosa Nanshe y la cebada de Ningirsu hasta un total de un karu por cada uno y a título de interés únicamente. Eannatum les impuso

un tributo y, de esta manera se procuró unos ingresos de 144.000 karus grandes.

Como quiera que esta cebada no fue entregada; que Ur-Lumma, el rey de Umma, había privado de agua el foso frontera de Ningirsu y el foso frontera de Nanshe; que había arrancado y quemado las estelas; que había destruido los santuarios de los dioses, en otro tiempo erigidos en el Namnundakigarra, obtenido la ayuda de países extranjeros; y, finalmente, cruzado el foso-frontera de Ningirsu, Enannatum combatió contra él en el Ganaugigga, donde se encuentran los campos y las huertas de Ningirsu, y Entemena, el hijo bien amado de Enannatum, le derrotó".

(Trad.: *Kramer*)

## Comentario de texto

Los acontecimientos que leemos en el texto ocurrieron en torno al 2450-2425 en el sur de Mesopotamia, el país de Sumer, cuyo territorio se encontraba repartido entre distintos pequeños reinos y principados urbanos, y recorrido por canales que aprovechando las aguas del Eúfrates y el Tigris, permitían la agricultura de irrigación, uno de los pilares sobre los que se alzaron las sociedades complejas en esta parte del mundo.

El texto narra una secuencia de los conflictos fronterizos entre las ciudades-reino sumerias de Lagash y Umma durante el llamado periodo Dinástico Arcaico, con el cual comienza, precisamente, la historia del Próximo Oriente, ya que es durante el mismo cuando aparecerán los primeros textos escritos puramente históricos, las inscripciones reales, a las que más tarde se suman crónicas y listados dinásticos. Una de las características de este periodo es, precisamente, el encumbramiento definitivo de la realeza frente a la jerarquía sacerdotal, pasando el poder político del templo al palacio, que arquitectónicamente se suma al paisaje urbano monumental, quedando los santuarios, eso sí, dotados de una esencial importancia, como antes, al frente de la actividad económica. El texto que comentamos ilustra muy bien este último punto. Aunque el templo pierde su papel político, conserva su importancia económica; de hecho funcionan como grandes unidades de producción que poseen tierras, almacenes, talleres y personal subalterno y dependiente. El templo es protegido como tal por el soberano que asume la función de gran construtor de capillas y santuarios, como hace Eannatum, cuyo nombre significa "digno de el E-anna" (el templo de la diosa Innana en Lagash), tras su victoria sobre Umma. Pero el monarca, como la mayoría de los reyes sumerios, es tam-

bién constructor de los canales que llevan el agua a los campos y de los fosos que protegen el territorio de su ciudad. Todo ello será uno de los rasgos relevates de la posterior realeza en el Próximo Oriente.

El Dinástico Arcaico fue, de hecho, una época conflictiva, en que los distintos principados y pequeños reinos sumerios pugnaron frecuentemente entre sí. Estos conflictos aparecen ideologizados mediante un mensaje simbólico que los presenta ante la población como el resultado de un enfrentamiento entre los dioses (en nuestro texto Ningirsu de Lagash contra Sahara de Umma), confirmando el papel de la religión como sustentadora del aparato y el funcionamiento del estado. Su origen, como es el caso que nos ocupa, parece radicar muchas veces en cuestiones territoriales, disputas sobre las lindes de tal o cual territorio, la llanura de Guedinna en este caso, que enfrentan, en un clima de rivalidad, a distintas ciudades sumerias. Pero el problema territorial, que sin duda es cierto, no debe interpretarse sólo como una cuestión de sobrepoblación y falta de tierras, aunque también es verdad que la población había aumentado mucho durante este periodo y que las ciudades crecieron bastante. Con todo, no debemos olvidar que la guerra se plantea como un conflicto contra un enemigo exterior, al que siempre se le caracteriza como el agresor (lo que en el texto que comentamos, que expone el punto de vista de Lagash, se aprecia claramente), con el fin de reconducir las tensiones internas que en el seno de cada comunidad habla originado la eclosión de un grupo social dominante representado por la realeza y la administración de los palacios y los templos, y como un medio de conseguir riqueza mediante el expolio o el tributo que se impone a los vencidos, como hace Eannatum con las gentes de Umma, lo que también era una forma de aumentar el poder del rey.

Tales conflictos territoriales parece que se inscriben en un marco más amplio de luchas por la hegemonía, con la aparición de sucesivas alianzas y coaliciones, como la que Umma organiza en su torno para enfrentarse a su rival Lagash, que incluso incluye fuerzas que los sumerios consideran extranjeras, posiblemente Mari o Elam. En tal contexto sabemos que algunas ciudades sumerias actuaban como árbitros de la contienda, caso de Kish cuyo rey Mesalim ya había intervenido en el conflicto que desde tiempo atrás venía enfrentando a Lagash con Umma, debido, no tanto a su poderío militar, como a su importancia económica de cara sobre todo al control de las rutas comerciales y a su prestigio político e histórico. Finalmente, a pesar de los diversos éxitos de Lagash sobre Umma, ésta habría de imponerse al finales de este periodo sobre su rival y el resto de las ciudades sumerias. Su rey Lugalzaguesi se apoderaría primero de Lagash, y luego de Uruk, Ur y el resto de Sumer, dando fin, poco antes de la llegada de Sargón el acadio, a las restantes pretensiones de hegemonía.

## Otros textos para comentar

## Texto n.º 2.

a) Poema sumerio del diluvio y b) Lista Real sumeria (fragmentos).

a) «Cuando la sublime tiara y el trono real hubieron descendido del cielo,
cumplió con los ritos y las sublimes leyes divinas...
Fundó las cinco ciudades en... lugares consagrados;
pronunció sus nombres e hizo de ellos centros de culto.
La primera de estas ciudades, Eridu, la dio a Nudimmud, el Jefe;
la segunda, Badtibira, la dio a ...
la tercera, Larak, la dio a Endurbilhursag;
la cuarta, Sippar, la dio a Utu, el Héroe;
la quinta, Shurupak, la dio a Sud.
...Ziusudra, de pie a su lado escuchó.
«Mantente cerca de la muralla a mi izquierda...
cerca de la muralla te hablaré, escucha lo que te diré;
presta oido a mis instrucciones:
Por nuestro... un Diluvio va a inundar los centros de culto
para destruir la simiente de la Humanidad...
Tal es la decisión, el decreto de la asamblea de los dioses"

b) «El diluvio tuvo lugar. Tras el diluvio (todo) quedó nivelado. Y después de que el diluvio tuvo lugar, la realeza descendió del cielo. Y la realeza se estableció en Kish».

(Trad.: *Kramer-Langdon*)

- Origenes de Sumer.
- Legitimación de la monarquía sumeria.

## Texto nº 3.

La leyenda de Sargón.
«Sargón, el soberano potente, rey de Agadé, soy yo.
Mi madre era una sacerdotisa, a mi padre no conocí.
Los hermanos de mi padre amaron las colinas.
Mi ciudad es Azupiranu, situada en las orillas del Eufrates.
Mi sacerdotisa madre me concibió, en secreto me dio a luz.

me puso en una cesta de juncos, con pez selló mi tapadera.
Me lanzó al río que no se levantó sobre mí.
El río me arrastró y me llevó a Akki, el aguador.
Akki, el aguador, me sacó cuando hundía su pozal.
Akki, el aguador, me aceptó por hijo suyo y me crió.
Akki, el aguador, me nombró su jardinero.
Mientras era jardinero, Ishtar me otorgó su amor,
Y durante cuatro y (...) año ejercí la realeza.
El pueblo de los cabezas negras regí,
Poderosos montes con azuelas de bronce conquisté,
Las sierras superiores escalé,
Las sierras inferiores atravesé,
Las tierras del mar tres veces recorrí.
Dilmún mi mano capturó.

(Trad: *Kramer*)

– Conquistas de Sargón de Akkad.
– Significado del Imperio acadio.

## Texto n.° 4.

Oración hitita del siglo XIV (ANET, 3, p. 396):
«En tiempos antiguos el país de Hatti
con la ayuda de la diosa-sol de Arinna,
acostumbraba a capturar los países vecinos como un león.
Es así que destruyó ciudades como Alepo y Babilonia,
trajo riquezas de todos estos países,
oro y plata, junto con sus dioses,
y los colocó ante el altar de la diosa-sol de Arinna».

(Trad.: *Goetze*)

– Política exterior del Reino Hitita Antiguo.
– Final del período paleobabilónico.

## Texto n.° 5.

«Epopeya de Tukulti-Ninurta» (ARAB, I, p. 61, párr. 145).
«Con la ayuda de los dioses Assur, Enlil y Shamash
los grandes dioses, mis señores,

y con la ayuda de Istar, señora del Cielo y los Infiernos,
que marchó a la cabeza de mi ejército,
obligué a Kashtiliash, rey de Karduniash a librar batalla.
Derroté a su ejército y diezmé sus tropas.
En medio del combate capturé a Kashtiliash, rey de los kassitas,
y su real cuello lo tuve a mis pies como el de un cordero.
Amarrado lo llevé ante Assur, mi señor.
Me convertí en señor de todo Sumer y Akkad
y fijé las fronteras de mi país en el Mar inferior, donde el sol nace".

(Trad.: *Luckenbill*)

– Renacimiento de Asiria
– Guerras entre Asiria y Babilonia.

## Texto n.° 6.

Inscripción de Assurbanipal (ANET, 294).
«En mi primera campaña marché contra Egipto y Etiopia.
Taharka, rey de Egipto y Nubia, a quien Asarhadón, rey de Asiria,
mi propio padre, había derrotado y en cuyo país él mismo había gobernado, este mismo Taharka olvidó su temor a Assur, Ishtar y los otros grandes dioses, mis señores, y puso su pie sobre su poder.
Se revolvió contra los reyes y regentes que mi padre había apoyado en Egipto.
Entró en Menfis y fijó allí su residencia, la ciudad que mi propio padre
había conquistado e incorporado al territorio de Asiria.
Un correo urgente llegó a Nínive a relatármelo.

(Trad.: *Oppenheim*)

– Antecedentes históricos
– La dominación asiria de Egipto.

## Texto n.° 7.

Incripción de Ciro II (ANET, 315).
«Soy Ciro, rey del mundo, gran soberano,
monarca legítimo rey de Babilonia, rey de Sumer y Akkad,
rey de las cuatro lindes del mundo,

hijo de Cambises, gran soberano, rey de Anshan,
nieto de Ciro, rey de Anshan, descendiente de Teispes,
gran soberano, rey de Anshan,
de una familia que siempre poseyó realeza;
cuyo dominio aman Bel y Namu,
a quien ellos quieren por rey porque complace su corazón:
Cuando entré en Babilonia como amigo
y establecí la sede de gobierno en el palacio del gobernante,
en medio de júbilo y regocijo, Marduk, el gran señor,
indujo a los habitantes de Babilonia a amarme,
y yo procuré reverenciarlo a diario.
Mis numerosas tropas anduvieron por Babilonia en paz.
No permití que nadie aterrorizara lugar alguno del país de Sumer y Akkad.
Me esforcé por la paz en Babilonia
y en todas las ciudades sagradas».

– Génesis de la monarquía persa.
– Caracter de la dominación persa en Mesopotamia.

# Bibliografía


## I. Obras de caracter introductorio

Amiet, P. (1977), *Les civilisatons antiques du Proche-Orient*, Paris (PUF).
Cleator, P.E. (1986), *Los lenguajes perdidos*, Barcelona (Orbis).
Cottrell, L. (1987), *Mesopotamia, la tierra de los dos ríos*, México (J. Mortiz).
— (ed.) (1984), *Historia de las civilizaciones antiguas*, Vol. 1: *Egipto y Próximo Oriente*, Barcelona (Crítica).
Hogarth, D.G. (1981), *El Antiguo Oriente*, México (F.C.E.).
Roaf, M. (1991) *Atlas de la Mesopotamie et du Proche-Orient Ancien* (Brepols).

## II. Obras de carácter general

Alfred, C. (1976), Los egipcios», Madrid (Círculo de Amigos de la Historia).
Arnaud, D. (1970), *Le Proche-Orient Ancient. De l'invention de l'ecriture a l'hellenisation*, Paris (Bordas).
Alvar, J. (1992), «El Próximo Oriente Asiático», en *Manual de Historia Universal*, Vol. 2: *Historia Antigua*, Madrid (H.ª 16), pp. 49-141.
Aubet, M.ª E., Lull, V., Sanahuja, E. Y. Folch, D. (1991), *Orígenes del hombre y de la civilización* (H.ª Univ., Vol. 1), Barcelona (PLaneta).
Caquot, A. (1991), *Los semitas, en: Las primeras civilizaciones. De los despotismos orientales a la ciudad griega* (dirigido por P. Leveque), Madrid (Akal), pp. 503-511.

Cassin, E., Bottero, J. y Vercouter, J. (1972), *Los Imperios del Antiguo Oriente*, 2 vols. Madrid (Siglo XXI).
Damaville, J. y Grelois, J. P. (1991), *Los Hititas hasta el final del Imperio*, en: *Las primeras civilizaciones*, pp. 292-389.
Garelli, P. (1974), *El Próximo Oriente Asiático. Desde los orígenes hasta las invasiones de los Pueblos del Mar*, Barcelona (Labor).
Garelli, P. y Nikiprowetzky, V. (1977), *El Próximo Oriente Asiático. Los imperios mesopotámicos*. Israel, Barcelona (Labor).
Glassner, J. J. (1991), *Mesopotamia hasta las invasiones arameas del fin del II milenio en Las primeras civilizaciones*, pp. 183-290.
Liverani, M. (1988), *Antico Oriente. Storia, società, economia*, Roma-Bari (Laterza).
Klima, J. (1980), *Sociedad y cultura en la antigua Mesopotamia*, Madrid (Akal).
Moscati, S. (1960), *Las antiguas civilizaciones semíticas*, Barcelona (Garriga).
Pirenne, J. (1976), *Civilizaciones antiguas*, Barcelona (Caralt).
Roux, G. (1987) *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Madrid (Akal).
Schmökel, H. (1965), *Ur, Asur y Babilonia. Tres milenios de cultura en Mesopotamia*, Madrid (Ediciones Castilla).
V.V. A.A. (1976), *El alba de la civilización. Sociedad, economía y pensamiento en el Próximo Oriente Antiguo* (coordinado y dirigida por S. Moscati), Madrid (Cristiandad).
— (1971-1975), *The Cambridge Ancient History*, vols. I y II, Cambridge (C. Univ. Press).

## III Fuentes

García Cordero, M. (1977), *La Biblia y el legado del Antiguo Oriente*, Madrid (B.A.C.).
Lara F. (1980), *Poema de Gilgamesh*, Madrid (Edit. Nacional).
Pritchard, J. B. (1966), *La sabiduría del Antiguo Oriente*, Madrid (Garriga).
Sollbeger, E. y Kupper, J.-R. (1971), *Inscriptions royales sumeriennes et akkadiennes*, Paris (Editions du Cerf).

## IV. Monografías y trabajos de carácter específico

### a) Primera parte (capítulos 1, 2 y 3)

Adams, R., Mc (1966), *The Evolution of Urban Society*, Chicago (Aldine).

Binford, L. R. (1968), *Post-Pleistocene adaptations: New Perspectives in archaeology* (S. R. Binford y S. Binford, eds.), Chicago, pp. 314-341.
Boserup, E. (1967), *Las condiciones de desarrollo de la agricultura*, Barcelona (Tecnos).
Blumler, M. A. y Byrne, R. (1991), *The Ecological Genetics of Domestication and the Origins of Agriculture*: Current Anthropology, 32, pp. 23-54.
Braidwood, R. J. (1958), *Near Eastern Prehistory*: *Science*, vol. 127, pp. 1419-1430 c.
— (1960), *The agricultural revolution*: *Scientific American*, 203, pp. 130-152.
Carneiro, R. L. (1970,) *A Theory of the Origin of the State*: *Science*, 169, pp. 733-38.
Claessen, H. J. M. (1984), *The Internal Dinamics of the Early State*: *Current Anthropology*, 25, 4, pp. 365-379.
Childe, V. G. (1954), *Los orígenes de la civilización*, Madrid (F.C.E.).
— (1973a), «The Urban Revolution»: *Contemporary Archaeology* (Leone, ed.), Carbondale (Southern Illinois University Press), pp. 43-51.
— (1973b) *La evolución social*, Madrid (Alianza).
Cohen, M. N. (1981), *La crisis alimentaria de la prehistoria. La superpoblación y los orígenes de la agricultura*, Madrid (Alianza).
Flannery, K. V. (1969), «Origins and ecological effects of early domestication in Iran and the Near East:» *The domestication of plants and animals* (Ucko y Dimbleby, eds.), Chicago, pp.
— (1972) «The origins of the village as a settlement type in Mesoamerica and the Near East: a comparative study»: *Man, Settlement and Urbanism* (Ucko, Dimbleby y Tringham, eds.), Londres (Duckworth), pp. 23-53.
— (1975) *La evolución cultural de las civilizaciones*, Barcelona (Anagrama).
Fried, M. H. (1974), «On the evolution of social stratification and the State»: *The Rise and Fall of Civilizations* (Lamberg-Karlovsky y Sabloff, eds.), pp. 26-40.
— (1978), «The State, the Chicken and the Egg, or What Came First:» *The Origins of the State: Anthropology of Political Evolucion* (Cohen y Service, eds.), Filadelfia, pp. 35-47.
Godelier, M. (1977), *Sobre el modo de producción asiatico*, Barcelona (Martinez Roca).
Harris, M. (1978), *Caníbales y reyes. Los orígenes de las culturas*, Barcelona (Argos Vergara).
Layton, R., Foley, R. y Williams, E. (1991), «The Transition between Hunting and Gathering and the Specialized Husbandry of Resources. A Socio-ecological Approach»: *Current Anthropology*, 32, pp. 255-274.
Manzanilla, L. (1986) *La constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia*, México (Univ. Nac. Autónoma de México).
Martín, M. K. y Voorhies, B. (1978), *La mujer: un enfoque antropológico*, Barcelona (Anagrama).

Margueron, J. C.-L. (1986), «Les villages du Proche-Orient»: *Ktema*, 11, pp. 97-116.
Meillassoux, C. (1977), *Mujeres, graneros y capitales*, México (Siglo XXI).
— (1990), *Antropología de la esclavitud*, Madrid (Siglo XXI).
Mellaart, J. (1975), *The Neolithic of the Near East*, Londres (Thames and Hudson).
Oates, D. y J. (1976), «Early irrigation agriculture in Mesopotamia»: *Problems in Economic and Social Archaeology* (Sieveking, Longworth y Wilson, eds.), Londres, pp. 109-135.
Redman, Ch. L. (1990), *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*, Barcelona (Crítica).
Renfrew, C. (1975), «Trade as action at a distance: questions of integration and communication», *Ancient civilization and Trade* (Jeremy y Lamberg Karlowsky, eds.), Alburquerque, pp. 3-59.
Service, E. R. (1984), *Los orígenes del Estado y de la civilización*, Madrid (Alianza).
Steward, J. H. (1968), «Causals factors and process in the evolutión of prefarming societies», *Man the Hunter* (Lee y Devore, eds.), Chicago, pp. 32-334.
Testart, A. (1982), *Les chasseurs-cuilleuurs ou l'origine des inégalités*, Paris.
Wittfogel, K. A. (1970), «The Hydraulic Civilization», *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, vol. 1 (Thomas y William, eds.), Chicago, pp. 152-164.
Wright, H. E. Jr. (1968), «Natural enviroment of early food production north of Mesopotamia», *Science*, 194 (4.263), pp. 334-339.

b) Segunda parte (capítulos 4, 5, 6, 7, 8 y 9)

Alvar, J. (1989a), *Los Persas, Historia del Mundo Antiguo*, vol 13, Madrid (Akal).
— (1989b), *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II Milenio, Historia del Mundo Antiguo*, vol. 7, Madrid, (Akal).
— (1991) «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo», *V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica* (*Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 25), pp. 19-27.
Alvar, J. y Wagner, C. G. (1985), «Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago»: *Gerión*, 3, pp. 79-95.
Algaze, C. (1989), «The Uruk expansion», *Current Anthropology*, 30, 3, pp. 571-608.
Angel, J. L. (1972): «Ecology and population in the Eastern Mediterranean», *World Archaeology*, 4, pp. 88-105.

Aubet, M.E. (1987) *Tiro y las colonias fenicias de Occidente,* Barcelona (Bellaterra).

Bottero, J. (1983), «Sumériens et "Accadiens" en Mésopotamie ancienne», *Forme di contiato e processi di transformazione nelle società antiche*, Pisa-Roma, pp. 7-26.

Bouzec, J. (1983) «Les Cimmériens en Anatolie», *Forme di Contatto e Procesi di Trasformazione nelle società antiche,* Pisa-Roma, pp. 145-161.

Champdor, A. (1963), *Babilonia,* Barcelona (Aymá).

Craword, H. E. W. (1973), «Mesopotamia's invisible exports in the third millennium B.C.», *World Archaeology,* 5,2, pp. 232-241.

Diakonoff, I. M. (1985), *Elam The Cambridge History of Iran* (Gershevitch, ed.), Cambridge, pp. 1-35.

— (1988), «Three ways of Development of the Ancient Oriental Society», *Stato, economia, lavoro nel Vicino Oriente antico,* Milán, pp. 1-8.

Harmand, J. (1976, *La guerra antigua, de Sumer a Roma,* Barcelona (Edaf).

Jones, T. (1969), *The Sumerian Problem,* Nueva York.

Kilmer, A. D. (1972), «The Mesopotamian Concept of Overpopulation and its Solutions as Reflected in the Mythology», *Orientalia,* 41, pp. 160-178.

Larsen, M. T. (1977), «Partnership in the Old Assyrian trade», *Iraq,* 39, pp. 119-145.

— (ed.) (1979) *Power and Propaganda, A Symposium on Ancient Empires: Mesopotamia,* 7 (Copenhagen Akademisk Forlang).

Liverani, M. (1987), «La estructura politica», *El alba de la civilización.* Tomo I: *La sociedad* (coordinada y dirigida por S. Moscati), Madrid (Cristiandad), pp. 291-430.

Matthiae, P. (1989), *Ebla, un impero ritrovato,* Turín (Einaudi).

Merhav, R. (1991), *Urartu. A Metalworking Center in the First Millennium B.C.E.,* Jerusalem (The Israel Museum).

Moorey, P. R. S. (1986), «The emergence of the light, horse-drawn chariot in the Near East c. 2000-1500 BC», *World Archaeology,* 18, pp. 196-215.

Nency, G. (1981), *Significado ético-político y económico de las guerras médicas, Historia y civilización de los griegos* (Bianchi-Bandinelli, R., dir.), vol III: *Grecia en la época de Pericles,* Madrid (Icaria-Bosch), pp. 11-49

Noth, M. (1976), *El mundo del Antiguo Testamento,* Madrid (Cristiandad)

Oates, J. (1989) *Babilonia: Auge y declive,* Barcelona (M. Roca).

Parrot, A. (1974), *Mari, capitale fabulense,* Paris (Payot).

Pettinato, G. (1986), *Ebla. Nuovi orizzonti della storia,* Milán (Rusconi).

Renfrew, C. (1990), *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos,* Barcelona (Crítica).

Röllig, W. (1982), «Die Phönizier des Mutterlandes zur Zeit des Kolonisierung», *Phönizier im Westen* (Niemayer, ed.), Munz, pp. WAGNER, C.G. (1988), *Babilonia, Historia del Mundo Antiguo,* vol. 3, Madrid (Akal).

Sandars, N.K. (1978) *The Sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean,* Londres (Thames & Hudson).
Dothan, T y M. (1992), *People o the Sea, The Search for the Philistines,* Nueva York (Mc Millan).
Von der Osten, H. H. (1965), *El mundo de los persas,* Madrid (Ediciones Castilla).
V.V.A.A., *The Cambridge History of Iran,* vol. 2, Cambridge (C. Univ.Press).
Wagner, C. G. (1989a), *Asiria y su imperio, Historia del Mundo Antiguo,* Vol. 8, Madrid (Akal).
— (1989b), *Los Fenicios, Historia del Mundo Antiguo,* Vol. 9, Madrid (Akal).
— (1989c), *Babilonia, Historia del Mundo Antiguo,* vol. 3, Madrid (Akal).
— (1993), «Factores socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola».
Willemenot, M. L. (1977), *Assur y Babilonia,* Madrid (Círculo de Amigos de la Historia).
Wolley, C. L. (1949), *Ur, La ciudad de los caldeos,* México (F.C.E.).

# HISTORIA UNIVERSAL

**Títulos publicados**

PREHISTORIA

1. *Teoría y método de la arqueología*
   Fernández Martínez, V. Manuel
2. *De los primeros seres humanos*
   Querol Fernández, M.ª Angeles
3. *La expansión de los cazadores*
   Moure Romanillo, Alfonso / González Morales, Manuel R.
4. *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa Mediterránea*
   Bernabéu, J. / Aura, J. Emili / Badal, E.
5. *Los orígenes de la civilización. El Calcolítico en el Viejo Mundo*
   Delibes, G. / Fernández-Miranda, M.
6. *Arqueología de Europa. 2250-1200 A. C.*
   González, Paloma / Lull, Vicente / Risch, Robert
7. *El Bronce Final*
   Blasco, M.ª Concepción
10. *Arqueología americana*
   Rivera, Miguel / Vidal, M.ª Cristina

HISTORIA ANTIGUA

1. *Introducción al Mundo Antiguo: Problemas teóricos y metodológicos*
   Plácido, Domingo
2. *El Próximo Oriente Antiguo* (Vol. I)
   González-Wagner, Carlos
6. *La polis y la expansión colonial griega*
   Domínguez Monedero, Adolfo
9. *El Mundo helenístico*
   Lozano Velilla, Arminda

10. *La formación de los estados en el Mediterráneo occidental*
Plácido, Domingo / Alvar, Jaime / González Wagner, Carlos

15. *El fin del Imperio romano*
Prieto Arciniega, Alberto

16. *El nacimiento del cristianismo*
Blázquez Martínez, José M.ª

HISTORIA MEDIEVAL

3. *La Europa de los carolingios*
Isla Frez, Armando

11. *Historia de las sociedades musulmanas en la Edad Media*
Manzano Moreno, Eduardo

13. *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*
Aznar Vallejo, Eduardo

HISTORIA MODERNA

2. *Las Reformas protestantes*
Egido López, Teófanes

4. *La economía europea en el siglo XVI*
Alvar Ezquerra, Alfredo

5. *Del escribano a la biblioteca*
Bouza Alvarez, Fernando J.

8. *Conflicto y continuidad en la sociedad rural española del siglo XVIII*
Ortega, Margarita

10. *La educación en la Europa moderna*
Nava Rodríguez, María Teresa

14. *América Latina y el colonialismo europeo Siglos XVI-XVII*
Pérez Herrero, Pedro

15. *La Revolución científica*
Sellés, Manuel / Solís, Carlos

16. *Poder y privilegios en la Europa del siglo XVIII*
Rey Castelao, Ofelia

18. *Agricultura y crecimiento económico en la Europa occidental moderna*
Ardit Lucas, Manuel

19. *La Ilustración*
Mestre Sanchís, Antonio

20. *Las monarquías del Absolutismo Ilustrado*
Pérez Samper, M.ª Angeles

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

4. *La Revolución Industrial*
Baldó Lacomba, Marc

5. *Experiencias desiguales. Conflictos sociales y respuestas colectivas. Siglo XIX*
Mary Nash / Susanna Tavera

6. *América Latina. Siglo XIX*
Izard, Miguel

7. *El Colonialismo (1815-1873)*
Hernández Sandoica, Elena

11. *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*
Villacorta Baños, Francisco

14. *La Unión Soviética (1917-1991)*
Taibo, Carlos

15. *Democracias y dictaduras en los años treinta*
Páez-Camino, Feliciano

18. *Las iglesias cristianas en Europa de los siglos XIX y XX* (Vol. I)
Yetano Laguna, Ana

21. *América Latina, siglo XX*
Malamud, Carlos

22. *El Extremo Oriente, siglo XX*
Moreno García, Julia

23. *África Subsahariana*
Martínez Carreras, José Urbano

25. *Sociedad y política en el siglo XX. Viejos y nuevos movimientos sociales*
Núñez Florencio, Rafael